

DA
CIÓN

BL 103
74
c.1

1913-30



1080020748

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

ALERE FLAMMAM
VERITATIS



*Al Sr. Canónigo
D. Hermenegildo Valverde Tellez.*

*SS.
D. J. Paredes Velázquez*

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ARMONIA

DE LOS DOS MUNDOS,

EL NATURAL Y EL SOBRENATURAL.

ENSAYO

DE UNA NUEVA DEMOSTRACION

DEL CATOLICISMO

POR EL LIC. JUAN LUIS TERCERO.

TOMO I.

Se publica con licencia de la Autoridad Eclesiástica.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO

MEXICO,

IMPRENTA DE J. R. BARBEDILLO Y C^o.

MONTEALEGRE NUM. 15.

1882.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Capilla Alfonso
Biblioteca Universitaria

44831

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



E
HEMET

BL100

T4



EL AUTOR SE RESERVA LA PROPIEDAD LITERARIA.

A las honorables, respetabilísimas

Y MUY

GENEROSAS PERSONAS

QUE HAN CONTRIBUIDO

Para la publicación de esta obra,

LA DEDICA EL AUTOR

EN TESTIMONIO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

De cordial gratitud.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO ENLETERADO
VALVERDE Y TELLEZ

008161



HE

PREFACIO.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES

¿Existe una armonía bien ideada, intentada, sostenida, entre el mundo físico y el moral, el visible y el invisible, el natural y el sobrenatural?

¿Hasta qué punto se descubre esa armonía? ¿Cuáles son sus aplicaciones en la cuestión religiosa?

En la solución de esos problemas está el intento final de mi ensayo.

Se ha cuidado mucho de estudiar las leyes del orden físico sin perdonar los más pequeños detalles; pero, según creo, no se ha intentado presentar en un cuerpo esas relaciones y armonías, que a mi ver hacen del orden natural una bella representación del sobrenatural.

VIII

Ligeros episodios, que no figuran sino por incidente ó accidente en las obras de los físicos y naturalistas, apenas son rasgos, aislados y sin conexión, de ese cuerpo de obra, de ese poema admirable de la creación.

Lo mismo sucede con las relaciones y armonías que á su vez existen entre el orden humano y el sobrenatural; creo que no ha ocurrido á alguno el estudiar y ordenar en cuerpo esas otras relaciones.

Se hace, pues, sentir la necesidad de estudios de tal género.

Una obra que estableciese en orden y presentase las relaciones de todos los reinos de la creación concurriendo á una suprema unidad, que demostrase el plan de la obra de Dios y los designios y el drama de su gran poema (la creación) me parece superior á los alcances de una inteligencia natural; ese libro sería otro de los de la Biblia.

¿Qué pretendo, pues? Entrar en un ensayo que dé por resultado, no ese libro, sino alguna sombra de lo que tal libro sería; ordenar lo que se puede ordenar, conjeturar humilde y tímidamente, estudiar los designios de la Magestad inaccesible, levantando los ojos delante de sus maravillas, siempre dispuesto á besar la tierra cada vez que ésto esclavo tema desagradar á su Señor por inquirir sus secretos más allá de lo que á su Magestad plazca.

Este género de estudios es de una hermosa necesidad; los poetas han suspirado siempre por el reinado de aquellos días en que la ciencia volviese á tomar el lenguaje de la natura-

IX

leza, porque los desvelos del sabio, ya que han contado las estrellas y averiguado todas las especies del himno y del mosquito, estudiasen y enseñasen aquellos designios del gran Artífice, con que nuestro corazón se conmoviese y viésemos en todo lecciones de amor y de gobierno de nuestro Padre que está en los cielos.

Estos estudios nos llevarían á conocer mejor al hombre y su destino, y quizá nos encontraríamos por un camino todo de flores, no ya por un océano monótono y borrascoso, descubridores de una nueva entrada en el reino de los cielos; quizá por ese medio, absortos iríamos á dar otra vez con la verdad del catolicismo, hecho admirable, por nuevos y naturales testimonios.

Un poeta francés, que tradujo Heredia, escribió así:

“Cuando á Natura la ciencia
quita el misterioso encanto,
cuánto disminuye, cuánto,
el brillo de su beldad.

Cuál oreden á yertas leyes
mil deliciosas visiones,
Cuán placidas ilusiones
miramos ¡ay! disipar.

Este pensamiento, bella declamación en Poesía, contiene una verdad importante para nuestro asunto. Sigán los físicos analizando, pero ¡por qué no se estudian y preconizan

esas hermosas relaciones de la naturaleza con Dios, con el hombre y con la historia del gran Geómetra y de su obra!

(Qué, no hay grandes designios en las obras visibles, con que se figuran las invisibles del Creador. *Invisibilia ipsius, á creatura mundi, per ea quae facta sunt intellecta conspiciuntur.*" (1) *RE FLAMMA*

¡Qué, no hay grandes designios en la naturaleza moral, en los hechos históricos del mundo, con que se figuran las obras sobrenaturales y los altos hechos religiosos del Cristianismo!

Chateaubriand (pág. 34 *Gen. Cris.*) pensó, como nos lo dice, oponer una *historia* natural religiosa á esas obras científicas modernas en que no se ve otra cosa más que la materia.

Al hablar de la Encarnación, se explica así:

"Prescindiendo de lo que nuestros misterios tienen de directo y de sagrado, se podrían encontrar también bajo sus vélos las verdades más sorprendentes de la Naturaleza. Esos secretos del cielo, sin hablar de su parte mística, son tal vez el tipo de las leyes morales y físicas del mundo; eso sería muy digno de la gloria de Dios, y podría entrase entonces por qué le plugo más bien manifestarse en esos misterios con preferencia á algunos otros que hubiera podido escoger. Jesucristo (por ejemplo, ó el mundo moral) teniendo su nacimiento en el seno de una virgen, nos enseñaría el prodigio de la creacion física, y nos mostraría la formación del universo en el seno del amor celeste. Las parábolas y las figu-

(1) Romanos, 1-23.

ras de ese misterio se verían en seguida grabadas en cada objeto de los que nos rodean. Por donde quiera, en efecto, la fuerza nace de la gracia; el río sale de la fuente; el león, al principio, se alimenta con una leche semejante á la que mama el cordero; y entre los hombres el Todopoderoso ha prometido la gloria del cielo á los que practiquen las más humildes virtudes."

Este pensamiento, creemos fué el que nos inspiró la idea que, fecundada en la meditacion, viene á ser el asunto que nos vá á ocupar; pensamiento prodigioso y que encierra el gérmen de muchos libros.

El autor del *Genio del Cristianismo* ¡qué bien hubiera desempeñado el trabajo que hemos ideado, inspirados por una de sus plumadas! Pero no creemos deber ceder á la consideracion del contraste de nuestra insuficiencia con los talentos del grande hombre; nos sentimos instados á escribir; lo haremos con humildad como pudiera hacerlo la última de las inteligencias; Dios nos ayudará.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Introducción.

La unidad en los designios es una de las perfecciones de la inteligencia que concibe y del poder que ejecuta.

La razonable subordinación de unos designios, de unos fines á otros, es indispensable para la perfección de los pensamientos y de las obras.

Nada hacer al caso. Que correspondan grandes anuncios á grandes sucesos. Que los medios sean proporcionados á los fines. Que se dé más importancia á lo grande que á lo pequeño. Que no abunde lo que no debe abundar. Que no sobre lo que no debe sobrar, ni falte lo que faltar no debe.

Tales son las condiciones que el buen sentido, que el criterio más humilde saben no han de faltar en los pensamientos y en las obras de quien haya de llamarse inteligente, sábio, previsor, prudente, pródigo, afortunado, poderoso.

Los pensamientos y las obras de los hombres llenan más ó ménos aquellas condiciones, á proporcion que en ellos hay más ó ménos de estas calidades.

Sería hermoso estudiar en los hechos de los grandes genios la unidad de sus miras y pensamientos, y la economía de los medios de que se valieron para llegar á un fin que los preocupó tal vez desde niños y que al cabo supieron y pudieron lograr.

Napoleon, César, Carlomagno, Ignacio de Loyola, por ejemplo; cuánta admiracion no nos causan cuando despues hemos visto la unidad en la grandeza y multiplicidad de sus designios, la sabiduría en los medios que tan felizmente hicieron servir á sus miras.

Pues ¡qué será estudiar esas condiciones en los pensamientos y en las obras de Dios!

Esas obras de Dios, ¡qué! ¿no podrán revelarnos sus designios?

Y sus obras, ¿no tendrán unidad?

Y sus designios, ¿no habrán á su vez?

¿No habrá en las obras entre sí y en los designios entre sí, subordinacion de unos grados á otros?

Sabido el designio ¿no podrá conocerse la obra?

Ó conocida ésta y estudiado *su por qué*, ¿no podrá conocerse el designio?

A la vista tenemos un Universo, rico con las especies de todos los seres, desde la piedra hasta el serafin; un teatro colosal decorado con una magnificencia como no la hubiera concebido la más viva fantasia humana; un poema cuyo héroe ni columbrar pudieron Homero ó Virgilio, cuyos episodios, y accion, cuadros, escenas y pasiones, exceden al poder del genio humano más feliz en agradar y hacer sentir.

A la vista tenemos la obra maravillosa. Al alcance nuestro, á lo ménos en algo, está la ciencia de Dios y sus designios. Ensayemos confrontar los datos naturales con el enigma oculto; ensayemos, no ménos, confrontar la solucion que de fé afirmamos ser venida de Dios, con esos mismos datos naturales.

Pero ya el plan divino, ó sea el designio general de Dios, nos es conocido: "omnia vestra sunt, vos autem Christi, Christus autem Dei." Son para el hombre con las otras inteligencias li-

bres, creadas, todas las cosas que fueron hechas. Son para el Cristo el hombre y todas las inteligencias libres, con todo cuanto ha sido hecho, ó, en otros términos: son para el Cristo todas las cosas y todos los sucesos. Para Dios es el Cristo con todas las cosas y todos los sucesos. *Omnia vestra sunt, vos autem Christi, Christus autem Dei.* (1)

En otros términos y para nuestro plan, podríamos decir: Dios es autor de un gran poema (el Universo y la historia del mundo); en ese poema es Dios glorificado, y el espectador es el hombre y el ángel.

Estudicemos por el poema el autor, y no menos por el autor el poema.

El asunto del plan divino ha sido tratado con feliz éxito por un autor contemporáneo. (2) Ese autor ha presentado los designios *en grande*, podremos decir, del Ser Increado; su asunto es como una síntesis, respecto del nuestro que será como el análisis. O, más bien: aquel será para este, como el punto de partida ó el gran principio que tendremos presente y explotaremos en cuanto tiene relación con nuestra obra.

(1) I. Corintios, 3, 22 y 23.

(2) Augusto Nicolás.

Fuera de eso, el objeto de aquel ensayo es mostrar la grandeza de María; nosotros hemos pensado aplicar nuestras observaciones á la *demonstración de la verdad del Catolicismo*.

Hemos intentado andar un nuevo camino para llegar al monte santo. Entretenidos en buscar algunas flores en esa senda poco conocida quizá, hemos divisado á lo lejos el monte de Sion, y habemos dicho: "sigamos por aquí, tal vez nos encaminaremos á la Ciudad excelsa." Y en nuestro camino hemos trepado hermosas montañas desde donde puede contemplarse la verdadera ciudad que el Altísimo edificó en la tierra. Así nos parece, y creemos tener muchísima razón.

Este camino habrá ó no sido andado por otros; tengan ó no originalidad nuestros estudios, queremos al ménos dar á esa demostración del Catolicismo, la cual es objeto de nuestro ensayo, la extensión, las proporciones, el desarrollo que hagan á la reflexión detenerse en lo que la inspección del alma comunmente se detiene poco.

Nuestras reflexiones serán análogas á las que Copérnico y Galileo tuvieron que hacer para persuadir, en Astronomía, cómo no es el Sol sino la Tierra lo que se mueve.

Más de una vez nos hemos sorprendido de tener que tomar del mundo físico una lección muy

adaptable á nuestro asunto: la imagen invertida en una cámara oscura, parece advertirnos que así como en el mundo físico, en el moral estamos habituados á ver invertidos los objetos.

Estas relaciones de orden, de subordinación de los designios de Dios entre sí, de sus obras entre sí, no ménos que de las obras para con los designios, á que llamaremos armonías, se observan de lo físico á lo físico, de lo moral á lo moral, de lo físico á lo moral, de lo físico y de lo moral á lo religioso.

Y así, para deslindar mejor nuestro asunto, dividiremos.

Dos serán las partes.

La primera se ocupará en las armonías del orden físico ó natural con el moral ó religioso, ó sea, de los designios morales ó religiosos de Dios en sus obras físicas ó naturales.

La segunda comprende la exposicion de las armonías de la Historia con el Catolicismo, ó sea, los designios de Dios para con la Iglesia Católica romana, hechos notorios en los sucesos históricos que su Providencia ha gobernado.

Una y otra parte se hallan subdivididas en secciones y capítulos conforme al siguiente plan:

PARTE PRIMERA.

Armonías del orden físico ó natural, con el moral ó religioso, ó sea, los designios morales ó religiosos de Dios en sus obras físicas ó naturales.

SECCION I.—Hechos y personajes dogmáticos.

Cap. I.—La Iglesia y el Universo.

Cap. II.—Conocimiento de Dios por la creación. Pruebas tomadas de la Naturaleza como imagen de las cosas invisibles.

Cap. III.—Continuación. Unidad de Dios estudiada en la Naturaleza.

Cap. IV.—Continuación. La Trinidad de Dios estudiada en la Naturaleza.

Cap. V.—La Encarnación del Verbo figurada en la obra del Universo.

Cap. VI.—Motivos que presenta la Naturaleza para hacer muy creíble el dogma católico de la Eucaristía.

Cap. VII.—Jesucristo, María, el Precursor, los ángeles y los santos. El sol, la luna, Venus las estrellas, los planetas. Personajes á que dá culto la Iglesia católica romana, figurados en la Naturaleza.

SECCION II.—La Moral en la Naturaleza.

Cap. I.—La Moral en la Naturaleza. El bien y el.

mal; premios y castigos. Séres físicos buenos y malos, goces y penas. Vicios y virtudes; plantas y animales buenos y malos.

Cap. II.—Crianza física, crianza moral. Enfermedades, degeneración moral. Los sacramentos.

Cap. III.—Armonías del orden físico con otros aspectos del moral. Naturalidad de los otros sacramentos.

Cap. IV.—El pecado original. El sudor del trabajo. El parto y otras figuras de la Naturaleza física.

Cap. V.—Los agentes físicos. La gracia, la virtud, la reprobación, la corrección, la penitencia en la Naturaleza.

Cap. VI.—La gloria en la Naturaleza.

Cap. VII.—El infierno en la Naturaleza.

Cap. VIII.—El purgatorio en la Naturaleza.

Cap. IX.—Naturalidad de la resurrección de la carne.

seccion III.—La literatura, las leyes de lo bello, las de las fórmulas, aplicadas á la religion.

Cap. I.—Consecuencias de las observaciones precedentes. La Retórica, la Elocuencia.

Cap. II.—Caractéres generales de los libros bíblicos; su exceléncia desde el aspecto retórico.

Cap. III.—Tropos, figuras; lo sencillo, el sublime, las imágenes.

Cap. IV.—La Oda.

Cap. V.—Dramas, idilios, poemas bíblicos.

Cap. VI.—Los espectáculos, el teatro, la escena, la música, la poesía, la pintura, las imágenes, introducción á la cuestión del culto.

Cap. VII.—Del culto, prefigurado en la Naturaleza.

Cap. VIII.—Ritos y ceremonias de la Iglesia católica. Facultades de interpretación en las cosas santas y en el gobierno eclesiástico.

Cap. IX.—Los idólatras y los católicos.

Cap. X.—Ritos y ceremonias del Catolicismo. El Breviario, el Misal, el Ritual romano. Rezos populares.

Cap. XI.—Continuación del anterior.

Cap. XII.—El Latín.

PARTE SEGUNDA

Armonías del orden histórico ó providencial con el Catolicismo, ó sea, designios de Dios con la Iglesia católica romana en los sucesos históricos del mundo, que su Providencia ha gobernado.

seccion I.—Armonías intrínsecas del Nuevo

Testamento, y armonías de éste con el antiguo.

Cap. I.—Introducción.

Cap. II.—Los libros santos, los libros venerables, los libros profanos en relación con aquellos. Naturalidad providencial de su existencia.

Cap. III.—Los libros de escritores clásicos y de los Santos Padres y Doctores.

Cap. IV.—Naturalidad de que la Revelación divina no se contuviese toda en libros, ó sea, que fuera incompleta, fundando la otra parte ó el complemento en la tradición encomendada á una sociedad, ó sea á una institución formada *ad hoc*.

Cap. V.—Preparación del gran suceso: el Cristo y su Iglesia. Armonías intrínsecas de los sucesos bíblicos.

Cap. VI.—Los sucesos y los personajes del antiguo Testamento, como figuras, como pronósticos; sus relaciones con el Cristo y con su Iglesia.

Cap. VII.—Preparación próxima del mundo para la venida del Cristo y del Cristianismo.

Cap. VIII.—Vida de Jesucristo, ó Dios en el mundo, hecho hombre para salvar á los hombres.

Cap. IX.—Vida de María, Madre de Dios, ó la mujer perfecta. Naturalidad providencial de tan excelsa criatura.

SECCION II.—Armonías intrínsecas de la Iglesia católica romana, ó sea, naturalidad de sus procedimientos en la enseñanza de la Revelación. Fenómenos admirables que su moral y su disciplina ha producido.

Cap. I.—Ley progresiva en el desarrollo de la definición del dogma y de la disciplina.

Cap. II.—Continuación. Naturalidad de la religión católica romana en sus grandes reglas de disciplina. El Derecho canónico.

Cap. III.—La Excomunión. La Canonización. Facultades reglamentarias.

Cap. IV.—Legislación de la Iglesia católica sobre el matrimonio.

Cap. V.—El sacerdocio católico romano.

Cap. VI.—Cómo es santa la religión católica romana. Observaciones importantes.

Cap. VII.—Continuación. Otros caracteres peculiares de la santidad de la Iglesia católica.

Cap. VIII.—Un concilio ecuménico.

SECCION III.—Constitucion de la Iglesia católica, romana. Armonías de la historia eclesiástica con la de la Sinagoga y con la historia universal antigua y moderna.

Cap. I.—Consideraciones sobre la forma del gobierno eclesiástico.

Cap. II.—¿Qué tiene que ver con la verdadera iglesia el título de «Romana?»

Cap. III.—El Papa, los Obispos, los Párrocos.

Cap. IV.—El Papa. La Supremacía y la Inta-
libilidad.

Cap. V.—Historia del Papado y de los Papas.

Cap. VI.—El Pontificado romano debió haber concluido muchas veces desde los primeros siglos. Dios no solo lo permite sino que lo ama. Historia de las grandes crisis del Papado y de los Papas.

Cap. VII.—El Papado ha servido á Dios y no á Satanás.

Cap. VIII.—Incolumidad del Papado. Medios naturales. Poder temporal. Providencia especial de Dios por muchos medios.

Cap. IX.—Confirmacion de las verdades precedentes. Armonías de la historia eclesiástica relativa á Roma cristiana y á los Papas, con la historia universal anterior á Jesucristo.

Cap. X.—El templo de Jerusalem, el Templo de San Pedro en Roma.

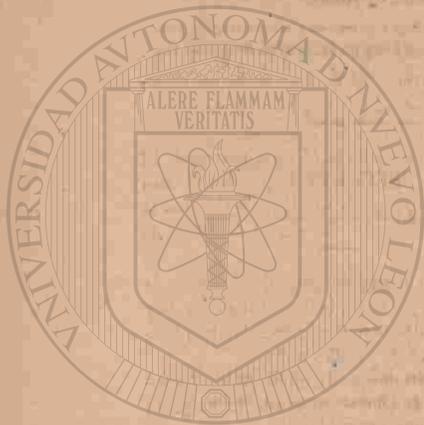
SECCION IV.—La historia universal, ó sea el gobierno providencial de Dios sobre las naciones, adaptado al Cristo y á su Iglesia.

Cap. I.—Consideraciones generales.

Cap. II.—Filosofía de la historia universal. El Evangelio de San Juan y las Epístolas de San Pablo, el «Discurso» de Bossuet «sobre la historia universal,» «la ciudad de Dios» de San Agustín.

Cap. III.—El descubrimiento de América, la evangelizacion de las Indias y del Japon. Ley admirable de las reparaciones sobre las pérdidas de la Iglesia católica romana.

Cap. final.—Resúmen. Recapitulacion. Caracteres de la verdadera religion desde el aspecto de su naturalidad. Conclusion.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

PRIMERA PARTE.

Armonías del orden físico ó natural, con el moral ó religioso, ó sea, los designios morales ó religiosos de Dios en sus obras físicas ó naturales.

SECCION I.

HECHOS Y PERSONAJES DOGMATICOS.

CAPITULO I.

La Iglesia y el Universo.

Segun hemos dicho, el plan de las obras y de los designios de Dios debe ser razonable, y, como de Dios, muy razonable.

Sin duda que Dios en las obras que componen este mundo visible y todo este órden natural de cosas, debe tener grandes designios.

Y si aun ántes de estudiar esas obras conocemos ya los designios que ha tenido Dios al sacarlas de la nada, y si conocemos la unidad de sus designios, (el hombre, el Cristo, Dios), aseo camino se nos descubre desde luego para aplicar-

nos á buscar la relacion de cada una de las obras con los designios.

Cada obra tendrá su designio, de lo ménos á lo más. Servirá la obra pequeña á la mayor, la obra visible á la invisible. Serán sus medios proporcionados á sus fines. Tal vez algunas serán anuncios de los grandes sucesos, que habrían quedado sin anunció si ellas no son los anuncios.

La abundancia de ciertas obras no se salvaría sino con una explicacion moral ó con algun designio religioso. Lo malo aparente de otras no se explicaría sino haciéndolas entrar en otro orden diverso del que no podría por sí explicarlas.

Esto debe suceder con el mundo visible y natural. Por eso San Pablo, con mirada profunda, dijo á los Romanos: *«invisibilia ipsius á creatura mundi, per ea quæ facta sunt intellecta conspiciuntur»*

Y si lo quieren los disidentes, no aceptemos esa solucion sino como una hipótesis; la hipótesis nos basta.

Segun esto, el reino de Dios, ó sea su Iglesia, todo lo abarca, es decir, ya lo consideremos como verdad ó como hipótesis, es el gran pensamiento suyo, es todo su pensamiento, es la gran unidad de sus designios.

En el pensamiento de la Iglesia se comprende el amor del Padre al Hijo, *«per quem omnia facta sunt»*; la gloria de María, el destino de los coros angélicos, el hombre con la creacion visible. La gloria de Dios, que es el último restimen de todos sus designios, está vinculada, pues, en su Iglesia.

Y así, sabiendo que en todo lo creado hemos de hallar el designio intermedio ó final de esa gloria, hay que buscar las relaciones, las armonías, entre el mundo visible y la Iglesia, ó diga se la Religión.

Este mundo visible, si nos habla de Dios, hablarnos debe de la Iglesia. Naturaleza debe decirnos algo de la Iglesia católica romana, si esta es de veras la religion del cielo. Esto, nos parece, se ha estudiado poco.

El Universo debe contener una demostracion de la religion verdadera, y hemos venido á dar con dos hermosas verdades que se reclaman recíprocamente. La Naturaleza debe demostrar la religion verdadera; la religion verdadera ha de ser la más natural. *«Invisibilia ipsius, á creatura mundi, per ea quæ facta sunt intellecta conspiciuntur»*

Delante de esta perspectiva, se despierta una grata curiosidad de sujetar la Religión católica

romana á nuevas pruebas. Porque admitido el principio inconcuso de que en las obras visibles y naturales debe tener Dios designios con relacion á su Reino ó á su Iglesia, *«invisibilia ipsius..... per ea quae facta sunt.... conspiciuntur.»* no queda sino proceder al exámen.

¿Y ¿cual de las religiones sostendrá mejor semejante análisis? Desde la creencia más remota á los católicos romanos, hasta la que les es más próxima; desde los panteístas y deístas, hasta los griegos cismáticos, puede aplicarse á las teorías religiosas el ensayo de este nuevo criterio.

No todos los triunfos serán exclusivos de la Religión de Roma; ellos constituyen una gradacion en que la religion verdadera hace partícipe de sus glorias á las demás, en cuanto tienen intereses comunes; pero en lo que pugnan, ya veremos si esta teoría celeste no debe pregonar cada día que es toda y la sola verdadera.

CAPITULO II.

Conocimiento de Dios por la creencia. Pruebas tomadas de la naturaleza como imagen de las cosas invisibles.

El Universo es una página de amor. ¿Quién la escribió?

Es un libro para todos y que todo lo enseña.

Su autor ¿quién es?

Es un poema magnífico. ¿Quién es el héroe?

Es una escena de interesante drama. El actor ¿dónde está?

Es un teatro regamente decorado. ¿Cuál es el espectáculo que ha de representarse? ¿No somos nosotros y los ángeles los espectadores?

Levántase la luna por la tarde. ¡Oh luna ¿qué nos dices en tu silencio melancólico? ¿Que vagos afectos son esos que nos suscitas en el alma? ¿Por qué haces levantar en ella hondo suspiro?

En las noches descubre sus misterios el firmamento. ¡Oh soles, ¡qué es lo que proclamais con millares de lenguas?

Per la mañana el rey del día se levanta glorioso, las aves le cantan himno de triunfo, las flores vuelven su faz á el como enamoradas, y, como en honor suyo, entregan á las brisas blando perfume. Dínos, oh sol, ¿quién es ese que triunfa? ¿para quién toda esa pompa? Humano, scas quien fueres, ¿qué; ¿no entiendes esos misterios? Son misterios de amor. ¿No te deslumbran tan magnífica escena? Es la del grande Artista.

No hay duda. El Universo es un símbolo, es una representación, es una parábola, es una alegoría, es un cuadro, es un poema, es un espectáculo, es un gran pensamiento hecho visible, pensamiento de amores, pero de amores regios. ¿Hasta cuándo cederemos á esa dulce, á esa pura, á esa sublime sollicitación?

¡Escuchad! Un gran himno se alza de todas partes en honor del gran Rey. Y á su imperio de amor, el Universo todo parece que suspira con inmenso suspiro.

Que deje el alma un tanto los extraños afectos, y la palabra y la mirada y el influjo inefable de ese amor oculto se le hará perceptible.

¿No se nos allega cuando en lo alto de la montaña pensamos en el Infinito, ó en el fondo del valle elevamos los ojos á las alturas, ó en la espesura del bosque prestamos oído al rumor de la abeja á horas del mediodía?

¿Se necesita letra ó voz articulada para que entendamos quién nos habla, ó qué quiere de nosotros, si el que habla es un amante?

No lo dudemos; en el Universo son ostensibles los designios de Dios; su palabra de amor á los hombres. Partícipes serán los ángeles y otros espíritus; algun otro propósito se hallará tambien en ese gran espectáculo, como que el gran Genio es fecundo en multiplicados fines; pero es el hecho, que en esa inmensa maravilla habla Dios á los hombres y tiene para ellos una hermosa intencion: hablarnos por medio de sus obras.

Y su palabra es palabra de amor; pero de un amor tierno y magnífico, dulce y severo, como que es amor infinito; á veces infantil cual de inocente niño, apasionado á veces como el de la doncella, tan venerable como el de un padre lleno de honradez, tan entrañable como el de una madre casta y virtuosa.

Ni falta ahí el amor heroico, ni el angelico de la amistad, ni el santo de la caridad.

Decidnos ahora, ¿quien dió esos amores, no los tendrá?; quien esos afectos inspiró á sus obras, ¿no será capaz de sentirlos todos?; y el que es tan rico, tan deseable, tan amable, ¿no reunirá en su ser cuanto repartió para enriquecer, para hacer deseables, para hacer amables á sus hechuradas? O Dios tiene en su esencia todos esos amores, ó entre lo que vemos hay tantos dioses cuantos son los seres amables, cuantas son las especies de bondad y de bien, toda vez que el bien, como bien, es la esencia íntima de una verdadera deidad.

El efecto exige la causa.

¿Cómo es que hallamos designios, cómo es que hallamos un plan en el Universo, sin que tenga un autor? y cómo hallar algo bueno en él sin que su autor lo sea?

Empero por el carácter del Universo sabremos cómo es el autor. ¿Qué caracteres, qué rasgos encontramos en la obra! El que crió á la mujer, ¿no será amable? Y, si es tan bello y misterioso el primer amor de la doncella, ¿no habrá en el Eterno, con sublime equivalencia, un sentimiento tan dulce? Quien hizo el corazón de una madre, ¿no amará como madre? O ¿para que hizo las madres si no era para darnos idea de su amor?

Este afecto, se dice, estos instintos eran necesarios para la conservación de las especies.

— ¡Pero prodigar tanto el sublime para un fin que podría conseguirse con menores medios! Y ¿qué quedaba entónces para el supremo fin que en el amor sabio de Dios no debe faltar, y es el habernos de ese afecto sublime para que le correspondamos con el nuestro?

Por otra parte, si en tan dulces amores que el gran Dios puso en sus obras, su solo designio era el de la conservación de sus especies, ¿no incurriría en contradicción con su propio intento, cuando á la vez ha hecho nacer contra ellas tantos medios de destrucción? Y no sería consecuente ni uniforme en sus medios cuando hay especies que desconocen el amor materno. Y tampoco podría explicarse cómo, en el hombre, ese amor se sostiene aún más generoso cuando ya la necesidad para la conservación de su prole ha desaparecido.

Pero este concepto se corrobora al considerar tantos indicios más de la intención de Dios en su poema viviente. Esa delicadeza del amor materno aún en los brutos, ese heroísmo, esos prodigios, ¿no serían un lujo innecesario, redundante, para el solo fin de conservar las especies? Bastaría á los animales el cuidado solícito de

sus crías; pero ¡tanta ternura, tan sublimes halagos! ¿con quién hablar sino con el hombre para que admire la bondad de su Dios cuyo carácter se nos treza en esos emblemas que nos acosan por todas partes!

¡Contemplad esas flores y esas aves!

¡Qué afectuoso intento del buen Dios! Para qué tantas galas, tantos perfumes, tan dulces conciertos? ¿Quería solamente divertir nuestros ojos y halagar nuestro olfato, ó alegrar nuestro oído?

Si yo hubiese escuchado la voz tremenda del Siná en que el amor á Jehová se impuso á toda costa, ni aun así extrañaría que me persuadiese con miles de otras voces á amar á ese Dios. Pero los que no oímos esa voz tremenda ¿cómo no creer que en esas maravillas del Universo están las voces mil, los millares de estímulos para cumplir el gran precepto? Extraño sería que tanto amor como es el que Jehová pide de nosotros, no se nos persuadiese haciéndonos ver el exceso, con millares de símbolos, cómo el que pide tiene, cómo el que desea es deseable, y el que impone amar ama, y es tan amable como amante.

En los caracteres, pues, del gran poema del Universo, en sus personajes, en sus episodios, en sus cuadros, está retratado el carácter de Dios.

y así podríamos decir, como decimos de un autor, «no podía ser ménos, era natural, era preciso, se retrató en su libro, ese es su modo de pensar, esa es su alma, ese es su corazón, así habla, así dice, así obra, así le ha pasado á él.» *El estilo es el hombre, dice ese proverbio tan sabio como elegante.*

Es verdad; y bajo este aspecto es falso aquel adagio «pintar es como querer;» en lo contrario está lo cierto, «la boca habla de la abundancia del corazón.»

Neron, con el talento de Bernardino de Saint Prierre, nunca habría ideado su *Pablo y Virginia*; y podemos estar seguros de que el cruel Heródes no amaba á sus pequeños hijos, si tuvo corazón para degollar tantos niños ajenos.

Nos basta haber demostrado que el Universo es una obra de amor, para concluir que hay un Dios más allá de lo visible; por que es el amor el atributo supremo de todos los seres.

Avancemos; no solo así descubriremos al gran Geómetra, al admirable anónimo autor del inmenso poema; en ese libro hay muchas páginas de maravillosos episodios, de verosimilitud tanta, que al través de la novela y del drama, podemos reconstruir una historia.



CAPITULO III.

Continuación del anterior. Unidad de Dios estudiada en la Naturaleza

Es ya mucho saber y sentir de Dios cómo es bueno y amable, tierno y amoroso, y es grato encontrar las pruebas, no ya en la voz de los ángeles y de los profetas, sino en el lenguaje todavía más elocuente, porque viene de testigos pequeños en quienes todo artificio, toda seducción serían imposibles, y testigos que no usan acepción de personas ni aparecen de tiempo en tiempo; en casa, en la calle, en el templo, en el campo, de día, de noche, á todas horas, podemos ver u oír alguna palabra del amante desconocido que á cada uno de sus emisarios ha encargado nos la digan en la primera oportunidad que les dejemos.

Pero queda mucho por averiguar; porque Dios es magnífico en sus obras, y son en ellas perfectos sus designios, y la Naturaleza nos enseñará cómo es Dios no solo aquel sér, origen de toda vida, de quien puede predicarse todo género de perfecciones, sino también el *Uno* y *Trino*, Padre Todopoderoso y misteriosa Trinidad. Uno y no la *Dualidad* maniquea; Padre *Todopoderoso* y no la solidaridad panteísta; *Uno* en la esencia y *Trino* en las personas, y no la estéril unidad de los deístas y arrianos.

Sentado, pues, y admitido por cuantos creen en un Dios personal, que él crió lo que vemos para servir de símbolo de lo que no vemos, y que lo visible debe por fuerza trazarnos el carácter de su Autor, de aquel mundo invisible por decirlo así, solo nos queda estudiar los caracteres y descifrar ese símbolo de la obra divina, desde uno de sus aspectos más importantes.

Considerémos y deslindémos el carácter de las obras del Universo, en ese sentido

En las obras de Dios todo está sujeto á un pensamiento de unidad, todas las partes están en armonía, y armonía que, consistiendo ya en el contraste, ya en la coordinación, ya en la subordinación, está regida siempre por el indispensable propósito de la unidad; la innumerable va-

riedad, vencida siempre, siempre armonizada por definitivo triunfo del concierto, de la unidad.

Hay en el firmamento estrellas á millares; pero esos millares girarán uniformemente en rodeo de la estrella fija. La ciencia nos ha enseñado que ese órden era aparente, mas en todo caso tenemos el órden para los ojos, y los ojos ven un ejército ordenado en sus millares de mundos. Dejó la ciencia ese órden, y ha encontrado otro; el órden, pues, ha quedado salvo, y la gravitación universal ha encontrado una gran monarquía en la aparente república de todas las esferas, y por lo que hace á nuestro sistema solar, si el imperio se ha quitado á la tierra, es para que el sol lo reivindique.

Entre las estrellas hay una mayor y no tiene igual: Sirio será en las noches, para los ojos, la reina de las estrellas. Vénus, al amanecer ó por la tarde, será la reina de los planetas. Será el Sol el rey de los astros, será la Luna una imagen débil del gran rey.

Es entre los animales terrestres, rey el elefante, si buscamos la grandeza en las dimensiones. Es rey el Leon, si buscamos la fuerza, la magestad y la nobleza. Es la Ballena la reina de los mares; es el Aguilá reina de los aires.

Entre las plantas, es la azucena la reina de las flores, si hermosura y fragancia queremos; si belleza y colorido, lo será la rosa; si gracias y ternura lo será la yedra; si modestia y humildad, lo será la violeta.

Entre los árboles ¿buscáis al rey? No se os esconderá. Ved al cedro del Líbano desafiando á los cielos, si vais á la montaña; ó si os quedais acá en el poblado, no habrá quien dispute al fresno la supremacía; miradle el tronco gigantesco y el gigante y copado follaje os harán distinguir al soberano entre los árboles de nuestros bosques.

Entre los metales es el rey el oro. Es el diamante el rey entre las piedras preciosas.

Y no se diga que estas preeminencias son convencionales; los hombres han coincidido sin disputa en proclamar esas majestades, porque su soberanía es indisputable. En todo caso, si hay duda y partidos acerca de la persona del soberano, no hay partido que no proclame á alguna como rey.

Ahora bien, ¿no pudieron ser esas obras poco más ó menos iguales, aunque diferentes en sus especies? ¿Por qué, pues, si en ellas, resalta por donde quiera un notable designio de unidad, este designio no sería intencional y muy pensado?

Tanto más nos afirmamos en ello, cuanto que las especies reales ó régias parecen las privilegiadas. El Elefante no solo es grande sino que es soberbio, discreto, inteligente, majestuoso; se pasea por los bosques como un soberano que recorre sus vastos dominios; sabio y prudente, no se entrega á los arrebatos del tigre feroz, no es como el oso, bajo y vil, ni se deja mandar como la cabra y aun el toro.

El Leon, rey más bien en los combates, no tiembla ante el peligro; es como un adalid, como un campeón lleno de gloria; no es el escudero de algun amo, como el caballo; es fuerte; á su voz emudecen los combatientes; es generoso, que desdena el batirse con los débiles y sabe agradecer un beneficio.

La Ballena es mansa como el elefante, y no aplasta sino al que provoca su furor; sus ojos, y así tambien los del elefante, son pequeños, como para dulcificar su grandeza; es el elefante de los mares, y, como las razas reales entre los hombres, muestra cierto aire de familia con el remoto soberano de los bosques.

El Águila no desmiente, como tampoco los reyes de las otras regiones, su noble destino; tiene su sólo puesto sobre rocas inaccesibles; con sus ojos impura, todo lo domina, no hay quien

no tiemble á su mirar. ¿Y quién se escapa á su poder? ni la astuta y ligerísima serpiente logrará evadirse á un golpe de mano de su excelsa enemiga. Por otra parte, á esta señora le es tan familiar la region de arriba, como á los reyes los altos negocios.

La reina de las flores, la azucena, tan delicada como una gran señora, es de talle esbelto, y en su rededor esparce los perfumes; su lujo es sencillo, pero noble, está coronada y lleva siempre erguida su frente. En los pensiles los encantos de la rosa eclipsarán los de las otras beldades; mil suspiros le prestarán homenaje; las anaras y las mariposas harán cortejo á la encantadora reina. Mas frente á ese reinado se alzará otro, reinado de gracias y de ternura; la amorosa yedra enseñará á las flores el inocente afán con que sabe tornar floridos los espinos y las rocas. Pero la más oculta de esas reinas, la violeta humilde, hará sensible su dominacion por el influjo poderoso con que á través de su retiro, mantendrá el bienestar en la vasta region á donde alcanzan sus favores.

¿Y esos reyes de las selvas? ¿y esos reyes de nuestros bosques? Preguntad al cedro la historia de sus estados; preguntadle al Fresno. El uno os dirá que ha desafiado las tempestades y las

nieves, que ha oido el fragor de muchos árboles que ha derribado el hacha ó que ha secado el hielo, y os contará régios amores de que fueron testigos las nevadas cimas de la montaña. En tanto que el Fresno, de más apacible majestad, os contará la historia de las ciudades, y de generaciones de aves que abrigó entre sus hojas, y de florestas que vivificó bajo su sombra.

El oro es un monarca semejante al Sol; si la plata se le asemeja, será como al Sol la Luna: brillan el sol y el oro con soberano brillo, mas la luna y la plata con claridad apacible, semejante al imperio de una femenina beldad. Centellea el diamante entre los rubies y topacios, como centellea Sirio entre las estrellas del firmamento.

Estas armonías nos persuaden de que el pensamiento de monarquía ó unidad, que en todas las especies resalta en el Universo, es una intencion muy bien sostenida, es una segunda intencion, es un efecto que adrede se procuró.

Desde otro aspecto más general y en grandes proporciones, podemos ver cómo todos los seres criados forman un gran trozo sobre el que Dios se levanta, ó una gran estatua semejante á la que vió Nabucodonosor: los pies de hierro y barro, decoro la cabeza, arribacostán los ángeles y los querubes, la plata y el oro; el bronce es el amalgama

del hombre, celesta y terreno; columnas de ese vientre, que es como la región de lo animal, que á la vez sostiene á esa cabeza que es como la región del espíritu, son los séres orgánicos, pero meramente materiales, y esa estátua descansa en el suelo, materia ínfima. Hé aquí un orden de subordinación, y desde este aspecto há aquí á los séres todos formando un cuerpo, del que es imagen á su vez ese todo que en los animales llamamos «su cuerpo.»

Ni faltan lazos para unir lo que está suelto, ni amalgama para soldar lo que entre sí no tiene cohesión. Nudo es el hombre entre ángeles y animales; nudo es la planta entre los animales y el mineral apenas orgánico. Ni se pasa bruscamente de unas clases á otras: ya en los límites hallaremos admirables transiciones; hay hombres casi ángeles; hay hombres casi brutos; hay brutos casi hombres, hay brutos casi plantas. El perro y el caballo parecen nuestros aliados, casi de nuestra familia (casa); el coral y la esponja casi son una planta; la sensitiva y la acacia casi son animales, cuando ménos para los ojos y por la sensibilidad de los órganos; los helechos y los hongos casi son anorgánicos, sin vida. Hay también cristalizaciones que á la vista remedan

un vegetal, y hay metaloides que ya se parecen á la inerte tierra.

Ni son estas relaciones las solas medias tintas que deslienen unos á otros los colores del cuadro; bajo otro aspecto encontramos la misma ley que reduce la variedad á la unidad.

Hay hombres cuya faz y cuyos ojos nos recuerdan al ángel; hay hombres cuyo rostro participa de los rasgos fisonómicos de las varias especies de los irracionales; hay animales que se asemejan al hombre en los modales y en su fisonomía, y hay muchas flores que remedan ya á una ave, ya á una mariposa, ya las fauces de un perro, ya las manchas del tigre, ya los rayos de un sol, ya el azul de los cielos con un horizonte del color de la aurora.

Pero en el gran cuadro no solo hay estos reclamos de unidad; más, parece que cada parte de la obra lleva el sello general y como la librea de un mismo y solo autor, de un mismo y solo dueño; y el estilo nos dice en cada una de esas obras que el autor es el mismo.

Quando un objeto de los que no son obra de la Naturaleza se nos ofrece, decimos al punto: «eso es artificial.» Las obras de los hombres las equivocamos entre sí; pero nunca las de Dios con las de los hombres.

Uno de los caracteres del estilo de Dios es la variedad, ó sea esa desigualdad entre los individuos de una misma especie. Entre millares, no hay dos estrellas iguales, no hay dos montañas iguales, no hay dos hombres iguales, no hay dos caballos iguales, no hay dos flores iguales, no hay dos piedras iguales; este es un estilo peculiar é inimitable.

Un pintor, aunque copiase el natural, no podría salvarse de incurrir en la monotonía. Condenados están los maestros en el arte á pintar siempre muy parecidos el rostro de Jesús y el del ángel malo. Es curioso contemplar en los personajes más extraños entre sí, en cualquier cuadro de un pintor humano, siempre en todos el mismo aire de familia.

Criado, pues, el Universo con alguna intención, y apareciendo tan intencional la *unidad* en la innumerable variedad de toda la obra, y no sólo la unidad sino la monarquía, como la llama un gran filósofo, (1) es muy grato inferir con tan bellos argumentos que el autor del Universo es en su esencia *Uno*.

(1) San Atanasio.

CAPITULO IV.

Continuación de lo anterior. — La Trinidad de Dios estudiada en la Naturaleza.

Pero ¿qué diremos de esa verdad magnífica de la Trinidad, que tanto se resistió y aún se resiste á los soberbios?

No los lleváremos á las regiones de nuestra alma, en donde, como Bossuet nos ha demostrado admirablemente, el alma (Padre) engendra al pensamiento (Hijo) como la imagen *completa* de nuestra esencia espiritual, pensamiento distinto del alma, pero no en la esencia; en donde el alma (Padre) ama á su pensamiento (Hijo), y el pensamiento ama al alma, y este amor (Espíritu Santo) no es el alma ni nuestro pensamiento; pero tiene una esencia con ellos y los una entre sí, uniéndose á ellos.

Tampoco les diremos que en ese sol, único, fuente de la vida y de la luz, imagen hermosísima del Eterno, vemos la imagen del Verbo en ese esplendor que, nacido del luminoso globo, viene á nosotros sin dejar á su fuente; en ese sol que no solo nos envía su luz sino tambien su calor que dá vida, calor que viene con la luz, que se une al sol y á su luz, y que sin separarse de ellos está con nosotros.

De nada de esto harémos mérito; porque nuestras pruebas han de tomarse de figuras más amplias, más características, en que el designio se descubre más estudiado, digamos así, más solemne é intencional.

Notarémos desde luego un principio, un hecho admirable que hace plausible, razonable nuestra creencia en los grandes dogmas del Catolicismo, es á saber:

Que no hay dogma sobre algun gran misterio, de esos misterios que en la Religión son fundamentales, al que no corresponda algun gran hecho de esos que siendo visibles y notorios, son á la vez universales, diarios, perennes, esenciales á la constitucion del hombre y del Universo.

Y reciprocamente: no es posible dejar de venir en que los hechos visibles, notorios, diarios, perennes, universales y esenciales á la constitu-

cion del hombre y del Universo, deben ser emblemas ó figuras de objetos morales y religiosos de alta importancia; porque á no ser así, Dios no haría servir, como fácil le fué, lo ménos á lo más, lo visible á lo invisible; ó á lo ménos sucedería que teniendo esos designios y queriendo dársenos á conocer por sus obras visibles, nos hablase de suerte que no le entendiésemos, cosa que no es digna de Dios *Invisibilia ipsius, á creatura mundi, per ea quæ facta sunt intellecta conspiciuntur.*

Existe, pues, un hecho visible, notorio, diario, perenne, universal, esencial á la constitucion del hombre y del Universo, tan familiar á nosotros, que en él, por decirlo así, vivimos, nos movemos y somos. Este hecho es la *familia* (padre, madre, hijo). No hay sér en el Universo, entre los que tienen vida, que no forme con otros dos á los que está ligado, una indispensable *Trinidad*.

En este gran hecho entran por fuerza tres elementos: el principio ó semilla, el amor ó generacion, la filiacion ó término de amor. (Qué hecho tan eloquente!

No hay sér en el Universo, de los que tienen vida, que no sea constituyente de una trinidad. La familia humana, la familia del bruto, la familia de la planta. Desde el monarca hasta el

hongoillo más imperceptible, no hay sér que no conozca su padre, no hay sér que no sea término de amor, del amor de otros dos entre sí semejantes. La paternidad, la generacion, la filiacion constituyen la indivisible unidad de la familia.

Y es notable que no habiendo en los vegetales necesidad ninguna de estos tres elementos para lo económico de su propagacion, veamos, no obstante, en ellos, el padre, la madre y el hijo.

¿No hay en este orden de cosas un gran designio?

Pero se dirá: El designio de tal orden de cosas quizá será otro; quizá procediendo en nuestra preocupacion, á *posteriori*, juzgamos gratuitamente que en Dios hay el gran tipo de aquello que en sus obras es un orden figurativo sin duda, pero tal vez de algun otro misterio.

Desde luego contestamos: ¿Qué significa la paternidad, la filiacion, el término del amor, la unidad y la trinidad hasta en los vegetales? Y si el sér, la constitucion y la vida del hombre están en esa unidad y trinidad, quedaria el hombre á oscuras en un asunto que tanto le concierne! Y si la obra más perfecta entre todas las obras en que se admira ese designio de unidad y de trinidad es el hombre, y si las obras subal-

ternas deben concurrir con él á figurar un mismo gran hecho invisible, ¿no será este hecho la *Unidad y la Trinidad de Dios!*

Y obsérvese ahora, que ha estado el hombre tan lejos de proceder á *posteriori*, para que inventase la Trinidad divina por que vió que los séres del Universo eran uno y trino, que no fué sino el Cristianismo el que descubrió tal orden de cosas. Y aún entre los Cristianos, fueron necesarias las herejias arrianas, para que el dogma del Dios uno y trino quedase perfecta y claramente formulado.

Ni se diga que los gentiles podrian presentar-nos alguna trinidad en sus dioses, padres, madres ó hijos; porque en esto nada nuevo encontramos; ninguna realidad que sobrepuje á la figura; porque en el Gentilismo nada se vé más que el pensamiento humano; los dioses no son más que hombres, el esposo dios, la esposa dios y el hijo dios, es decir, tres dioses; porque los inventores no supieron mentir siquiera con algun grande ideal.

Y si se nos habla de la Trinidad de los Indios orientales, dirémos, que las mismas sombras y oscuridad de palabras y de conceptos en que envuelven su nocion de la Trinidad, prueban que, á su entender, tenían en ese dogma algo grande

y divino y que debía reservarse de las miradas de los profanos, y prueba tambien que su oscura teoría no era sino derivacion de más caudalosa y clara fuente, que no podia ser otra sino la doctrina hebrea ó semítica, no siendo el dogma fíndico sino sombra vaga de la teoría mosaica, tan clara y francamente formulada por el Cristianismo.

Lo que se ha de admirar, pues, en el dogma cristiano de la Trinidad, es lo ageno que se encuentra de toda idea carnal ó puramente humana, es el haber dado con un orden de cosas espiritual y eterno, atinando con esa generacion de los espíritus, con ese Verbo pensamiento del Padre; con esa palabra eterna; con ese Paráclito, amor del Padre y del Verbo; y que para formular el dogma tan magníficamente, no necesitaron sus inspirados autores ni el gran talento de Platon, ni el claro discernimiento de Aristóteles; ellos, sin más que la fé en el verdadero Dios, hablaron, tal vez sin actuarse, del gran misterio, de cuya revelacion eran evangelistas, y hasta despues se echó de ver cómo ese gran dogma sobrenatural lo teníamos figurado en el Universo á toda luz.

Es hermoso estudiar las condiciones con que existe ese gran hecho figurativo.

Multiplicados en todas las obras de Dios y armonizados varios designios á la vez, sin que por la riqueza venga la confusion, no debe sorprendernos el encontrar en las figuras simbólicas cierta irregularidad. No fueran figuras simbólicas si en todo correspondiesen á la realidad figurada; no sería meritoria la fé si la Naturaleza lo explicase todo á la razon.

La Naturaleza cumple su designio, que es prepararnos la credibilidad de lo invisible en el misterioso idioma de lo visible. Dios, por sus libros y por sus Apóstoles ó sea su Iglesia, nos intima el dogma con un laconismo conciso y tremendo; mas con el idioma de la Naturaleza se recrea en sus demostraciones afectuosas y llenas de amorosa persuacion, y en estas demostraciones será rico, abundante, magnífico.

Esto sucede en la demostracion visible de la *Trinidad* por la Naturaleza.

Todos los séres vivientes forman de tres en tres, en innumerables *trinidades*, ciertas *unidades*, á lo que llamamos su *familia*. Todos los séres vivientes, aun entre las plantas, son hijos y cuentan su padre y su madre. En el *padre* vemos grandes semejanzas con el Padre celestial. El representa la fuerza y la inteligencia, es un pequeño *totopoderoso*; lo hará todo por el hijo, quien

le será en mucho semejante y será el objeto de sus complacencias; y este hijo, amor de su padre y de su madre, los unirá entre sí, y los tres entre sí se completarán y constituirán ese todo armónico, esa unidad de la familia. ¡Qué hará el hombre sin tener hijo ó sin el hijo que ya tuvo y que perdió; qué hará el hombre sin la mujer que le dará ese hijo; qué hará el hijo sin sus padres que lo aman?

Representados con claridad el Padre y el Hijo en las obras visibles, encontramos alguna complicación al deslindar el símbolo figurativo del Espíritu Santo. Para encontrarlo es menester variar el punto de vista.

En este caso necesitamos contemplar á la mujer en lo que puede figurar al Hijo eterno, y entónces el hijo terrestre se adapta á simbolizar con más propiedad al *Espíritu* divino, puesto que la mujer se presta ménos á esta figura, mientras que el hijo terrestre sí puede y muy bien simbolizarlo.

Así las cosas, tenemos muy bellamente representada en la tierra á cada una de las personas de la *Trinidad* celeste. El padre de familia, principio de ella, vió un día á la que fué luego su esposa; tenía en su alma un ideal y á este ideal fué muy semejante la jóven que se ofre-

ció á sus ojos. Y ese hombre la amó, y ella le amó, porque también le halló conforme á los deseos de su alma. Y de ambos provino cómo fruto de sus amores, aquel, que semejante á su padre y á su madre, es el amor del uno y de la otra; y á ambos los unirá con el indestructible lazo de la familia. ¡Decid si no os sorprende este perenne símbolo de la *Trinidad* celeste!

Si queremos, pues, encontrar en la naturaleza á Dios y á su Verbo solamente, entónces el padre ó la madre, ó ambos, como si fuesen uno, nos darán el símbolo del Padre celestial. El padre varón nos prestará la imagen de Dios en su eternidad, en su justicia, en su providencia, en su majestad, en su sabiduría, en su presciencia, en su poderío, en su enojo, en su severidad; puesto que el padre de familia es primero en tiempo y en gobierno; es el que busca el pan, es un rey doméstico, es quien posee la ciencia, quien ve para su hijo el porvenir, quien vencerá los obstáculos; él es quien se enoja y el que reprende.

La mujer, participe de la paternidad en su porción más bella, ó sea, una madre, nos prestará la imagen de Dios en su abnegación, en su misericordia, en su tierna solicitud, en su benignidad, en su indulgencia, en su clemencia, en su

amor, en fin; puesto que la madre de familia es como si viviese primero para su hijo que para sí; ella es quien perdona y remedia el mal, quien da á su hijo el pan que recibe de su esposo, y sabe darlo con amable deferencia; ella es para su hijo ménos quien manda que quien aconseja; y bien pronto se verá quien es la madre de un hijo en disputa, porque su amor hará la denuncia: si la justicia manda que la espada haga dos partes del niño disputado, la misericordia de la que en verdad es madre, cederá al punto de su derecho.

El padre ó la madre simbolizan así bellamente, cada uno de por sí, distintas perfecciones del Padre celestial, de aquel que por sí solo es en todo perfecto, y ambos unidos, son la más completa figura del Invisible. Hé aquí por qué el padre y la madre forman un todo que se llama «los padres». De suerte que relativamente á su hijo, un padre ó una madre, cada uno de por sí, no es un ser completo.

Tenemos, pues, muy demostrada, en la Naturaleza la figura del Padre celestial.

¿Qué diremos de las grandes semejanzas con que el símbolo de *un hijo* representá al Verbo Hijo de Dios?

Es un hecho, de por sí misterioso, que ningun ser viviente entra á existir si no es por medio

de la generacion; procedencia misteriosa, cuyo secreto no viene á explicarse sino suponiendo en ello el designio que Dios tuvo de figurar algun hecho sobrenatural de inmensa importancia, y este hecho, ¿no será la generacion eterna del Verbo? «*Invisibilia ipsius á creatura, mundi, per ea que facta sunt intellecta conspiciuntur.*» ¿No era más sencillo, que los hombres y todo sér viviente apareciesen á nuestros ojos, comenzando á existir sin esos medios, sin esos rodeos de la generacion? Dios, que es tan sencillo en sus obras y que dijo «hágase la luz» y la luz fué hecha, ¿no podría decir ni hacer, á no tener otro importante designio, «hágase el hombre y la planta!»

Es sobre todo notable en los vegetales esa ley de la generacion á que también están sujetas, ley que los antiguos ignoraron. No se forma ninguna semilla sin la generacion. Dentro de una flor se encierran los misterios del amor y de la paternidad; ó ya de una planta á otra se cumplen esos misterios, y de cualquiera suerte no falta en ellas el padre ni la madre con la bella representacion de sus amores.

¿Por qué importó tanto sostener áun en esos seres insensibles el propósito de la generacion? ¿No se hace el encubierto designio más de notar?

Y obsérvese que en la generación de los seres criados, uno de los caracteres consiste en que el generante produce al engendrado no por división ni por agregación, ni de una ajena materia, sino de su ser propio sin dividirse, pero siempre produciendo un ser distinto. El raciocinio nos dirá otra cosa; pero á nuestros ojos la generación de los seres criados imita esa excelencia de la generación del Verbo.

Tenemos, pues, que bajo ese aspecto es luminoso el símbolo que diariamente nos habla del Padre y del Verbo, sin que deje de haber otro aspecto y espléndido también, en que sin cesar se descubre el símbolo íntegro del Padre, del Verbo y del Paráclito.

En el padre, la madre y el hijo, encontraremos figurados muchos de los caracteres del divino original en sus tres divinas personas, tal como nos lo propone la religión verdadera; caracteres no solo del Padre y de su Verbo, sino también del Espíritu Santo.

El varón (Adán) criado primero, que la mujer, y no por generación ni procedencia, representa muy bien la cualidad de *ingénito* del Eterno Padre; de su costado, de su seno salió el bello ideal de sus deseos, *semejante á él* (*adjutorium simile sibi.*)

Este hijo del deseo del alma (la mujer) no fué sin principio; el varón fué su principio; el varón al verle llamóle «mujer,» «carne de su carne y hueso de sus huesos.» Esto recuerda el «Deum de Deo, lumem de lumine, genitum, non factum.»

Y el varón al ver á esa mujer, hijo suyo, dijo más: «et arunt duo in carne una.» Esto recuerda el famoso término, «*consubstantialem Patri.*» Y la mujer fué el amor del varón, como para figurar desde el principio de los siglos el amor celeste: «*Hic est Filius meus dilectus in quo mihi bene complacui.*»

Hé aquí en el principio instalada en el Paraíso la gran figura de las dos primeras personas de la Trinidad.

Así las cosas, variado al punto de vista, entenderemos por generación no la que proviene de la unión material de ambos sexos, sino ese ideal que se *engendra* en el alma del varón, cuyo deseo busca al bello objeto de sus amores; ideal realizado, generado, digamos así, en la mujer que halló gracia delante de sus ojos y á quien tomó por esposa.

El fruto del amor de los esposos, que es la hermosa figura del Espíritu Santo, fruto del amor celeste, no diremos entonces que fué en-

gendrado sino que procede, y procede no solo del varon sino tambien de la mujer, que amándose produjeron, y es el término de sus amores, que á cada uno de ellos se une, y entre sí los une tambien.

Veremos igualmente sostenida la figura hasta el grado de encontrar en la obra de este nuevo paracito, una notable semejanza con el Paracito divino. Si la obra del uno es la innumerable generacion de los hijos de la Iglesia, en la del otro encontraremos la multiplicada descendencia de que su padre y su madre son, mediante él, los autores. Y he aquí tambien, en el principio, instalada, por la innumerable generacion que Set dio á los primeros padres, la gran figura de la tercera persona de la Trinidad.

Tal es el lenguaje de la naturaleza que nos habla de la divina Trinidad. Admira encontrar en ese orden visible cuanto el Catolicismo nos ha dicho, y lo ha dicho sin pensar siquiera en lo que la Naturaleza podría ayudarle á conocer á Dios; pues nuestros padres en la fé, al fijar el dogma, ateniéndose á la letra de la Escritura y á los documentos de la Tradicion, han procedido á formularlo con discrecion grandisima, con temor y temblor delante de la Majestad tremenda.

CAPITULO V.

La Encarnacion del Verbo, entrada en la obra del Universo.

Si las obras visibles y naturales del Soberano Dueño, nos enseñan el dogma de su excelsa Trinidad y Unidad, mucho más se prestan á hablarnos de la Encarnacion del Verbo, con voces elocuentes y persuasivas.

Un Dios hecho hombre, el Verbo hecho carne, era ya de verse en el espíritu de Adam, hecho hombre ó unido á un cuerpo. El misterio de un espíritu unido á un cuerpo, palpable á nuestros ojos, preparaba ya la credibilidad del otro gran misterio: el Verbo de Dios unido á un hombre.

gendrado sino que procede, y procede no solo del varon sino tambien de la mujer, que amándose produjeron, y es el término de sus amores, que á cada uno de ellos se une, y entre sí los une tambien.

Veremos igualmente sostenida la figura hasta el grado de encontrar en la obra de este nuevo paracito, una notable semejanza con el Paracito divino. Si la obra del uno es la innumerable generacion de los hijos de la Iglesia, en la del otro encontraremos la multiplicada descendencia de que su padre y su madre son, mediante él, los autores. Y he aquí tambien, en el principio, instalada, por la innumerable generacion que Set dio á los primeros padres, la gran figura de la tercera persona de la Trinidad.

Tal es el lenguaje de la naturaleza que nos habla de la divina Trinidad. Admira encontrar en ese orden visible cuanto el Catolicismo nos ha dicho, y lo ha dicho sin pensar siquiera en lo que la Naturaleza podria ayudarle á conocer á Dios; pues nuestros padres en la fé, al fijar el dogma, ateniéndose á la letra de la Escritura y á los documentos de la Tradicion, han procedido á formularlo con discrecion grandisima, con temor y temblor delante de la Majestad tremenda.

CAPITULO V.

La Encarnacion del Verbo, entrada en la obra del Universo.

Si las obras visibles y naturales del Soberano Dueño, nos enseñan el dogma de su excelsa Trinidad y Unidad, mucho más se prestan á hablarnos de la Encarnacion del Verbo, con voces elocuentes y persuasivas.

Un Dios hecho hombre, el Verbo hecho carne, era ya de verse en el espíritu de Adam, hecho hombre ó unido á un cuerpo. El misterio de un espíritu unido á un cuerpo, palpable á nuestros ojos, preparaba ya la credibilidad del otro gran misterio: el Verbo de Dios unido á un hombre.

Y tan bien lo preparaba, que no pudiendo el género humano por su misma actual condición de espíritu y cuerpo mortal, ponerse en relación con el invisible, se le hacía ya en cierta manera necesario el Verbo hecho hombre. Y tan es cierto lo que decimos, que no bien se predicó el Verbo hecho hombre, el género humano conoció á Dios y se formó conceptos razonables del por qué del Universo y del orden de las cosas invisibles.

Esto es un hecho; y á no creer en la Encarnación de Dios, ni sabríamos explicar el hombre ni podríamos decir que háy un designio sobrenatural en el Universo visible; ó al menos vendríamos á sostener que Dios nos hizo presenciar el grande espectáculo del Universo dejándonos á oscuras; y esto sería tan desfavorable á Dios como triste para el hombre, cuando Dios es tan bueno y providente.

Desde luego notamos con Bossuet, que si se ha dicho de Dios para con el hombre "lo crió á su imagen," de ninguna manera mejor se realiza esta verdad que suponiendo al hombre imagen de Dios Encarnado; y en su lugar haríamos ver cuán hermosas figuras respecto de Jesucristo, sostuvo la interesante escena de la creación de Adam.

Pero nuestro intento es principalmente buscar en el lenguaje de todo el Universo ese dogma fundamental. Dios hecho hombre, es mucho para que la Naturaleza no nos lo dijera; esto por una parte. Por otra: si en la Naturaleza encontramos un designio, una figura que vamos á hacer notar y que solo á ese gran dogma podría ser aplicable, ¿rehusaríamos ya nuestro ascenso á la verdad de la Encarnación?

Pues bien; una figura, un símbolo resalta en todo el Universo: ese amor, ese afecto omnipotente que trae al hombre fuera de sí; dulce vínculo que une á todas las especies; sentimiento grato que ya entristece, ya alegra, ya hace cantar, ya hace suspirar, ya hace gemir á todos los vivientes (¿qué digo! aun á los seres insensibles; porque los mismos valles y desiertos, los montes y los mares, los cielos y los astros, parecen adunar voces á la grande escena de amores que el Universo entero no cesa de ofrecer á nuestros ojos.

Pero ese amor que de preferencia se presta á producir el efecto de gran figura del Verbo humanado, es el amor de los dos sexos; ley inevitable, que atormenta al hombre y le impone casi por fuerza la misteriosa necesidad de buscar esa amable compañera de sus destinos; ley que

ha sabido unir lo más disímulo, lo fuerte á lo débil, lo grande á lo pequeño, lo alto á lo bajo, lo severo á lo tierno, lo hermoso á lo bello, lo grave á lo gracioso.

Por esa ley los guerreros sueltan las armas, y lo que no pudieron las fortalezas lo alcanzan unos débiles brazos; por ella el rey desciende á la cabaña, ó la humilde esclava se sienta en el trono como reina; por ella el siervo alcanza la confianza de su señor y no es ya siervo sino amigo; por ella el pobre se hace rico y el rico pobre; ella obtiene el perdón para el culpado y apacigua la ira tremenda.

¡Oh! ¡quién no reconoce preparado en esos grandes dramas del amor, en el mundo, al Verbo que desciende del trono de su Padre por amor al hombre, y se hace igual á él y le hace igual á Dios, y aproxima el abismo de lo excelso al abismo de lo humilde, y hace que á la eterna justicia sobrevenga la infinita misericordia? *«Qui propter nos homines et propter nostram salutem descendit de caelis, et incarnatus est...»*

Es tan admirable la ley del amor, tan satisfactoriamente observada de Dios mismo que la impuso, en la Encarnación del Verbo divino, que por ella no solo quedó conseguido el fin directo que tiene con nosotros, cual es nuestra salud

eterna, sino que tambien supo realizar cuanto era necesario para que la creación, la obra de Dios, fuese excelente, y así pudiera el Señor decir de toda la obra lo que de cada una de sus secciones: «y vió que era buena,» fuese excelente, y así de lo criado y de lo increado se formase una gran unidad, Dios y el Universo se uniesen en uno; fuese excelente, y así se aproximase lo grande á lo pequeño, lo fuerte á lo débil; fuese excelente, y así el que era desconocido fuese conocido, el que era bueno se viese que lo era, el que era amable fuese reconocido amable infinitamente.

La Encarnación, pues, puso la clave de la unidad. Si á la piedra se aproxima la planta por la cualidad comun del crecer, á la planta el animal por la comun del vivir, al animal el hombre por la comun del sentir, el Infinito no podría aproximarse al ser finito, el hombre, por más que este tenga de comun con el Infinito la facultad de pensar, si no fuera por un medio como la Encarnación, en que una especie (ó entidad) nueva se compuso á la vez de hombre y de infinito.

Así es que Dios no tomó un cuerpo porque casualmente ya lo tenía el hombre, sino que al alma humana se le adaptó un cuerpo desde el

principio, con el fin de que el Verbo haciéndose hombre, constituyese el nudo, la unidad de lo corpóreo y lo incorpóreo, y de esta manera se estableciese un Panteísmo de buena ley, permitiéndose la idea, no el *Panteísmo* en la esencia, sino Panteísmo en el amor y en una hermosa y ordenada unidad de adopción divina.

Consecuente el lenguaje de la Naturaleza con el de la Revelación, no cesan de aproximar el uno al otro lo natural á lo sobrenatural, lo visible á lo invisible. Y tentación tendríamos de creer que el plan de los Libros Santos y de los grandes sucesos de la Religión del Cristo, eran una obra á *posteriori*, una explotación de material existente que ofrece la Naturaleza, bien aprovechado y adaptado al fin propuesto, si no viésemos con asombro que los Libros Santos y la obra del Cristo contienen un plan sostenido y desarrollado en el espacio de muchos siglos y á través de intervalos enormes de tiempo, circunstancias que excluyen toda connivencia humana.

Preparado, pues, el gran suceso de la Encarnación, se han esforzado en desempeñar su cometido, de una parte, la Naturaleza, y de otra, los Libros Santos y los sucesos históricos del Pueblo de Dios.

Los Deístas y los Racionalistas no quieren

ver la armonía de lo visible con lo invisible y, sin embargo, creen en la Naturaleza. Tampoco los judíos la quieren ver y, sin embargo, creen en la Naturaleza y en los Libros Santos de la antigua alianza.

Los Deístas no pueden negar que ya el mundo creyó en la Encarnación del Verbo, predicada por hombres que en verdad no eran capaces de hacer el bello descubrimiento de aquella armonía; ni pueden negar ser un hecho que la Encarnación realiza esa armonía. ¿Por qué entonces no reconocen que la Encarnación del Verbo es una verdad?

Los judíos reconocen que los Libros Santos en su lenguaje están en armonía con el de la Naturaleza, convienen además en que ambos lenguajes deben corresponder á un mismo gran suceso figurado por ellos. ¿Y porqué entonces si este suceso se armoniza admirablemente con las figuras naturales y reveladas, se niegan á creer que la Encarnación del Verbo es una verdad?

Pues bien, que mayor armonía que la de los amores humanos con el amor de nuestro Dios, que la de esos amores con los amores de los Libros Santos, que la de unos y otros con los amores del Altísimo, del Verbo hecho hombre!

A proporcion que contemplemos cómo el hecho *del amor*, en todas las obras criadas, sobre todo en el hombre, debe encerrar un gran designio, nuestra deferencia, nuestro respeto, nuestra admiración, nuestra sorpresa por los libros bíblicos irán en creces. Porque el hecho *del amor*, y digo el amor de los dos sexos, es en esos libros constitutivo, esencialmente intencional; mientras que la hipótesis de la Encarnación, sublime consorcio del cielo con la tierra, de Dios con la criatura, es por sí altamente digna de un Dios infinitamente bueno.

A proporcion que contemplamos cómo el amor, en la Naturaleza y en los libros bíblicos ofrece grandes semejanzas con lo que el ideal nos dice pudo hacer Dios por nosotros, y que los creyentes del Cristo decimos ser en efecto un hecho consumado, nuestra fé en la Encarnación se hará natural en cierta manera; y no podremos menos de decir al Hijo de María, en los trasportes de quien descubre un inmenso beneficio, como Marta ya para ver resucitar á Lázaro. «O Señor, si que lo creo, y que eres tú el Cristo, el Hijo de Dios vivo, que has venido á este mundo.»

Es admirable la armonía que guardan los episodios del amor humano con el lenguaje de los

Libros Santos figurando el amor de nuestro Dios, sobre todo en los libros místicos. Jehovah demanda el amor de su Pueblo, pero un amor por el que todo se deje; en el Génesis y bajo la figura de Adán, dirá: «dejará el hombre á su padre y á su madre y se unirá á su mujer.» Cuatro mil años despues, disipando la sombra de la figura, dirá Jesucristo: «el que no dejare á su padre y á su madre por mí, no es digno de mí.» Jehovah no solo ama, sino que tiene celos; es un esposo que á su esposa adúltera la echa en cara su ingrata infidelidad. «*Tú has fornicado con muchos amantes*, dice el Señor; *sin embargo, vuelve á mí y te recibiré.*» (1). Si Dios la ama todavía, y la ama tanto, que en sus reproches no respira más que el afecto extremo del amante ofendido. Jesucristo perdona á la pecadora María, y se goza en los perfumes con que le ha unguido los piés, y se goza en las lágrimas con que los ha regado, y despacha en paz á la meretriz, y la manifiesta su predileccion.

En el Cantar de los Cantares no se oirán ya más voces que las del amor; ya no hablará sino un esposo á la predilecta de su alma. No se verá más á Jehovah hacer portentos de terror en

(1) Jeremías, III.

la tierra y en el cielo, ni humeará el Sinaí entre rayos y relámpagos, ni retumbará en el Desierto la voz de la Majestad que *intima* su amor á los hombres. No así; Jehová quiso, primero, mostrarnos su grandeza; por eso nos hizo temblar. Pero todo fué porque su amor entrañable se lo aconsejaba. Mas al cabo el tremendo Dios no pudo ya ocultar lo delicado de sus afectos. «Mi paloma, mi predilecta,» dirá al alma, dirá á María, dirá á su esposa la Iglesia. Es morena, pero no obstante, el Rey se enamorará de ella y la entrará en su aposento, y la enriquecerá, y la coronará reina, y el Esposo no sabrá cómo requerir al corazón de su escogida para ganárselo y la hablará de aromas y de las dulzuras de la soledad y de la fragancia de los huertos, y cuando la mire en reposo no querrá turbar su sueño.»

Los severos judíos, tan acostumbrados al terror, debieron no comprender quizá ese lenguaje tan amable; pero presintiendo de él grandes cosas y elevadísimos misterios, lo comparaban (el libro de los Cantares) al recinto *Santísimo* de su templo. ¡Oh! si creen en el libro, ¿cómo no reconocen que solo el amor del Cristo crucificado puede explicar los tiernos misterios del Esposo y de la Esposa? Solo un Dios que haciéndose hombre murió por la salud del hombre, pudo jus-

tificar los deliquios amorosos de aquellos cantares; solo *aquel* que busca la oveja y la carga sobre sus hombros, solo *aquel* que propone la parábola del Hijo pródigo, solo *aquel* que por amor nos convida á comer su carne y su sangre en el Sacramento.

La sublime elección de este *tema* de los amores, es de la invención exclusiva de la Eterna Sabiduría, del amor Infinito. A la vista ha estado siempre el dechado del Universo, el campo de la Naturaleza; abiertos estaban los libros; ¿qué fundador de religiones vislumbró siquiera el proyecto de hacer del amor tierno y apasionado, que es el encanto del corazón humano, el fundamento de su teología, de su moral y de su mística?

El asunto de este Capítulo es inagotable; de explotarle tenemos en todo el curso de estas investigaciones.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

CAPÍTULO VI.

Motivos que presenta la Naturaleza para hacer muy creíble el dogma católico de la Eucaristía.

La Encarnación, la Redención y la Eucaristía, son los tres aspectos, los tres períodos de la obra completa del amor de Dios a los hombres; faltando alguno de esos tres grandes episodios, el poema del amor divino queda trunco.

Partiendo del principio conocido y lógicamente demostrable: *Dios nos ama infinitamente*, y puesto al hecho de lo que somos: *una misteriosa hipóstasis de cuerpo y alma*, ¿qué razonable es la Encarnación para que Dios se haga entender y amar de aquel (el hombre) que es cuerpo y espíritu; ¿qué razonable es la Redención para aquel (el hombre) que no tiene idea del amor sino por el sacrificio; ¿qué razonable es la Eucaristía pa-

ra aquel (el hombre) que ve en el comer y beber, en la comida y la bebida, el medio de unir y asimilar más estrechamente, el medio de vida y de salud, el símbolo más expresivo de la union amorosa!

Que sea, pues, posible y razonable la Eucaristia, nadie lo duda, y así, procediendo á priori, está prevenida la credibilidad. Pero llegar al hecho, demostrar que ese posible debía realizarse y se ha realizado, supuesta la consecuencia, la lógica de Dios en sus planes y en sus designios, hé aquí la tarea que nos incumbe.

Comer, beber, hacer pasar adentro de sí, algo que satisfaga ese deseo imperioso del hombre, que venga á sostener vida que de otra suerte perderíamos, que produzca en nosotros ese goce de cuyo deseo nadie se exceptúa, misterio es este que por tan comun y diario, tan universal, tan continuado, tan constitutivo en todas las especies vivientes, nos parece una institucion sin designio moral, sin intencion religiosa, sin propósito figurativo, sin más designio, intencion ni propósito que el que pedía la economía de la obra visible.

¿Será así? ¿No es nuestro cuerpo el templo del alma y, confesado áun por los Deístas, el templo de Dios? Y, al que habitó en el vientre

de María, por amor, ¿no ocurrirá habitar en nuestras entrañas? Y, si en poder nuestro estuviese guardar adentro de nuestro corazon á nuestra madre, á nuestra esposa, á nuestra hija, ¿no gozaríamos esa inefable delicia? Y, si de nuestra hija, de nuestra esposa, de nuestra madre supiésemos no solo que mucho nos amaba sino que tambien tenia en su mano todo el poder para unirse entrañablemente con nosotros, para fijar su asiento *materialmente* en nuestro corazon, ¿no veríamos realizado al punto el pensamiento de la Eucaristia? ¿Que se niegue el infinito y eterno amor de Dios á nosotros, que se niegue su grande obra de amor, la Encarnacion, ántes que, aceptado uno y otro, no se proclame el augusto dogma del Cristo Sacramentado!

Semejante á la armonia que existe de parte del hecho visible, diario, universal, incesante del padre, la madre y su hijo, con el dogma de la Trinidad divina; semejante á la armonia que existe de parte del hecho visible, diario, universal é incesante del hombre *alma y cuerpo*, del amor que une los dos sexos en todos los vivientes, con el dogma del Verbo hecho hombre; tan lógicamente así es semejante la armonia que existe de parte del hecho del comer y beber, hecho diario, universal, incesante y esencial á to-

dos los vivientes, con el dogma del Hombre Dios, hecho nuestra comida y nuestra bebida.

¡Qué correspondencias, qué soberanas coincidencias de los altos dogmas del Catolicismo con la obra visible del Universo!

Aquí la Dialéctica vendrá en apoyo de la fé, ó Dios no tuvo grandes designios sobrenaturales y religiosos en la obra visible del Universo, ó, si los tuvo, esos designios son los que se armonizan con el dogma Católico que les hemos aplicado. Si no tuvo designios de esa categoría, ¿cómo encontrar en Dios la razon soberana, la ordenada subordinacion de sus pensamientos, la magnífica sencillez de sus concepciones que de la Unidad se esperece á la diversidad infinita y de la diversidad se concentra á la Unidad profunda? Y, si tuvo designios de esa categoría, pero no los que aplica á sus dogmas el Catolicismo, ¿qué se nos proponga alguna aplicacion plausible que no sea la Católica!

¿La pondrán los calvinistas para la Eucaristia? ¿Los judíos y los Deístas para la Eucaristia, la Redencion y la Encarnacion?

Acostumbrados la mayor parte de los hombres á ver en el grande hecho del comer y beber un hecho físico, sin relaciones morales, sin designio figurativo, juzgarémos tal vez mejor y pen-

sarémos en esas morales relaciones, y tal vez nos causará novedad el *diario hecho* del comer y beber, si nos imaginamos un gentío innumerable de todas edades y sexos, conducido á un desierto estéril en donde se encuentran sin agua y sin pan: allí se verá cuán grande cosa es el comer y beber; allí la multitud descubrirá á través de los azules espacios, á aquel que es el *Padre* de todos los vivientes, á aquel que para tenernos á razon de hijos y, como si dijésemos, á razon de sus pequeños, nos puso en el caso de pedirle «el pan nuestro de cada dia.»

Grande hecho es el comer y beber. Pequeña bagatela, juego sencillo será, si se quiere, el hecho físico, que á no ser por el designio moral y figurativo, importaría poco para la sabiduría y sencillez de obrar de un Dios; pero como una figura y una gran preparacion, el comer y el beber deben encerrar un gran misterio.

Y esto se corrobora con atender á los grandes sucesos de la historia del hombre. ¿Qué quiere decir eso de que la historia del mundo comienza por una escena en que un pequeño manjar, una fruta, decide de la suerte de millares de almas inmortales? ¿Qué quiere decir ese árbol de la vida plantado en medio del Eden? Y, ese maná que durante cuarenta años fué el alimento

de una nación en su mansión en el arábigo desierto, ¡no nos induce ya á creer que otro prodigio mucho mayor del amor del Padre celestial creó su nuevo pueblo, que serían las naciones de la tierra, había de verse en la plenitud de los tiempos y de la ley, prodigio mucho mayor, pero siempre análogo al que le figuraba?

La Razon y la Revelacion han formado una estrecha alianza y tienen más armonía de la que pudiéramos pensar. Los dogmas revelados deben hacer un reclamo á la obra natural y visible, y á su vez la Naturaleza debe hacer un reclamo á lo sobrenatural.

Más claro: el sencillísimo laconismo de un dogma estupendo; «este es mi Cuerpo» «el Verbo se hizo carne, «el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son un Dios,» sin antecedentes, sin consiguientes, sin ruidosas preparaciones, sin anuncios á voz de *real* pregonero, sin aclamaciones á millares, sin hossanas y cánticos de fiesta solemne, lo repetimos, el sencillísimo laconismo de una estupenda verdad de fé, intimada sin más ni más, sería increíble.

¡Cómo Dios, que es tan magnífico, tan glorioso, tan sabio, tan suave, tan insinuante, había de chocar de toda suerte con nuestro modo natural de ver, de creer, de discurrir! ¡A las gran-

des cosas, grandes anuncios; á los grandes golpes de escena, proporcionadas preparaciones.

Pues, recíprocamente: ¿qué es lo que se anuncia, qué es lo que se figura, qué es lo que se prepara, qué se simboliza, qué es lo que se pregona con ese orden de cosas de lo visible? ¿Para qué tantos rodeos, para qué tantos misterios, para qué esa gran máquina, para qué tantos misterios en el orden de cosas que nos asedia? ¿Para qué es ese orden de familia, con padre, madre é hijo, en los hombres, en los cuadrúpedos, en las aves, en los reptiles, en los insectos y hasta en los árboles y en el heno de los campos?

Si no es algo sobrenatural, tan grande como el Dios trino y uno, ¿qué otra cosa importante habrá de figurar ese sistema de trinidad y unidad en todo y por todo?

¿Para qué ese orden de cosas del amor de los dos sexos que se unen, y orden en que entra no solo el hombre sino hasta el animal y la planta, el uno por sentido, la otra por la imitación mecánica? ¿Por qué el amor en todo y por todo es el gran medio que une lo grande á lo pequeño, lo fuerte á lo débil? ¿Por qué ese misterio de un cuerpo unido á una alma en el ser que llamamos «hombre?»

Si no es algo sobrenatural, tan grande como

el suceso del Verbo hecho carne, ¿qué otra cosa importante habrá de figurarse con esa ley del amor que todo lo une?

¿Para qué ese orden de cosas por el que el hombre, el animal y la planta, á fin de que vivan, han menester de la comida y la bebida?

¿Qué quiere el gran Legislador con esa ley del *hambre* y de la *sed* continua? ¿Qué figura Jehová con ese maná que bajando del cielo alimenta á la errante multitud en el Desierto, antes de entrar en la tierra que mana leche y miel?

Si no es algo sobrenatural, tan grande como el portento de la Eucaristía, ¿qué otra cosa importante habrá de figurarse con esa ley que á todo viviente impone la necesidad de comer y beber aquello que le dará vida?

Se dirá, que bastante digna de ser figurada es la palabra y la gracia de Dios, que se asemejan á la comida y la bebida. Pero ¿no están demasiado lejos de la analogía? y, además ¿no reclaman las figuras un hecho que á más de grande sea *sobrenatural y revelado* y de una *novedad estupenda*?

Este misterio natural de la comida y la bebida toma un carácter más solemne en lo que llamamos "sentarse á la mesa."

Comer con otro *á la mesa* es la expresion más

simbólica de la cordialidad. Un amigo no nos habrá hecho entrar en su confianza y familiaridad si no llega á convidarnos á su mesa.

En los pueblos salvajes y en los civilizados será un convite, será una sobremesa, la importante formalidad de una bienvenida, de una fiesta, de una despedida. La participacion de un mismo pan y de un mismo vino, es la condicion de union más estrecha en los afectos mútuos que nos unen en familia, en familiaridad, en sociedad.

Desde este punto de vista, el gran misterio de la Eucaristía, tanto en su institucion como en su continuacion hasta hoy, es admirable, es soberanamente admirable, no es una invencion humana. Y, visto ya que ese dogma es un misterio de amor en cuanto á su objeto, veamos ahora cuán excelentes caracteres de divino origen realzan los episodios de su primera institucion.

Resuelto Dios á dárse nos en comida y bebida por su grande amor, resuelto Jesucristo á dar cumplimiento de esta manera á la grande obra de la Encarnacion, eligió para la primera vez de su convite, no el dia de su mayor triunfo ni contento, ó el dia en que la multitud que le seguía al desierto le vió multiplicar cinco panes y

dos peces, sino la noche misma en que fué entregado, la víspera de su muerte ó, como dijo á sus discípulos, la víspera de partir á su Padre y de separarse de ellos.

Y noten los incrédulos, que al ménos convienen en lo interesante del drama, cómo el supuesto inventor del Evangelio, para decir con esa sublime concisión: «este es mi cuerpo, tomad y comed,» no escoge el momento en que la gran multitud en el desierto le visto multiplicar los panes, que siendo cinco alcanzan para cinco mil hombres, cosa que hubiera hecho un inventor humano; no así, sino el momento de una despedida solemne, la hora de la dulce tristeza, la hora suprema de la amistad. El amigo de los pobres y de los pecadores, el que se llamaba el amante, el esposo ¿de quién? de los humildes, de los castos, de los pacíficos, así debió conducirse, supuesto que era Dios.

¡Qué sublime sentimentalismo! El humanado-Verbo, pensativo, triste, y asomando á sus ojos y á todo su semblante mil emociones de un afecto profundo, como de quien sabe que va á dejar para siempre á los que ama, llega con sus doce á la mesa de antemano preparada. «Ardientemente he deseado comer con vosotros esta pascua,» les dice. Se le va á poco arrodillarse ante ellos

y lavarles los piés: sus discípulos se asombran y resisten, pero El, sin desconcertarse, concluye su acto, ejemplo de humildad, como para preludear el inaudito favor que iba á seguirse.

Vuelto á sentarse y explicado en parte aquel heroísmo de humillación, ¿qué hubiéramos pensado de él, á no saber ya lo que dijo é hizo? El que así amaba á sus amigos, pasado un momento de elocuente silencio, ¿hubiera prorumpido en llanto? hé aquí en los dramas humanos lo más patético que se ve y puede concebirse; nuestras lágrimas son la prenda más valiosa que podemos dar á los que amamos, en los momentos solemnes de un último convite, antes de separarnos para siempre.

No así aquel que es Omnipotente y que descendió de los cielos por amor al hombre. Cuando por el anuncio de no sé qué próxima catástrofe, por la noticia de «ya es tiempo de volver á mi Padre,» uno de vosotros me ha de entregar sus doce escogidos están llenos de tristeza. Jesús toma un pan, eleva sus ojos al cielo en acción de gracias, y, vueltos al pan, le bendice, y, presentándole á sus doce, les dice: «tomad y comed, este es mi cuerpo,» y luego hace lo mismo con el cáliz que contiene el vino: «bebed de esto todos, esta es mi sangre del nue-

vo testamento que será derramada por vosotros.»

Nótese la feliz conexión de este magnífico presente, de este amoroso prodigio, con lo que ha de seguirse: la muerte del Verbo, víctima para satisfacer por la salud de los hombres, «*qui propter nos homines et propter nostram salutem descendit de caelis.*» El que dijo «*fiat lux,*» dice ahora «este es mi cuerpo.» El que decía á Nicodémus, en una noche en que solos hablaban de la salud del hombre, conversacion favorita de Jesús, «tanto amó Dios al mundo, que le dió su Hijo Unigénito,» dice en su última noche: «tomad y comed, éste es mi cuerpo que será entregado por vosotros,» «bebed todos, esta es mi sangre que será derramada por vosotros para remision de los pecados.»

¡Qué armonía soberana en toda esta conducta de Dios hecho hombre! ¡qué razonable ha estado aquí el amor! Al fin, el que ama es la eterna Sabiduría, y el que idea las palabras y los sucesos es el Amor infinito.

Es tan grande la *naturalidad*, lo razonable de esta conducta del amor de Dios á los hombres, que por eso no nos sorprende encontrar en la *Naturaleza*, en la *naturaleza humana*, la figura incesante del *gran suceso*.

Y, no se diga que por prestar esa figura la *Naturaleza*, cualquiera pudo copiarla y que, así, Jesús la copió. La *Naturaleza* ahí estaba desde el principio; y ¡á quién le ocurrió nunca realizar esa figura! ¡á quién le ocurrió nunca fundar la religion en el amor apasionado, ni conducirse en el desempeño tan magníficamente?

Y, reflexiónese: no estaría lo más en haber inventado la Eucaristía, sino en la invencion de sus circunstancias tan divinamente patéticas. Rousseau ha dicho: «el inventor del Evangelio sería más grande que el héroe;» pues, si se hubiera puesto á hacer aplicacion de su principio á pasajes particulares de ese divino drama, y su incredulidad no le hubiese sofocado los afectos, ¡qué no hubiera dicho tambien de la Cena y de la Eucaristía!

Los límites que nos hemos trazado en nuestro plan, no nos permiten detenernos á contemplar el vasto campo del amor divino, y en otros lugares de este ensayo tendremos ocasion de dar cabida á otras consideraciones á que se presta el admirable Sacramento.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL

CAPITULO VII.

Jesucristo, María, el Precursor, los ángeles y los santos.

El Sol, la Luna, Venus, las estrellas, los planetas.

Personajes á que el culto la Iglesia católica romana, figurados en la Naturaleza.

Habiéndonos ocupado en lo que llamáremos hechos dogmáticos, pasemos á los personajes.

Ciertas inteligencias, sobre todo las que funcionan en su primera juventud, guiadas por el presentimiento de eso que entendemos ser un principio de credibilidad, á saber, que los hechos y los personajes de la religión verdadera deben estar en armonía con la *Naturaleza*, con el mundo visible, criterio que aplicamos al asunto de toda nuestra obra, suelen echar de ménos esa armonía, y extrañan no encontrar en la *Naturaleza* más que al Dios de los Deístas. No en-

encuentran en ella ni al Dios trino y uno, ni la Encarnacion, ni la Eucaristia, ni á Cristo. No encuentran á Maria, de quien la religion que aprendieron en su infancia, les dice ser la primera de todo lo criado, lo más grande despues de Dios, lo más senejante á Dios y lo más perfecto de sus obras. Y en su sorpresa y en su lijereza, experimentan esos espíritus cierto rubor de confesarse resueltamente católicos romanos.

Esa conducta está al parecer inspirada por un argumento cuya mayor es nuestra tesis: «la Naturaleza debe hablarnos de la religion verdadera; pero cuya menor formulan negativamente los razonadores á que aludimos: «es así que nada nos dice ni de los dogmas ni de los personajes del culto católico.»

Mas esta celestial doctrina á la que damos fé, garantidos previamente por la palabra del Verbo humanado y por la de su Iglesia, palabra acreditada con la elocuencia soberana de la profecía y del milagro; no podía ménos de responder á otras indagaciones confirmativas de la verdad de sus dogmas, ensayados, por decirlo así, á otra luz y bajo otra atmósfera.

Ya hemos visto, pues, que en la *Naturaleza* más bien encontramos al Dios de los católicos romanos que al de los Deistas, y que esa grande

obra de lo visible nos habla con sentidas voces y elocuentes hechos, del hecho de la Encarnacion y de la Eucaristia con sus más relevantes circunstancias y caracteres.

Así tambien sucede con los grandes personajes objeto de nuestro culto.

Aquí la Naturaleza y los Libros Santos se muestran con frecuencia en admirable acuerdo. Aquí los himnos del Rey profeta y el espectáculo del Universo, concurren en solemnes y repetidas ocasiones al armónico desempeño del divino drama; y en solo el Salmo XVIII veremos llevar con tan admirable consecuencia el sentido alegórico y el sentido natural, que no podría describirse mejor el espectáculo visible de los cielos á la vez que narrarse mejor el triunfo del Cristo, de la ley de gracia y del Evangelio. El doble sentido de una misma palabra se ve en esa oda adunarse en una hermosa unidad de asunto, bien así como la obra visible y la sobrenatural de Dios se adunan en la armonía de varios designios, subordinados á la unidad de un pensamiento supremo: «*Los Cielos publican la gloria de Dios;*» los Apóstoles, la gloria de Dios en la creacion moral.

«*Un día dá al otro nuevos motivos de celebrarla.*» Los Apóstoles, esos luminares, esos nuevos

cielos, al publicar el Evangelio, ven sucederse de un día para otro nuevos triunfos de la divina palabra.

No hay lenguaje ni idioma en los cuales no sean entendidas estas sus voces (del Firmamento). ¡No sucedió así á los Apóstoles, que hablaron todas las lenguas?

Su sonido se ha propagado por toda la tierra y hasta el cabo del mundo se han oído sus palabras. ¿Hubiera creído David que con estas palabras describía más bien que el lenguaje del Firmamento, el hecho tan notorio hoy de la predicación de los Apóstoles hasta los confines más remotos? Otra cosa notable: hasta los Rabinos dan á la palabra «cielos» una significación alegórica; por ella entienden «príncipes.» San Pablo refirió este verso á la predicación de los Apóstoles.

Puso Dios en el Sol su tabernáculo, y á manera de un esposo que sale de su cámara,—salta como un gigante á correr su carrera: sale de una extremidad del cielo y corre hasta la otra extremidad del mismo; ni hay quien pueda esconderse de su calor. Hé aquí, en el Sol, á Jesucristo, el verdadero Tabernáculo, el templo más hermoso que el de Salomón; el verdadero Sol, luz del mundo espiritual, que sale del verdadero cie-

lo, del seno de su Padre, se hace hombre, y ya en su nacimiento, en su oriente, en su amanecer, aunque niño, es glorificado como Dios; las voces angélicas, las verdaderas aves, le cantan en su hermosa mañana, y habiendo andado su carrera, volvió al cielo; y, entre tanto alumbró, ¿quién pudo esconderse á su calor? ¿quién no dió vida su palabra? ¿quién no penetró los pensamientos, á quién no alumbró con claridad, á quién no calentó con la caridad de su ley?

Es sorprendente encontrar abandonado de súbito en las palabras que siguen, el estilo alegórico, de tal manera que si por el calor de ese Sol no se ha de entender la ley de Jesucristo y en consecuencia por el Sol á Jesucristo, serían incoherentes del todo dichas palabras, cosa que no cabe en la perfección retórica que se admira en todos los Salmos; á saber: «La ley del Señor es immaculada y ella convierte á sí las almas....»; los mandamientos del Señor....alegran los corazones; el luminoso precepto del Señor alumbró los ojos.

En armonía pues, la Naturaleza con los Libros Santos, nos habla elocuentemente de Jesucristo, y el Sol es de su Magestad una hermosa figura.

Ese gran luminar todo lo alumbró, todo lo vi-

vifica, todo la atrae á sí, semejante al que se llamó luz del mundo en su Evangelio.

Al brillar el Sol, se eclipsan todas las estrellas y los demás astros. La luz y la gloria de Jesucristo eclipsa la de todos los ángeles y bienaventurados.

A la aparición del Sol precede la oscuridad de la noche, que hace desear la luz del astro de vida. Al nacimiento de Jesucristo precedieron las tinieblas de la ignorancia, que hicieron desear la venida del *Deseado de las naciones*.

El calor y la luz de ese astro hacen nacer toda suerte de flores en las campiñas. La fé y la caridad de Jesucristo han hecho nacer las flores de todas las virtudes en la heredad de la Iglesia.

Y véase cómo la alegoría se hace extensiva no solo al Verbo, luz del mundo, sino á otros personajes del Evangelio y de la Iglesia.

Poco ántes de la hora del alba, se levanta en el horizonte el astro que de antiguo es llamado «el lucero de la mañana», precursor del Sol. ¿No es él una figura demasiado expresiva de Juan el Precursor de Cristo? *Non erat ille lux, sed ut testimonium perhiberet de lumine.* «No era él la luz, sino que debía dar testimonio de ella,» dice el Evangelio hablando del Precursor. Tan-

ta fué la luz de Cristo, que del Bautista pudo decirse no ser luz, como puede un guía decirlo al viajero que contempla la estrella de la mañana y que toma esa débil antorcha por el gran lumínar que á poco debe aparecer.

¿A qué otro fundador de religiones le ocurrió darse un precursor? Y, recíprocamente, ¿no sorprende encontrar en el Firmamento una alegoría, también figurativa de Juan el Bautista?

Y, en la Luna, ¿quién no vé la figura de la Madre de Dios?

¿Quién más semejante á Dios que María? ¿Qué astro más semejante al Sol que la Luna?

Ausente el Sol, eclipsa la Luna á todos los astros. Después de Dios, todo es pequeño delante de María.

El Sol es único y es grandioso su tamaño. Es la Luna, y en su aparente tamaño, semejante al Sol. Rey del día es el Sol, reina de la noche la Luna; la Luna no tiene luz propia, toda la recibe y del Sol nos la refleja. Hay un solo Señor Jesucristo y es tan grande como ser Dios; la *paloma*, la *perfecta*, la *sol* inmaculada es María. Rey es Jesucristo, reina es su Madre, y en la noche de este siglo ella hará las veces de Jesucristo. Pero si María es grande, si es inmaculada, si hace con nosotros las veces de Jesucristo, todo lo

es por los méritos de Jesucristo; la luz de su santidad y de su poder en favor nuestro, es refleja y la recibe de Jesucristo.

A proporción que la Luna se acerca al Sol, pierde su luz y mengua á nuestros ojos. La *Esclava del Señor* se reconoce humilde delante de quien la engrandee.

La Luna nueva, símbolo de esperanza, aparece en la tarde despues de muchas noches tenebrosas; así tambien volvió por la tarde la *paloma* con plácido anuncio. ¿Quién, si no María, la cándida paloma de "los Cantares," naciendo al comenzar la noche de los siglos, debió despertar la esperanza de los mortales?

"¿Quién es ésta que se levanta, bella como la Luna?" dijo á su amada el esposo de "los Cantares;" y nosotros qué delicia experimentamos saludando á María la incomparable con tan dulces conceptos, cuando al llegar la noche de Luna llena, vemos ésta alzarse á través de las montañas, radiosa, magnífica y apacible.

No hay duda; en el astro de la noche puso Dios muy grandes designios, dulces misterios de amor y consuelo. ¿Que nos expliquen algo de esos designios, los incrédulos, que no ven en ellos á la mujer y con plena razon á María, la bendita entre las mujeres, la reina de los cie-

los, la casta madre del Verbo hecho hombre.

En esos millares de mundos, que sobre la region lunar y solar se alejan tanto de nosotros, que ni sus nombres ni su tamaño podemos saber, ¿quién no vé la figura de los millones de ángeles que pueblan el santuario de Dios?

¿Nada significaría ese ejército asombroso de astros lejanos? ¿Cuántos misterios de religion no deben contenerse en ese espectáculo que ofrece la estrellada bóveda! ¿Qué sabrían los Patriarcas de esa ciencia que hoy ignoramos; qué se sabrá tal vez algun día; qué sabremos el día en que Dios se nos descubra!

¿Qué designios se figurará con esa clase de astros que llamamos planetas y cometas? Ellos giran en la esfera solar, bajo las estrellas; quizá representen á los bienaventurados de estirpe humana.

Quizá tambien, de entre la multitud de estrellas y planetas, sea figura cada astro de cada uno de los escogidos, y el firmamento sea un libro en que conste el número de los predestinados y el nombre de cada uno. El firmamento tiene por cierto tambien algo de terrible; no sería extraño que bajo ese aspecto figurase el profundo misterio de la presciencia divina.

Menos explícitos, al parecer, los Libros Santos, en la solución de estos otros problemas, no carecen de hermosos datos, presentando, por ejemplo, las estrellas como símbolo de los bienaventurados, y figurando la caída de los pecados en esos lejanos soles que desaparecen del firmamento para no ser ya vistos jamás.

Son de notarse también en el firmamento esas tres estrellas de Orion, que el vulgo apellida «tres reyes» y que demarcan casi matemáticamente el zénit, el *semum*, de los cielos. Podríamos ver figurada en ellas a la excelsa Trinidad; esas estrellas son notablemente iguales y equidistantes.

Esa «Cruz del Sur» es demasiado visible y oportunamente colocada en los cielos, para que no viéramos en ella un designio intencional del Dios de los cristianos en dejarse ver aun en sus obras naturales.

Deus ab Austro venit. «Del Mediodía será la venida de Dios,» dijo Habacuc del Cristo por venir. Es armonioso el encontrar, nada menos que al Sur, el santo signo de la Redención.

Podríamos notar además como muy simbólicas las «cabrillas,» y la estrella del Norte.

Convencidos de que el Sol es una figura de Jesucristo, es también de observarse la relación

que los doce signos del Zodiaco, que el Sol recorre, tengan quizá con los doce Apóstoles que han de juzgar a las doce tribus de Israel, con esas doce legiones de á doce mil escogidos que vió San Juan en el Apocalipsis.

Esa armonía entre las doce tribus del Testamento antiguo y las doce del nuevo de que son patriarcas los Apóstoles, con esos doce signos de la esfera visible, no puede menos de reconocerse.

No sabríamos, empero, hasta qué punto llevar los pormenores, temerosos de incurrir en el exceso de la interpretación alegórica, faltando así á nuestro propósito. Pero notése bien cuán dispuesta, y como *á priori*, se encuentra la obra visible á entrar en armonía con el mundo sobrenatural, tal como nos lo propone la religión católica romana.

Desconocer este hecho, sería resistirse á la fuerza de la verdad; atribuirlo á una feliz coincidencia sería tanto como acusar á esa supuesta *ley sin legislador*, de una *inteligente parcialidad* en favor de solo la religión de Cristo tal como la enseña Roma; y la casualidad, siendo *nada* no puede sujetarse á leyes, ni tener inteligencia, ni menos *inteligencias*.

Que se haga el ensayo con las teorías dogmá-

ticas, con los personajes de las otras religiones.

¿Qué simbolizaría la Luna en la teoría protestante, una vez que el Sol es la imagen de Cristo, si no había de simbolizar á María? Si aceptan el principio de que en el mundo físico está representado el sobrenatural, no podrían resolver el anterior problema. Si no lo aceptan, y están por ver solo casualidades en esas armonías, también los invitamos á que exploten esa facilidad y, usando de ella, apliquen á algun personaje lo que de la Luna, *reina* del Firmamento, supimos aplicar nosotros á María, *reina* de los ángeles y de los hombres.

Eso, por lo que ve á los que aceptan algo de la Iglesia del Cristo; por lo que hace á los otros disidentes, los judíos, los mahometanos y, sobre todo, los Deístas, tendrán que sostener la desesperada tesis de que el Universo visible nada tiene que ver con el mundo sobrenatural.

SECCION II.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

SECCION II.

LA MORAL EN LA NATURALEZA.

CAPITULO I.

La Moral en la Naturaleza. — El bien y el mal, premios y castigos.

Bienes físicos, bienes a y males; gozos y penas.

Vicios y virtudes; animales y plantas buenos y malos.

Multiplicados, como deben ser, los designios de Dios en las obras visibles, por esa gran ley de la diversidad, y estudiados ya los fines dogmáticos que se descubren en esas obras, vamos á ver ahora los grandes designios morales que bajo otro diverso aspecto en ellas resplandecen. Y así como bajo un aspecto encontramos que es el Universo un libro de dogma, abierto para todos, veremos que ese libro con sus palabras de múltiple sentido es también un tratado de Moral; tratado magnífico en que el apólogo,

los símbolos y las alegorías están al alcance de la inteligencia de todos sus lectores.

En este nuevo estudio resulta otra vez justificada la Religión por la Naturaleza.

El gran Legislador que nos ha intimado *«diverte à malo et fac bonum»* no se contentó, pues, con estampar su ley en nuestros corazones. Qui- so más cuando criaba el Universo, cuando pre- paraba los cielos, cuando á su voz brotaban las plantas, y los animales en tan variadas castas entraban á poblar los aires, las aguas y las tie- rras; el Artífice Legislador trasladaba á estas obras visibles la promulgacion de los preceptos y consejos de la ley que iba á imponer al hombre. En ausencia del Artífice, la obra quedó encar- gada de una hermosa predicacion; semejante á un ameno drama en que el autor quisiese ense- ñar á los espectadores la ciencia por completo del *bien* y del *mal*, el Universo cumple, desde el día de su estreno, con enseñar, deleitando, el bien y el mal á todo hombre que viene á este mundo.

Hé aquí por qué admirando en la obra de Dios, de una parte lo proporcionado, lo bello, lo amable, lo dulce, lo humilde, lo tierno, caracté- res repartidos en diversos personajes, observa- mos de otra los que representan el carácter de

lo deforme, lo feo, lo odioso, lo duro, lo soberbio, lo cruel. Y es tan vasto ese gran drama, que no hay ideal ninguno, por indefinido que sea, por de- licadas que sean sus lindes, que no esté bosque- jado y pincelado con el más perfecto trazo y colorido.

Solo recurriendo á sentar la tésis de que Dios tuvo en las obras físicas grandes designios mo- rales, ó para continuar nuestra metáfora, el pro- yecto de un gran drama, se podrá resolver defi- nitivamente esta objecion de los ateos: ¿por qué en el Universo físico se encuentran séras defor- mes, feos, monstruosos, horribles, dañosos, crue- les, séras que representan todos los caracteres del mal?

Si Dios es bueno, bello, amable y sábio, ¿por qué en su obra se encuentran tales rasgos de maldad, de fealdad, de odiosidad é ineptitud? Este argumento es arma no solo de los ateos para negar á Dios, sino de los maniqueos anti- guos y modernos para oponer al Dios bueno un Dios malo.

Repetimos: esta cuestion que ahora y hace siglos ha sido objeto de interesantes debates en- tre creyentes é impíos, tiene, á nuestro ver, más expedita solucion si para darla se plantea esta pregunta:

¿Tendría Dios designos morales en sus obras físicas?

¡No!... Pues entonces os salís del supuesto de que Dios es muy sabio; del sabio es subordinar á lo excelente lo ménos excelente.

¿Si tuvo esos designios?... Pues entonces reconoced en la invencion de los caractéres malos que sirven al realce de los personajes directos, la perfeccion del drama.

Es hermoso y magnifico el espectáculo que ofrece el Universo con los variados caractéres de sus personajes, ya sirvan al triunfo de la virtud, ya á presentar con vivos colores lo odioso del vicio. ¿Qué vicio no tiene su personaje! ¿qué virtud no tiene el suyo?

No parece sino que la ciencia de la Moral se ha modelado *á posteriori* sobre la observacion de las figuras que ofrece la historia natural. No decimos mejor de un soberbio, sino que es un leon; de un hombre sanguinario, que es un tigre; una hiena, una pantera; el oso simboliza la más vil lujuria, el cerdo la más inmundia abyeccion, el asno la más estúpida pereza, es el lobo geloso y rapaz, el escorpion un vengativo ciego, la serpiente el emblema de la más astuta y refinada perfidia; el amor ligero ó inconstante no tendrá una metáfora tan expresiva como la de

una mariposa. Por el contrario, el varon humilde, manso é inofensivo, es un cordero; la mujer fiel, casta y sencilla, es una paloma; el generoso corcel no descansará, siquiera espire, en su fatiga; la hormiga nos enseñará la prevision, la abeja el trabajo asiduo; y ¡qué simbolo más admirable de lealtad, que el perro, el amigo del hombre!

Entre los otros seres, será tan puro un corazón como la azucena del valle ó como el lirio que crece junto á las aguas; la violeta no solo será modesta sino la misma modestia; la adelfa ofrecerá el emblema de una pérfida beldad.

El campo sin cultivo solo nos dará ingratos abrojos y punzantes espinas; el cultivado, en que se siembra buen grano, nos dará uno treinta, otro sesenta, otro el ciento por uno. El grano separado de la paja será guardado con gozo en la panera; pero la paja será echada al horno y allí arderá. Si no podamos el árbol se secará; si no cuidamos de ingerir buena vid no cogerémos uvas sino agraces.

El rio si no llega á la mar se extingue en su camino. La corriente mansa, engaña. La sed ansiosamente satisfecha será luego una fiebre que devore.

No habrá gozo cumplido; llegaremos al gozo

por medio del trabajo; no cogerémos sin dolor la fresca rosa, porque su tallo está erizado de espinas; no comerémos las más delicadas frutas, sin romper la dura corteza ó sin mondarla; y si la corteza no nos ofrece obstáculos, en compensación la fruta no llegará á su madurez si la paciencia del hombre no la fomenta con el calor artificial; de estas frutas son las anonas, las chirimoyas, los bananos, las peras.

Fácil cosa es enderezar el tronco del arbolillo tierno; mas, si el tronco crece sin corrección, ¿quién habrá que lo enderece despues?

No son los árboles frondosos los que dan mejor fruto; no son las flores perfumadas las más vistosas.

Con razon los poetas, sin comprender quizá cómo pudo ser, han escrito tratados completos de Moral, con solo sus apólogos y fábulas.

CAPITULO II.

Creencia física, crianza moral.—Enfermedades, degeneración moral.—Los Sacramentos.—Continuación de lo anterior.

Pero hay semejanzas y armonías entre lo físico y lo moral, en que es el hombre quien presta la principal materia de observación, sin que por esto dejen de ofrecerla en menor escala las otras especies.

El nacimiento, el crecimiento, las enfermedades, la degeneración, la muerte, el remedio, la curación, tienen correspondencias admirables del orden físico al moral; leyes semejantes á las que rigen en el orden físico para todos estos sucesos, crisis y vicisitudes de la vida, se encuentran en el orden moral, que viene á ser la realidad de lo que en el físico es como la figura.

No tenemos que ponderar la semejanza de fases entre estos dos órdenes, pues la misma incredulidad, del materialismo principalmente, está de acuerdo con nosotros, y tanto, que esas armonías son la base de la objeción que se hace para reducir la vida del alma ó de la materia. Lo que si admiramos y no cesáremos de encarecer, es el invento sobrenatural que de esas relaciones ha hecho el Cristianismo y el Cristianismo católico romano.

Y no se nos diga que ese descubrimiento era fácil; porque, si lo era ¿cómo es que ningún fundador de religión supo explotar tan hermosa ley?

La doctrina moral dogmática y la moral práctica, exclusiva de la Iglesia Católica Romana son tan completas, que no puede darse sistema mejor cabado; y tan armónico con el orden físico, que un tratado de Moral dogmática, teórica y práctica, es en su esfera lo que en las ciencias físicas uno de medicina, teórica y práctica; y uno de vida ascética, lo que en las ciencias físicas uno de higiene. Esta es nuestra tesis, vamos á examinar los hechos particulares.

Vivir, en el orden físico, es gozar de vida, es crecer, es sentir, es tener las facultades del creer y del sentir en ejercicio. Así es también la vida en el orden moral. El gran principio que sentó

la ciencia cristiana, fué que todos estábamos muertos ó, si se quiere, de tal manera enfermos que nuestra muerte, sin el remedio proporcionado á la enfermedad, era segura. El sentido íntimo del hombre responde de la verdad de nuestra enfermedad y de sus síntomas: *«vidéo meliora proboque, deteriora sequor.»* Esta enfermedad es orgánica y hereditaria; así es que era necesario trasformarnos, regenerarnos; era necesario renacer, era necesario que se obrase en nosotros una espiritual regeneración en que se nos diese el ser de gracia. Nicodémas, maestro en Israel, no advertía esto, y á la verdad mereció que el Cristo le extrañase la ignorancia de una tesis que es un hecho de sentido íntimo.

Bajo tal aspecto es el *Bautismo* la más lógica de las instituciones; y, la armonía que existe entre los dolores del parto de una madre y los dolores del Cristo, que no cesaba de repetir cómo le era necesario, cómo era su ardiente deseo el padecer, es la más hermosa y profunda de todas las armonías. El Génesis de Moisés, es por mil títulos una profecía: esas palabras *«in dolore paries filios tuos,»* eran por cierto figurativas de la pasión del Redentor, de los dolores de María y de las persecuciones de la Iglesia, de esa Iglesia que para convertir á los católicos, para parir sus

hijos, rebosó en sangre. Extraño hubiera sido en verdad castigar á la mujer, en el parto de su fruto, cuando en todas las funciones naturales, no vemos sino el placer; todos los actos que en la Naturaleza interesan á la vida y á la conservación de las especies, tienen el incentivo de una agradable sensación. El parto con dolores y angustias no es una cosa natural; el parto con dolores es sin duda un fenómeno antinatural y misterioso. ¡Hé aquí el dolor convertido en gozo, hé aquí á la muerte dando vida! ¿Qué otra cosa es el dogma del Bautismo?

Continuacion de esa armonía es la de la crianza moral y religiosa ó, digamos, la del entendimiento y la del corazón. Pero si quisiéramos buscar las armonías de aquellas verdades morales que aceptan los creyentes de cualquiera religion, poco ganaríamos; sea nuestro empeño ver si la religion católica romana sostiene con mayor ventaja en este punto el criterio que nos hemos impuesto.

Para vivir se necesita el alimento; no es posible sostener la vida sin alimentarse. Los alimentos ahí están á disposición nuestra, mas no á disposición de los pequeños; los pequeños nada comerán que su madre no haya preparado primero en sus entrañas; quien dijese «déjese al

pequeño comer lo que comen sus mayores, lo que come su madre, sería un homicida. Así en en el orden moral: la doctrina celeste que nos trajo el Verbo, y que esparció en el gran campo de las Escrituras, es el alimento de los que quierán vivir, es el pasto de las ovejas y de los corderos que no quieran morir de hambre; pero ese pasto, aunque para todos, no ha de entrar en nuestras entrañas de igual manera para todos. Pazcan en los campos las ovejas, acudan los corderos á los pechos de sus madres, de ellas han de recibir en más sencillo manjar el pasto de los campos. Así los que han de alimentarse con el pasto celeste: las ovejas ó los Obispos, ahí tienen las Escrituras; los corderos ó simples fieles, ahí tienen la predicacion de sus Obispos. ¿No así? Pues entónces el autor del orden físico sería más pródigo que el autor del orden moral y religioso, y este absurdo y esta inarmónica disonancia es para los que no oyen la voz de la Iglesia católica romana.

Desde este punto de vista se nos ofrece otra armonía no ménos admirable en favor de la Iglesia romana. En el orden físico la gran necesidad de la alimentacion, fuera del orden natural ó de familia que establece la subordinacion de los pequeños á sus madres, tiene por fuerza que suje-

tarse á la ley secundaria ó, si dijéramos, ménos natural de la sociedad civil.

A la hora en que los individuos, orgullosos con el patrimonio de ese mundo que Dios les entregó con sus yerbas, frutos y animales para que se nutrisen, quisieran cada uno de por sí buscar para su persona lo que necesita para la vida, el género humano moriría de hambre; todos se arrebatarían unos á otros los medios de vida; el mundo entero sería un campo de batalla y uno no entendería la lengua del otro. Esto es, pues, obvio: la gran ley de la alimentacion ó de la crianza física del hombre, supone y exige la sociedad civil, el gobierno de una autoridad que esté sobre las madres y los pequeños, los padres y sus hijos.

¿Será la figura superior á la realidad? O, si no se concede que el mundo físico sea la figura del moral, ¿sería Dios ménos provido y ménos fecundo en establecer relaciones de dependencia y subordinacion para repartir el pan del cuerpo que el del espíritu?

Y no se diga que tratándose del orden moral ó cristiano, ó sea de la ley de gracia, la excelencia y perfeccion consiste nada ménos que en la libertad de conciencia y de conciencia, en la liberacion de autoridad, subordinacion y dependen-

cia, en la ausencia de intermedios humanos entre el hombre y la gracia de Dios. Léase el Evangelio, y es todo lo contrario, y esencial y constitucionalmente lo contrario.

El plan del Evangelio es modelar el orden y gobierno moral por el mundo físico y natural. En el Evangelio la gracia de Dios es la *semilla* y la semilla es la *palabra*, la gracia viene, pues, con la palabra, con la predicacion. El *sembrador* esparce la semilla, ó el *pastor* guía las ovejas al pasto. El agua es el signo de la limpieza, de la ablucion espiritual. Los que para predicar la doctrina eran los sembradores ó pastores, para bautizar son los médicos, para atar y desatar son los enviados, los plenipotenciarios. El Cristo habla á los pequeños en enigmas para que no entiendan, ¡qué paradoja!, y despues á los nuevos padres de familia, á sus apóstoles, todo se los declara. Y ¿por qué así? Para que los pequeños pidiesen el alimento á sus nuevos padres. El Cristo no figuró á su Iglesia con el emblema de un enjambre de abejas ó de hormigas, república de *fraternidad*, sino con el de una monarquía *paternal* de autoridad absoluta. Su Iglesia es un rebaño con un solo pastor. Nótese bien: este pastor no es ya Jesucristo. Jesucristo es el dueño del rebaño, pero no ya el pastor. Ahora

en este valle donde pacemos, es el pastor aquel á quien Jesucristo dijo *«pacienta mis ovejas, apacienta mis corderos.»* Jesucristo en todo caso será el pastor que tiene el gobierno invisible, pero el pastor visible es Pedro; bien así como el que dá la leche al niño en último resultado es Dios, pero la madre del niño será como su Dios y su providencia en la tierra.

Prueba más, de que Jesucristo quiso modelar el orden religioso por el físico en el sistema de reparto del alimento espiritual, fué, que al rodearse de sus Apóstoles, los hizo como sus intermedios y ministros en la dispensación de sus gracias, de su palabra y de su gobierno: *«lo que os digo en lo oculto, decíldo sobre los tejados,» «el que os escucha á vosotros, me escucha á mí,» «lo que atáis en la tierra, será atado ó desatado en el cielo,» «vosotros sois la luz,» «como me envió mi Padre, así os envío á vosotros.»*

No hay duda; el orden religioso del Cristianismo se modeló por el orden físico, en cuanto á la economía del alimento espiritual. Y así como en el orden físico, la necesidad de la alimentación supone el orden civil y el gobierno, así también en el orden moral, supone la sociedad y el gobierno eclesiásticos. Solo debemos advertir, que no fué lógicamente el orden moral el que se mo-

deló por el físico, sino al contrario: Dios estableció en el orden físico como una figura del moral, y, de consiguiente, el orden físico que apareció con prioridad de tiempo se modeló por el moral; y éste, aunque apareció con posterioridad de tiempo, fué el primero en prioridad de razón.

De suerte que, cuando el Criador hacía nacer las verbas y formarse la leche en el pecho de las madres, y hacía las ovejas tan mansas y adaptables al gobierno del hombre, que las sirviese de pastor, ya obraba así porque necesitaba, supuesto su designio, de hablar al hombre por los sentidos y con parábolas, criar un campo vasto de seres en que las figuras y las parábolas estuviesen á mano para servir á su orden preferente y primero en su pensamiento: el orden moral. Hermoso orden de cosas en que la verdad religiosa puede inquirirse alternando el rigor del raciocinio con los más dulces afectos del corazón.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS Y TECNOLÓGICAS

CAPITULO III.

Continuación de lo anterior.

Armonías del orden físico con otros aspectos del orden moral.

Naturalidad de los otros Sacramentos

Si examinamos la naturalidad ó sea lo razonable de los otros sacramentos, nos sorprenderemos de dos cosas: es la una, el encontrarlos muy en armonía con el sistema de la vida física; es la otra, el reflexionar cómo siendo tan natural la institución ó, digan los disidentes, la invención de los otros sacramentos, lo mismo que la del Bautismo, no ocurrió nunca á inventar alguno ó reformador de religiones establecer así su sistema. Y sobre todo, cómo no le ocurrió darle ese carácter dogmático y tan trascendental,

cual se da en la religion católica romana á todos los Sacramentos. Como se da al de la regeneracion ó sea el Bautismo; al de la corroboracion ó sea la Confirmacion; al del remedio ó medicina ó sea la Confesion; al del gusto exquisito cual es el de la Eucaristia; al de los últimos remedios ó sea la Extremauncion; al de la paternidad espiritual civil, ó sea el Orden; al del amor espiritual y tambien de la paternidad doméstica espiritual, ó sea el Matrimonio.

Hemos ya hablado del Bautismo; dirémos algo de los otros Sacramentos.

Consecuente la religion católica romana, á una con su divino fundador, en considerar la vida del hombre como una lucha, por que ese es nada ménos el secreto de lo que en el hombre se llama el vivir, cuenta como un Sacramento, como una especie de gracia especial, lo que llamamos la Confirmacion.

En otro lugar nos ocuparemos en la armónica naturalidad de la parte exterior de los Sacramentos, ahora debemos ocuparnos solo en sus armonías bajo el aspecto de lo invisible, digamos así.

Por lo que ve á la Confirmacion era, pues, muy conforme con el sistema físico, el que Dios no nos diese los aumentos de vida espiritual ni

nos ayudase de una sola vez para todas sus crisis y viscositudes. Si Dios no cria ni hace aparecer de un golpe todos los séres, sino que es su estilo, digamos así, es el secreto de su conducta proceder por crisis, viscositudes y gradaciones, valerse de unas criaturas para las otras, ¿podríamos conocer su estilo en ese nuevo cielo y en esa nueva tierra que anunció Isaías, si no viésemos un proceder semejante en el mundo moral?

Pudiera Dios de un solo golpe haber puesto su obra en plenitud de vida, pero ya vemos que no lo hace así. No se extrañe, pues, reconózcase, por el contrario, la obra de Dios en distribuir su gracia bajo la ley de las crisis, gradaciones y viscositudes. A esa ley se sujetan la gracia del renacimiento, la de la virilidad ó para el combate, la de la medicina ó para la enfermedad, la de las bodas místicas, la del último remedio, la de la paternidad civil y doméstica; gracias todas ó sacramentos que para la vida moral, espiritual ó mística son lo que el poder criador de la Naturaleza en la generacion física, la pubertad, la convalecencia por los remedios ó sea la curacion, el amor conyugal, las crisis mortales, la paternidad civil, la paternidad doméstica.

Si hay algunas irregularidades en estas armonías no vienen sino de las diferencias especiales

entre los dos órdenes, así como de los multiplicados designios que en cada sér se encuentran, según desde el principio lo hemos dicho.

En cuanto al Sacramento de la Confesion, desconocer su naturalidad armónica, equivale á tanto como el hombre rústico desconocer el poder de la ciencia médica. Por más que Dios sea quien sane y que pudiera haber omitido las yerbas y las sustancias medicinales, reservándose el curar directamente, es el hecho que hay, á no dudarlo, yerbas y sustancias admirablemente medicinales, y hombres que profesan y saben aplicarlas consiguiendo con ellas la salud del enfermo.

Enfermedad de muy mayor valía es la del alma, ¿o no es enfermedad el pecado? ¿Y el autor del alma, que le dió medicinas y médicos para su cuerpo, no se los daría para el alma? ¿O Dios se reservará en lo invisible la medicina, y el Invisible no instituirá médicos intermedios!

No es este en el órden físico el estilo de Dios; ménos lo puede ser en el moral. De mayor valía es este, y en él por consiguiente, el sistema de intermedios y el órden de servir unas criaturas á otras para comunicar los dones del Salvador, conduce admirablemente á excitar en el hombre el concepto de la grandeza del beneficio.

La Escritura ha dicho: (Ecco. 38) *«Honra al médico, por que le necesitas, etc.»*... Y si hablando de los médicos y medicinas para el cuerpo, estas palabras son notablemente conformes con la ciencia, lo son más si en ellas se ven predichos las medicinas y los médicos del mundo moral que el Cristo sacó de la nada.

En el Sacramento de la Eucaristía, que, bajo su aspecto armónico, hemos llamado ya el *«del gusto exquisito,»* ya el *«de las bodas místicas,»* encontramos la realizacion de lo que en el mundo físico es la comida delicada, el festin, el amor conyugal.

Así como en la vida del cuerpo ó de los sentidos encontramos dotado al hombre no solo de alimentos que le corroboren, sino de aquellos más delicados que le sirven de refrigerio, de recreo, de delicia, como el vino, las frutas y la miel, y el hombre encontraría penoso el vivir sin estos dones de la Naturaleza física; así como el hombre necesita (si no es que goce de un sobrenatural privilegio) de esa compañera de sus días y de su suerte, sin la que la vida le sería demasiado seria, demasiado dura; así como la mujer necesita el amparo del varon, sin el cual sería todo frívolo ó enemigo para ella; así con mayor razon en la vida del alma: no sostendría el hom-

bre la carga de los preceptos y consejos con que ha de vivir, si no es que se le diese á probar ese vino que refrigera, ese dulce fruto del árbol de vida, esa miel tomada de la boca del león, *de forti egressa est dulcedo*; no podría soportarla si no es que para apartarle del excesivo amor de los sentidos que daña á su vida moral, se le convidase con esos amores en esas bodas místicas de aquel esposo celestial.

Se nos dirá: fallan aquí vuestras armonías; qué manjar delicado, qué vino refrigerante, qué bodas místicas para la vida moral conoció el hombre antes del Cristianismo?

Respondemos: y ¿qué fué de la vida moral ántes del Cristianismo.....? ¿Qué espectros! qué cadáveres! qué horrosa corrupción! qué amargura de gusto espiritual, qué desamor, qué orfandad y qué viudez de los espíritus! Lo mismo que vemos aun hoy día en los que son cristianos por el bautismo, pero gentiles en su conducta; vendrá el ardor de las pasiones ó del infortunio, y no habrán el vino que los refrigere; buscarán algun fruto suave que guste el paladar; y las bellotas holladas de los cerdos les harán sentir más el deseo de alguna delicia; se levantará en el alma el amor de una beldad incorruptible, y el amor será burlado siempre, por que á la

beldad eterna é infinita no quisieron demandarla sus favores.

Lo que dijimos de la Confirmacion y de la Confesion, es aplicable á la Extremauncion. Si este Sacramento guarda irregularidad careciendo de especial armonía con algo correspondiente del órden fisico, es por la diferencia que nada ménos va del cuerpo que muere al alma que no muere. En los últimos instantes del cuerpo moribundo, el estado del alma es el de la lucha decisiva en que ha menester fuerza y de consiguiente salud. Por eso hemos clasificado este Sacramento, en su armonía con el órden fisico, entre la Confirmacion y la Confesion.

El Sacramento del Orden y el del Matrimonio, son, como hemos dicho, para la vida moral, lo que la paternidad civil y la doméstica para la vida fisica.

El órden de sociedad y de gobierno civil es á la vida fisica, lo que el sacerdocio á la vida moral. El órden temporal tiene su sociedad y su gobierno, es decir, autoridad por la naturaleza; el órden religioso debe tener análoga constitucion, y de consiguiente un sacerdocio y una gerarquía sacerdotal por la Gracia.

¿Qué sería de los débiles, de los enfermos, de los goces de la vida, de la propagacion de la es-

pecie humana, sin el gobierno civil? ¿Qué sería, pues, del orden religioso si la aplicación de las *gracias* estuviese cometida á todos individualmente?

El hombre, que no valoriza el don ni el beneficio sino por la dificultad de obtenerlo, que no respeta la magestad de la autoridad sino á través de la gerarquía, la cual da realce y perspectiva á la elevación moral, necesitaba el sacerdocio con la potestad de orden para la dispensación ostensible de la vida moral, ó sea la gracia, con la potestad de jurisdicción para organizar á su vez la potestad de orden.

La religión verdadera, ya en su primera época que se llamó de la Sinagoga, ya en su segunda que se llama «Católica romana,» excede bajo este aspecto á todas las demás: el *estilo* de Dios se encuentra en ella con exclusión de todas las otras.

Por último, en considerar el matrimonio como un Sacramento, es eminentemente razonable la religión de Roma.

En la vida moral tiene el padre su paternidad como en la vida física, participante como es del sacerdocio.

En el Matrimonio católico romano, los consortes, al procrear sus hijos, han de portarse como

quien da al mundo no tanto hombres como Cristianos; y Cristianos, no solo porque hayan de contarlos ó inscribirlos entre los ciudadanos de la nueva Jerusalem, sino porque á fuer de partícipes del sacerdocio, son los padres los que han de conferirles el bautismo á reserva del párroco, son los que han de anunciarles la primera palabra de la *buena nueva*. Y si la Naturaleza da á los padres el alimento y el amor para que sus hijos vivan y crezcan; la gracia del Sacramento del Matrimonio les dará la inspiración divina y el celo religioso á fin de que sus pequeños cristianos vivan y crezcan para el reino de los cielos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL

CAPITULO IV.

*El pecado original.—El sudor del trabajo.—El parto
y otras figuras de la Naturaleza física.*

Si como el dogma del pecado original no hay quizá otro más inaccesible á la inteligencia, tampoco hay otro alguno, á nuestro parecer, en que las figuras y parábolas con que la Naturaleza física se empeña en convencernos de su verdad, sean más abundantes, más universales, más permanentes y en que la segunda intencion esté más de manifiesto.

Así convenia Dios es demasiado sabio y justificado para que negando á nuestra razon el comprender ese gran misterio, no la ofreciese un cuadro completo y animado de esas demostraciones que su providencia acostumbra desplegar

en la Naturaleza física, cuando quiere convencernos de una gran verdad moral que ha dejado entre sombras por razones que ignoramos. Y esa demostración física, aunque indirecta, es tan fuerte, tan convincente, tan sobradamente plena, como lo había menester ese dogma fundamental en que descansa todo el plan del Cristianismo. De manera que si el dogma del pecado original, de por sí es esquivo para que siempre nos estemos diciendo: «¿cómo es eso?» la Naturaleza sale garante de ser muy cierto eso que no entendemos.

Y ¿cuáles son los caracteres con que la Naturaleza demuestra el gran suceso del pecado original?

Ahí los tenéis. Son esas enormes irregularidades, digamos así, que á fuerza de la costumbre no nos sorprenden, eso que llamamos y que nos parece tan natural y que no es ni deberíamos llamar sino rigurosamente *contra natural*. Esas enormes irregularidades son: el *sudor* del hombre para comer el pan, los *dolores del parto* de una madre y el lastimoso nacer de su hijo, la *muerte* del hombre, el *sistema hostil* ó de *anathema* en que está la Naturaleza contra nosotros. Situación tan irregular y aflictiva, nos dice sin réplica: todo hombre ha pecado.

El hombre nace solo para sufrir; ¿quién lo negará? Y, sin convenir en una caída original, ¿quién explicará el carácter de la vida del hombre? Hallarán los leones presa en el desierto, recojerán las aves para sus hijuelos el grano entre la yerba de los valles, ó el fruto de los árboles y arbustos en la espesura de los bosques, y los leones se solazarán en sus correrías, y las aves triscando y gorjeando, apénas lo piensan hallarán el sustento.

¿Por qué solo el hombre no comerá el pan sino con afán penoso? ¿Por qué la grama de los valles y los madroños de la montaña nacen y crecen silvestres y sin cultivo, y el trigo ha de sembrarse y la vid ha de cultivarse con tantos afanes, y, si no es así, no comerá el hombre ni restaurará sus fuerzas? ¿Por qué el banano ha de necesitar de una mano que lo plante, y es así que el encino dará en abundancia bellotas insípidas que no se han menester?

¿Será porque así, ejercitadas las fuerzas del cuerpo y del alma del hombre, producirán la ciencia? Pero ¿qué! ¿era acaso preciso afligirle con tan duros trabajos y aflicción de espíritu, para darle un bien que exento de esas cargas pudo dársele? El trabajo que incitase á la ciencia, no nos sorprendería y convendríamos en lla-

marle obra natural; pero ese que arranca suspiros y que se impone al fuerte y al débil, sin que la aflicción dé lugar al provecho de la ciencia; ¡no, no es la obra sabia de la *Naturaleza*; es el castigo terrible é inexorable de una justicia sobrenatural, y este castigo es . . . para todos!

Y esa ley de la fatiga y de la aflicción para ganar el pan, tiene su más terrible cumplimiento en el estado social del hombre. El pobre de las ciudades recuerda, al punto que se le observa, la maldición divina que pesa sobre el género humano. La manera casi milagrosa con que comen tantos hijos de Adam en medio de la miseria de las grandes capitales, nos hace ver que la ley del *sudor* para ganar el pan, es de un orden *contra-natural* ó *sobre-natural*. Semejante es el estado de la humanidad toda, bajo este aspecto, al del pueblo judío disperso entre las naciones: estado extraordinario é irregular es el de los hijos de Adam. Nótese ahora si será la Biblia un libro inspirado.

Y esos dolores y angustias del parto de una madre, y el lastimoso espectáculo del nacimiento de su hijo ¿qué nos dicen?

Que si es natural el parir de una madre y el nacer de su hijo, no les es la manera terrible de ese parto y de ese nacimiento.

¿Qué designio tuvo Dios en que se presentase tan dolorosa escena precisamente á las puertas de la existencia, al entrar un hombre en la vida?

Los deistas y los disidentes todos, que rehusan suscribir al gran dogma de la culpa original, tendrán que enmudecer cuando se les pregunte: «¿ese es vuestro Dios, el que ha puesto tantos horrores en el nacer de un niño *inocente*?» «No entendemos cómo ese Dios tenga entrañas de misericordia, ni cómo el autor de tan crueles angustias, sea el que crió las brisas de la mañana y las azucenas de los valles.» Ante el problema del hombre inficionado de la culpa original, el Dios de los deistas y de los demás disidentes de nuestra creencia, es un Dios *caprichosamente cruel*; el Dios de los católicos romanos es un Dios *soberanamente justo*. Avergiúncense los unos de este absurdo consiguiente á su incredulidad, complazámonos nosotros de ver á la *Naturaleza* ayudándonos poderosamente á vindicar nuestro admirable y armónico *supernaturalismo*.

Pero hay otro misterio de que se espanta la *Naturaleza* y que le causa asombro, por más que sin cesar vea que se repite dentro de sus dominios: este misterio es la *muerte del hombre*, extraño episodio que siempre ha disonado en el hermoso idilio á que esa obra estaba consagrada.

Es un suceso tan irregular, tan triste, la infame tragedia del *morir*, cuando en la obra de Dios el designio manifesto eran los *amores eternos*, la dicha incógnita y perpétua, que admira ver á ese mismo hombre colocando entre los aforismos de su supuesta ciencia, éste: «el morir es lo más natural.» Error que da lastima; ¡tanto así el rey destronado se olvida de que su trono debió ser indestructible y de que á su frente estuvo destinada la corona de la inmortalidad!

¡No; el *morir* es tan ageno al plan primitivo del Criador, como grande é invencible es la aversion del hombre á esta espantosa crisis. Los suicidas, si no han perdido el juicio, son para la Naturaleza lo más inexplicable que pueda darse despues de la irregularidad de la *muerte*, y en odio tiene á aquel tirano (el pecado del suicidio) entronizado por las pasiones humanas; en cuyo obsequio hay todavia quienes se abajan hasta decir: «*César, te morituri salutant.*»

Á la vista de ese irregular y antinatural fenómeno de la *muerte*, podemos decir con sobrada razon: la bondad amable de Dios crió la Naturaleza para la dicha, sin miserias, sin calamidades, sin la *muerte*; ese fué su designio primero; la justicia adorable de Dios reformó la Na-

turalidad para el castigo, con miserias, con calamidades, con la *muerte*; ese fué su designio posterior; y la obra *natural* así modificada, vió establecerse en su seno un verdadero anti-naturalismo.

¿Qué es esto sino la intencional armonia del estado de culpa original de todo hombre, con la obra visible, que Dios quiso fuese en todo la figura y el emblema del Universo moral? Segunda vez nuestra admiracion reconoce ser obra de Dios ese libro que entre sus primeras páginas, explica el estado actual del hombre, con el cumplimiento de aquella amenaza «*morituri morietis.*»

Por último. Hemos ya notado el aspecto de irregularidad y anti-naturalismo que reina en toda la Naturaleza, el sistema de hostilidad y de anathema en que se halla contra nosotros.

La tierra estaba destinada á producirnos flores, que nos embelasasen con sus vivos colores y embriagante fragancia, frutas que regalasen el paladar, y, á pesar suyo, digamos así, tuvo que obedecer el mandato de producir abrojos y espinas.

¿Quién podrá reconocer la bondad amable y paternal de Dios en esas yerbas venenosas, en esas serpientes emponzofadas, en esas fieras in-

domables, que tantas veces engañan, y muerden pérfidamente y despedazan con sus sangrientas fauces al rey destronado?

¿Qué hostilidad es esa? ¿Qué hemos hecho para que nuestro *Padre*, que está en los cielos, Aquel que crió las azucenas inocentes y las tórtolas sencillas, haya desencadenado tantos enemigos contra los hijos de su corazón, contra sus hijos todos, aun los que apenas han salido del vientre y penden todavía del pecho de sus madres?

O Dios no es la bondad suma, ó todos los hombres hemos pecado; ¿en cuál extremo habremos de convenir viendo esa guerra que sin cuartel nos hace nuestro Padre!

Nosotros, adoradores de un Dios que se llama por excelencia «Caridad, Amor,» nosotros, que entendemos ser la Naturaleza un libro en que constan simbolizados los misterios de lo invisible, nosotros; que admiramos la armonía de la Biblia con los hechos del sentido íntimo y con la obra visible, no podemos menos de repetir con San Pablo: «*Omnes, peccaverunt.*»

Eso de considerar alterado el plan de la creación de la Naturaleza física, haciendo entrar en él la irregularidad de los males y las calamidades, no puede ser una quimera. El *siglo de oro,*

cuya memoria conservan y celebran todos los pueblos, es una rigurosa realidad, si hemos de conceder á Dios belleza, bondad, sabiduría y omnipotencia, si hemos de confesar á Dios un Padre omnipotente y todavía no puesto en el caso de ejercer justicia, ni de castigar, porque el hijo aun no pecaba. Tenía razón el Poeta cuando al celebrar el restablecimiento del dorado siglo, trazaba así sus caracteres:

..... nec magnos metuent armenta leones.
Ipsa tibi blandos fundet canabula flores.
Occidet et serpens, et fallax herba veneni
Occidet.....

Lo repetimos: todos hemos pecado originalmente; la Naturaleza con su alógico lenguaje no se cansa de sostener esa tesis, que el entendimiento del hombre no podría por sí solo poner á cubierto.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO V.

Los agentes físicos. — La gracia, la virtud, la reproducción, la conversión, la penitencia en la Naturaleza.

Una vez observado cómo el estado actual del hombre es el de caída ó de pecado original, y cómo ese dogma es tan necesario que sin él nunca explicáremos el hombre ni la armonía en que está con la Naturaleza, y tan fundamental que sin él fallan las bases de todo Cristianismo y de toda religión; ya no nos sorprenderá, sino, por el contrario, encontraremos muy bien reclamado, muy lógico, muy consecuente el dogma de la gracia, ese dogma que ciertos espíritus preocupados afectan desdeñar como una teoría abstracta, escolástica y de un supersticioso misticismo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO V.

Los agentes físicos. — La gracia, la virtud, la reproducción, la conversión, la penitencia en la Naturaleza.

Una vez observado cómo el estado actual del hombre es el de caída ó de pecado original, y cómo ese dogma es tan necesario que sin él nunca explicáremos el hombre ni la armonía en que está con la Naturaleza, y tan fundamental que sin él fallan las bases de todo Cristianismo y de toda religión; ya no nos sorprenderá, sino, por el contrario, encontraremos muy bien reclamado, muy lógico, muy consecuente el dogma de la gracia, ese dogma que ciertos espíritus preocupados afectan desdeñar como una teoría abstracta, escolástica y de un supersticioso misticismo.

Así pues, como hay lógica entre admitir el dogma de la gracia, admitido que fuere el del pecado original, armonías también deberían existir, para la gracia, entre el orden visible y el invisible, una vez que las hay y tan interesantes, como lo hemos visto, entre los dos órdenes tratándose del pecado original.

Entramos en una región en que la Naturaleza se muestra enriquecida de los más elocuentes símbolos que pudieran apetecerse.

Todo lo que en ella se produce de bello y bueno, toda flor y todo fruto, toda vida y todo fruto de vida, está sujeto, para producirse, á la ayuda de una fuerza ó agente extraño, fuerza ó agente que no son el mismo ser productor.

Esa ley física es admirablemente figurativa del orden espiritual: «aquel don interno y sobrenatural que Dios concede por los méritos de Cristo á la criatura racional para producir actos saludables y meritorios de la vida eterna,» le vemos magníficamente figurado en el orden á que están sujetos todos los seres vivientes de la Naturaleza física.

Sembrará el labrador la semilla en la tierra preparada; mas es preciso que *del cielo descienda la lluvia para que la semilla germine*; crezca la planta y se produzca el fruto; no vendrá la llu-

via sino es que *los ardores del sol consigan que en el cielo se presenten las nubes.*

No se formarán los ríos para regar las tierras por medio del trabajo del hombre, sino es que *los rocíos del cielo* absorbiéndose en las montañas, formen las fuentes que con diversos manantiales forman los ríos.

Se ha menester la lluvia del cielo no solo para que *germine* la semilla, sino para *crecer* la planta y para que produzca *flores y frutos* hasta el tiempo en que el grano ya en sazón, pueda *cosecharse y guardarse* en la panera.

Mas, para que los vivientes tengan vida, es necesario no solo *el calor* del astro vivificante sino su luz. El sol, al nacer, primero nos dará *su luz*, con la luz irá creciendo el *calor* que desarrolla la vida.

Dará el sol *su calor y su luz á todas las semillas* arrojadas en el campo que preparó el labrador; caerá la lluvia en tiempo oportuno; mas unas espigas resultarán *vanas*, otras *llenas de grano*, y el labrador las juntará en su era, y separando *la paja del grano*, guardará á este en la panera, y la paja arderá en el horno.

Al describir estos hechos naturales, ¿no hemos expuesto sustancialmente la doctrina de la gracia?

Después de esto, *solo* debemos preguntar: ¿estas armonías serán casuales? A tal pregunta hemos dado respuesta al contestar otras en casos semejantes: necesario es reconocer en estas ordenadas coincidencias un plan premeditado en el autor de la Naturaleza física, toda vez que el dogma no pudo ser parodia de la Naturaleza, y que, por otra parte, no es posible un sistema ordenado de coincidencias *casuales*.

Nunca se ponderará lo bastante ese sistema que emplea el Evangelio, en que los más grandes dogmas, sobre todo el de la gracia y predestinación, están confiados, digamos así, á un símil tomado de la Naturaleza física. Este sistema, al parecer sencillo, es de una profundidad asombrosa. Solo el Cristo Hijo de Dios vivo, que conocía al hombre y que dispuso la Naturaleza física para el *hombre moral* principalmente, pudo haber encontrado tan admirables relaciones, preordenadas sin duda por El á fin de que fuesen el idioma más inteligible de las cosas de arriba, para aquel que siendo espíritu y cuerpo necesitaba el idioma de las figuras ó parábolas.

Quando el Cristo se aprovechaba tan feliz y oportunamente del espectáculo de los campos y de los sembrados, no admiremos su inventiva,

porque lo que hacía no era una invención; lo que hacía era llevar á cabo en esa oportunidad, después de tantos siglos, el pensamiento que tuvo desde el principio de los siglos. Desde los días de la Creación cuidó de preparar *elementos* de símiles y parábolas, adaptando ya entonces la forma de las cosas visibles á las lecciones de lo invisible que, venida la plenitud de los tiempos, tendría de darnos.

Quando nos dice, pues: «Yo soy la *verdadera* vid y mi Padre es el labrador; todo sarmiento que en mí, que soy la vid, no lleva fruto, le cortará, y á todo aquel que diere fruto le podará para que dé más fruto... » Al modo que el sarmiento no puede de suyo producir fruto si no está unido con la vid, así tampoco vosotros si no estais unidos conmigo. Yo soy la vid, vosotros las sarmientos; quien está, pues, unido conmigo, y yo con él, ese dá mucho fruto; porque *sin mí nada podéis hacer*. El que no permanece en mí, será echado fuera como el sarmiento inútil, y se secará, y le cojerán y arrojarán al fuego, y arderá. Mi Padre queda glorificado en que lleveis mucho fruto, —cuando eso nos dice, hé aquí otra vez el altísimo misterio de la gracia encomendado al intérprete nato del idioma del cielo, la Naturaleza física con sus símiles.

les, sus figuras y parábolas, intérprete que habla el idioma que nos es familiar.

En el párrafo que antecede, sencilla descripción del cultivo de la vid, se encierra lo más alto de la Teología.

Así son las cosas de Dios; lo sublime jamás se aparta de lo sencillo; lo sublime y lo sencillo se invocan cual un abismo á otro abismo. No podría ser de otra manera; ¿cómo conocer y admirar la elevación de la montaña si no descansase en el suelo?

Y no se diga que las cosas visibles dieron ocasión á inventar analogías felices en el orden moral, cuando hemos visto que el dogma de la gracia está reclamado forzosamente por el del pecado original, de una parte, y la bondad suma por otra, y cuando, además, las cosas visibles ahí estaban y sin embargo, ¿á quién si no al Cristo le ocurrió establecer á *posteriori* esas armonías ya que ahora nos parecen tan fáciles? Si tal sistema era una invención, por cierto que solo un Dios podía ser el inventor.

No nos cansamos de encontrar lecciones del sublime dogma, en ese grano de mostaza que, aunque pequeño, ha llegado á ser la mayor de las plantas; parábola del poder de la gracia; en esa higuera hallada junto al camino y maldecida

porque no llevaba frutos sino solamente hojas; parábola de la reprobación del que resiste á la gracia; en esa higuera plantada en la viña y que hallada sin frutos en tres años, por su dueño, quiso cortarla, mas el viñador rogó por ella para que el dueño la dejase todavía un año; «yo cavaré alrededor de ella, decía el viñador, y le echaré abono, á ver si da más frutos;» parábola de lo propicio que es Dios para darnos su gracia. «A ver si el árbol da frutos este año;» parábola de la cooperación de la libertad humana.

Restanos responder á dos diversos enemigos de la gracia, de un lado los pelagianos, de otro los protestantes.

Obsérvese cómo en la Naturaleza física, los frutos buenos y de vida, es decir, los que son para la mesa y para el granero, no los ha de dar el árbol ó la planta por los elementos que están en su sér, sino que han menester el recurso artificial ó sea el cultivo del labrador; y hay grande armonía entre el trabajo artificial del hombre para completar las fuerzas ó las obras de la Naturaleza física, y el don sobrenatural de Dios ó sea de su gracia, con la que el hombre, completado su poder y querer natural, ejecute actos de vida eterna.

No sería perfecta, según los pelagianos, la

creacion natural del hombre si se ha menester la gracia; nosotros tambien dirémos: no sería perfecta la creacion física si se ha menester el arte del hombre.

Ellos replicarán: «si la creacion física no quedó completa, fué para que el labrador ó sea el hombre quedase glorificado completando la obra de Dios, y Dios por esto quedase siempre con la suprema gloria.» Nosotros contestarémos: si la obra espiritual no quedó completa fué para que el celeste viñador ó sea Jesucristo quedase glorificado, completando el trabajo de su Padre, y Dios por esto quedase al fin con la suprema gloria.

Las parábolas, pues, de la Naturaleza física condenan resueltamente el pelagianismo.

Nos queda la objecion de los protestantes, principalmente de Calvino. Su sistema pretende fundarlo precisamente en una supuesta armonía con el orden físico.

Dice Calvino: «el hombre, fruto del pecado, no puede producir más que frutos de muerte, se parece al árbol malo, que da necesariamente malos frutos.»

Nosotros preguntamos: ¿quién es ese árbol malo? ¿el acto de voluntad que quiere ser como árbol malo, ó la facultad de querer criada mala

é incitada al mal por Dios? ¡Es lo segundo! Pues ¿por qué Juan Bautista, usando la misma metáfora, estableció la armonía diciendo á los pecadores *todos*: «haced frutos dignos de penitencia y no digais, tenemos por padre á Abraham» Mirad que ya la segur está aplicada á la raíz de los árboles, y todo árbol que no produce buen fruto será cortado y echado al fuego.»

Si, pues, de esos árboles algunos han de dar necesariamente malos frutos, el labrador celeste se mofaría de ellos cuando á todos les decía: «procurad dar buenos frutos.»

No hay duda: la metáfora se refiere á la voluntad que libremente se constituye mala; la voluntad no es el árbol sino la que cria el árbol. Dios pudo criar árboles físicos que necesariamente den frutos malos, porque el mal físico no es un verdadero mal, y si esos árboles no habian de representar la voluntad en acto que por libre eleccion quiere lo malo y que una vez hecha la eleccion hasta entónces la obra ó el fruto son necesariamente malos, Dios nos daría lecciones inútiles y en eso no hay sabiduría, porque Dios para perder al hombre no necesitaba perder el tiempo en lecciones.

De intento apelamos al absurdo en que se interesa la sabiduría, que no negarán á Dios los

calvinistas ya que no quieren advertir cómo, caracterizando á Dios á su manera, fraguan uno que se burla de sus víctimas y que las habla de salvación, precisamente para gozarse más en perderlas. Según Calvino, cuando el celeste viñador, ya empuñada el hacha, dice al árbol: «aun es tiempo, no te cortaré si dentro de un año das buenos frutos,» no hace más que burlarse del árbol, porque aquel árbol por fuerza é irremisiblemente dará malos frutos. ¡Cómo calumnian los mercenarios al benévolo dueño de la viña!

CAPITULO VI.

La Gloria en la Naturaleza.

Siendo la vida del hombre un estado transitorio de prueba, no podía Dios darnos una idea demasiado luminosa de la bienaventuranza eterna, sin faltar á su plan; no podía hacernos sentir lo que allí se ha de sentir, sin anticipar el gozo celeste; y entónces ¿qué nos quedaría de libertad para merecer? En esta vida estamos á prueba de amor; y si el celeste amante, aquel Dios de hermosura indecible y de amabilidad imponderable, se nos dejase ver, no habría lugar á la prueba; los esplendores de la beldad y de la bondad de Jehová nos arrebatarian sin darnos

tiempo al amor meritorio; en nuestro arrebatado exclamaríamos con Tomás: «Señor mío y Dios mío, y Jehová podría decirnos: «bienaventurados los que no vieron y creyeron.»

No así la idea de los tormentos eternos; ese «siempre» ese «nunca», nos hieren tan al vivo, son tan bien comprendidos de nuestra inteligencia y de nuestro corazón, que nada puede consolarnos cuando nuestra imaginación, ayudando al raciocinio, nos representa ese padecer tan intenso, tan negro y tan sin remedio. Solo una cosa nos alivia: el olvido de la tremenda verdad, ó, si ésto lee algún filósofo, el olvido de la tremenda duda, fatal curativo que pérfidamente nos halaga. Por más que el Infierno eterno sea un misterio en su *por qué*, sin embargo, si hacemos la hipótesis de su existencia, nuestras facultades se prestan altamente a aterrarnos y hacernos sentir cómo será.

Esta diferencia entre el modo de afectarnos el ofrecimiento del premio y la intimación del castigo, es una apología de Dios en la sabiduría de su plan y en la justicia de su conducta con el hombre libre.

Pero ¿qué! ¿es tan remota la idea que Dios nos ha suministrado de la bienaventuranza eterna! ¡Oh, no! «*Signatum est, Domine, lumen vul-*

tus tui super nos dedisti: latitiam in corde meo,» ha dicho el Rey-poeta, y ha dicho una hermosa verdad de la que la Naturaleza sola garantiza.

Son tan gratos los preludios, digamos así, que el divino amante hace vibrar, hace exhalar á la obra visible, que no pocas veces ya parece vemos al Invisible y oímos al Inefable, ya parece que vislumbramos la luz eterna, la luz de dicha, ya parece que concebimos el amor infinito y que nos engolfamos en esos espacios donde reina la paz imperturbable, la perenne ventura.

¡Cuántas veces los acordes de los acentos musicales insinúan en el alma delicias tan desconocidas, de tan intensa felicidad, de una dulzura tan consoladora, que no quisiéramos ni sabemos para qué vivir! Descubren al alma esas armonías, tales arcanos de melancolía, de bienestar, de ternura y hasta si se quiere de un grato y sublime dolor, que no podemos menos de adivinar, en esos medios del divino poder, sus intenciones amorosas.

Bajo este aspecto, la música *profana* es verdaderamente una *profanación* del arte divino. Esa vaguedad de afectos, esas ansias de dicha desconocida, misteriosa; ese anhelo que desdeña todo lo que sea menos grande, menos sublime; ese fenómeno tan ageno á la vida natural, es el

Infinito que está á la puerta, es Dios que se nos deja entrever, por decirlo así, es Dios que habla una palabra de amor á nuestro oído. ¡Qué dulzura la de nuestro Dios! Con una sola palabra á medio pronunciar logra el efecto de producir el sentimiento más grato que darse pueda en la vida del hombre.

Es de notarse otro fenómeno en los efectos de las armonías musicales. Acaso no se habrá observado cómo es mayor el sentimiento de misteriosa delicia producido en nosotros por un *preludio*, por una *armonía preparatoria* que por una composición; más efecto nos hacen las armonías de la *introducción* que las *armonías del asunto*. Esta observación nos conduce á reconocer otra vez cuál es el designio de Dios en tan bello arte; porque si la *música toda* es un *preludio* de la dicha celeste, era propio en la sencillez de las obras del Altísimo el conseguir su objeto, ménos en las armonías musicales combinadas por el arte, que en las primeras que la Naturaleza nos ofrece, como sucede con una *introducción*, con solo un *preludio*.

Para nuestro intento nos complaceríamos, pues, en definir la música: media palabra que al hombre habla el celeste amante, un preludio de la dicha infinita. Y si esto es así, digásemos si

bajo tal aspecto no está revelada al hombre la ventura eterna.

Pero no solo al oído se nos dice algo del amor de Dios y de su gozo inefable; á los ojos también se han preludiado, digamos así, Dios y su gloria. Que se nos explique de otra suerte, si no con el designio intencional de Dios para obrar tal efecto en nuestros corazones, ¿por qué el azul del cielo despierta en ellos tan inefable consolación, tan melancólico anhelo por un no sé qué nada parecido á lo que amamos *acá abajo*? El Rey-poeta ha caracterizado magníficamente esta armonía; su *«cali enarrant gloriam Dei»* vale por muchas páginas de poesía.

En un día sereno, fresco, ya en la plenitud del Otoño, internarse en el bosque al mediodía, prestar oído al rumor de las abejas que no lójos elaboran la miel en alguna quiebra del pardo risco, en tanto que el silencio y el descanso reinan sobre las flores, los céspedes, los árboles, el valle y la montaña; contemplar ora el cerúleo espacio, ora el manso rúido del follaje, ora las sombras del bosque; perderse en agenas meditaciones, y sentir una vaga persuasión de cómo aquello que contemplamos y así nos embelusa, no es lo que vemos ni lo que oímos. ¿será que vislumbramos la faz del Invisible, será

que percibimos el rumor de su voz, será que columbramos las regiones de la lejana tierra de promisión! Decidnos, si nó, qué puede ser eso.

Pero también los perfumes son intérpretes del bien desconocido.

Fue muy digno del que crió las flores, depositar en ellas no solo el néctar sino la ambrosía. La fragancia de una flor es el móvil más poderoso de inspiración; ese olor fresco es como la expansión de una felicidad viviente. Esa delicada fruición que una flor olorosa produce en el alma, es como el anuncio del verdadero goce, de una ventura que vive en otra parte.

¿Quién no se cree iniciado en las delicias sobrenaturales aspirando el aroma de una azucena? Esa reina de las flores, real emblema de la belleza de la esencia divina, debía ser ungida sin duda con la más escogida fragancia. Esa fragancia podría definirse: el olor del cielo.

La Naturaleza que ha puesto en nosotros cierta aversión de la parte noble del alma ó los bajos placeres, no ménos que la inclinación á ese goce de algun olor delicado, nos confirma en el concepto de que el designio de Jehová en la fragancia de las flores y en los perfumes, ha sido el que percibamos un tanto las dulzuras del Eden celeste. Es tan insinuante la melancolía

del olor en las flores, que al percibirlo no podemos ménos de suspirar. ¡De cuál amor oculto son intérpretes esas hijas de la belleza!

Se ha notado ya la semejanza de destinos que existe entre las armonías musicales, los colores y los perfumes. Hay colores melancólicos y olores que despiertan esos sentimientos, lo mismo que hay armonías musicales dotadas del poder de entristecernos. La inocencia, el candor, la pureza, respiran en ciertos colores ó combinaciones de ellos, así como en la fragancia de ciertas flores, (las balsaminas), no ménos que en ciertas armonías musicales.

La música y los olores son el poderoso móvil de los recuerdos. Recuerdos de inocencia, de amor, de infortunio, están misteriosamente confiados á la guarda de la música y de los aromas. Cada corazón sabe muy bien qué notas, qué flores son las que guardan los diversos episodios de su historia; nuestra madre; nuestra amada, una hermana, un hermano, un amigo, nuestras primeras aspiraciones de amor y de gloria, la primera ilusión perdida, el primer golpe de infortunio, el primer afecto de arrepentimiento, el primer movimiento de esperanza en la misericordia del buen Dios, la primera reflexión sobre cuánto debemos al amable Padre; cada uno

de estos episodios están simbolizados, digamos así, en aquellas notas y aquellas flores testigo de cada suceso.

En estas leyes de tan admirable armonía, hay más que simples coincidencias: el amor de nuestro Dios y las delicias de otra vida mejor, están preluídas aquí.

Otra de las muestras que el mundo visible nos ofrece del gozo venidero, es ese plan de transiciones, alternativas y contrastes sobre el que está arreglado el orden de las cosas, figurando ya ellas lo que habrá de este siglo al futuro. No habrá ardoroso estío sin un plácido otoño; á las fatigas de la seca seguirán las lluvias refrigerantes; al frío desconsolador, y á la palidez del invierno, sucederán el calor vivificante y la esplendente luz de primavera; á las tinieblas de la noche habrá de seguirse la claridad de la mañana, al tiempo tempestuoso seguirá la calma y la bonanza del buen tiempo; el que hoy siembra con sudor mañana recogerá con gozo, el que hoy se afana y gime, mañana descansará y reirá.

Esta separación del hoy y del mañana, del mal que ahora se sufre por el bien de luego, es tan fundamental en la Naturaleza y, sobre todo, en los principios de conducta de todo homi-

bre en sus esperanzas, en sus determinaciones, en sus empresas, que no puede ménos de verse en ello el designio explícito de Dios, pero no digamos solo el designio, digamos más aún: su próspera justicia.

Se ha dicho, por último, que reconociéndose en el corazón humano una tendencia *innata* á la felicidad perfecta, á la ventura sin medida, Dios es el autor de ella; y que no encontrándose *acá* sino dolor y desdicha, Dios nos engañaría si *más allá* no se encontrase ese lleno de unas facultades que *acá* no tienen explicación. Pero un padre tan bueno ¿cómo iba de engañar á sus hijos!

Esas ansias de felicidad son un hecho y un hecho tan necesario como es el amor en el corazón humano, y es precisamente al amar cuando el ansia de ventura se levanta en el espíritu. Los que aman creen por fuerza en la vida futura.

«Amad, y en el suelo no habrá más dolor,
Que amor es el cielo y el cielo es amor;
Creed, Dios es fuerte, Dios vivo, Dios vé:
La duda es la muerte, la vida es la fé.»

Estos sublimes versos son un dogma para nuestro asunto.

Mas aquí hay una ilusión que evitar. Cuando el hombre novel en amores, se siente agitado de ese sentimiento misterioso que llamamos el primer amor, sentimiento que abarca en sus deseos todos los mundos, todos los siglos, que todo lo embellece, que todo lo ennoblece; que todo lo santifica, que todo lo diviniza, atribuye entonces esa gran revolución á una *beldad angelica* que se le ha *aparecido* en su camino; á una *pequeña diosa jéven*, á una *mujer*. Pero, ¿qué es ese misterioso que así nos agita, que así nos trastorna, que mantiene nuestros desvelos, que promueve tan sublimes aspiraciones, que excita tan dulces ansias, ¿es en efecto esa mujer que se apareció en nuestro camino?

Triste ilusión la que nos forjamos engañándonos á sabiendas. Bien sabemos que no es la mujer es Dios quien se nos ha aparecido. A semejanza del impaciente pueblo de Jacob, que discerniendo bien entre Jehováh y el becerro de oro, adoró á éste, solo porque aquel tardaba en visitarlos otra vez, el jóven amante sabe que Dios, si bien es esa dicha aparecida y no la mujer, tardará en entrarlo á su goce. Y es que el hombre, ansioso de gozar luego, prefiere una pequeña parte de delicia, con tal que sea de presente, á la delicia entera é infinita, solo por-

que tardará en dársele algunos años ó acaso algunos días.

Notémoslo bien. La expectativa de ventura que en nosotros despierta el amor á la mujer y, sobre todo, el primer amor, no acusa sino la perversion de otra generosa tendencia, tendencia determinada en nuestro espíritu por obra del Bien Infinito. A fin de apartarnos de toda ilusión el celoso amante nunca ha querido darnos, mientras pongamos en la mujer nuestra dicha, ni aún la dicha pequeña con que por transacción nos contentáramos. Nótese cómo el hombre no solo no consigue la ventura con que el aspecto de una humana beldad le engaña, pero ni aún esa dicha limitada con que despues pretende contentarse. Jamás el hombre verá realizarse en la vida ni la dicha infinita ni aún la dicha mediana que *su amor* le promete. Será feliz el hombre con el cariño, pero nunca con el amor. Dios ha ordenado *el cariño*, para que los hombres se lo presten unos á otros, hijos á padres, esposos á esposas, hermanos á hermanos; pero *el amor* se lo ha reservado como una ofrenda para su Majestad: amar, en todo rigor, es adorar, y solo á Dios podemos adorar. ¡Díganlo los amantes si no es adoracion el amor!

Con razon, pues, es en el hombre tan miste-

rioso el sentimiento del amor; con razon esa aurora anuncia tan luminoso dia; con razon parece que va á gozarse tanto; con razon se ve tanto, se imagina tanto, se descubren tan grandes cosas al insinuarse en el espíritu el extraño afecto, al presentarse á los ojos la mujer; ¡si no es ella el astro que se ha levantado en nuestro juvenil horizonte! no es ella, es el Bien Sumo quien así nos alumbrá. Ella viene á tal hora, no para recibir adoraciones, sino para ayudarnos á saludar, en tan espléndida mañana, tan esplendente sol; sino para decirnos: no es bueno que estés solo, tú que de adorar tienes, como tambien yo, al hermoso Dios, con todo tu corazon, con toda tu alma y con toda tu mente.

¡Oh! ¿quién no ha visto la aurora del eterno dia; á qué oído no ha llegado un lejano preludio de los celestes conciertos; qué ojos no han contemplado á través de la azul bóveda ó de las sombras de la selva la belleza infinita, los arcanos de sus amores?

¿Quién no ha percibido las intensas delicias del otro mundo al influjo de algun fragante olor?

Un amor eterno ó inefables delicias nos cercan por todas partes; los conciertos están á punto de romper el silencio; las delicias están á pun-

to de desbordarse; los esplendores ya casi rompen la nube que los vela; la beldad eterna ya vá á presentársenos; la voz de sus amores vá á enamorarnos para siempre.

Hé aquí lo que pasa en la vida del hombre; hé aquí un espectáculo en que la Naturaleza, Dios y los hombres están en armonia más de lo que parece.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO VII.

El Inferno en la Naturaleza.

Un amor eterno, una felicidad infinita; un desden eterno, una desventura sin término; si son dogmas en el Cristianismo, son armonías que en la Naturaleza se reclaman.

Si la Naturaleza es elocuente y sentida para publicar la vida futura en un Eden celeste, su expresión es enérgica para predecirnos el Inferno eterno, como ya lo hemos anticipado.

Si en esta vida de prueba el corazón humano apenas puede concebir la dicha; la Naturaleza por cierto que se presta para figurarse, para sentir una espantosa desventura.

¿De qué manera? Cabalmente de la manera que más hace al caso: una desventura que sea eterna.

«¿Me amarás?—¡Nunca!»

«¿Me perdonarás?—¡Nunca!»

«¿Podré lograr lo que deseo?—¡Nunca!»

«¿Cesará el dolor que me atormenta?—¡Nunca!»

Estas no son voces vacías; ¡á quién no afije siquiera imaginar á un desdichado que á tal demanda reciba tal respuesta?

No nos hable de su dicha un hombre feliz, porque ni nos gozamos con él ni le entendemos; sus palabras son vacías para nosotros. Hablese nos de un gran pesar, y parece que nosotros también entramos en tortura; ensánchense al arbitrio los caracteres de ese pesar hasta más no poder, nuestro corazón todo lo abarcará; mientras mayor sea el pesar, nuestro corazón podrá mejor sentirlo y comprenderlo. Y si del infortunado y de su pesar se nos dice: «ya veréis, no le durará siempre;» y así lo cremos, nuestro interés ha fracasado. Pero que se nos asegure esa *nunca*, y el pesar tiene ya importancia para nosotros.

No digamos, pues, que si hay una ley que amenaza con un infierno eterno, esa ley no está

bien promulgada; porque la pena es cosa que la mente nuestra sabe prodigiosamente concebir.

Pero de los infortunios, ¿cuál será mayor que el amor sin esperanza? Mayores son las penas del espíritu que las del cuerpo, mayores las penas del amor entre todas las penas del espíritu.

«¿Qué! *nunca* lograré que me ame?—¡Nunca!»

Hé aquí el desdén eterno, lo único que hace mella al corazón humano. De toda otra pena se ríe.

Ni se nos diga cómo hay hombres que no aman; porque los hombres sin corazón no son hombres. Si en el cielo la perfección es la caridad, en la Naturaleza la perfección es el amor.

Mas así como dijimos que, cuando el hombre en sus juveniles años siente poseida su alma de ese afesto misterioso, al sonreírle la mujer, no es ella, es el Bien sumo quien se le ha aparecido; así al herirnos su desdén, venimos á confundir un mal mezquino y pasajero con el presentimiento vivamente impreso en nuestro corazón, de ese desdén eterno, de esa eterna desventura, de ese tormento que trácida por siempre el espíritu, de ese fuego inextinguible, que devorará, sin consumir, á quien por su reato cayó

en la desgracia de la Hermosura inefable. ¿Qué es esto! ¿De dónde pudo veniros tan ajustada disposición de sentimientos naturales con las promesas y amenazas de lo sobrenatural católico?

No nos sorprendamos, si en todos los dogmas hemos encontrado tantas armonías de un mundo á otro. ¿Cómo no haberlas tratándose de los premios ó de las penas con que Dios justifica su ley!

Pero no solo en el corazón humano está promulgada, por medio del sentir, la pena eterna; en la Naturaleza visible existen fundamentales figuras de la terrible alternativa de la Eternidad.

Ya hemos apuntado esos contrastes por lo que hace á la dicha celeste, y pues se trata de cosas correlativas, podemos, como allí, decir aquí: al buen tiempo seguirá la tempestad, á la luz y al calor del verano el horror del invierno; el que hoy no siembra, mañana se quejará de hambre; el que hoy descansa y ríe, mañana se afanará y gemirá.

Otra vez diremos: aquí se vé no solo el designio figurativo sino tambien la próspera justicia. Así que, el día está hecho para la luz que ilumina, para las aves que cantan, para las brisas

que recrean; la noche para las tinieblas que ciegan, para las fieras que rujen, para las aves siniestras, para los huracanes que asuelan, para las tempestades que devastan. Si vais al Polo, allí tendreis días descomunales, pero que serán compensados con proporcionales noches; allí, pues, tanto se os impondría de tinieblas y de hielos, cuanto se os dió de junto luz y calor. Si en la mocedad acumulais los goces, amontonaréis penas para la vejez.

Pero con esto se nos dirá, probado queda solamente un infierno para la otra vida, mas no un infierno eterno.

¿Qué! ¿no hemos establecido una *proporcion de razones iguales!*

Pues bien: si en esta vida hay en la Naturaleza igualdad correlativa del día á la noche, de la luz á las tinieblas, del calor á los hielos; cómo es que en la otra, encontrando dicha *eterna*, un amor *eterno*, una luz *eterna*, un consuelo *eterno*, no habrémos de encontrar una desdicha *eterna*, un desamor *eterno*, una oscuridad *eterna*, un dolor *eterno*. ¡Pavoroso cuarto término de la proporcion!

Volviendo á aquella prueba tomada del sentimiento natural de la justicia, diremos: que el corazón del hombre distingue intimamente dos

clases de crímenes y, por consiguiente, de penas para la otra vida.

Hay crímenes que si en uno estuviera castigarlos, determinaría un castigo eterno para ellos, sobre todo, para esos criminales ingratos, desleales, reincidentes y á quienes no enternoce ni el beneficio más señalado, ni aun el que les venga de parte de su inocente víctima. Para estos crímenes nos dice una voz interior: «no debe haber perdón para siempre.»

Y no digamos que Dios ve los corazones y que la culpa de este ó aquel puede ser ménos grave de lo que parece, no digamos eso; lo que sabemos es que hay crímenes enormes, que hay conductas de enorme malicia. ¿Quiénes son los autores? Dios lo sabe bien; los autores existen aunque ignoremos quiénes son.

Ni se diga tampoco que la misericordia infinita, concediendo el don de arrepentimiento, ántes de la muerte, á los pecadores de toda la vida, puede así indultarlos; porque el indulto es de suyo un acto de excepcion; así nos lo dice el sentimiento imprescindible de una justicia perfecta, de una *bondad*, si bien *libre*, también *justificada*. La justicia infinita puede resaltar y no vulnerarse con un juez *misericordioso* y *libre para serlo*, misericordioso y libre infinitamente;

puede resaltar y no vulnerarse con algunos rasgos de generosidad por razones que el juez tenga en su ánimo soberano; pero ¿dónde está la justicia *infinita* y la terrible *majestad*, concediendo indultos, no por excepcion sino por regla general?

Salvos estos principios innegables, el mayor argumento, á nuestro entender, el más fuerte contra el infierno eterno, es aquella última dificultad que se presenta en la cuestion tremenda de la predestinación:

«Sea, pues, libre Dios; se dirá, para criar á aquellos hombres que *libremente* pecan y que por consecuencia de su voluntad se condenan; queda así satisfecho *nuestro entendimiento*; pero *al corazón* ¿no le ocurre decir: ¡ojalá y la esencia de Dios fuese de otra manera; sería *de desear* un Dios tan bueno como el corazón lo pide! Hé aquí el último argumento.

Pues ese Dios, os responderemos, ese Dios como os lo pide *el corazón*, como os lo imagináis, como deseariais que existiese, es el mismo Dios que ántes suponiamos, es el mismo Dios Católico-romano. Lo que desais es precisamente uno de los datos que entran en la nocion de Dios. La incógnita del problema está en concordar ese elemento de *lo deseable* que es Dios, con los

otros datos que ya tenéis; *numquid iniquitas apud Deum?*

El problema insoluble para el hombre ó, en términos morales, el misterio, está, pues, en comprender cómo han de armonizarse atributos que separadamente reconocemos, no atributos contradictorios; porque no se trata del sí y el nó, porque no se trata de lo bueno y de lo malo, sino de la justicia libre y la bondad libre, de la justicia y la misericordia, de quienes, aunque no sepamos cómo, está escrito han de darse el ósculo de paz, *misericordia et veritas obvenerunt sibi, iustitia et pax osculato sunt.*

¿No será esencial al Ente necesario, á aquel por quien todo existe, el que sea *amable, deseable, apetecible*, cuando vemos que hay tantas cosas *amables, deseables, apetecibles*, y las que desea uno que *vivan*, que sean así como son?

No lo dudeis; Dios es como lo deseais, aunque no sepamos cómo sea *deseable* con todo y que cria al que libremente se ha de condenar. (1)

Dando alguna más extension á estos conceptos, indirectos en nuestro asunto, como que figuran en él solo por responder á objeciones que pudieran dirigirse nos, agregaremos:

(1) A Voltaire no ocurrió esta solución tan fácil. Es que no amaba la luz.

Lejos de sorprendernos el encontrar una dificultad insoluble ó, en términos teológicos, un misterio en esta materia, deberíamos más bien sorprendernos, y mucho, de no encontrar ese misterio, cuanto que lo infinito figura aquí como dato necesario, y pavoroso, como que se trata de riesgos en que se interesa tan al vivo nuestra personalidad.

Por otra parte; observacion digna de hacerse, es el interés que la Iglesia católica romana ha sabido dar á un asunto de tal transcendencia, haciendo de un niño frívolo que jugaba con fuego, como era el género humano antes del Evangelio, un hombre de juicio que se preocupa como debe, pensando de serio en el mañana de la eternidad. Natural era esto, tratándose de una religion de verdad. A tal Dios tal magestad, tales temores, tales servidores, tales esperanzas, tales amadores, tan sublimes inquietudes, tan saludables angustias en tantas almas que á la consideracion de un más allá en manos del Padre santo y justiciero, del misericordioso y santo Crucificado, desfallecen preocupadas no solo de sus *postrimerias* sino de las de sus prójimos (notable seriedad del cristiano! de sus prójimos, y prójimos no solo de entre sus deudos sino de los más remotos países.

El pavoroso infierno cristiano vino á reclamar con el fierísimo espectáculo del Calvario, así como éste reclamaba con aquél. La noción de Dios se ensanchó infinitamente; si la Majestad divina es buena hasta lo sumo, hasta hacer santos por amor, la tremenda y santa justicia ha quedado en su dignidad también infinita hasta hacer justos por temor. Y si es natural en el hombre llorar de ternura y esperanza, ó bien temblar de espanto, ¿dónde estaba ese Dios vivo y de verdad, autor de la Naturaleza, que, á fin de hacerse amar, no supiese mover esos resortes, poniendo así en armonía con la Naturaleza su invisible orden sobrenatural?—Aquí está, responde el católico romano (*Quis sicut Dominus Deus noster*; Salmó 112); aquí en ésta Iglesia, donde nuestro Dios es capaz de ser amado hasta el martirio y temido hasta el quebranto, hasta hacer de una piedra un hijo de Abraham, de un corazón de bronce uno de carne.... con su infierno eterno.

Aun hay otro argumento contra la justicia de Dios, por la eternidad de las penas, que merece ser examinado. Es este.

El hombre debía estar de tal suerte penetrado de la gravedad del mal que hace, que para un infierno eterno, sería necesario un co-

nocimiento profundo de la gravedad del pecado.

Ya hemos dado la solución; hemos ya demostrado que la ley del infierno eterno está bien promulgada; porque la pena eterna es cosa que comprendemos muy bien. Si, pues, no conocemos la gravedad intensa del pecado, si que conocemos *la gravedad intensa de la pena*, y por la pena podemos medir la gravedad del pecado. De lo contrario, comprender en sí la gravedad del pecado sería demasiado para que no pudiésemos pecar, lo mismo que si comprendiésemos en sí la gravedad intensa de la bondad de Dios; y destruida nuestra meritoria facultad de pecar, ¿cuál sería nuestro mérito en hacer el bien?

Por otra parte, ya sabemos que Dios castiga con número, peso y medida, diehte por diehte, ojo por ojo, y que cuanto cada uno tuvo de goces prohibidos tanto sufrirá de penas vengadoras; ya sabemos también que por exacta que sea en teoría la doctrina del pecado mortal, Dios calificará conforme á verdad; grande cosa es el pecado mortal, Dios calificará el que merezca la eterna condenación; semejante la justicia del sacerdote á la justicia del juez civil, uno y otro solo ven las condiciones exteriores de la criminalidad dejando á Dios juzgar de la *intención*

que constituye la esencia intrínseca del pecado. Para que Dios condene al fuego eterno se necesita mucho, mucho en la decisión de la *voluntad* del que peca, ó digamos en la *intención* del que peca.

Así, pues, cuando vemos que mueren tantos cuya conducta no fué ni tan buena ni tan mala, ¿cómo no convenir en ese semi-infierno del Purgatorio? A proporción de la gravedad del infierno eterno y del estado en que se hallan muchos al morir, se convence uno de la necesidad del Purgatorio.

Véase, por tanto, cómo la religión católica romana guarda tan proporcionada distancia entre los protestantes tan duros y los filósofos tan laxos, que no hay religión más filosófica ni razonable.

Pero esto debe tratarse en especial capítulo.

CAPÍTULO VIII.

El Purgatorio por la Naturaleza.

La cuestión del Purgatorio, conforme á las ideas que hemos anticipado, es, pues, esta:

«Es posible y razonable el Purgatorio; pero ¿existe de facto?» ¿Qué nos dice del Purgatorio la Naturaleza física, qué nos dice la Naturaleza moral?

Antes dirémos, que si en el dialecto que hemos adoptado, el Infierno es *natural*, el Purgatorio lo es mucho más. Ese infierno no eterno que los filósofos suponen, es un concepto falseado del verdadero Purgatorio; y por aquí se vé la grandeza del dogma cristiano, cuyos cre-

que constituye la esencia intrínseca del pecado. Para que Dios condene al fuego eterno se necesita mucho, mucho en la decisión de la *voluntad* del que peca, ó digamos en la *intención* del que peca.

Así, pues, cuando vemos que mueren tantos cuya conducta no fué ni tan buena ni tan mala, ¿cómo no convenir en ese semi-infierno del Purgatorio? A proporción de la gravedad del infierno eterno y del estado en que se hallan muchos al morir, se convence uno de la necesidad del Purgatorio.

Véase, por tanto, cómo la religión católica romana guarda tan proporcionada distancia entre los protestantes tan duros y los filósofos tan laxos, que no hay religión más filosófica ni razonable.

Pero esto debe tratarse en especial capítulo.

CAPÍTULO VIII.

El Purgatorio por la Naturaleza.

La cuestión del Purgatorio, conforme á las ideas que hemos anticipado, es, pues, esta:

«Es posible y razonable el Purgatorio; pero ¿existe de facto?» ¿Qué nos dice del Purgatorio la Naturaleza física, qué nos dice la Naturaleza moral?

Antes dirémos, que si en el dialecto que hemos adoptado, el Infierno es *natural*, el Purgatorio lo es mucho más. Ese infierno no eterno que los filósofos suponen, es un concepto falseado del verdadero Purgatorio; y por aquí se vé la grandeza del dogma cristiano, cuyos cre-

yentes pueden decir á sus adversarios: «lo que para vosotros es el término, para nosotros es el medio; vuestras medidas son muy cortas; donde vosotros concluís allí empezamos nosotros.»

Ahora, nótese la sobriedad de la revelacion divina que se contiene en el Evangelio; porque si el Purgatorio es tan natural, que hasta los filósofos lo admiten en definitiva, ¿para qué hablar de él explícitamente el Nuevo-Testamento?

Si en la region de lo posible y de lo razonable está resuelto el problema que nos ocupa, la cuestion del hecho se reduce, pues, á esta otra: los hombres al morir, ¿van ya en estado de gloria ó de infierno? ¿Cuál es el orden que Dios observa en este punto? ¿Qué nos dice el orden moral, qué nos dice el orden físico? pero ambos órdenes sin salir de la Naturaleza.

Respecto del orden moral, nosotros vemos todos los dias, que Dios no hace su justicia con muchos hombres en esta vida, ni con los grandes pecadores, ni con los pecadores comunes. Si no todos los que pecan son como Judas y Neron, tampoco de los que se arrepienten son sino muy pocos los que se portan como David, como Agustín, como la Magdalena. Nosotros vemos, nosotros entendemos, nosotros tenemos por cierto, que tales reacciones son milagros.

que de pecadores á justos son pocos los que pasan, y que son muchos los que mueren sin haber amado mucho.

¿Podrá ser de otra manera? ¿Nos engañaremos teniendo por amantes medianos á grandes amadores, que sin embargo no lo parecen? Esto podrá ser en tal ó cual caso; pero ¿qué sería el criterio moral si en este asunto no existiese una regla general de la que podamos estar seguros, salvas las excepciones?

En tantos pecadores comunes que diariamente vemos morir, suponer hombres ya sin mancha, aptos para el cielo, es tan contrario al orden moral de la Naturaleza, que á no haber en este punto un criterio de certidumbre, no sabemos cómo puedan justificarse las leyes civiles y los castigos de los hombres. Nosotros creemos á los hombres como su conducta, como sus obras nos los dan á conocer: «por sus frutos los conoceréis.»

No tenemos, pues, la certidumbre del destino de un hombre en particular, pero si la tenemos de los hombres en masa, podrá haber hombre que nos parezca malo, y que no obstante sea un santo para Dios; podrá haber un malo de quien Dios haga un santo en el momento de morir; pero aquello será una excepcion, y esto será un

milagro, que es tambien excepcion, y en todo caso queda salva la regla general.

Gratis sería, pues, suponer que la conducta de los hombres no sea la expresion general de su bondad ó malicia interior; gratis sería y contrario al órden natural, suponer que al morir los hombres que no sean réprobos, Dios los justifique todo lo que necesiten los pecadores medianos para que queden tan limpios como ha menester un ciudadano de la Jerusalem celeste. Posible es esto, pero el hecho ¿cuándo se probará á lo ménos como probable? Esto sí que necesitaría una revelacion expresa.

El pueblo católico romano ha mostrado siempre su buen sentido al juzgar de los que mueren; sabedor de que todos somos pecadores, de que son muy raros los perfectos, al morir, y de que aun los grandes pecadores pueden por milagro ser absueltos de la pena eterna, ruega siempre por todos los que mueren, por si estuviesen en el Purgatorio.

Además, el Purgatorio justifica la justicia de Dios y justifica su bondad. Si el Infierno es tan tremendo ¿por qué no habrá una pena inferior para los difuntos que á sus pecados alegan razonables excusas? y, si la gloria es tan grande

dicha ¿por qué darla sin grandes expiaciones y merecimientos?

¿Se dirá que los méritos de Cristo son tan grandes que todo lo suplen? Si todo lo suplieran sin nuestra cooperacion, no sabemos por qué la bondad de Dios no suprimió tambien el Infierno.

No nos cansemos: el infierno es para los que no tienen excusa en su maldad; el Purgatorio, para los que la tienen bastante en su debilidad ó en su ignorancia ó en otras razones que Dios se reserve; la gloria, para los que en sus expiaciones ó en su inocencia anticipan su Purgatorio ó no lo han menester.

Esta es el órden natural; lo que de este órden salga sale de las nociones fundamentales que tenemos de Dios, del hombre y de la vida humana, y viene á ser *contra natural*, mientras por una expresa revelacion no se justifique de *sobre natural*.

Por otra parte, ese mismo estado de oscuridad en que vivimos respecto de la gravedad del pecado, nos conduce á reconocer cuán natural sea, cuando digno de la misericordia de Dios, no reservar al juicio de su tremenda justicia sino á los inexcusables que supieron bien lo que hacían.

Dios, pues, con su Purgatorio, es justo, tanto más cuanto es tan riguroso con su Infierno. Con el Infierno amaga nuestra malicia, con el Purgatorio nuestra tibieza. Para llegar á la gloria es necesario estar limpio y así evitar el Infierno; estar más limpio y así evitar el Purgatorio. *«Amplius lava me ab iniquitate mea.»*

Pero, ¿qué nos dice del Purgatorio la Naturaleza física? Si Dios reserva allí tan terrible pena, ¿no pondría en sus obras visibles esos símiles con que nos habla de sus otros dogmas? Si que los puso. Semejantes á esos frutos que se maduran artificialmente, ya porque así es su natural condición, ya por preservarlos del riesgo de los hielos ó de los calores, los hombres que mueren ántes de perfeccionar su virtud, pasan de esta vida de peligros á otra vida segura en que se preparan á ser ofrenda digna del convite celeste. Estos hombres, á vivir más, se hubieran perdido quizá; el calor de las pasiones ó el helado viento de un siglo descreído hubieran quemado su corazón *«Dias amó (al justo) — dice el libro de la Sabiduría (4. 10) — y como vivió entre los pecadores fué trasladado á otra parte.»*

Es muy digno de notarse que hay especies enteras de árboles cuyo fruto no obtiene su sa-

zon sino cortado y fomentado bajo el influjo de un calor artificial; porque si se le dejase más tiempo vivir en el árbol, se perdería; el calor ó el hielo le dañarían. Entre estas especies se numeran el banano, el peral, la chirimoya y otras varias; demasiado delicadas estas frutas han menester que el labrador las separe oportunamente del peligro. ¡Cuántas almas débiles, á semejanza de estos frutos, han menester de Dios mayor misericordia!

Estas semejanzas no son más que la continuación del plan que hemos notado al tratar de la gracia. Lejos de ser caprichosas ó casuales, debemos ver en ellas el designio de Aquel que á sí se llama el labrador; que á las almas llama los frutos que El cultiva, que á los escogidos ó á los réprobos los representa en los buenos ó malos frutos, y que se afana porque los frutos se den buenos y los buenos no se hagan malos; que para madurar los frutos estableció el tiempo fijo de una estación, semejanza de la vida humana; que muchas veces y para muchas especies de frutos no es bastante la estación natural, que se ha menester de otra estación para la madurez, pero ya el fruto cortado del árbol; que esos frutos que en los campos ya no parecen sino que el labrador los esconde en un abrigado recinto,

se servirán buenos y sazonados en el festín del padre de familia.

Hé ahí á la Naturaleza física persuadiéndonos elocuentemente de la existencia de un Purgatorio sobrenatural.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

que se servirán buenos y sazonados en el festín del padre de familia. Hé ahí á la Naturaleza física persuadiéndonos elocuentemente de la existencia de un Purgatorio sobrenatural.

CAPITULO IX.

Naturalidad de la Resurrección de la carne.

¿Qué habría sido de Adán y su descendencia si no hubiesen pecado?

Fuera cual fuese su destino en la vida, se ve que su sér, compuesto de cuerpo y alma, no habría sufrido esa ruina de la que la enfermedad es un período y la muerte es el complemento.

Se ve asimismo que si es una cosa bien maravillosa ese ángel con cuerpo que se llama hombre, esa creación era un asunto importante en el designio de Dios.

Pero ese designio ¿habría de fracasar con el pecado del hombre?

No por cierto; sino que del mal que causaba el hombre libre, iba la sabiduría, la misericordia

y la caridad de Dios, á tomar elementos, á tomar ocasion de un órden más maravilloso, conservando el primer órden en cuanto no fuese incompatible con el segundo. ¡Cómo había de obrar Dios de otra manera! Hé aquí á lo que se reduce la cuestion de la Resurreccion.

Si Dios, en unir un espíritu á un cuerpo, tiene un gran designio, ¿qué era eso de criar al hombre con cuerpo por un poco de tiempo y separarlo despues, sin que el cuerpo hubiese sido necesario ni para que el hombre conociese ni para que mereciese?

¿Era preciso el cuerpo para que el alma usase de sus facultades? ¿Lo era para que fuese probada en esta vida? No, sin duda. Luego el cuerpo sirve para otro designio que no sabemos; y si en la vida este designio no tiene su verificativo, preciso es que el cuerpo tenga que servir en la otra; y aquí nos hallamos otra vez con la necesidad de la Resurreccion de la carne.

A esto agregaremos dos argumentos para los que creen en el Cristo; es á saber:

El gran designio de Dios en la Encarnacion del Verbo, fué unirse á sus criaturas; en el hombre se unió lo espiritual y lo corporeo para que uniéndose Dios al hombre con esto se uniese á toda criatura; muy natural era, pues, que si el

Cristo subsistiese para siempre, el hombre con alma y cuerpo subsistiese para siempre.

Es el otro argumento el que se toma del plan de unidad en la subordinacion de unos seres á otros, plan que ya hemos observado. Este plan no tendrá su complemento sino cuando llegado el término de los tiempos, reine el gran día de la Eternidad. Y ¿á qué fin aniquilar entónces la materia, si será entónces cuándo ha de servir para lo que sirva en el gran designio del que la sacó de la nada; si será entónces cuando Dios ha de ser plenamente glorificado en su obra, de la que es una parte importante y misteriosa el mundo de los cuerpos?

Fútiles son por cierto, las objeciones que se hacen no ya á lo plausible sino á lo posible de la Resurreccion de la carne.

Las objeciones se refieren á lo económico por decirlo así de esa obra.

Esos cuerpos disueltos, se dice, descompuestos en sus elementos, elementos que luego sirven á la formacion de otros cuerpos, ¿cómo podrán resucitar con el carácter de los mismos que en el dogma se supone? Respondemos en primer lugar, que la identidad que en el dogma se necesita es la de las formas, no la de la sustancia, cabalmente la misma identidad, que

en nuestro modo de ver y de hablar, atribuimos á nuestro cuerpo, cuya sustancia no es la misma pasado cierto período, pero del que decimos siempre «mi mismo cuerpo.»

Decimos en segundo lugar, ¿quién sabe lo que sucede con los elementos de los cuerpos muertos? ¿Será imposible para el Criador hacer que los elementos del cuerpo de cada difunto dejen de complicarse en la formación de otro nuevo, aun supuesto el hecho de que por algún tiempo se compliquen los elementos de uno en la formación de otro? De ninguna manera.

Pues si no es imposible, disipada está la dificultad.

Pero no es bastante haber demostrado así lo natural de la Resurrección. Si la religión que enseña este dogma, es la verdadera y por lo mismo la verdaderamente natural, figurada estará en la Naturaleza visible la Resurrección de la carne.

Es así, por cierto; la Naturaleza está continuamente presentándonos cumplidas imágenes de la futura resurrección.

No bien se despojan los árboles de sus hojas, y ya la vida hace germinar el árbol nuevo que será la gloria de la Primavera. Mejor dicho; las hojas no caen sino porque el árbol nuevo las

empuja; el árbol no quedará cadáver sino para rejuvenecer en la nueva venidera estación. Pero antes reinará en los campos la desolación, y solo cuando luzca el sol con toda su luz, será cuando se renueven todos los bosques y praderas. ¡Hermosa figura! La renovación del mundo, de las flores y de los árboles nos garantiza la renovación del género humano.

Pero hay figuras más significativas todavía de lo que ha de suceder al hombre. Tales son las metamorfosis del gusano, que al acercarse el Invierno labra su tumba, de la que al venir la Primavera saldrá transformado en hermosa y flotante mariposa, que no se arrastrará ya por el polvo, porque su región es el diáfano cielo, y sus delicias, puras y brillantes flores.

¿Será casual y sin designio, semejante género de vivientes? ¿Qué casualidad hizo que las metamorfosis no fuesen del cielo á la tierra sino de la tierra al cielo? ¿Por qué el volátil no acabó por ser gusano, sino que éste, de arrastrarse en el suelo, acabó por subir al cielo?

Otra hermosa imagen de la Resurrección nos la ofrece el chupamirto ó colibrí. Llegado el Invierno, deja sus flores, le falta el aliento y vá á suspenderse asido de sus piés á la rama de algún arbusto. Allí en letargo, cual si fuese un

cadáver, espera el calor y la luz de la nueva estación. Venida ésta, sacudirá el sueño, reconocerá el mundo renovado, y lanzándose como una saeta que hiende los aires revolará de flor en flor gustando la ambrosía que encierra el perfumado cáliz. (1)

Tan notables fenómenos serían el más extraño capricho de excepción en el plan general del grande Artífice, si no hubiese en ellos un designio moral que justificase y explicase tales rodeos en El que pudo hacer se renovase el follaje como se renuevan nuestros cabellos, que las máriposas saliesen del huevo como salen las aves, y que los colibrís emigrasen como emigran las golondrinas, ó que resistiesen los frios, ó que pereciesen con ellos á la manera de los otros volátiles. Y si en tantos otros fenómenos hemos visto ya indudablemente figuradas otras verdades religiosas, ¡cómo no ver en estos figurado el dogma de la Resurrección del hombre!

(1) Los misioneros de México tuvieron la delicadeza de llevar notarios públicos que diesen fe, con vista de ojos, en diversas voces, de ese fenómeno tan notable que los europeos negaban obstinadamente.

SECCION III.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIPTERON GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SECCION III.

LA LITERATURA, LAS LEYES DE LO BELLO, LAS DE LAS
FÓRMULAS, APLICADAS A LA RELIGION.

CAPITULO I.

*Consecuencias de las observaciones precedentes. -- La
Retórica, la Eloquencia.*

Las observaciones que hemos hecho hasta aquí nos conducen á sentar los principios que pudieran servir quizá á una ciencia nueva: la Filosofía de la Retórica y de la Eloquencia, pero no la filosofía en lo económico de ellas, mas en las razones fundamentales de su existencia.

Esos principios no son extraños á nuestro asunto que es la Religion, porque ¿cómo sería extraña á la Religion la filosofía del lenguaje, si el lenguaje es, digamos así, la mitad de la Religion?

Dios nos ha hablado ó por la Naturaleza ó sobrenaturalmente; no tenemos conceptos de Dios, de sus atributos y de nuestras relaciones con Su Magestad, si no es formulados próxima ó remotamente sobre los objetos sensibles, y sobre estos formulamos nuestro lenguaje, tanto para hablar de Dios como para pensar y sentir de él lo que al fin de la Religión conduce.

Estudiar, pues, los principios del lenguaje bajo cierto aspecto, es estudiar de alguna manera los principios de la Religión.

Explicuémos nuestros conceptos.

Diremos, pues, que la Retórica y la Elocuencia son *ciencias naturales*.

Que no son objeto de invención sino de observación.

Que hondamente consideradas no son arte sino historia.

Que los tropos y las figuras no ha hecho el hombre sino *reconocerlos*, no inventarlos, pues ya estaban en la Naturaleza intencionalmente puestos por el autor de la Naturaleza y del hombre, por el autor de la idea y del pensamiento.

Que el drama, los idilios, el poema, son tan naturales cuanto de artificiales se les ha concebido.

Que este modo de formar los conceptos y de

idear las cosas sobrenaturales, es la continuación del designio de Dios en hacer servir la creación física á la moral.

Que, finalmente, la perfección de los conceptos, sobre todo tratándose de sentimientos y de ideas abstractas ó sobrenaturales, está en su armonía con las leyes de la Retórica, de la Elocuencia y de la Poética; pues así como la perfección del hombre está en la armonía de su espíritu y su cuerpo; así la perfección de un concepto está en revestirlo de la mejor forma de lenguaje. ¡Nueva prueba de que sin duda saldrá triunfante el catolicismo!

Porque si esta religión tiene libros que, dice, y dice muy bien, ser obra de Dios; si esta religión tiene su lenguaje con elementos peculiares para expresar sus misterios y su doctrina, mucho adelanto será verla mejor que á ninguna otra religión corresponder á los altos principios en que nos vamos á ocupar.

El objeto de la Retórica, de la Elocuencia y la de Poesía está en escoger los conceptos y su mejor forma, para que los hombres entendamos y sintamos mejor respecto del asunto de que se nos habla.

La Retórica, la Elocuencia, la Poesía, enseñan que para conseguir aquel fin, deben dejarse

los conceptos abstractos por los complejos, los oscuros por los claros, los sencillos por los de artificio. Enseñan, sobre todo, que cuanto más se adapte el concepto á alguna forma ó imagen sensible, tanto mejor se presentará la idea; que cuanto más se ofrezcan á la imaginación los objetos sensibles, tanto más entenderá el hombre y gustará lo que se le dice.

Este es el resumen de los preceptos del arte de hablar: enseñar á dar la mejor forma al pensamiento. ¡Grandioso objeto el de esas ciencias!

Y todo esto ¿por qué?—Porque pensar para hablar de esa suerte, es pensar y hablar como mejor piensa el hombre.

Pero, el hombre, ¿por qué piensa mejor así?—Porque si el hombre es un compuesto de cuerpo y alma, nada podrá entender bien, que no tenga esas condiciones; la perfección es para él la encarnación de lo espiritual.

Pero no está ahí todo, y hasta ahí ¿quién no habrá llegado? Llegados á este punto, todos nos volvemos contentos, cuando conviene explorar más arriba, pudiendo así encontrar los hermosos fundamentos del arte de hablar; cuando conviene con este nuevo criterio, probar á ver si lo que Dios ha hablado, y habla la Iglesia de Ro-

ma, es ó no excelente en Poesía y en Retórica; cuando conviene ver si bajo este aspecto será de Dios la palabra que se dice de Dios, y si por la palabra que ha hablado la Iglesia romana, podrá saberse cómo es digna de llamarse la obra de Dios.

Explorando, pues, más arriba, encontramos esta ley en la obra de Dios; no es una feliz casualidad el que la Naturaleza visible contenga tantos objetos materiales, tan ricos elementos para la formación de conceptos poéticos y retóricos con que tan bien se habla á los hombres, no es casualidad; en la intención de Dios estuvo criar tantos objetos para que formase sus ideas y entendiase y formulase mejor los conceptos espirituales y sobre todo religiosos, aquella criatura misteriosa que se llama hombre, cuyo espíritu no es completa persona sin un cuerpo.

Tal es la ley á que Dios sujetó la obra visible. Dios la crió para que el hombre formase sus conceptos, cuantos conceptos puede tener del orden espiritual y religioso, ¡tan alto fin tiene la obra visible!

Ni se admire alguno de encontrar esta ley, mientras no acabe de admirarse de que existe una criatura inteligente en cuya constitución entra el cuerpo como elemento tan importante,

que sin el cuerpo no hay persona; esta criatura se llama «el hombre.»

No queremos por eso decir que las grandes ideas de Dios, del alma, del Infinito, por ejemplo, nos vengan de los sentidos como de causa eficiente; lejos de nosotros semejante teoría; lo que sí reconocemos, como á cualquiera sucederá si se detiene á considerarlo, es que para la claridad, la belleza, la exactitud, la perfeccion por último, que es lo que debemos demostrar, de nuestros conceptos del orden espiritual, se necesitan los elementos de ideas sensibles.

Tal es el hombre; así es como está hecho: *formavit eum Dominus ex limo terre et inspiravit in faciem ejus spiraculum vite.* ¡Nos admira tal importancia como se dá á los cuerpos! ¡Qué sabemos de lo que es un cuerpo! ¡qué sabemos de lo que es una alma! ¡qué sabemos de lo que sea unir un cuerpo á una alma y lo que resulte de esta union!

No es atinar, pues, con la perfeccion, tratándose del hombre, el prescindir de lo que con desdén llaman algunos sábios, «las formas.» Las «formas» se hacen *sustanciales*, digámos así, cuando se trata del pensamiento; y, nótese bien que no se trata de la forma de la frase, sino de la forma del pensamiento; mucho va, por ejem-

plo, de decir: Dios es nuestro padre, á decir: Dios es muy bueno; la frase: «Jesucristo nacido del Padre,» se vuelve más enérgica diciendo: «luz de luz,» pues así se da idea de la generacion espiritual. En estas palabras «luz de luz,» hé aquí una metáfora de inmenso valor y trascendencia.

Al reflexionar sobre lo importante, como fué la creacion de la luz, para servir á la sagrada metáfora con que se nos expone un misterio tan hermoso, ¿quién no reconoce que el Criador del hombre, al criar la luz, lo hizo entre otros designios con el de que sirviese al lenguaje en la expresion metafórica de una verdad altísima?

Con estos ejemplos ponemos de manifiesto nuestros principios que ahora formulamos así:

«No hubo figuras, tropos, símiles, alegorías, idilios, drama, poema, porque la Retórica y Poesía inventasen todo eso; sino al contrario, por existir ya en la Naturaleza esos elementos de lenguaje, por ser ya natural en el hombre pensar y hablar con esas formas, vino él y de los hechos formó el arte de la Retórica y de la Poesía, bien así como en las ciencias naturales no ha hecho más que narrar y ordenar.»

Y erran, pues, los que pretenden encontrar la perfeccion del pensamiento humano en las abs-

tracciones, en el divorcio de lo espiritual y lo sensible. Y nunca serán más perfectas las obras del hombre que cuando lleven ese sello de su doble naturaleza; y de estas obras la mejor será aquella en que á tales condiciones se agreguen las de la variedad y la sencillez, que es el estilo de toda obra divina.

Con tales antecedentes vamos á estudiar la Religión católica romana en sus armonías con los principales capítulos de la Retórica y de la Poesía. Con ella partirán los honores del triunfo las sectas disidentes y otras religiones falsas, en lo que tienen de verdadero y con ella de comun; pero en lo que le es exclusivo, triunfará ella sola con mengua de sus adversarios.

CAPITULO II.

Caracteres generales de los libros bíblicos; en especialidad bajo el aspecto retórico.

Así como es hermoso encontrar la religión cristiana, ó sea sus libros, perfectamente de acuerdo con los grandes principios de la astronomía, de la geología y demás ciencias, y con los anales de la historia profana, hermoso es también encontrar ese acuerdo con las ciencias literarias.

La Biblia y la liturgia eclesiástica son admirables bajo este aspecto. Admira ver cómo en los Libros santos, las leyes de la composición y del arte de hablar, están perfectamente observadas; y si esas leyes son la perfección del pen-

samiento y de su enunciación, porque son leyes de la Naturaleza, la palabra de Dios no podía ménos de conformarse á ellas; y siendo un hecho que se conformó, también es otro hecho, que vamos á demostrar, cómo se conformó á ellas perfectamente, pero con una perfección divina.

En los Libros santos tenemos composiciones de historia, de doctrina, de Poesía, sin que unos dejen de contener recíprocamente episodios del género de los otros.

Admira desde luego contemplar que el tamaño de esas composiciones, guarda una justa sobriedad; no tienen esa extensión prolija de muchos de los libros humanos; y sí se parecen en sus cortas dimensiones á los libros de los hombres célebres, que pasan por obras maestras; siendo de advertir que cuando á esos libros humanos se les ha calificado de obras maestras, ni siquiera se ha parado la atención en su semejanza con la Biblia bajo ese aspecto. Tal es el «Discurso, sobre la historia universal,» de Bossuet; y la «Ciudad de Dios» de San Agustín, tal es la *Iliada*, la *Odisea* y la *Eneida*, tal es la suma teológica de Santo Tomás, bien pequeña para el vasto asunto en que se ocupa; tales son los libros en que cada Concilio ecuménico ha expuesto su doctrina y sus decisiones.

Esas dimensiones, admirablemente compendiadas, del Génesis, en que nada ménos se trata de escribir la historia de *todas las cosas*, es lo más excelente que quizá contenga ese divino libro. No conoceríamos, por cierto, la obra de Dios, en un génesis escrito *in folio*; la prolijidad de los pormenores hubiera denunciado al escritor humano; á la vez que el gran tamaño del asunto habría tentado áun al más sábio, haciéndolo escribir ese libro *in folio*. Esa misma sobriedad se observa en todos los libros bíblicos, desde el Génesis hasta el Apocalipsis.

Por el contrario, llaman la atención los muchos pormenores y minuciosos detalles en que entra el Exodo y el Levítico tratando del tabernáculo, del servicio del altar y de las ceremonias santas; aquí parece flaquear la obra de Dios y como que se duda de su soberana inspiración; y, sin embargo, aquí resplandece más la intervención de Dios, para el que medita un poco la razón de tal conducta.

¿Por qué? Porque si Dios es una majestad infinita, ante quien el cielo y la tierra y todo cuanto hay en ellos, es nada, ¿cómo dar mejor idea de esa grandeza, que enalteciendo aquello que se consagra directamente á su culto, es á saber: las maderas del tabernáculo con las minu-

ciosidades de sus tamaños, las dimensiones del tabernáculo, la calidad de los cortinajes de lino, de la cubierta exterior de pieles; como que esas cosas ya son santas! ¿Cómo no hablar de los cuchillos del sacrificio, de las calderas, de la ceniza, de la leña, de la oveja y de sus condiciones, del cabrito, de la vaca, de las vestiduras de los sacerdotes, de las aspersiones y de cuanto entra en el ceremonial de la gran Majestad!

¡Hé ahí una lógica admirable, que consigne su fin mejor que lo consiguieran Platon y Leibnitz, al darnos idea de la grandeza de Dios con sublimes razonamientos. Hé ahí el $\frac{1}{2}$ igual á lo infinito.

Vedlo bien. En esos minuciosos pormenores con que en el Exodo y el Levítico son honrados objetos tan bajos, al lado de los grandes sucesos y de los grandes personajes de toda la tierra, ¡qué grande nos parece Dios!

¡Oh! la humana sabiduría, cuándo hubiera creído deber ocuparse en esos objetos; y, sin embargo, qué grandes proporciones no toma la Divinidad cuando para servirla vale ya tanto como el género humano un pedazo de madera, una piel de oveja ó las escorias de un brasero. Ese es verdaderamente el $\frac{1}{2} = \infty$ de los matemáticos.

Así es que ¡abajo Voltaire! y los miserables sábios que, en su míope mirada, han despreciado los Santos libros precisamente por lo que tienen de soberanamente divino. ¡Aplastemos al necio que ha querido aplastar la santa obra de Dios en lo que tiene de más fuerte y dura, en lo que tiene de magníficamente divino!

Puede llamar también la atención el crecido número de los salmos, de esas ideas llenas de Santa Poesía; aquí parece flaquear la obra de Dios por el crecido número de esos cánticos. Y, sin embargo, semejante á esas selvas cuyos árboles no se conocerán bien por ser tantos, bajo cuya sombra siempre encontrará el hombre caminos nuevos en donde espaciar el pensamiento, el salterio contiene tal número de cánticos cuanto era menester para que la diversidad sostuviese la novedad. Para que, no alcanzando la memoria á dominarlo todo, el ánimo encontrase nuevo lo que había olvidado, y con la alternativa de olvido y recuerdo el gozo de Dios nunca faltase.

Los salmos son como las estaciones; la alternativa nos hace gozar de cada una como de cosa nueva; nos fatiga el estío, y entónces nos es grato trocar su bruma y sus ardores por los vientos del otoño ó la nieve del invierno; llegan

las nieves á desalentarnos y entónces saludamos el deseado advenimiento de la luz y del calor primavera.

Así en los salmos; despues de ese *Deus, Deus meus quare me dereliquisti*, despues de esos ardores de la pasion del Cristo, bien gusta el alma de que la borrasca del dolor arrase el campo de sus ilusiones criminales, á la manera de esos turbiones que dejan desolados los árboles de la selva á la caída del otoño, ó á la manera de esos días en que las nieves y los hielos hacen buscar al hombre el albergue de su hogar ó la oscuridad de las grutas. Ese salmo «Miserere,» esos clamores de aquellos dos *Domine ne in furore tuo arguas me, miserere mei Domine quoniam infirmus sum, sana me. Domine quoniam conturbata sicut ossa mea*, son como esos vientos asoladores del otoño, como esas tempestades heladas de la rígida estacion. Mas aquel *Celi enarrant gloriam Dei, Domini est terra et plenitudo ejus*, son como la luz y el esplendor de esos días de la estacion feliz.

Esto por lo que hace al cuerpo de los libros biblicos.

En cuanto á la eleccion de los pensamientos en general, y su forma, nótese en todos los libros, aun en los ascéticos, que jamás se desde-

ñan en ellos las bellezas de la Naturaleza física. Este carácter particular de toda la Biblia es un triunfo espléndido de su origen divino. ¿Por qué? Porque el autor del órden físico no quiere nunca aislar sus obras, sino que todas ellas se armonizan concurriendo á una admirable unidad. Y si á alguno pudo parecer sábio tratar de altos asuntos sin emplear las imágenes y los símbolos de las cosas visibles, ¿cuánto más sábio es armonizar lo visible y lo invisible para hablar de Dios y de todos los altos asuntos divinos, cuando Dios todo lo ha criado para hablarnos de El; de lo contrario, inútil habria sido la espléndida creacion del mundo visible, ó por lo ménos habria servido para ménos de lo que pudo servir.

Désenos un asunto más sério, más abstracto y ascético, que el del amor de la Divinidad con nosotros; un sábio humano ¿con qué desdén hubiera visto el proyecto de asemejar ese sagrado afecto á los amores de un régio amante con una aldeana casta y sencilla! Y sin embargo, tan excelente fué el desempeño de ese árduo asunto, que el «Cantar de los cantares» en vez de aturdir al alma con la terrible presencia del altísimo Dios, nos lo hace tan dulce, tan amable, tan tierno como lo es ese idilio de amores campes-

tres, en que no se oye hablar sino de las palomas y las tórtolas, de los olivos y las viñas en cierno, de granados floridos, del monte de la mirra y de los aromas, de fuentes selladas y de huertos cerrados, del humilde lirio del valle, de la enhiesta palmera del desierto. Si Dios crió tan bellos objetos ¿cómo no valerse de ellos para hacerse amar si tanto gusta de ser amado? y si Dios es amor (*Deus caritas est*) ¿cómo nos parecerá mucho, el pintar así sus amores? La elección, pues, de la forma en el «Cantar de los cantares», es divina, en el rigor de la palabra.

Ese mismo carácter reina en los otros libros de los Proverbios, hasta el Eclesiástico. Las grandes sentencias están templadas con brillantes símiles: «oro siete veces probado es la palabra del justo,» es la sabiduría, más hermosa que el sol y que el cielo estrellado, más excelente que la luz.»

Pero en el Evangelio se descubre todo el genio del divino Autor. Los escabrosos consejos de perfección no dejarán heladas á las almas. Símbolo hermoso de la contemplación será María; y Marta, de los piadosos afanes.

La caridad de Dios se nos revelará tan al vivo, que no daremos un paso en la vida real sin que la descubramos. Esa condescendencia de un

padre con el hijo pródigo ¡cuántas veces no podremos verla! Ese pecador simbolizado en la dracma que la mujer del pueblo busca y rebusca, ese tesoro escondido por cuya esperanza todo se vende, ese administrador infiel, ese siervo bueno, todos son símiles que acacoen de continuo.

Jamás el amor propio se vió caracterizado en conceptos tan profundos como familiares, con esa viga en el ojo propio, que murmura de la paja en el ojo de su prójimo.

¿Se os habla de confiar en la providencia de Dios? Se os citarán los pájaros, que no entran y comen; los lirios, que no hilan y están vestidos.

¿Se os habla de la abnegacion de sí mismo? Cuidado se tendrá de templar tan dura verdad con ese éntuplum, con esa medida colmada á reserva de la vida eterna.

¿Se os habla de reconciliacion con el prójimo? Cuidado se tendrá de llamarle hermano y de apelar al Padre celestial. Cuando se os trate de perfección no se hablará de Jehová, sino de un buen Padre que está en los cielos, que hace nacer su sol sobre buenos y malos. Y así con tan tiernos símiles no os atarrará la perfección cristiana.

¿Qué más diríamos de ese libro admirable, en su parte retórica? Que quien presentó una moral tan severa con un aspecto tan suave y florido, no era un hombre, pues con tan divina facilidad supo vencer la mayor de las dificultades del arte de hablar! ¿Quién no sabe lo que es hablar de virtud y de perfección?

Mas en el fondo del asunto y de los pensamientos, donde resalta el supremo arte del celeste escritor, ahí se vé á Dios dictando con soberana excelencia en el lenguaje humano. Este asunto nos ocupará en los capítulos siguientes.

CAPITULO III.

Tropos, figuras; lo sencillo, el sublime, las imágenes.

Entramos, pues, á analizar otras excelencias retóricas de los Libros santos.

Se ha notado ya cuán peculiar es del estilo bíblico la sencillez de los pensamientos, sencillez que admira por esa energía con que resalta el sublime bajo una humilde forma. Se ha notado también la diferencia que va de la sencillez homérica á la sencillez bíblica. En Homero esta sencillez tiene mucho de arte, en la Biblia el arte está en la sencillez. Hermoso estilo es el del poeta griego, hermoso lo es el de la Biblia; pero de estas hermosuras ¿cuál es la perfecta? Hé aquí una cuestión importantísima para el arte

y para la Religión. Para el arte; ¿pues qué, el buen gusto no tiene reglas de eterna conveniencia? Para la Religión; ¿pues qué, hemos de estar preocupados siempre con que al fin y al cabo es más excelente la belleza literaria profana que la de los Libros santos?

Jamás el arte superará á la Naturaleza; ésta es el tipo soberano al que hemos de comparar aquello cuya belleza queramos medir. Si esto es verdad, entre la sencillez de dos estilos será perfecta la que sea más natural, y en la *naturalidad* de la sencillez bíblica ¿qué libro puede compararsele? Los hombres hablan allí como en realidad hablan, y piensan como en realidad piensan, y los hechos se expresan ni más ni menos como pasan.

Un solo verbo basta para enunciar una dilatada acción: *in principio CREAVIT Deus calum et terram.*

Un solo adjetivo basta para caracterizar un personaje: *Joseph autem erat justus.*

Un símil, enunciado en una sola palabra, es bastante para ponderar las cualidades de alguno: *oculi ejus sicut fulgor et vestimenta sicut nix, y nada más.*

Cuando habla Job no habla lo que de cierto sentimos bajo el peso del dolor!

La viuda infortunada ¿no tiene su tipo en Noemí?

Lo que piensa el guerrero en su corazón cuando cree segura la victoria, ¿no está literalmente en las palabras que Moisés en su cántico pone en boca del egipcio? *Los perseguiré y los capturaré, dividiré los despojos y se hartará mi alma.*

En la Biblia habla y piensa el hombre tal como es; en Homero parece que los hombres están en escena; su lenguaje tiene siempre algo del teatral artificio.

Pero no es lo más caracterizar á los hombres; lo que admira hasta lo sumo es oír hablar á Dios como en rigurosa teología pudiera enseñársenos que debe pensar y hablar la Divinidad.

Dijo Dios, *«fiat lux,»* dijo Josueristo: *remittuntur tibi peccata tua.*

Si Jehová se define, ¿cómo dará idea de sí mismo? *Yo soy el que soy,* dirá con un laconismo exactísimo, que no han dejado de admirar los grandes pensadores.

Si Dios da á algun ángel ó hombre una gran investidura ó una gran misión, ¿cómo la comunicará? Bastarále poner otro nombre á su escogido, y ese nombre lo dirá todo: Eva, «madre de los vivientes,» Adam, «tierra roja.»

Dios elije á Abraham por padre de un gran pueblo: «ya no te llamarás Abram sino Abraham.»

Jacob ha de ser esforzado y se le muda el nombre en Israel; Jesucristo cria un nuevo Israel, elije al pescador por caudillo de su nuevo pueblo, de su reino incontrastable, y cambia el nombre de Simon en el de Piedra y con eso está hecho todo.

Esta pequeñez de un nombre, ¡qué grandeza adquiere en boca de Dios ó de su Cristo!

Si Jehová decreta el diluvio, en tres palabras lo dirá todo: «Yo raeré al hombre del haz de la tierra, llena está de iniquidad toda la tierra.»

Si ese mismo Jehová quiere salvar al hombre, hará que su mismo Hijo se haga hombre y que por amor á los pecadores sea crucificado.

Jehová sentencia al hombre, á la mujer y á Satanás en el juicio del Paraíso, y dice al hombre: «con sudor comerás el pan;» y á la mujer: «parirás con dolor;» y al Diablo: «serpiente, te arrastrarás por el polvo.»

¡Qué sentencial ¡qué Dios tan terrible! ¡qué excelsa Majestad!

Jesucristo juzga á la Adúltera y á sus acusadores en calidad de juez de misericordia, y

¡qué hace! A los acusadores: «el que esté sin pecado, el primero tire la piedra;» á la infeliz mujer: «¿dónde están los que te acusaban? Anda en paz, no vuelvas á pecar.»

Jesucristo ¿quiere probar por las Escrituras su Divinidad á los fariseos? Bastale interrogar: «¿pues por qué David hablando del Cristo habló así: «*Dicit Dominus Domino meo?*»

Basten estos rasgos; de otra suerte preciso sería copiar toda la Escritura; lo que Rousseau dijo de solo el Evangelio, es aplicable á toda la Biblia; el inventor sería más grande que el héroe; y esto sobre todo, en la exactitud con que el Dios verdadero está caracterizado en cualquiera de sus atributos.

Y, ¡qué diremos de la excelencia bíblica en los tropos, en las pasiones, en los símiles, en las imágenes, en la alegoría y en todos los demás elementos del arte retórico!

En esta parte la Biblia toda es Retórica, y todas las bellezas de la Naturaleza física están allí divinamente aprovechadas.

El hombre virtuoso, el justo, el hombre feliz de la Biblia es como el árbol plantado junto á la corriente de las aguas, cuyas hojas perdona el Otoño y duran siempre, y cuyo fruto no falta en la estacion oportuna, y el impío es como el

polvo que arrebató el viento. ¡Qué símil tan bello y tan exacto de una verdad históricamente comprobada! No cede aquí á la Historia el Arte de hablar.

Los impíos, los enemigos del Señor, serán quebrantados como un vaso de alfarero, serán hollados como el lodo de las plazas; pero el justo florecerá como la palma. ¡Qué energía de forma para dar idea de la doleznable fortuna del malo y de su miserosa suerte! ¡Qué semejanza tan halagüeña la del hombre bueno con esas palmas cuyas flores y frutos no alcanza á cortar sin trabajo el viajero despues que otros muchos pasan de largo.

Y, ¡qué dirémos de esa fortaleza como la del leon, de ese encono como de novillos indómitos, de esa rabia como de perros bravos, de esa tristeza de penitencia como la del buho y del pelicano, de ese gemir como de tórtola, de esa sencillez como de paloma, de esa mansedumbre como de cordero, de esa prudencia, malicia y astucia como de serpiente?

Esas no solo son bellezas de primer orden, por ser tan naturales los símiles y metáforas, sino que se admira uno de encontrar en más altos principios la razon del arte retórico.

¡Para qué puso Dios tantos objetos en el

mundo visible que se prestan á símiles tan enérgicos, si no lo hizo precisamente para que fuesen símiles, y símiles, sobre todo, para servir al lenguaje de la Religión? *Invisibilia ipsius á creatura mundi, per ea que facta sunt intellecta conspiciuntur.*» Primero es lo moral que lo físico, hemos repetido muchas veces; no son esos símiles casuales, son calculados de antemano.

Sí, pues, en el lenguaje de la Biblia, sobre todo en los libros poéticos y morales, no encontramos explotadas las bellezas visibles, no viésemos símbolos, símiles, imágenes y alegorías y todo esto en su mayor sencillez, no encontraríamos en ella uno de los principales caracteres de una obra de Dios de ese género; pues no es perfecto el libro, sobre todo de moral, si prescinde del mundo visible y de su armonía con el invisible, porque el hombre es una armonía de imajinación é inteligencia, y si se habla al hombre, é esas dos facultades debe ordenarse la palabra del que le hable para que esa palabra sea bien entendida y recibida.

En cuanto á imágenes en los Libros santos, jamás verémos esas abstracciones que ocurrecen la forma del pensamiento y matan su viveza. En el lenguaje de la Biblia el poder de Dios es

us brazo, sus disposiciones son *su palabra*; sus mandamientos son *sus caminos*; usar Dios de su poder es *extender su brazo*; Dios *mira desde lo alto* á los humildes, y á los soberbios *los desdena*; si se quiere dar idea de la Majestad infinita presenta en el templo de Jerusalem, las franjas de su vestido llenan el templo y los serafines de seis alas cubren sus ojos con dos de ellas; si se quiere hablar del poder Criador, el Espíritu de Dios es llevado sobre las aguas. Si Jerusalem ha de ser entregada á la *abominacion de la desolacion*, bastará que Jehová le *vuelva la espalda*; si se quiere lograr el colmo de la ventura, bastará que el Altísimo *vuelva su rostro y sonría* á quien le invoca.

Lo mismo sucede con las alegorías: Un hombre poderoso cuenta con muchas ovejas; un pobre se complace en una oveja única; el poderoso se la quita; hé aquí el adulterio de David: un profeta así se lo reprocha. El padre de familia planta su viña; la cerca de foso, y erige una torre en medio de ella y construye un lagar; pero la viña no le da uvas sino agraces; la ingrata Sion abreva de amargura á Jesus hijo de David. El buen Padre acoge con loca ternura al hijo que vuelve de la lejána tierra de sus desórdenes. El buen Pastor perece dando la vida por sus

ovejas. ¡Qué encanto de conceptos! ¡Qué persuacion tan seductora!

Jamás en la Biblia se encontrarán esos pensamientos abstractos, que léjos de ser la obra perfecta de una inteligencia sábia, como una mediana sabiduría podría creerlo y áun lo cree, son, por decirlo así, pensamientos muertos separados de su cuerpo, en el que, á manera del hombre, para que vivan vida perfecta é íntegra, deben estar como encarnados.

Reflexiónese bien: la perfeccion en el pensar del hombre, está en pensar con auxilio de imágenes y figuras, en tanto el pensamiento sea susceptible de esta armonía.



CAPITULO IV.

La Oda.

El que extrañase encontrar en los Libros santos, no solo libros históricos, dogmáticos y morales, sino odas, idilios, dramas, poemas, no acabaría de comprender cómo todas las cosas son hechas y debieron ser hechas para gloria de Dios; la generalidad de esta verdad hace que este designio de Dios en sus obras se entienda poco prácticamente.

Si el hombre tiene la oda y el drama y el idilio y el poema, para expresar sus afectos y glorificar los sucesos de sus héroes, ¿cómo Dios no había de tener los suyos! ¡No podía ser que Dios

no tuviese sus odas, sus idilios, sus dramas, sus poemas! Véase bajo este aspecto ¡qué hermoso argumento de verosimilitud para la autenticidad divina de los Libros santos!

De todo se ha de haber escogido Dios sus primicias. Se escogió un hombre, se escogió un pueblo, se escogió un territorio, se escogió una ciudad, se escogió una raza de animales, se escogió una especie de árboles, se escogió su historia, sus cánticos, sus dramas, sus poemas; se escogió su tiempo, su día, su hora; se escogió, por último, su enseñanza.

Hay, pues, un hombre santo, un pueblo santo, una tierra santa, una ciudad santa, un animal santo, un árbol santo, un libro santo, con su parte histórica, moral y poética santas; hubo un tiempo santo, un día santo, una hora santa, y hay por último, una enseñanza santa.

Abraham, los Hebreos, la Palestina, Jerusalem, el Cordero, el Olivo, la Biblia, con su historia, dogma, moral, cánticos y dramas, el año de 1 al 34 de la Era cristiana, el Viénes Santo, la hora de las tres, la enseñanza de la Cruz, son las primicias de Dios en el mundo, primicias entre todas las cosas y sucesos.

¿Qué de extraño tiene esto? Extraño sería que el Dios providente, el Padre celestial, el

amante del hombre, no hubiese apartado algo para sí con que tomase posesion de su mundo.

En este punto de vista no solo hemos sentado los principios de nuestro discurso para este capítulo, sino para muchos otros capítulos de nuestro libro, como se verá oportunamente.

En la oda bíblica no queda nada que desear. La dicha del justo, la desventura del impío, el clamor del arrepentimiento, las voces de alabanza, los trasportes del reconocimiento, el entusiasmo del amor al Dios Salvador, son el asunto que alterna el Poeta en su cantar continuo, cantar que no cesa, porque no cansa.

Ni se olvida de consagrar otros cantares al recuerdo de Sion la santa, ó á la consideracion de ese tabernáculo celeste, en cuyos atrios se contempla el Poeta y como que desfallece de la ventura que su inspiracion le anticipa.

Ni hay cuadros de los que anima la virtud, que el Rey profeta no magnifique con brillantes imágenes ó exquisitos símiles.

«Bienaventurado el hombre que teme á Dios, que anda en sus caminos.» Abandona luego el lenguaje de narracion y con qué energía viene el apóstrofe; «Comerás en paz el fruto del trabajo de tus manos y en todo te irá bien; tu esposa, como una vid fecunda en el recinto de tu

casa, tus hijos como rantevos de olivo al rededor de tu mesa.»

¿Qué poeta supo cantar así la virtud?

El amor fraternal, con solo una exclamacion de ternura y dos smiles gratisimos, lo celebra David, como ninguno: «Mirad, cuán buena y dulce es la paz entre hermanos! Como el perfume que desciende de la cabeza de Aaron y le unge y se derrama por sus vestiduras; como el rocío del Harmon que riega con benéfica lluvia el monte Sion.»

El bienhechor de los pobres, qué felizmente está caracterizado: «El Señor le librará en el día aciago. El Señor le conservará y le vivificará y le hará feliz en la tierra, y no dejará que su vida caiga en poder de sus enemigos.»

«Consuélele el Señor cuando se halle postrado en el lecho de su dolor;» y al llegar aquí ¡qué apóstrofe! «tú mismo, Señor, le has mullido toda su cama en su enfermedad.»

En otra parte dice del hombre benéfico: «dichoso el hombre que se compadece y da prestado al pobre. . . . Verálo el pecador y se irritará, rechinará los dientes y se consumirá.»

¿Qué se podría contraponer á la oda bíblica para cantar la dicha del justo? Lo más celebrado de los cantares humanos es aquello de Ho-

racio: *Integer vite cullerisque purus*. Hermosa es por cierto la entrada de esa oda; pero qué mezquina su conclusion: *Dulce ridentem Lavagem amabo, dulce loquentem*.

Tomando, pues, lo selecto de esa cantar ¡puede compararse á cualquiera de los salmos, *beatus vir, beati omnes, beatus qui intelligit!*

Si se quieren cantos de júbilo ¡quién igualará ese, *cantate Dominum canticum novum!* «O vosotras, familia de las naciones, venid á presentar ofrendas al Señor. . . .» «Publicad entre las naciones, que ya reina el Señor.» «Alégrense los cielos, salte de gozo la tierra. . . . á la vista del Señor, porque viene, viene si á gobernar la tierra.»

¿Se quiere afectos entrañables de reconocimiento? «Te alabaré, ó Señor, con todo mi corazón.» «Alabad al Señor, porque es tan bueno, porque es eterna su misericordia.» «Hijos de los hombres; ¿hasta cuándo seréis de estúpido corazón? ¿por qué amais la iniquidad y vais en pos de la mentira?»

Por lo demás el salmo: *Dicit insipiens*, es una maldicion fortísima contra el ateo y una descripcion breve y enérgica de la perversidad de su corazón.

Conocida es tambien aquella valiente proso-

peya, en que el Poeta recordando las maravillas de la salida de Egipto, apostrofa: «¿Qué tienes ó mar que así has huido! y tú, Jordan, por qué has retrocedido?»

Y en tan oportuno estado de entusiasmo religioso ¡qué bien viene aquella inyectiva contra los ídolos y sus adoradores! «tienen ojos y nunca verán, oídos y jamás oirán semejantes á ellos sean los que los forjan y los adoran.»

La cuestión de Dios y su providencia, la del bueno y del malo en este mundo, son uno de los asuntos magáficamente tratados por el cantor de Israel: «No envidies la prosperidad de los malignos, ni tengas celos de los que obran la iniquidad, porque como heno se han de secar muy presto Tén un poco de paciencia y verás que no existe el pecador.»

En este salmo, para pintar la fortuna y la ruina del impío ¡qué similitud, qué imágen! «Yo ví al impío ensalzado hasta lo sumo y empinado como los cedros del Líbano; pasé de allí á poco, y hé aquí que no existía ya; le busqué, mas ni rastro de él pude hallar.

Esos celos del hombre justo al ver la prosperidad del impío ¡qué asunto tan práctico de importantísima moral! El sábio rey tan experimentado en las vicisitudes humanas, qué consue-

lo ha dejado al hombre de bien, en esa oda digna de ser dictada por el Altísimo: «Cuán bueno es el Dios de Israel, para los que son de recto corazón.» «Es verdad, yo me llené de celos al ver la paz, la prosperidad de los pecadores.» Describe el Poeta las prosperidades y á la par la iniquidad de aquellos, y dice: «Yo también exclamé: luego en vano he purificado mi corazón y lavado mis manos entre los inocentes, pues soy azotado todo el día y comienza mi castigo desde el amanecer Poníame á discutir sobre esto; difícil me era el comprenderlo.» «Lo cierto es que tú (ó Dios!) les diste (á los impíos) una prosperidad engañosa; derribásteles cuando ellos estaban elevándose más.»

Basten estos rasgos de tantos que podríamos citar, tantos, que á no tener necesidad de ser sóbrios, indispensable sería para nosotros el presentar Salmo por Salmo, para exponerlo á la admiración del lector medianamente reflexivo.

Algunas observaciones más sobre las odas santas, pondrán de manifiesto su extraordinario mérito aun vistas solo en su aspecto retórico.

Lo que hace admirable esas odas es la elección del asunto. Que no sea bastante tomar por asunto al Dios verdadero, en un tiempo en que el problema de un solo Dios se resolvía de todos

modos, ménos en el sentido de la verdad; pero lo que sí sorprende es ver hablar de ese Dios en un estilo místico de primer orden, es ver presentado á Jehová con el dulce carácter de su misericordia y bondad, es ver sostenida la devoción á ese Dios invisible, con tanta variedad de tonos como no sería posible al mejor poeta tratándose del asunto que más excite el entusiasmo.

Entre cantar la gloria de Dios y convidar al hombre á hacer el bien, alterna el fecundo pensamiento de esas ciento cincuenta odas. ¿Qué más puede decirse de Dios y de la virtud? Poesía que así nos hable de tan santos asuntos ¿dónde sino en los Salmos puede hallarse? ¿Quién dió nunca cómo los Salmos un tratado completo de moral en verdadera poesía?

Una cosa admira más. Ningun libro bíblico tiene más estrecha relacion con el Evangelio, que el de los Salmos. Esa moral evangélica, cuya perfeccion confiesan amigos y enemigos, está ya en los Salmos, bastante explicita, para que nos sorprenda la armonía que reina de uno á otro libro, á fin de que se cumpliera el *«non veni legem solvere,»* si bien bastante encubierta para que solo Dios pudiera ser autor de la ley de gracia guardada allí. Publicado el Evangelio, podemos ya nosotros comparar las dos obras

de Dios y admirarnos de su soberana armonía.

«Bienaventurados los pobres,» dijo el Mesías; en los Salmos no se habla sino de pobres que el Señor vendrá á consolar, á redimir, á salvar, á perdonar, á glorificar.

«Bienaventurados los mansos,» dijo el Mesías; «oigan los mansos y alegrense, dice David; «los mansos heredarán la tierra,» dice también.

Los misericordiosos, los limpios de corazón y los pacíficos son tan celebrados en los cantares del Rey profeta, como reconocidos por dichosos en el famoso sermón de la montaña en que el Hijo de Dios abrió sus labios.

Bastante nos parece demostrar esa armonía bajo un aspecto tan importante, para que de demostrar otras muchas quedemos dispensados; la afirmacion de la verdadera dicha es la gran solución que trajo el Evangelio al problema más importante de la humanidad.

Admira no ménos contemplar á la Sinagoga y á la Iglesia acordes del todo en alabar á Jehová con las odas del Salterio.

Maravilla es esta que se explica con aquel programa digno del Dios Eterno que anunció el Dios hombre; *«non veni legem solvere sed adimplere.»*

¡Qué fecunda palabra la de esos místicos cantares, que con el sentido de una significación divinamente doble ha servido tan bien para los tiempos de la expectación de las promesas, como para los tiempos posteriores á su cumplimiento!

¡Saber cómo las alabanzas que hoy se cantan en las Catedrales del Universo, son las mismas idénticamente, son los Salmos que compuso David y que se cantaron hace treinta siglos en Jerusalén, y que sin interrupción han venido cantándose de entonces á hoy, es saber una maravilla!

¿Qué cosa semejante á esta nos podrían dar á saber los que no comprenden la Iglesia católica romana?

CAPITULO V.

Dramas, idilios, poemas bíblicos.

Fuera del «Cantar de los cantares,» si en la Biblia no hay drama del género ficticio, hay si, prescindiendo de la forma, verdaderos asuntos dramáticos desde el idilio hasta el género épico, con la calidad preferente de que los hechos y las personas son verdaderos.

Se nota en los sucesos dramáticos de la Biblia, una manifiesta intención de la Providencia divina en dirigir la trama de tal suerte, que su efecto en el ánimo de los hombres fuese de un género como el que en nosotros producen el drama, el idilio y el poema ficticio.

¡Qué fecunda palabra la de esos místicos cantares, que con el sentido de una significación divinamente doble ha servido tan bien para los tiempos de la expectación de las promesas, como para los tiempos posteriores á su cumplimiento!

¡Saber cómo las alabanzas que hoy se cantan en las Catedrales del Universo, son las mismas idénticamente, son los Salmos que compuso David y que se cantaron hace treinta siglos en Jerusalén, y que sin interrupción han venido cantándose de entonces á hoy, es saber una maravilla!

¿Qué cosa semejante á esta nos podrían dar á saber los que no comprenden la Iglesia católica romana?

CAPITULO V.

Dramas, idilios, poemas bíblicos.

Fuera del «Cantar de los cantares,» si en la Biblia no hay drama del género ficticio, hay sí, prescindiendo de la forma, verdaderos asuntos dramáticos desde el idilio hasta el género épico, con la calidad preferente de que los hechos y las personas son verdaderos.

Se nota en los sucesos dramáticos de la Biblia, una manifiesta intención de la Providencia divina en dirigir la trama de tal suerte, que su efecto en el ánimo de los hombres fuese de un género como el que en nosotros producen el drama, el idilio y el poema ficticio.

Esta intencion de Dios no es de extrañar si se considera que el último designio suyo en la Creacion, es un drama, es un poema; el héroe es el Altísimo Dios, cuyas soberanas perfecciones son puestas en accion. La conducta de Dios con respecto al hombre es, pues, y debe ser esencialmente dramática, esencialmente *poética*.

Admírese ahora á la Biblia satisfaciendo magníficamente esas condiciones. El Dios que de toda suerte quiere triunfar en el corazon del hombre ¡cómo no ser dramático! ¡cómo no idear, preparar y conducir con soberano poderio, asuntos que vienen á ser como un idilio, como un drama sentido, como una tragedia, como una epopeya, de cuyo argumento resulte siempre, el que se vea, el que se diga, el que se pregone cuán bueno es Dios, cuán justo, cuán deseable, cuán adorable.

Así, los asuntos mismos de los Salmos, que tratados en breve palabra dan una oda, esos mismos asuntos personificados, reducidos á hechos históricos, y pormenorizados, dan el drama, el idilio, la epopeya; hé aquí la unidad en cuantas cosas toma Dios á su cargo. Y si hemos hallado armonías, poco conocidas, de los Salmos al Evangelio, las hallaremos de cuantos asuntos dramáticos tratan los otros libros, para con los

Salmos. Ni existe esa armonía solo con los libros anteriores en tiempo á los Salmos, sino tambien con los posteriores.

Canta David la vocacion de los gentiles á formar con Israel un pueblo; «yo me acordaré de Rahab y de Babilonia;» «hé aquí que los extranjeros y Tiro y los pueblos de Etiopía estarán allí (en Sion.)» El idilio de Ruth ¡con qué drama tan tierno pudo así inspirar aquella odal (Salmo 86.)

El drama de José es asunto de muchos Salmos (104, &c.) Y aquellas palabras: «*qui habitare facit sterilem in domo matrem filiorum latantem*» nos traen á la memoria á la madre de Samuel.

La historia de Tobías es el asunto, puesto en accion, de todos aquellos Salmos que hablan de la proteccion que el Señor imparte á los justos. «En el Señor tengo puesta mi confianza ¡cómo, pues, decís á mi alma retiráte al monte como el ave que huye!» «Mientras concede el Señor el sueño á sus amados hé aquí las herencias, los hijos, las ganancias, las crías de los ganados.» «El mandó á sus ángeles que cuidasen de tí (hé aquí el ángel Rafael) «hollarás los leones y dragones» (hé aquí el paz de que fué libertado Tobías.) «Clamaré á mí y le oíré benigno;» (hé

aquí oída la oración de Tobias.) «Le saciaré con una vida larga, le haré ver el Salvador que enviaré.» (hé aquí cerrada la historia de Tobias.)

El drama, la epopeya de Judith parecen ya celebrados en ese «*cantate Domino canticum novum.*» «*hi in curribus et hi in equis,*» en esa perenne sentencia del Profeta en que se inculca el poder del débil que tiene su fortaleza en el brazo de Jehová. Por eso Judith decía en su entusiasmo, lo mismo que el Rey poeta: «alabad al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia.»

En el drama de Esther, humilde cautiva, levantada del suelo al trono, sobrina de un cautivo también, aborrecido del gran privado del monarca persa, está puesto en magnífica escena ese, «*suscitans de terra inopem, et de stercore erigens pauperem ut collocet eum cum principibus.*»

Y ¿qué dirémos de esa correspondencia, de ese concierto que vá de la oda de los Salmos á la oda y á los dramas del Nuevo Testamento? ¿Qué dirémos de ese concierto, de esa unidad de asunto que hay entre la oda y el drama, del antiguo al Nuevo Testamento?

Si es con los Salmos, estos no hablan sino de aquel justo perfecto, perseguido de los malos, de un justo que es el mismo Señor, de la venida

del Señor para ejercer en el mundo su juicio en quietud, de un rey cuyas obras son todas gloria y magnificencia, de un extraño sacrificio, de un grande abatimiento, de una extraña oración en un patíbulo, de una iglesia, grande premio que será dado á ese altísimo hombre, de una extraña resurrección, de un rey de gloria que entra á los cielos, rey que es el mismo Señor; y «el Señor reinará, enójense los pueblos; el Señor reinará, regocjese la tierra.» ¿No está contenido en los Salmos el drama del Evangelio, la historia del hombre de Dios?

Iguales armonías, igual unidad de asunto, de pensamiento, se hallan entre los otros libros del antiguo Testamento con los del nuevo. La gloria de la mujer, la mujer fuerte, la mujer admirable, la mujer salvando á su pueblo, la humilde venciendo al soberbio, es el asunto dramático que no se abandona, que va sosteniéndose cada vez con mayor magnificencia desde Eva que entra en guerra con la serpiente, Eva pobre víctima de Satanás, que por el mismo Dios es constituida en enemistad con el astuto reptil, hasta esa mujer misteriosa que librárá el último combate en los tiempos del último juicio.

Nótese qué armonías, qué correspondencias, qué pensamiento tan bellamente sostenido del

uno al otro cabo de la Biblia. Eva y la Serpiente: la serpiente quiere perderla á ella y á su pueblo; pero al cabo la serpiente se retira con ignominia, la culpa de la mujer es la ocasion de una reparacion admirable; Eva pierde el Paraiso, pero gana á Jesucristo y á Maria. Judith y Holoferneg; más bien, Judith y Nabucodonosor; una humilde aldeana hebrea y el primer monarca del mundo, dueño de todas las naciones; la humilde vence al soberbio que queria destruir su linaje; el fuerte queda cogido en las redes de la sencilla, y su pueblo queda salvo y se enriquece con los despojos de los soberbios. Esther y Aman: la cautiva es exaltada hasta el trono del altísimo Assuro; el favorito del Rey quiere destruir á todo el pueblo vencido, en odio á un hebreo que no quiere adorarle; mas la cautiva, con una palabra de su boca, entre el miedo y el desmayo, gana al Rey y pierde al Ministro en el ánimo del potente, y el altivo privado es suspendido en la horca que destinaba para vengarse del tío de la esclava y el pueblo queda salvo y se le entregan á saco los bienes de sus mismos Señores, y ella es proclamada madre del Rey y madre de su pueblo.

Pero todo eso no es más que un remedo del drama supremo: Maria y el ángel malo. Todos

los dramas que le preceden le son semejantes hasta el punto de ser maravillosa la semejanza, pero todos le son inferiores. Maria será como Eva, madre de un gran pueblo; Eva y Adán estarán á la cabeza del humano linaje; Maria y Jesus, á la cabeza del linaje santo de los cristianos; Eva es la madre de Abel sacrificado á la envidia de su hermano; Maria la madre del que los judíos sacrificaron; Eva, Adán y la serpiente al pié del árbol representan el drama de la ruina del hombre; Maria, Jesus y el Angel malo representan el drama de la restauracion del hombre; el Soberbio es humillado en uno y otro drama.

La serpiente vuelve á aparecer en el drama de Judith; pero ya la astucia ha pasado de la serpiente á la mujer; la cabeza de la serpiente ha comenzado á ser quebrantada; hé aquí lo que hay de comun de este drama al del Paraiso; de Judith á Maria es hermosa la armonía en que figura, de una parte, la casta viuda llorando de terror al asestar el golpe sobre la cerviz del incircunciso, en su diestra el pesado alfanje y con su siniestra asiendo los cabellos de la cabeza del altivo que yace ébrio entregado al sueño; y de otra parte á la Virgen sin mancha herido de parte á parte el corazón, guardando en su alma

un mar de amarga pena, venciendo así la antigua serpiente, á aquel malvado que persuadió á Eva la débil el goce prohibido.

En el drama de Esther las armonías se multiplican. Ahí está Eva, ahí María, y siempre la serpiente, siempre el soberbio derribado y siempre sus golpes vueltos contra él mismo, y siempre un pueblo salvado de perecer. Esther preferida á la inobediente Vasthi reina de los persas, ántes era la esclava, despues la reina en lugar de Vasthi; por causa de Adán todos los hombres sujetos á muerte, por causa de Mardoqueo, todos los los judíos proscritos, pero los hombres y los judíos son salvados; aquellos no por Eva sino por María, estos no por Vasthi sino por Edisa, y el soberbio Aman es colgado del patíbulo, y el soberbio ángel es afrentado por el patíbulo de Jesus; en vez de Mardoqueo es colgado su injusto perseguidor; Jesus es colgado de la Cruz, y con eso la serpiente del árbol del Paraíso, ve su ignominia en esa parodia de caridad sublime.

Y el drama de la mujer no ha terminado: librarse ha un combate final; la Bestia de siete cabezas y diez cuernos, querrá devorar á la hermosa y púdica Virgen; pero la Virgen será salva y verá consumada la ignominia del Soberbio.

Para completo, compárense los cánticos de unos héroes con otros. Ana la estéril parirá un profeta, Juez de Israel, y en su trasporte de agradecimiento, hablará del gozo en que rebosa su corazon, hablará de pobres coimados de bienes, de hambientos plenamente saciados. A su semejanza María entonará el "*Magnificat*," celebrará su propia dicha y dirá otra vez de pobres saciados y de ricos despojados; pero el prodigio ya no será sobre la esterilidad, sino sobre la virginidad; parirá una Virgen y parirá á Dios hecho hombre. Judith presentando con sus manos á Betulia la cabeza del soberbio asirio, alaba al Señor "que no ha desamparado á los que han puesto en él su confianza; y por medio de una esclava suya ha dado una muestra de aquella misericordia que prometió á la casa de Israel." María la esclava del Señor, áun ántes de luchar con el soberbio, ya se llama bienaventurada y habla tambien de la misericordia del Señor á los que le temen, misericordia que usará con Israel.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO VI.

*Los espectáculos, el teatro, la escena, la música,
la poesía, la pintura, las imágenes.—Introducción á la cuestión
del culto.*

Recordamos haber leído en un autor protestante, que el culto de la Iglesia católica romana produce tan buen efecto en sus creyentes y de ellos entre sus neófitos, porque ese culto es "teatral."

Este concepto nos preocupó, y meditando en él, hemos encontrado muy grande á esa religión, precisamente por lo "teatral" de su culto.

Los principios que al comenzar hemos establecido y de que venimos haciendo aplicación en los diversos objetos que ofrece al estudio de toda religión, son de aplicarse, no ménos que en

los anteriores, en todo lo que ve al culto, y este capítulo será como la introducción á un asunto tan bello como importante.

Calificar de "teatral" el culto católico romano, está tan fuera de razón, como puesto en razón está calificar el teatro de "profanador."

¿Por qué? Porque decir "teatral" al culto católico, es como decir: "esa pompa es para el teatro;" cuando la razón nos enseña que para Dios es todo y, así, es para el templo la pompa de los teatros; en consecuencia, no es el templo el usurpador sino el teatro.

La naturaleza del hombre está hecha para los espectáculos, para el teatro, para la escena, para la música, la poesía, la pintura; ó en otros términos, los espectáculos, el teatro, la escena, la música, la poesía, la pintura son para gloria de Dios, y toda gloria se debe á Dios, y el hombre no pone en escena, no ofrece en espectáculo, no entona, no canta, no pinta, sino aquello que quiere glorificar. ¿Qué hacer, pues, de los espectáculos, de la escena y de las bellas artes, si no se consagran á Dios las primicias de esos dones? Si un gran personaje ó una acción heroica tienen á su servicio el teatro y las bellas artes, no deberá tenerlas la religión para que Dios sea mejor sentido?

Invertidos como están los conceptos de los hombres acerca de los fines del mundo visible y de la Naturaleza humana, no debe admirarnos ver un teatro suntuoso frente á un humilde templo; ni debe admirarnos en consecuencia que una verdad tan natural como es la tesis del culto católico, haya tenido siempre que sufrir tan rudos ataques. ¿No veis la pobreza del templo de Dios y la riqueza de los palacios de sus creyentes?

¿Quieres ser amado? Que tu amada te vea en escena á través de un personaje que en su historia se te parezca; las antorchas y la pedrería, los mármoles y el oro, las armonías musicales, los perfumes, todo servirá para ensalzarte, para que triunfes en el corazón cuyo amor solicitas, para que en ese corazón seas por fin glorificado.

Quiere Dios ser amado, quiere Dios ser glorificado en tu corazón; cuánto no habrá de decirte el espectáculo del Santuario! Allí verás al Cristo clavado en la Cruz, ó repartiendo el pan místico á sus Apóstoles; allí verás á María, en su concepción inmaculada, hollando la cabeza del reptil, ó la verás también como un ideal de dolor sublime en espectáculo sobre la roca del Calvario.

¿Para qué es el arte de Rafael y de Miguel Ángel, sino te sirven para ponerte al vivo, para

presentarte á los ojos, los beneficios de amor, la gloria de tu Dios? Y los conciertos musicales ¿por qué no han de ensayar con su mágico artificio el que tu alma sienta algo de lo que al arte le es dado hacer sentir de la gloria del Padre, del triunfo de su Cristo, de la belleza de María, del celo de Pablo, de la humildad de Pedro, de la gloria de Dios en sus ángeles y en sus Santos?

¿Pondría Dios perfumes en la azucena, más para que te convida al amor terreno que al amor del autor de la azucena? Y los conciertos musicales ¿no deberán servirte de preferencia para excitar en ti nobles pasiones con que sirvas al que es bondad perfecta, más bien que á esa frágil caña que llamamos «mujer?»

Admira ver cómo los hombres no encuentran razonable, lógico, armonioso, natural, en una palabra, el que al culto del Criador concurra la creación entera, lo visible y lo invisible, lo animado con lo inanimado, si no por Dios, siquiera por el hombre. Si todo lo criado me puede hablar de Dios y debe hablarme ¿por qué no lo hago entrar en parte al culto divino? ¿Se dirá acaso que la Biblia enseña el culto que á Dios debe darse? ¿Acaso el culto judío ha de ser el del pueblo cristiano? ¿Acaso porque Dios pide ser

adorado en espíritu y en verdad, quiso eliminar el culto del cuerpo unido al del espíritu?

Eso implicaba un trastorno radical de la Naturaleza humana, y Dios pudo quererlo, concedámoslo, ¿pero está probado que así lo haya querido, y está probado tan satisfactoriamente como debe serlo para que se tenga por expresamente derogado el orden natural? De ninguna manera; y si, por el contrario, vemos con el Cristianismo llegado el tiempo de que lo natural fuese restablecido por lo sobrenatural, de que Dios recibiese culto solemne no solo en Jerusalem sino en todo lugar, de que todas las cosas fuesen llamadas al templo cristiano, todas las bellezas del arte, todas las bellezas de la Naturaleza: *«benedicite omnia opera Domini Domino,»* así como también se había anunciado: *«laudate Dominum omnes gentes.»*

Hay una gran verdad que en este asunto y en los análogos que luego trataremos, tiene su oportuna aplicación; es esta: en religion aquello que no necesite ser revelado y que la razón indique por sí sola, al dictámen de la razón ha de sujetarse, pero al dictámen de la razón interpretada por la autoridad religiosa.

Este principio donde tiene grande aplicación es en la cuestión del culto cristiano.

El culto judío ¿debió subsistir venida la plenitud de la ley? No. ¿En el Evangelio se determina la *forma* de adorar á Dios, de darle un culto completo? No. Porque bastaba al hombre lo que la Naturaleza le enseña. Una vez sabido que el Padre envió á su Hijo para salvar al mundo, que el Hijo, hecho hombre era la gran ofrenda, el gran don en que el Padre podía complacerse, ¿no era asunto del orden natural todo lo demás? Hé aquí el dominio de la razón en manos de la autoridad religiosa.

Es verdad que el culto cristiano ha sido conducido por una providencia especial, ó como se dice en lenguaje de los creyentes, ha sido inspirado por el Espíritu Santo; pero cabalmente la acción providencial ha influido nada ménos que en dar á la Iglesia el acierto para atinar en ese punto con el más perfecto naturalismo religioso.

Los que fundan la *forma* del culto en lo que da de sí la Biblia, incurrén en alguna de estas tres faltas: ó cometen un anacronismo criminal apelando al ritual hebreo, esa es una; ó abandonan las indicaciones de la razón ó sea el orden natural, que es de Dios, por una indicación que no es del caso y esto sólo por los vagos conceptos que en orden á la *forma* del culto puede

presentarles el Nuevo Testamento, esa es otra; ó dan por innecesario el culto formal; otra no menor que las anteriores; tres expedientes que dejan en la religión un gran vacío.

Pues ¿qué! ¿el Cristianismo dejó al hombre sin cuerpo, sin sentidos, sin la imaginación, sin esa su naturaleza á la vez espiritual y sensible?

Dejad al hombre sin que sus ojos vean imágenes que le hablen de Dios, sin que sus oídos perciban armonías que le hagan sentir dulcemente de Dios, sin que los aromas sagrados le presten el olor de la divinidad, sin que en la tierra se remede el cielo, y ¿qué tendreis!

¿Hombres más espirituales? ¡Triste divorcio! el orgulloso espiritualismo, por no querer ver á Dios con los ojos, pronto lo ha perdido de vista de toda suerte! Quemad la imagen de Jesús y de María, pronto quemareis la Biblia, pronto oireis sin advertencia y sin respeto pronunciar el nombre de Dios, pronto os parecerá de buen tono emitir ese santo nombre, que relegareis á la rusticidad y al fanatismo, porque pronunciar ese nombre llegará á causaros vergüenza.

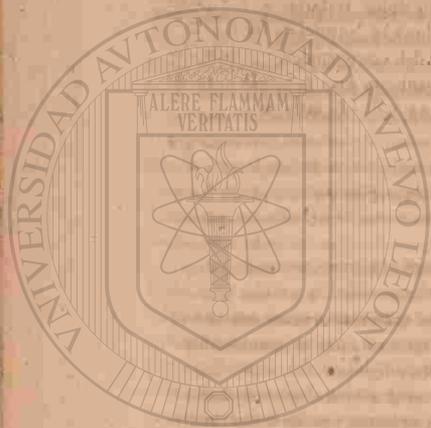
La gran dificultad que en la religión judía demandó nada ménos que una providencia especial de Dios, fué la prohibición de las imágenes y la limitación del culto sensible y solemne

á solo el templo de Jerusalem; dificultad tan grande, que no bastó la reciente memoria de las maravillas de Egipto ni del mar Rojo, ni el prodigio actual del maná, para que el pueblo no se mandase fundir el becerro de oro. Y la dificultad subsistió siempre, y al fin el becerro de oro prevaleció en diez tribus; y la dificultad subió de punto cuando removido á fuerza de tremendos castigos el peligro de idolatrar, esos creyentes sin imágenes, y sin culto solemne fuera de Jerusalem, no eran ya idólatras sino deístas y hasta desercidos.

Nunca podría ser, pues, el Judaismo ni la Biblia, que solo con él habla cuando se trata del culto solemne, por lo ménos en la letra, una objecion contra esa verdad tan natural que venimos vindicando. Los judíos vivieron siempre vida milagrosa, sobre todo la vida de religion; la privacion de muchos elementos naturales de toda religion, estuvo compensada con ese cuidado especial de Jehová, que si obligó á su pueblo á lo *anti-natural*, fué porque lo sostenía sin descanso con lo sobrenatural de una providencia especialísima con su escogido.

Pero no anticipeemos el tratar este punto que merece un estudio más detenido, cual es el de las imágenes y los accesorios del culto católico.

Para mayor claridad en nuestros conceptos, vamos á consagrar al estudio del culto cuatro capítulos. Por su orden trataremos: 1.º «del culto prefigurado en la Naturaleza física.» 2.º de las fórmulas del ceremonial, 3.º «de la idolatría ó el Paganismo, &c.» 4.º «Del breviario, el misal, &c.» 5.º «El latin, &c.»



CAPITULO VII.

Del Culto, prefigurado en la Naturaleza.

En lo que debe aplicarse forzosamente la ley de las armonías, de las figuras ó correspondencias, es en el culto religioso.

Un culto que carezca de analogías con la Naturaleza, lleva en su contra grande inverosimilitud, y da lugar á sospechar que no es el culto verdadero y que la religion que lo enseña no es la verdadera.

Recíprocamente: en la Naturaleza está sin duda simbolizado un culto y una adoracion, y esa lección debe ser para los hombres.

Cuando sale el sol, y le saludan con cantos las aves, y todo el esplendor de la mañana pa-

rece decirle *hossana*, ¿no tenemos una escena de adoración?

Cuando sale la luna, y la tristeza de los campos y de las ciudades cede á un sentimiento de paz y consuelo, y los valles y las montañas parecen decirle, «salve, reina, salve, dulce virgen,» ¿no tenemos una escena de adoración semejante á la del sol?

No hay duda, el culto religioso debe estar figurado en la Naturaleza y, recíprocamente, las escenas de la Naturaleza reclaman una realidad de orden más elevado.

Si dijéramos que el Sol es figura del Eterno, y que el *hossana* de las aves y de toda especie de animales, cuando amanece, es el poético símbolo del *hossana* que los ángeles en el cielo elevan y los hombres en la tierra deben elevar al esplendoroso Jehová, diríamos poco y nos detendríamos en los primeros albores de la ciencia santa. Aquellas figuras deben referirse á un culto ménos vago, ménos indeterminado; aquellas figuras deben referirse al Cristo, á un culto solemne, circunscrito, formulado, ennoblecido con todo lo que la Naturaleza pueda prestar para complemento de lo que la revelación del Cristo ya nos ha dado.

Los católicos romanos tenemos ese culto: una

misa solemne es el culto perfecto, fuera del cual en vano buscaríamos otra realidad que como él se asemejase tanto á su figura. Probemos, pues, á poner en paralelo esas armonías.

Después que el sacerdote en su nombre y en el de todos los asistentes ha dicho con las proféticas palabras de David: «*emite lucem tuam et veritatem tuam salutare vultus mei et Deus meus,*» verdadera aurora del sol que pronto va á aparecer, las melodías del coro, de los ángeles del templo, semejantes á las aves al amanecer, rompen el silencio, y los pobladores de ese sagrado recinto de un templo que es como un cielo y una tierra, hombres de todas condiciones y de todas naciones, se preparan para contemplar en espíritu al Cristo que va á aparecer, al que se llama Luz del mundo y Sol de justicia; y ese sol ilustrará con invisibles esplendores los ojos del alma de sus creyentes y vivificará con calor celeste el corazón de los que le adoran.

Llega, pues, el momento solemne; semejante al *fiat lux*, el «*hoc est corpus meum*» hará aparecer al Sol de los espíritus. El sacerdote eleva la Hostia y los asistentes se conmueven; voces del corazón se levantan al Rey de los siglos; el «*hossana*» del coro llena el templo de entusiasmadas melodías.

Así cuando el sol brilla en el Oriente, los cuadrúpedos, las aves, los árboles y las flores dan muestras de alborozo.

Cuando el sacerdote consagra, Jesucristo nace sacramentalmente, y sus adoradores, de hitos, alzan voces de alabanza; el humo del incienso asciende á las bóvedas en fantásticas columnas, la voz solemne de las campanas y los conciertos del órgano acompañan el himno del Sacramento, *O salutaris hostia*. Así al nacer el sol, ruidos de dicha y voces de júbilo se alzan de toda la tierra, las brisas se levantan y á sus halagos todo se vivifica; las flores exalando perfumes, vuelven sus corolas hácia el astro de luz, y las nieblas dejan la tierra, semejantes al incienso, para remontarse á las alturas.

Cuando Jesucristo apareció en los altares, toda honor y toda atención es para El solo. Cuando el Sol aparece en el Oriente, todos los astros quedan eclipsados, apenas quedará la Luna, apenas la estrella de la aurora; así delante del Cristo no queda visible sino María, ó ya el Bautista, ó ya José, ó ya el grande Arcángel.

Otra vez la Hostia vuelve á aparecer á la vista de los asistentes; palabras de tristeza y arrepentimiento salen de todos los corazones al ver la humillacion del Altísimo, que descendiendo al

abismo de la criatura, á la humilde morada del corazón del hombre; entónces todos callan, las luces se retiran, las dulces melodías dan lugar al silencio. Así al ocaso del sol, las aves, los árboles, las flores, las brisas enmudecen, todas las cosas parecen contemplar atónitas al rey del cielo sumergirse en los horizontes de Occidente.

El Sol vuelve á aparecer otro día. Así el Cristo resucitó. Así se repite diariamente el sacrificio de la Misa.

El Sol alumbra en todas partes y sin cesar tiene orientes y ocasos. Así se dicen misas en toda la redondez de la tierra y sin cesar se dicen siguiendo el curso del Sol. ¡Admirable consonancia!

En estos conceptos estarán de acuerdo los protestantes con nosotros; no será con ellos la cuestion. Los racionalistas y los deístas habrán, pues, de decirnos: ¿Se ha de dar un culto solemne al Sér Supremo? ¿Cómo habrémos de darlo? ¿Está ese culto en las escenas de la Naturaleza? ¿Qué parte tiene en ellas el hombre? ¿un sentimiento vago de adoracion? Si las escenas de la Naturaleza son ya el culto solemne que el hombre debe dar á Dios, ese culto es demasiado vago. Si esas escenas son solo una figura, ¿dónde

encontrar ese culto que aquellas simbolizan si no es la Misa de los cristianos?

Obligados los protestantes á admitir nuestros principios, no son consecuentes en su aplicacion ulterior. Si las escenas que ofrece el reinado del Sol deben ser figurativas del reinado del Cristo sobre nuestros altares, ¿qué dirán del reinado de la Luna? ¿Este reinado semejante al del Sol, qué, no será figura del reinado de María?

Nace la Luna cuando se ausenta el Sol; llena se muestra en el Oriente cuando el rotuado Sol se esconde en el Ocaso; se le ha dado el imperio de la noche; ella será guía del viajero, consuelo y confidente del alma enamorada; ningunos ojos resistirán los rayos del Sol; todos los ojos podrán alzarse á la nevada luz de la modesta reina de las estrellas; á la luz de esa luna ¿que valen Sirio, ni Arturo, ni Antares, ni Régulo! ¿el astro melancólico! ¿no es la amistad de todo el que sufre?

Así María: Si Jesucristo, si el Dios excelso desaparece á nuestra consideracion; ¿qué grande queda esa criatura! Llena de gracia la llamó el ángel; alcanza su excelencia hasta donde es posible á la criatura, así como la excelencia de lo Infinito alcanza hasta donde es necesario al

Infinito; se le ha dado el imperio en la noche de la vida, el imperio de la misericordia con los pecadores, con los pobres, con los afligidos, habitantes todos de tristes tinieblas; ella será guía del mortal viajero del siglo, consuelo y confidente del alma que anhela por el amor del bien sumo, de la beldad perfecta; ¿quién podrá alzar sus ojos delante de Jehová! ¿quién resistirá las miradas de su justicia! ¿quién no podrá invocar á la humilde esclava del Señor, á la triste madre del Crucificado, de aquel que murió por salvar á los pecadores!

Delante de María, ¿qué pequeños aparecen los más grandes santos! Todos han nacido manchados, solo María es la immaculada desde el primer instante; todos son vasallos, ella es la reina; María madre de misericordia ¿no es la amiga de nuestros infortunios?

Estas analogías son forzosas y, sin embargo, los protestantes, que se empeñan en rebajar la grandeza de la Madre del Verbo, tienen que negarlas; todo el tamaño de María quieren medirlo por el silencio del Evangelio, y no quieren convenir en que si el Evangelio ha callado, es porque las grandes figuras bíblicas del Testamento antiguo y la gran figura natural del astro de la noche, ya lo han dicho todo; bástole al

Evangelio decir «hé aquí á la Madre del Hijo de Dios,» y ya con eso el Testamento antiguo y las alegorías del firmamento, podían explicar todo lo demás.

Los deístas y racionalistas han querido encontrar en la Naturaleza el verdadero culto de la religión. Como en todo error, hay aquí un fondo de verdad. La verdad es que en la Naturaleza debe estar el culto en figura y que, además, de la Naturaleza debe tomarse cuanto la revelación no haya definido.

Si las aves cantan para el Sol, ¿no deberán cantar los hombres para el Cristo, para Dios?

Si el bosque tiene sus sombras, morada del misterio, ¿no deberá el hombre levantar templos donde en medio de otras sombras esconda otros misterios?

Si la Naturaleza se entristece y se regocija, ¿no deberá el hombre entregarse á la penitencia ó regocijarse en Dios su Salvador.

Si en los campos vemos alzarse la montaña sobre el valle ¿no está ahí la figura del pavimento del templo y de su tabernáculo? En el valle pacen los cuadrúpedos, en la cumbre de la montaña coloca el águila su nido.

¿No es el trigo el sustento universal, no es la vid el refrigerio universal? Admirable es la re-

ligion que tomando el pan y el vino los ofrece para que se conviertan en el cuerpo y sangre del Hijo de Dios, que luego es ofrecido al Padre celestial bajo la figura de una víctima hecha carne y sangre por la salud del pecador, bajo la figura del sustento y el refrigerio, en que se dá Dios mismo para calmar el hambre y la sed de nuestro corazón.

El aceite que dá el olivo incorruptible, el incienso que dá el perfume quemado en el fuego, la cera delicado presente que labran las abejas para de ahí formar limpias antorchas, ¿no las aprovechará la religión como elementos del culto solemne visible, como símbolos del culto del alma?

Ved ahí cómo la religión católica romana todo lo utiliza, nada deja inútil, hermanando los grandes misterios del mundo invisible, del mundo sobrenatural, con los hermosos misterios del mundo visible, del mundo natural, y realizando así con una magnífica y precisa aplicación el ideal vago de los deístas y racionalistas, que en su sistema quieren explotar la Naturaleza para el culto de su autor, pero hasta ahora no saben cómo.

Pues ¿qué, no es misterio ese aceite fruto del olivo, ese perfume que viene de los árboles de

la montaña para exhalarse cuando sus lágrimas sean echadas al fuego? ¡Qué, no es misterio ese tesoro que labran las abejas inocentes, amigas de la soledad, que van siempre en pos de la dulzura, que de las flores de la selva la llevan al fraternal albergue, y que á la par de la miel elaboran la cera incontaminada, fruto también de las inocentes flores, que al consumirse dará luz resplandeciente?

Los racionalistas y los protestantes ¿qué uso han sabido hacer de tan misteriosos dones? Porque, habémos de repetirlo, todo lo visible debe tener un fin más alto que las necesidades físicas y el recreo físico del hombre.

Sentado el principio de las armonías del culto con la Naturaleza, debemos llevar aún más allá su aplicación. Las fiestas de la religión debían seguir las fases de la Naturaleza, y la religión católica romana así lo ha hecho, continuando en esto el designio bien manifiesto de la Revelación.

Nada más hermoso ni más en armonía que contemplar al Hacedor Supremo renovando el mundo moral en el tiempo mismo en que el mundo visible es renovado.

Al declinar el Invierno, toda la cristiandad es llamada á la penitencia, porque vienen los días

en que los hombres han de ser renovados, y cuando el Sol brille en el Oriente con el esplendor de Primavera, y las aves, hirviendo el pecho en fuego desconocido, llenen los aires con himnos de júbilo y de dicha nueva, el Cristo aparecerá resucitado entre fulgores celestes, y los ángeles le anunciarán vestidos de cándido ropaje, cándido como la nieve, despidiendo sus ojos un brillo tan intenso como el del relámpago; y en todos los templos se verán las flores de la feliz estación, y el «gloria» y el «aleluya» entonados en alegres melodías conmoverán de gozo las almas de los fieles.

Semejante á ésta será la fiesta de «Còrpus Christi» y no ménos en armonía con las bellezas y las figuras de la estación.

Cuando ya en las mieses está cuajado el grano que será pan allá en Europa y, acá en América, aparecen las primeras nubes y el ronco trueno ruge á lo léjos en los montes vecinos, y los campos abrasados parecen invocar la lluvia fecundante para recibir el grano del maíz, sustento de los hijos del Nuevo-Mundo, las puertas del templo se abren para dar paso al Rey de los cielos hecho en la tierra el pan de los hombres, el verdadero pan de la vida verdadera.

Y el estampido del cañon y el clamor de las

campanas anuncia á la Majestad tremenda que es llevada en triunfo, y los coros de los niños que cantan el *panem de celo* y los de los levitas que entonan el *pange lingua*, dicen que Jehová no es ya sino el Cordero de Dios que mora entre nosotros, porque con nosotros tiene sus delicias.

Tales son las fiestas de la Primavera y del Estío religiosos, de las flores y de los frutos sagrados.

El Otoño y el Invierno también tendrán sus fiestas.

Cuando sea el tiempo en que los árboles dejen caer toda clase de frutos, la Iglesia católica celebrará la fiesta de Todos Santos. El libro del Apocalipsis se abrirá para mostrar en los cielos millares y millares de escogidos, los de veste blanca, los de veste purpúrea, los mártires, las vírgenes y los confesores; el Evangelio se abrirá también para proclamar las bienaventuranzas, para enumerar las clases felices de los frutos que ha de cosechar el celeste labrador; de estos serán los pobres, los mansos, los pacíficos, los misericordiosos, los infortunados y los perseguidos por su justicia y virtud.

Y así como á la sazón de los frutos sigue de presto la caída de las hojas y el helado viento

del próximo invierno; así también, no bien los católicos habrán hecho memoria de *todos los santos*, celebrarán la fiesta de los difuntos. La imagen de la muerte la tendreis fuera del templo, en donde se deja sentir no ya el halago de los éfíros sino el destemplado azote del cierzo tempestuoso, en donde vereis flores que se marchitan y árboles que quedan como cadáveres ya desnudos de su verdor y follaje. La imagen de la muerte la tendreis asimismo dentro del templo, en donde los paramentos sagrados son de fúnebres colores y las voces de los levitas de lúgubres entonaciones. Se abrirá el libro de Job, y el desengaño de la vida y el tedio de la existencia ya al borde de la tumba, se harán patentes á los hijos del siglo con una palabra tan sentida, tan enérgica, cual no ha pronunciado hasta hoy mortal alguno; «Mi alma está llena del tedio de la vida, hablaré en medio de mi amargura. El hombre, nacido de mujer, vive poco tiempo y está lleno de muchas miserias, «mi vida se debilitará, mis días se abreviarán; solo me quedará el sepulcro.»

Pero entre tanto se oirán también voces que anuncian la resurrección de los muertos, especie de júbilo entre el terror de la muerte y el tedio de la vida, bien así como al desaparecer el folla-

je de los árboles viene á la mente el recuerdo y el gozo de la próxima Primavera.

¿Querais ver cerrado el cuadro de armonias de las fiestas del Catolicismo con el de las estaciones de la Naturaleza?

Ahí teneis el «Adviento» que comenzando con el Invierno termina cuando éste se enervudece. En los días más tristes de la Naturaleza es cuando se celebra la venturosa venida del Dios Hombre, que apareció en el mundo cuando en él todo era desolacion, que aparecerá en el mundo cuando en él todo será angustia y tribulacion.

Comprobacion de la regla general son la excepcion que nos presentan los países australes, que siendo la parte menor del mundo habitado, no pueden hacer derogar la hermosa ley, sino que la suponen.

No nos basta el señalar la belleza de estas armonias; es preciso que demostremos su necesidad, y para esto repetirémos como tantas veces: Dios que estableció ese orden de las estaciones con tan diversos caracteres, ¿no tendria en ello designios morales y religiosos? Si quiso que con la variedad de los tiempos no entrase en tedio el hombre físico, ¿no querría tambien que con la variedad de las fiestas de su Iglesia no entrase en tedio el hombre moral? Y si el

orden físico se modeló por el moral y para el moral, ¿no serán las estaciones el símbolo de las fiestas ó estaciones religiosas? ¿No sería premeditada esa armonía, al parecer casual, en que tan bien se adunan las bellezas de la tierra con las del cielo?



JANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPÍTULO VIII.

Ritos y Ceremonias de la Iglesia católica:

Facultades de interpretación en las cosas santas y en el gobierno eclesiástico.

Existe una ley en el orden físico:
Nada de lo que atañe al hombre y á sus necesidades se le dá perfeccionado.
Dios ha puesto á disposición del hombre el propio cuerpo del hombre y todas las cosas que le conciernen, en tal estado, que Dios ha comenzado la obra y el hombre ha de acabarla.
Esta ley existe en el orden moral y existe en el orden civil.
Dios ha criado al hombre desnudo y ha criado las ovejas, el algodonero y los capullos de seda; y el hombre verá cómo ha de vestirse de

lana, de algodón y de seda. Dios ha criado las mieses y la vid, y el hombre verá como trillarás el trigo, y le molerá, y le cocerá para tomar el pan, y como de la uva exprimirá el mosto y fermentará el vino.

Dios ha dicho al hombre, «honra á tu padre y á tu madre,» y el padre y la madre verán de qué manera darán forma y ceremonia á los actos de esa honra que les es debida. Dios ha dicho al hombre, *omnis anima potestatibus superioribus subdita sit*, y las potestades verán cómo establecen el orden entre los súbditos dándole forma al derecho natural, y estableciendo el ceremonial de la honra que les es debida.

Semejante á esa ley que rige en lo físico, en lo moral y en lo civil, ¿no existirá una en el orden religioso?

Dios ha dicho, «*hoc est corpus meum*...» «*hoc facite in meam commemorationem*»; Dios ha dicho, «*ite... baptizantes in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti*»; Dios ha dicho, «*quorum remissionis peccata remittuntur eis*»; Dios ha dicho, «*pascite qui in vobis est gregem Dei, etc.*»; todo esto lo ha dicho á los jefes de la religion cristiana, y con especialidad al jefe de los jefes «*pascite oves meas, pascite agnos meos*»; ¿ya con solo esas palabras quedaría determinada la forma

y el ceremonial de la Misa, del Bautismo, de la Confesion y de los otros Sacramentos? ¿con el «*pascite*» se entiende haberse de dar la palabra del Evangelio sin condimento y sin medida? Hé aquí planteada toda la cuestion de los ritos, de las ceremonias y del gobierno eclesiásticos.

La verdad de la doctrina católica en el particular resulta en esta alternativa: ó la forma, los ritos y el ceremonial de las cosas santas se encuentran detalladas en la Biblia, ó en la Religion rige la ley general que deja al poder humano la parte reglamentaria ó interpretativa de los rudimentos revelados, ó en la Religion no ha de haber ritual ni ceremonial para las cosas santas, ni leyes humanas para el gobierno religioso de los fieles.

Así planteado nuestro asunto, nos es fácil exponer indeclinables verdades que dan á la religion católica romana la prepotencia sobre cualquier otra en este punto como en tantos otros.

Que no sean las formas, los ritos y el ceremonial del culto judaico, y ya no se encuentran en la Biblia ningunos otros detalles tratándose del culto y de las cosas santas. Que no sea la disposicion de los campamentos del pueblo de Dios, y ya no se encuentran en la Biblia ningunos otros detalles tratándose de la organizacion

lana, de algodón y de seda. Dios ha criado las mieses y la vid, y el hombre verá como trillarás el trigo, y le molerá, y le cocerá para tomar el pan, y como de la uva exprimirá el mosto y fermentará el vino.

Dios ha dicho al hombre, «honra á tu padre y á tu madre,» y el padre y la madre verán de qué manera darán forma y ceremonia á los actos de esa honra que les es debida. Dios ha dicho al hombre, *omnis anima potestatibus superioribus subdita sit*, y las potestades verán cómo establecen el orden entre los súbditos dándole forma al derecho natural, y estableciendo el ceremonial de la honra que les es debida.

Semejante á esa ley que rige en lo físico, en lo moral y en lo civil, ¿no existirá una en el orden religioso?

Dios ha dicho, «*hoc est corpus meum*...» «*hoc facite in meam commemorationem*»; Dios ha dicho, «*ite... baptizantes in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti*»; Dios ha dicho, «*quorum remissionis peccata remittuntur eis*»; Dios ha dicho, «*pascite qui in vobis est gregem Dei, etc.*»; todo esto lo ha dicho á los jefes de la religion cristiana, y con especialidad al jefe de los jefes «*pascite oves meas, pascite agnos meos*»; ¿ya con solo esas palabras quedaría determinada la forma

y el ceremonial de la Misa, del Bautismo, de la Confesion y de los otros Sacramentos? ¿con el «*pascite*» se entiende haberse de dar la palabra del Evangelio sin condimento y sin medida? Hé aquí planteada toda la cuestion de los ritos, de las ceremonias y del gobierno eclesiásticos.

La verdad de la doctrina católica en el particular resulta en esta alternativa: ó la forma, los ritos y el ceremonial de las cosas santas se encuentran detalladas en la Biblia, ó en la Religion rige la ley general que deja al poder humano la parte reglamentaria ó interpretativa de los rudimentos revelados, ó en la Religion no ha de haber ritual ni ceremonial para las cosas santas, ni leyes humanas para el gobierno religioso de los fieles.

Así planteado nuestro asunto, nos es fácil exponer indeclinables verdades que dan á la religion católica romana la prepotencia sobre cualquier otra en este punto como en tantos otros.

Que no sean las formas, los ritos y el ceremonial del culto judaico, y ya no se encuentran en la Biblia ningunos otros detalles tratándose del culto y de las cosas santas. Que no sea la disposicion de los campamentos del pueblo de Dios, y ya no se encuentran en la Biblia ningunos otros detalles tratándose de la organizacion

del gobierno del pueblo fiel. En los grandes, graves y serios asuntos de la Religión, la Biblia no tiene más de una palabra, semejante á aquella con que expone los grandes asuntos del mundo físico.

Los fieles habían de comer el cuerpo del Cristo que los sacerdotes habían de consagrar, y el Cristo no tuvo más de una palabra, *hoc est corpus meum. hoc facite;* y eso, que para comer el cordero dictó el Señor muchos ritos y ceremonias.

Los hombres habían de renacer en su alma al tiempo que el agua, en el nombre de la Trinidad Santa, bañase su cuerpo; y Dios nada dijo de ritos y ceremonias que precediesen ni que siguiesen á un sacramento tan importante.

Los fieles habían de ser perdonados por los Apóstoles y sus sucesores, y Dios nada dijo del modo con que el pecador dijese sus pecados, ni de la actitud que tomasen sus Apóstoles para usar de un poder tan excelso.

Bien es que Pedro y Pablo daban con milagros grande idea de su poder invisible de consagrar el cuerpo del Cristo, de la regeneración espiritual y del perdón de los pecadores después del Bautismo. Pero ¿qué sería cuando el maná ya no cayese del cielo, ni alumbrase la columna

de nube, ni el fuego celeste matase á Datan y Abirón? Entónces ya el sencillo tabernáculo se convertiría en suntuoso templo, y los modestos jueces serían reemplazados por reyes magníficos.

Que en el tiempo de los milagros y de la asistencia visible del Espíritu Santo, consagrasen el pan los Apóstoles apenas entrasen al aposento de algún piadoso neófito, que bautizasen al pasar por un arroyo á aquel que había visto al ángel del cielo, que perdonasen los pecados sin entrar en cuentas; pero ¿cómo podía ser esto cuando los hombres dejaron de ver las maravillas de Jerusalem y dejaron de sentir el estremecimiento de los cenáculos al descender la gracia del Paráclito? ¿Qué tienen que ver los tiempos de Tiberio con los tiempos de Atila, con los tiempos de Carlos V, con los tiempos de Napoleón?

Así, solo nos quedan dos extremos entre que elegir: ó fuera de la Biblia deben encontrarse los medios para establecer el culto y el gobierno en toda forma, ó el culto y el gobierno de la religión cristiana debe ser sin ritos, sin ceremonial, sin leyes humanas.

Si ha de ser verdad el segundo extremo, es una verdad anti-natural, y así la prueba de ella

á nuestros contrarios toca; porque semejante orden de cosas supone al hombre transformado en su constitucion. Y ¿en dónde encontrarán esta prueba?

La constitucion del hombre está en la sociedad de un cuerpo y un espíritu; la expresion de su espíritu es su cuerpo; ya que viene bien repetir lo que hemos encarecido: para hablar al hombre no está la perfeccion en presentarle desnudos los objetos espirituales, la perfeccion está en revestírselos de una forma sensible proporcionada al objeto espiritual que quiere presentársese á la consideracion. Las fórmulas, el ceremonial, tratándose del hombre, ¿serán poca cosa, cuando el hombre es un compuesto de cuerpo y alma, cuando vemos todo lo que el cuerpo influye en el espíritu, los sentidos en los conceptos espirituales y la imaginacion en el raciocinio?

El orgullo, pero un orgullo que no es del verdadero sabio, es lo que ha hecho pretender que para el hombre lo más perfecto de las instituciones es lo puro espiritual.

Error de incalculable trascendencia. Que todos los actos de amor, de respeto, de amistad, de vida social, de gobierno civil y político se desnuden de las exterioridades; ¿qué sucederá

Que por darla de ángeles nos convertiremos en bárbaros intratables.

Ahora si veremos que con el hecho de existir el hombre, alma y cuerpo, se hace plausible la Encarnacion y todo lo que es ritos y ceremonias en la Iglesia católica romana, y que, reciprocamente, la Encarnacion hace plausible los ritos y las ceremonias y á la misma extraña entidad que consta de espíritu con forma de cuerpo, entidad extraña que se llama *hombre*.

¡Cómo, pues, para un asunto tan sério cual es el culto, cual es el gobierno eclesiástico, no había de entrar esa *forma*, ese ritual, ese ceremonial que no falta en el culto doméstico ni en el civil! Los reyes tienen su trono, hasta los presidentes de repúblicas tienen su ceremonial, los militares sus insignias, su traje especial, las naciones su bandera, su escudo de armas. La Religion no ha de *formular* su culto?

Por eso los católicos suponen tan victoriosamente algo á más de la Biblia: la *Tradición* de las instrucciones verbales de Jesucristo á sus Apóstoles y discípulos, y la *razon* de sus Pastores, razon dirigida por una providencia, razon inspirada por el Espíritu Santo.

Aquí se vé cuánta lógica hay en esa tésis católica de que nuestros enemigos se burlan ne-

ciamente, á saber: que la Iglesia, es decir, sus Pastores, su gobierno, está asistida por el Espíritu Santo. Porque si no todo está en la Biblia, si del importante asunto de la Religión, mucho ha quedado sin escribirse y no todo lo reveló Jesucristo á sus Apóstoles, y mucho ha quedado á la discrecion de los Pastores, preciso es que el Espíritu de Dios que bajó á fundar su Iglesia, permanezca con ella para que asistiéndola, su obra no perezca jamás.

CAPITULO IX.

Los idólatras y los católicos.

Los católicos romanos, al prestar adoracion ó reverencia á las imágenes de Dios, del Cristo y de sus Santos, han estado tan léjos de incidir en el feo crimen de idolatría, que al defenderse contra los iconoclastas y sus sucesores los protestantes, han llevado la circunspeccion hasta el punto de no echar de ver nuestra semejanza con los paganos.

Pero ¡qué! nos parecemos los católicos á los paganos en eso de tributar culto á las imágenes!

Sí, mucho; y en esta semejanza veremos la grandeza, la lógica, la verdad de la religion católica romana.

Primero, distinguiremos entre los idólatras propiamente dichos y los paganos, y aunque no lo necesitamos diremos desde luego, que esta distinción no solo es filosófica sino histórica.

Los primeros paganos adoraron al ídolo como Dios. Contra ellos tronaba el Rey poeta cuando decía de sus dioses: «tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen.» De ellos hablaba el libro de la Sabiduría, cuando narraba la historia de la manufactura de tan pasibles y mudas deidades.

No así los paganos del tiempo del Imperio romano. Contra ellos escribieron sus vigorosas refutaciones Lactancio y San Agustín, por las que veremos cómo ya los supuestos ídolos no eran sino imágenes de supuestos dioses sobrenaturales.

A esta clase de paganismo se refieren los disidentes, cuando por la semejanza que existe entre él y el Catolicismo le hacen á este el cargo de idolatría.

Si se parecen los católicos á los paganos en la adoración de las imágenes, en eso ó es malo el Catolicismo, ó es bueno el paganismo. Supuesta la semejanza, en este punto lo bueno ó lo malo á ambos aprovechará ó perjudicará.

Pues bien, El culto que los paganos tributa-

ban á las imágenes, era bueno relativamente hablando; era lógico absolutamente hablando. Bueno relativamente, como que, si por hipótesis, fuesen verdaderos dioses los del paganismo, bueno sería el culto de sus imágenes.

Malo era en ellos adorar dioses falsos, pero muy lógico tributar culto á sus imágenes.

Si entre los cristianos existe el verdadero Dios, bueno absolutamente hablando es adorarle en su imagen.

Si entre los cristianos se reverencian los justos que moran en el cielo, bueno absolutamente hablando es reverenciarlos en sus imágenes.

¿O se dirá que es malo honrar en su imagen al ser que se puede honrar en sí mismo? Eso ¿quién podrá decirlo?

¿O se dirá que la Biblia prohíbe dar culto á Dios en sus imágenes? Hé aquí la objeción de los iconoclastas. Pero como ya hemos visto que adorar las imágenes no es en sí malo, la objeción de los iconoclastas solo puede hacerse en el supuesto de que la prohibición la haya hecho Dios por razones de circunstancias.

¿Cuáles son, pues, estas razones? La propensión de los judíos á la idolatría.

¿Pero estas razones subsisten en el Cristianismo?

Quando el Cristianismo apareció, ni los mismos paganos eran idolatras. ¿Qué peligro había en tal caso, para los cristianos llenos ya de la luz de la Verdad!

Que adorar las imágenes no es su sí malo, en la misma Biblia, lo han demostrado victoriosamente los Santos Padres que combatieron á los iconoclastas. ¿Qué respuesta puede darse al argumento tomado de la serpiente de metal, imagen de Jesucristo, y de los querubines de oro, imagen de los que están en el cielo?

Dicen todavía, los iconoclastas, que estando en el decálogo el mandato de no adorar imágenes, este precepto no puede creerse derogado. Y ¿qué no está en el Decálogo el precepto de guardar el sábado? Luego pueden encontrarse en el Decálogo preceptos de circunstancias, derogables y derogados por la ley de gracia.

Pero vamos á ver por qué adorando las imágenes el Catolicismo es grande, como tambien por eso lo fué el paganismo, así como es pequeño el protestantismo y el mahometismo porque no las adora.

Ese elemento de religion fué muy favorable á la estabilidad del paganismo, fué una grande idea del Demonio; así como es grande para el efecto de destruir el Cristianismo, la que tiene

ahora en sugerir á los cristianos el dejar el culto de las imágenes, culto que tanto contribuye á la estabilidad de una religion. Poderoso elemento la adoracion de las imágenes, para sostener la creencia y la devoción, viene á sostener la memoria de los objetos representados, viene á avivar el concepto que de ellos se tiene, viene á fijar por medio de los sentidos la atencion del alma siempre propensa á divagarse, siempre renuente á sostener la consideración en el punto que se propone.

Los paganos, sin imágenes, hubieran perdido de vista á sus dioses, y el Demonio en vez de tener adoradores solo hubiera hecho ateos. Pero los pueblos, que no pueden vivir sin adorar, hubieran abrazado más pronto el Cristianismo, y entonces ¿qué gloria le quedaba á Satanás sin la guerra de tres siglos de los cristianos mártires?

Pero, no es tan solo eso lo que nos importa hacer reflexionar; nos queda la más importante de las cuestiones que en este punto nos mueven los disidentes.

Ellos quieren desconcertar á los fieles, haciéndoles sospechar no sé que vergüenza de origen en la historia de las imágenes cristianas, no sé que transacción culpable de los católicos con los

paganos, no se qué sustitución de un mal con un mal, del *ídolo* de Vénus con el *ídolo* de María. Y como ántes de la caída del paganismo no aparece claro el uso de las imágenes cristianas, la mala sospecha á que á los débiles se quiere inducir, sube de punto.

Creemos que nuestros apologistas, celosos siempre del buen nombre de la Iglesia, y demasiado temerosos de toda concesión á la imputación de paganismo con que los disidentes quieren abrumarnos, han llevado también en este punto la circunspección más allá de lo que debían. Párecenos que este ataque se puede repeler, hasta el grado de aceptar la premisa de los contrarios y volvérsela *contra productentem*.

Que los católicos transigieron con la idea pagana de dar culto á las imágenes. Concedido.

Que los católicos sustituyeron un mal con un mal, la imagen de Vénus con la imagen de María; negando solamente el supuesto de que adorar imágenes es un mal absoluto; concedido.

Que ántes de la caída del paganismo había cierta reserva en adorar las imágenes cristianas; concedido.

Ya lo hemos dicho: al paganismo, en orden á

la adoración de imágenes, poseía una parte de las verdades naturales de la Religión.

¿Cómo, pues, no podría el Catolicismo transigir con él?

Si en adorar la imagen de Vénus no estaba lo malo, sino en que el tipo era falso y era malo, ¿cómo, es que, reemplazado ese tipo con uno verdadero y bueno, no podría sustituirse imagen con imagen?

Si los paganos podían confundir las imágenes de los seres verdaderos y buenos con las de los falsos y malos, ¿como no usar cierta reserva los cristianos en la adoración de sus imágenes, hasta que el peligro cesase?

Prohibido fué á los judíos adorar imágenes, por su peligro en confundirlas con las de los gentiles, y por el peligro de estos en creer al Dios y á los santos de los judíos, semejantes á los dioses de los paganos. Reservado fué el Catolicismo en el uso de las imágenes, por solo el peligro de los gentiles en confundirlas con las de sus dioses, no ya por peligro ninguno de parte de los judíos ni de los cristianos.

Pasado este peligro, convencidos de falsedad y de maldad los dioses paganos, reinando ya en el corazón del pueblo, y de los magnates la memoria del Cristo crucificado, de María al pie de la

Cruz, del discípulo amado, de los Santos Apóstoles, de los Santos Mártires, de las Santas Vírgenes por medio de sus imágenes, ¿qué haría Satanás para alejar de la mente de los fieles ese recuerdo, que es su ignominia, y con el esa devoción, y con ella esa excitativa á la virtud, motivos todos de su perverso malestar, si no es objetando el culto de las imágenes?

Quien encontró ser grande cosa sugerir á los adoradores de Adónis y de Vénus el que formasen sus imágenes, encontró ser también grande cosa sugerir á los adoradores del Cristo y de María el que rompiesen el Crucifijo y la estatua de los Dolores. Hé aquí con encontrados medios procurado el mismo fin, el olvido del Dios verdadero, del Cristo y de sus Santos, fin conseguido en otro tiempo procurando hacer entrar un elemento importante de estabilidad para el paganismo, fin conseguido despues procurando hacer salir un elemento importante de estabilidad del Catolicismo. Los mahometanos y los iconoclastas eran dignos de parecerse en no contar con el culto de las imágenes.

Concluuyamos, pues. La religion católica romana por lo que hace á las imágenes, debe gloriarse de su semejanza con la religion de los paganos que encontró en el grande imperio, por

que una y otra han seguido en esto las indicaciones de la Naturaleza, de esas verdades que se fundan en la necesidad del corazon humano, en la constitucion del hombre, alma y cuerpo, inteligencia y sentidos, raciocinio é imaginacion.

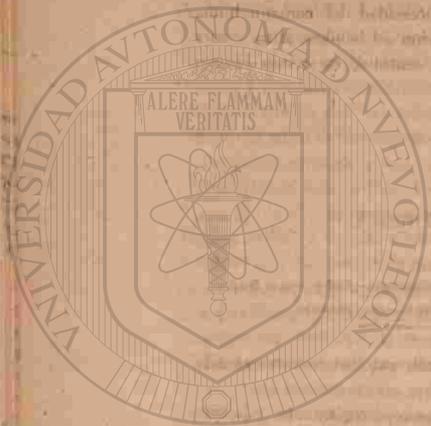


JANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPÍTULO X.

Ritos y ceremonias del Catolicismo. — El Breviario, el Misal, el Ritual romano. — Ritos populares.

Esta parte del culto católico romano es admirable.

Ya demostramos que el reglamento y la forma del culto cristiano la confió Dios á la prudencia y á las facultades de los pastores, á las inspiraciones de la religion natural; dejen, pues, los enemigos del Catolicismo sus preocupaciones y vean con nosotros lo que es el Breviario, el Misal y el Ritual romano.

Hé aquí unos libros sagrados que se leen por los sacerdotes católicos en toda la tierra, á los

que no hay quien haga la más pequeña alteración, libros sagrados cuya corrección ó adición solo la hace el sucesor de Pedro, aquel á quien se dijo: *«pascce oves, pascce agnos;»* corrección ó adición que no se hace sino de siglo en siglo, que no se hace sino previa la aplicación de toda la ciencia de los primeros doctores de la Cristianidad; monumento de las tradiciones de los primeros siglos, en que apenas un gran Papa, un gran doctor, un gran santo, algún gran poeta han ido dejando su contingente con escrupulosísima reserva.

¡Album eterno! Pasarán muchos años y apenas le veréis adicionado con un pequeño himno, con una pequeña oración, *«Deus qui beatum N.»* con un brevísimo relato de algún héroe cuya vida ha sido el objeto de 200, 300 ó 400 años de indagaciones rigurosísimas.

Pasarán siglos y apenas le veréis adicionado con una pequeña adición, para solemnizar alguna fiesta cuya discusión ha durado aun ocho de esos grandes períodos: tal ha sido la de la Inmaculada Concepción. Esta es la historia del Breviario y del Misal.

En el Breviario encontraréis himnos del siglo VI, lecciones y antífonas hasta del siglo IV. El oficio de la fiesta de *«Corpus Christi»* es for-

mado por Santo Tomás de Aquino que se remonta al siglo XIII.

En el Misal encontraréis antigüedades no ménos notables; siendo de admirar la sobriedad escrupulosísima con que la misa se ha ido adicionando, y se han visto pasar siglos para que algún Papa haya añadido unas pequeñas preeces, una pequeña ceremonia; muchos años pasaron para que San Pio V mandase agregar el Evangelio con que termina, *«In principio erat Verbum, &c.»*

Para que se admire esta medida extra-natural con que los Pastores de la Iglesia católica romana se han conducido en este punto, baste reflexionar que no siendo el Breviario ni el Misal sino la consignación de las prácticas piadosas ó de la forma del culto, natural era que la misma piedad fuese el móvil de continuas alteraciones, supresiones, adiciones, trasformaciones, en esos asuntos de pura forma. Pero no ha sido así; por el contrario, admira ver el respeto á sus antecesores y la perfecta inteligencia en que está el Papa de hoy, con el de ayer, con el de hace 300, 500, 1,000 y 1,500 años, no solo en lo sustancial del culto sino en la forma inmutable.

¿Qué obstaba para que el Papa de hoy mo-

dificase la forma de la Misa adaptándola á las exigencias del siglo actual, para que los Papas del siglo XVIII la hubiesen adaptado á las exigencias de entónces, y así de época en época?

¿Qué obstaba? Ese espíritu de prudencia y de ciencia con que Dios inspira el ánimo de los Papas.

¿Por qué no ha habido un Papa novador como Lutero, que se apartase de ese espíritu de respeto á lo pasado? A fuerza de ver el prodigio, creemos natural lo que es extra-natural. Precisamente por ser el Papa árbitro absolutamente entre los católicos, era más inminente el peligro de la innovación; y no obstante eso, la buena fortuna jamás abandona á los gobernados del sucesor de Pedro. ¿Qué hay en esto? La intervención de Dios.

Eso por lo que ve á la historia de esos libros. Por lo que ve á su contenido, allí se advierte un arte maravilloso, y que, á no dudarlo, en la Iglesia católica reside el espíritu de sabiduría.

La mente del Breviario es poner en boca del Sacerdote el antiguo salterio de la Sinagoga, para que las voces de alabanza del antiguo pueblo sigan las mismas en el nuevo; pero adicionadas con la celeste novedad de la nueva ley; todos los salmos terminan con el *Gloria Patri et*

Filio et Spiritui Sancto. A esto se agregan tres pequeñas lecciones diarias del antiguo Testamento, tan felizmente adaptadas al asunto de las fiestas cristianas, que no se puede creer cómo subsiste el Judaísmo y cómo no se convierten los racionalistas.

Si es en el Adviento, un mes ántes de la fiesta de Navidad, entra á hablar Isaías, el Profeta nuncio de felicidades y de consuelos.

«Vision de Isaías, hijo de Amos..... Oid cielos, escucha ó tierra, porque el Señor ha hablado: yo crié y exalté hijos y ellos me despreciaron, etc.»

«Y se levantará una vara de la raíz de Jesús, y de ella brotará una flor. Y sobre esta descansará el espíritu del Señor..... y juzgará en justicia á los pobres, y defenderá á los mansos.»

Y como tarde el día feliz, suspirará y dirá: «¡Cielos! enviad el rocío, nubes lloved al Justo. Tierra ábrete y que nazca el Salvador.»

En consonancia con el Breviario, uno de los designios del libro del Misal es hacer adaptar al sacrificio y á la liturgia permanente de la Misa la variedad de las fiestas, consiguiendo de esta manera que se santifiquen los momentos más solcates del ministerio sacerdotal con la diaria lectura del Nuevo Testamento, y recíprocamen-

te que se consagre la lectura de ese libro santo, haciéndola todos los días, precisamente dentro del acto más santo de la Religión.

En el Misal se va espendiendo el nuevo Testamento; en el Breviario solo el antiguo. Pero están relacionados esos dos libros litúrgicos; por que el Evangelio del día es el asunto de lecturas tomadas de los comentarios de los Santos Padres, insertas en el Breviario. En armonía con esos comentarios se va haciendo en ese último libro litúrgico la lectura del Testamento antiguo.

Prescindiendo de tanto que hay que notar de grande y de bello en la Misa, harémos observar, sin salir de nuestro asunto, á la vez que nos ocupemos del Breviario, lo que encontramos de admirable en el Misal.

En éste, como en el Breviario, es sorprendente el laconismo de la oracion de la fiesta, lo mismo que de todas las otras oraciones diarias. Inspirada la Iglesia del Espíritu de Dios, ha concebido la felicísima idea de hacerlas todas á semejanza del Padre Nuestro y del Ave María. En el Adviento, por ejemplo: «Despliega tu poder ó Señor y ven para que nos saques del inminente peligro en que nos han puesto nuestros pecados, y con tu proteccion merezcamos ser

salvos.» Todas estas oraciones acaban con las sabidas palabras: «por Jesucristo Nuestro Señor tu Hijo, que contigo (el Padre) vive y reina en unidad del *Espíritu Santo*, Dios por todos los siglos, &c.» Aquí como en el rezo de los Salmos, toda alabanza, toda oracion, toda gloria, todo culto, termina siempre en Dios Padre por Jesucristo su Hijo, con el Espíritu Santo.

Hé ahí todo el sistema del Breviario, del Misal y de todo el Ritual católico romano. ¡Qué ignorantes están ó afectan estar, del fondo de nuestro culto y de nuestra religion, los protestantes y todos los disidentes, cuando vociferando tanto nos quieren enseñar que tenemos un solo mediador Jesucristo, á cuyo fin aducen textos sobre textos pretendiendo convencernos, estando nosotros mejor que ellos convencidos, de que solo á Dios se ha de adorar!

Que se convengan ellos de que en este punto somos más consecuentes con la Biblia, con el plan de Dios y de su orden natural. Que vean cómo nosotros, sin dejar á sus Santos, sin dejar de dar cumplimiento al *laudate Dominum in sanctis ejus*. (Alabad al Señor en sus Santos) al *benedicite omnia opera Domini Domino*, (que todas las obras del Señor bendigan al Señor),

al fin todo lo hacemos para llegar mejor á la adoración, á la glorificación de solo Dios.

El Breviario sostiene á los Sacerdotes, según hemos observado, no solo en la lectura diaria y permanente de la Biblia, sino en la de los grandes doctores de los primeros siglos del Cristianismo, y así la santa doctrina va haciendo reclamo no solo á los grandes Santos que la precedieron profetizándola, sino á esos otros Santos que vinieron despues de cumplidas las promesas, testigos ilustres que al dar fé de que nuestra doctrina de hoy es la suya de entónces, han explicado con celeste elocuencia la admirable conformidad del sacros con la profecía, de la realidad con la figura, de la posesion con la esperanza, de la ley de gracia con la ley escrita.

El Breviario sabra escoger para cada asunto el Padre Santo que supo tratarlo con más excelencia, siendo hermoso encontrarnos con que para preconizar, para enaltecer cada misterio de la Religion, Dios parece haber suscitado á un especial enviado, así como en el Testamento antiguo para predicar esos mismos misterios.

En el Adviento, pues, y en la Natividad del Señor, así como Isaías colmará de gozo nuestros corazones viendo que no en vano predicaba el consuelo y el alborozo de la nueva Sion, así San

Leon (Papa) Magno nos dirá hermosos, celestes conceptos, de ese Dios hecho hombre y nacido de la mujer. Despues del nacimiento del Verbo hecho hombre ¿quién como Leon Magno habrá hablado tan maravillosamente del misterio de la humanidad de Cristo, de la distincion de sus dos naturalezas, de la dicha del mundo por el nacimiento del Dios niño?

Pero el Breviario no solo es hará leer; os hará intercalar en vuestras lecciones ciertas breves epifonemas, ciertas breves consideraciones, resúmenes de gozo, de consuelo, de júbilo, de dolor, que concentrarán el alma en los diversos sentimientos reclamados por la fiesta del día. En esos brevets se encuentra, á más de una práctica de admirable originalidad, la antigüedad sagrada y los conceptos más enérgicos para mover el ánimo. Al comenzar el Adviento se os dirá:

«*Ecce nomen Domini, etc.*» Hé aquí que el nombre del Señor de lejos vendrá y su claridad llenará la redondez de la tierra, y así no cesará de inculcarse la gloria del que va á nacer.

«*Ecce apparebit Dominus, etc.*» Hé aquí que aparecerá el Señor y no ha de engañarnos; si aún tardare, espera todavía, porque de venir tiene y no tarda mucho.

«*Profeta predicaverunt, etc.*» Los Profetas predicaron que el Salvador había de nacer de la Virgen María.

Ya en la víspera del Nacimiento se entonará ésta: «*Judea et Jerusalem, nolite, etc.—hodie scietis, etc.—Crastina die, etc.*»—«Judea y Jerusalén, no temáis; mañana saldréis y el Señor ya estará con vosotros.—Vais hoy á saber que el Señor viene.—Mañana será borrada de la tierra la iniquidad y el Salvador del mundo reinará sobre nosotros.»

Hay entre las antifonas unas felicísimas imitaciones de pasajes bíblicos.

Semejantes á las antifonas son los invitatorios y los responsorios, piezas pequeñas en apariencia, pero de un efecto maravilloso para mover la devoción hácia el asunto de las fiestas. Los músicos cristianos han sabido aplicarles todo el efecto de su arte celeste.

No perdonará ese sistema inspirado del rezo eclesiástico, ninguno de los recursos del arte de conmover; y la oda pondrá complemento á las variedades de su plan. Un himno se entonará á las vísperas de la fiesta, á los maitines, á los laudes y á las demás horas. De la gravedad de la lección se os llevará, pues, al entusiasmo de la epopeya. Hé aquí á la religion católica

romana cumpliendo en todo las condiciones de la religion verdadera: nada deja ocioso en el hombre para dar culto á Dios; todos los caminos de los sentidos, todas las facultades del alma, toda la variedad del arte de expresar los afectos.

En el Misal encontramos intercaladas á las lecciones y oraciones, piezas semejantes á las antifonas, invitatorios y responsorios; encontraremos tambien himnos y cánticos, todo en perfecta armonía con el plan del Breviario. Oportunamente notaremos algunas de estas bellezas, con harta sobriedad, porque tememos que la fecundidad del asunto nos exponga á ser extensos en demasía.

Pasadas las alegrías de Navidad y de Epifanía, Pablo os hablará con ese estilo sério lleno de doctrina y de piadosos afectos hácia el buen Dios; se os figurará que sois de los romanos ó de los griegos enterrecidos con la gracia de Jesucristo, que bien conocido le amais entrañablemente. A la par de San Pablo iréis leyendo á ese hombre de tanto génio que se inspiró del espíritu de Pablo; Agustín os alumbrará en las profundidades con que os admira el convertido Saulo; dignos eran estos dos génios hermanos de reclamarse en ese admirable Breviario.

Con la Septuagésima comenzará la lectura del antiguo Testamento desde las primeras palabras del Génesis. *Incipit liber Génesis*; entonces comienza el Génesis del mundo moral. Se harán marebar á la vez la historia de la creación con la de la redención, de la formación con la reformation, de los misterios físicos con los misterios religiosos, de la creación del mundo físico con la creación del mundo moral, de la Sinagoga con el Cristianismo. A la vez que se lee cómo Dios sale de *intra* á *extra* para formar el cielo y la tierra, se leerá cómo el Cristo sale del retiro doméstico para formar en los hombres un nuevo corazón; y así el Cristo dirá á las turbas: *Simile est regnum calorum homini patris familias qui exit primo mane conducere operarios in vineam suam. Exit qui seminavit seminare semen suum*, etc. Agustín, Ambrosio y Gregorio Magno irán también, á la vez, explicando los misterios del corazón del hombre caído y las palabras regeneradoras del Reparador, con ocasión del ciego curado, del hijo de la viuda y de Lázaro resucitados.

Mas, al acercarse los días consagrados al recuerdo de la pasión del Cristo, se oirá una palabra de esas que en el laconismo de la Iglesia católica romana significan tanto: *Incipit liber*

Jeremia profeta; y así como Isaias fué el escogido para cantar consuelos y felicidades, el hijo de Helejas gemirá, llorará, hará resonar sus ayes inmortales de ingente dolor.

«*Et dixit Dominus ad me: ab aquilones, etc.*»
 «Del Norte vendrá el tremendo castigo sobre todos los moradores de la tierra.»—*Obstupescite cæli super hoc, etc.*»—Asombraos, cielos, de esto que veis; ya verás ¡oh ciudad tu tristísima desolación!»

Y se cantarán himnos de una cadencia enteramente musical, afectuosa, solemne, que ya semejan voces de triunfo, ya de fúnebre fiesta, consorcio inefable de gloria, de dolor y consuelo. *Vexilla Regis prædeunt, Fulget crucis misterium*, etc. (Ésta himno es de Prudencio; data desde el siglo VI).

Pange lingua gloriosi Luceam certaminis, &c.
Luctra sæc qui jam peregit, &c.

El invitatorio de los maitines de la Dominica de Pasión, es un invento inspirado, admirable: «*Hodie si vocem Domini audieritis nolite abdicare corda vestra*»; nada más; pero palabras de una alusión enteramente oportuna; recuérdese que ellas forman parte del Salmo con que dan principio los maitines de todo el año «*venite exultemus Domino*», pues, además, San Pablo

las aplica á la invitacion que Dios por medio de su Hijo hizo al pueblo hebreo para apartarlo de su reprobacion.

Uno de los responsorios de este día es la aplicacion felicisima de unas palabras de Moisés: *Isti sunt dies quos observare debetis, &c. Quarta decima die ad vesperam, pascha Domini est, &c.*

Los responsorios de los días siguientes van preparando con escogidas alusiones y apóstrofes los sentimientos del gran día de la muerte del Cristo: *Exurge Domine, salvum me fac Deus, Deus meus es tu, ne discedas á me, quoniam tribulatio proxima est, &c. Quis dabit capiti meo aquam et oculis meis fontem lacrimarum et plorabo die ac nocte.* Entre tanto, en las lecciones, San Leon Magno, San Gregorio Magno y San Agustin, no cesan de explicar con elocuentísimo discurso las grandezas del Cristo crucificado.

El oficio de Jueves y Viernes Santo es de un mérito sobre toda excelencia. Antifonas, como esta: *Zelus domus tua cecidit me, et oprorbia exprobandium tibi ceciderunt super me.*

Hé aquí la causa del odio de los judios contra el Hijo de Dios

Lecciones del antiguo Testamento: *Incipit Lamentatio Jeremia profetae. Quomodo sedet so-*

la civitas plena populo, &c. Peccatum peccavit Jerusalem, &c.; y al fin de cada lamentacion, en vez de *Tu autem Domine miserere nobis*, este sentido apóstrofe, *Jerusalem, Jerusalem, convertere ad Dominum Deum tuum.*

Y luego la Epistola de San Pablo: *Convenientibus vobis in unum jam non est Dominicam cenam manducare, &c. Ego enim accepi á Domino quod et tradidi vobis.*

No hay fiesta en que tan dulcemente se vean asociados dos sentimientos tan distantes, el amor tierno, delicado, llevado hasta el delirio, el terror de la traicion, de los oprobios, de la sangre, de la muerte trágica; del Dios terrible y asolador que ha entregado los niños de Judá para que los enemigos de esta nacion santa los estrellen las cabezas contra los penascos; del Dios dulcísimo que á los hombres les llama «hijitos,» les dá á comer su cuerpo y se arrodilla á lavarles los piés.

La antifona con que comienzan los maitines del Viernes Santo es aquello del Salmo II: *Aspiterunt regis terre, &c.;* parece que se está viendo en la primera luz de la mañana apénas levantados de sus lechos, ir ya en tropel las tur-

bas y los poderosos de Jerusalem á instar delante del Vicario del César para que crucificase á Jesús.

Entre las lecciones del día está aquello «*Cui comparato te, vel cui assimilabo te, filia Jerusalem?*» San Agustín explica el difícil Salmo 68; no podía encontrarse lección más excelente. San Pablo hablando á los hebreos pone de manifiesto el oficio de mediador de nuestro verdadero Pontífice Jesús, paralelo inimitable entre Cristo y el Sacerdote antiguo figurativo.

El Misal no es menos inspirado en la liturgia de estos días solemnes.

Desde el Domingo de Ramos, saben nuestros lectores que al anuncio de «*Passio Domini nostri Jesu Christi*» se hace, *inter missarum solemnias*, la lectura de esa parte del Evangelio, excepto el Jueves Santo.

El introito del martes y jueves es de un sentimiento todo celeste; «*Nos autem gloriamur oportet in cruce Domini nostri Jesu Christi, &c.*»

Y ¡qué diremos de ese arte consumado, de esa belleza altísima que consiste en solo una supresion, supresion de un efecto eficaz en el án-

mo de los fieles? Desde el domingo de Pasion se suprime el himno «*Gloria in excelsis*» y con eso el ánimo siente convertirse sus habituales afectos de gozo religioso en una tristeza santa.

Pero el Jueves Santo, víspera de la muerte del Cristo, parece que el amor, aunque lleno de tristeza y *tristeza hasta la muerte*, no puede dejar de exhalar un grito de reconocimiento al pensar que es el día en que se recuerda á Jesús consagrando el pan del cielo; un «*Gloria*» inesperado á la vista de la cruz velada, pero velada de blanco, es como el prelude de las delicias del cielo en medio de las amarguras del martirio. Despues de reservado el Sacramento para la adoracion solemne de los fieles en un altar suntuoso, todos los demás son desnudados, desolados, rica imagen de la desolacion de la Sinagoga y de la cesacion de sus sacrificios.

El Misal en el Viernes Santo es sublime; ante ese oficio cede el arte mimico y dramático de cuantos hayan sabido mover el corazón.

El grande arte está en las adiciones y en las supresiones á cuales más oportunas; todas son de un afecto completo.

Ese día todo es asombro, parece que se ven los ángeles mudos de espanto, de dolor, de pro-

fundo enternecimiento al contemplar la tragedia del amor del Padre á los hijos de Adam. Cesarán hoy todos los trasportes del poeta sagrado; ni se dirá *confitebor tibi in clara*, ni aun se dirá *confiteor Deo*; no habrá *Gloria*, no habrá *credo*, no habrá *prefacio*, ni aun siquiera se anunciará con el *lectio epistolæ* ó *lectio Jeremiæ profeta*, la lectura de la epístola ó del Evangelio. Las palabras de Oseas romperán la solemnidad de la misa: *Hec dicit Dominus: In tribulatione sua, &c.*; profecía magnífica que resume la historia de la pasión, de la resurreccion y de la misericordia del Dios hombre.

Pero en vez de tanto que se suprime, vemos llenar tan solemnes momentos con esa série de oraciones por los gentiles, por los judíos, por las viudas, por las vírgenes, por los pastores, por toda la Iglesia. Despues de la pompa del Sacramento que del altar magnífico del Juéves Santo es conducido al altar desnudo y cubierto de negro del viérnes, todo el oficio se reduce á alzar en alto la hostia sagrada, á comulgársela el Sacerdote, á retirarse él del altar y á salir del templo todos los fieles en profundo silencio, sin más oraciones, sin más ceremonias que este estudiado silencio, y esta estudiada desolacion.

¡Que culto tan grande es el de los católicos

romanos! ¡qué filosofía en la mímica y en la escena! ¿Dónde está en otro culto algo que se le parezca? Que se nos diga: muchos protestantes, con solo asistir á esas ceremonias, sobre todo en Roma, se han hecho católicos; ¡qué católico no se queda helado con el culto de los protestantes!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

CAPÍTULO XI.

El Breviario, el Misal. — Continuación del capítulo anterior.

No podríamos continuar la exposición de esos dos libros admirables sin exceder los límites de nuestro plan. Nos contentaremos con hacer brevísimas observaciones para completar el cuadro comenzado. Semejantes al convidado que visita un jardín magnífico, en que brillan con profusión toda suerte de flores bellas y raras de todos los países de la tierra, nuestro ramillete apenas dará idea de las bellezas del jardín.

Sabido es lo que vale ese *Gloria del Sábado Santo*, en que los velos de los altares caen al sonido de las campanas y al improviso concier-

to del órgano, cuando la liturgia excepcional, remedo del culto judaico y de los trágicos sucesos del Cristo, cede á la liturgia permanente del año, llena de gozo y de alegrías religiosas.

¿Quién hay que guste de lo bello, que no admire ese «*alleluia*» al cual se siguen las alegres voces del coro entre la epístola y el Evangelio, á que se sigue la insólita salmodia en medio de la Misa: *Confitemini Domino quoniam bonus, &c. Laudate Dominum omnes gentes, &c.*

¿Quién hay que guste de lo bello que no admire ese otro «*alleluia*» el cual aun no concluida la misa, vuelve á llenar de gozo á los asistentes, que ya parece ven resucitado á quien poco antes contemplaron muriendo; que no admire esas breves visperas: *inter missarum solemnium*, que concluyen con el canto solemne del «*Magnificat*» terminando con esa antífona, *vespere autem sabbato*, al que da fin un nuevo «*alleluia*».

Todo esto lo veréis en el Breviario y en el Misal.

El tiempo de Pascua es tiempo de religioso júbilo; en él se adunan los recuerdos de los días que siguieron á la resurrección del Cristo, con los que siguieron á la salida del pueblo hebreo de Egipto y á su entrada en la tierra de promi-

sion, y á estos recuerdos se agregan los presentimientos de la entrada de los escogidos á la celeste patria: tres hermosos puntos de vista, que hacen de esa época festiva una de las más hermosas de la liturgia católica romana.

Un doble «*alleluia*» en todas las horas canónicas y en el oficio de la Misa; en el invitatorio de mántines, «*surrexit Dominus vere, alleluia*» en las antífonas de los Salmos, como en esta que es notable, *neque dormivi et somnium cœpi et exurrexi, &c.* «*alleluia, alleluia*» en los responsorios como en este, «*Cum transset sabbatum, &c.*» «*alleluia, alleluia*» en la prima, en la tercia, en todas las horas, esa hermosa palabra se deja oír; en la Misa al introito, al gradual, al *ite missa est*, resonará también el «*alleluia*».

Semejante procedimiento, tan sencillo, con que la Iglesia católica romana expresa el júbilo del corazón, es sorprendente; una sola palabra viene á decir más que muchos himnos, odas y cánticos!

Nada diremos de ese «*Victima paschalis laudes*» que se lee al gradual, ni del «*Ad regias agni dapes*» que no deja de recitarse hasta la fiesta de la Ascension, himno; de visperas que si no es del mismo autor del «*Ventilla Regis*» ha sabido

imitar ese régio y magnífico estilo que le caracteriza.

Estas alegorías de la Páscoa las vereis durar hasta la octava de «*Corpus Christi*,» que parece ser la coronacion de todos los misterios que agran el corazón de los hijos de Roma. Entre tanto llega ese día, si leis el Breviario, encontrareis las homilias de Gregorio (Papa) Magno explicando los pasajes que ven á Jesucristo resucitado; el gran doctor os dirá cosas magnificas de tan gratos sucesos; despues leereis en los actos de los Apóstoles los risueños principios de la Iglesia en Jerusalem; conceptos análogos, en variado aspecto, se os dará en el Apocalipsis y en el primer libro de los Reyes cuyas lecciones hallaréis en esos días.

A su vez el Misal, con designio semejante al del Breviario, os hará leer los pasajes análogos del Evangelio, y de las epístolas de Pablo, de Jacobo y de Juan; los *introitos* y los *graduales* de esos días son de una oportunidad victoriosa.

De los unos hay como estos; *Domine probasti me et cognovisti me, tu cognovisti sessionem meam et resurrectionem meam*; en otro día: *Introducúit vos Dominus in terram fluentem lac et mel, alleluja* de los otros hay como estos: *Hec dies quam fecit Dominus: exultemus et*

lætémur in ea, &c., (alusión bellísima á los días de la creacion, figura de la Redencion); en otro día: *alleluya, alleluja: In die resurrectionis meae, &c.* «En el día de mi resurreccion, dice el Señor, me adelantaré á vosotros en el camino para Galilea.»

Las fiestas de la Ascension, de Pentecóstes y de la Santísima Trinidad, pertenecen al tiempo de Pasena, y con la Resurreccion forman una gradacion alusiva no solo á los tiempos sino al plan del Evangelio, al plan mismo de los misterios dogmáticos.

En el oficio de la Ascension la eleccion de los Salmos es excelente: *Domine, Dominus noster quam admirabile es nomen tuum in universa terrá*; hé aquí la antífona que con gracia maravillosa fija la alusion: *Elevata est magnífica tua super celos*; en otro Salmo, *Celi enarrant gloriam Dei*; hé aquí la antífona, palabras del mismo Salmo: *á summo celo egressio ejus et occursum ejus usque ad summum ejus*.

En el Misal, hé aquí otra aplicacion de gran ingenio en las palabras del *introito*: palabras de un Salmo: *Omnes gentes plaudite manibus: jubilate Deo in voce exultationis*. (Párcele á uno ver á los 500 espectadores de la Ascension aplaudir al Rey de los reyes al elevarse hasta los cielos).

Introido de Pentecótes: *Spiritus Domini replevit orbem terrarum, alleluia.* Los himnos de esta fiesta y la *sequentia* de la Misa tienen un estilo espiritual y solemne, digno solo de la alteza del Cristianismo.

Oid algunos pasajes del oficio de la Trinidad: (invitatorio de maitines) *Deum verum, unum in Trinitate et Trinitatem in Unitate, venite adoramus.*

El himno de Vísperas léase con atención, y se verá qué grande es ese símil del Sol con la eterna Unidad, de su calor con la caridad del Padre; esa estrofa: *Te mane laudum carmine, te despreciamur uspere,* es sin duda una alusión á ese *Gloria Patri, &c.*, que sin cesar se repite en todas las horas canónicas, en todos los actos del culto católico.

Oid algunos pasajes del Misal en esa fiesta: «Domine Dominus noster quam admirabile est nomen tuum in universa terra;» esto despues de imitar así el hermoso pasaje de Tobias: «Benedicta sit Sancta Trinitas atque indivisa unitas confitebimur ei qui fecit nobiscum misericordiam suam.»

En la epístola hablará Pablo «O altitudo divitiarum sapientie et scientie Dei.»

En el Evangelio se oirán las palabras de Je-

sus: «Euntes, ergo, docete omnes gentes; baptizantes eos in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti;» hé ahí la lógica de esta fiesta; la creacion de la sociedad cristiana y el complemento de todo culto.

Qué dirémos de la fiesta de «Córpus,» de ese oficio obra maestra del arte litúrgico, de la ciencia teológica, de la devocion de un Santo sapientísimo, Tomás de Aquino.

¡Qué introito! «Cibavit eos ex adipe frumenti, &c. Exultate Deo adjutori nostro, jubilitate Deo Jacob.»

¡Qué oracion! «Deus qui nobis sub sacramento mirabili, &c.»

La secuencia es un cántico digno de David: «Lauda, Sion, Salvatorem, Lauda Ducem et Pastorem in himnis et canticis.» «Quantum potes tantum aude. Quia major omni laude, Nec laudare sufficis.»

En las vísperas se lee ese himno, «Pange lingua,» tan sonoro, tan cadencioso, tan sencillo.

En los maitines, «Sacris solemnibus juncta sint gaudia, &c.»

La ligereza y facilidad del estilo, el tono de júbilo no ménos que de ternura que este otro himno respira, producen en el lector la ilusion completa de que esa composicion está formada

al primer esfuerzo de quien quiera, como podría juzgar del canto del ruiseñor quien no experimentase el arte de la música. Lo mismo es del himno de laudes, cuyo tono es sório y de una profunda concisión; sabidos son los elogios que un gran poeta ha tributado á esa famosa es-

«Se nascens dedit socium
Convocens in odallum
Se moriens in prestium
Se regnans dat in promissum.»

En esta fiesta, sobre el tema constante de "Caro mea vere est cibus et sanguis meus vere est potus," se leen abundantes testimonios de la fé de los antiguos padres sobre la verdad del Cristo en el Sacramento; magníficos pasajes de San Agustín, San Ambrosio, San Cirilo de Jerusalem, San Cirilo de Alejandría, San Hilario, San Juan Crisóstomo y San Cipriano.

No acabaríamos si no quisiésemos omitir tantas bellezas que por brevedad dejamos de anotar aquí. Solo haremos observar que pasada la fiesta de Córpus, el Misal va exponiendo todos los pasajes del Evangelio que en la cuaresma y en otros días no tuvieron cabida; por su parte

el Breviario expone de ahí hasta el fin del año eclesiástico cuanto queda por leer del antiguo Testamento. Job, Esther, Judit, los libros de los Reyes, Esdras, los Macabeos y los Profetas hasta dar fin con la profecía de Malaquías. La última fiesta del año eclesiástico concluye con la última profecía sobre la venida del Salvador, así como también con la profecía que el mismo Salvador hace del fin del mundo.

Las fiestas eclesiásticas en que se ocupan, pues, el Misal y el Breviario, abarcan en un año el gran círculo que corre desde la creación del Universo hasta el juicio final. En esos libros aprenden los católicos á imitar en sus fiestas el trascurso de todos los tiempos pasados y venideros, haciendo de la vida una imagen de la Eternidad.

Dirémos todavía una palabra del oficio para el culto de María y de los Santos, y del que usa la Iglesia en otras solemnidades.

En las fiestas de la Natividad, de la Concepción y de la Asunción de María, es gratisimo encontrar en boca de la Predilecta del Excelso, esas palabras del Cántico de los Cánticos: "Oculatur me osculo oris sui, &c.," así como aquellas del Eclesiástico que trae el Misal: "In omnibus requiem quasivi, &c.," "Quasi cedrus exaltata

sum in Libano et quasi cypresus in monte Sion, &c.» «Dominas possedit me ab initio viarum suarum,» «Nondum erant abissi et ego jam concepta eram, &c.» «Liber generationis Jesu, filii David, filii Abraham, &c.»

Aquí los himnos de suavísima poesía: «Ave maris stella,» «Quem terra, pontus, sidera,» «O gloriosa virginum, &c.»

El nuevo oficio de la Concepcion tiene bellezas de superior mérito; en él se ve un himno de grande valía: «Preclara custos virginum, Intacta Mater Numinis, Coelestis aule janua, Spes nostra caeli gaudium, &c.» lecciones como ésta; «Serpens qui erat calidior, &c.» y luego tanta copia de las alabanzas de los antiguos padres, que no sabemos si habrá poeta que pueda cantar bien á María sin registrar esos pasajes dictados por ese amor desconocido no solo del paganismo, sino tambien de los cristianos disidentes, amor hermoso como se dijo proféticamente, «Ego Mater pulchra dilectionis.»

Para concluir este asunto, anotaremos una ligera observacion acerca de cada una de las otras solemnidades que se consignan en los libros cuyo analisis hacemos.

En el oficio de los Apóstoles; aquella parte de la Epistola primera á los Corintios: «Nos stul-

ti propter Christum» y el pasaje del Evangelio, «Ecce nos reliquimus omnia, etc.» En el de Evangelistas la gran vision de Ezequiel, de los cuatro animales simbólicos y el pasaje evangélico; «Designavit Dominus et alios sexaginta duos, etc.» En el de los mártires, el introito, «Exaudi, Deus, orationem meam; á timore inimici, etc.» y aquellas palabras de Cristo, «non veni pacem mittere sed gladium.» En el de Confesores, á la misa, «beatus vir qui inventus est sine macula» palabras del Eclesiástico; «Beati servi illi quos, cum venerit Dominus, etc.» palabras de Jesus. El oficio de vírgenes y viudas, trae pasajes bíblicos de una aplicacion delicadísima; la misa de una vírgen mártir dice en el introito; «Loquebar de testimoniis tuis in conspectu regum, et non confundebam» (memoria de las Cecílias, de las Felicitas y Perpetuas); el oficio de las viudas ó esposas hace leer aquel famoso pasaje, cuadro de la mujer fuerte: «Mulierem fortem quis inveniet!» Ya hemos dado idea del oficio de difuntos; es conocida la misa de matrimonios, cuyas palabras «Deus Abraham, Deus Isaac et Deus Jacob» dan la más alta idea de esa religion que es católica por excelencia, que sabe unir las bellezas de la Sinagoga con las de la ley nueva.

Para cerrar este análisis de los dos grandes libros litúrgicos, no pasaremos en silencio el observar cómo aquellos famosos himnos y cánticos del antiguo y nuevo Testamento y de los primeros tiempos de la Iglesia, se recitan diariamente en las diversas horas canónicas; lo mismo sucede con otros ilustres documentos bíblicos ó eclesiásticos. El cántico "Magnificat" siempre se entona al concluir las vísperas, el "Te Deum," al fin de máitines, el cántico de los tres niños y el de Zacarías á las laudes, el cántico de Simeon á las completas, el símbolo de los Apóstoles, el Pater Noster, el Ave María, el Confiteor, todos los días, á todas las horas. Hemos, por fin, notado cómo San Pio V agregó al concluir de la Misa, el sublime principio del Evangelio de San Juan: después de haber estado en los altares Cristo Sacramentado, después que la maravilla de la Comunión ha llenado de confusión, de amor, de júbilo, de agradecimiento á los que creen en el Cristo y le adoran, ¿qué cosa más oportuna, por no decir admirable, que al retirarse de aquel lugar y á semejanza de Jacob, decir por cosas mayores de las que vió el Patriarca: "VERUM CARO FACTUM EST et habitavit in nobis et vidimus gloriam ejus?"

Ya vemos, pues, el pormenor del cult o cató-

lico en la parte más importante. En este punto no queda medio; ó el culto católico ó el culto del racionalismo, es decir, ó el culto católico ó nada de culto. Un disidente puede conmoverse si cae en sus manos un Breviario ó un Misal y lo examina atentamente; á un católico ¿qué podrá moverlo del culto de las otras religiones? Si los protestantes le salen con la pura Biblia ¿no la leemos también los católicos? lo que para nosotros es la lectura privada, para ellos es la lectura solemne, el culto solemne; nosotros, pues, tenemos lo que ellos y sobre eso una gran cosa que ellos no tienen: la lectura solemne por medio de los libros litúrgicos. Pero si le salen con el miserable cuadernito de su liturgia, peor para ellos, porque al reconocer la necesidad de un libro litúrgico tienen que caer en el ridículo con la variedad, la inestabilidad y la pobreza de sus opúsculos, enfrente de esos dos grandes monumentos de la tradición y de la filosofía cristiana, uniforme, permanente. Nótese cómo, por cualquier aspecto que se examine nuestra religión, aparece excelente, grandiosa, monumental.

Véase, por último, cómo se conduce el pueblo católico en su culto privado particular.

Hasta los mismos rozos populares participan de tan grande sabiduría, conformes con admi-

orable consecuencia al espíritu de la liturgia sacerdotal. El rosario, los novenarios, los triduos, los rezos sueltos, comienzan siempre, "en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo" con el "per signum crucis" símbolo del gran misterio de la Trinidad, de la Encarnación y de la Redención; a todos los rezos precede la invocación de Jesucristo con un acto de arrepentimiento y de buen propósito; si se le reza á María ó á algún Santo, después de aquellos precedentes indispensables, se recitará el "Padre Nuestro" y el Ave María, y todo concluirá con la invocación de la Trinidad. Tal es el culto privado de los católicos. Todos ellos tienen hábito de hacer lo que los protestantes tienen de decir; que la oración, que el culto, que la adoración se dirija en último término, al solo verdadero Dios.

CAPITULO XII.

El Latín.

En la Iglesia católica romana siempre la unidad, siempre los grandes pensamientos, siempre las grandes instituciones.

¡Cómo se ponen los disidentes, sobre todo, los protestantes á censurar á la Iglesia, á reprobarle el uso del Latín en el culto, en la liturgia y en el gobierno, cuando eso de una lengua universal que por un medio cualquiera se impusiese al universo, sería el pensamiento más sabio que pudiera realizarse!

Los que hayan experimentado el grande inconveniente que trae á los hombres la variedad

de las lenguas, sabrán decir qué es eso de llevar á cabo el imponer un solo idioma á todas las naciones. Los que hayan oido hablar á los sábios del grande "desideratum" de establecer una lengua que todo el género humano entendiese, sabrán decir qué habrá de pensarse de una religion que tal "desideratum" haya conseguido.

Pues bien; esto es lo que ha hecho la Iglesia católica romana. Nosotros desde luego decimos á los que pretenden la catolicidad de su religion, ¿dónde está vuestra lengua católica? y á los que prescindan de esa lengua y pretendan que su religion es para el universo, de decirles tenetis: Si no sois católicos en los medios nunca seréis católicos en el éxito.

Es curioso poner en paralelo los puntos de consecuencia que partiendo de principios opuestos, pero dirigiéndose á un mismo fin, van estableciendo los católicos y los protestantes.

El principio de los católicos es en todo la unidad; el de los protestantes la variedad; hé ahí los principios opuestos. El fin de los católicos y de los protestantes, es la universalidad.

Para hacerse de todos los hombres, los católicos predicán un Jefe Supremo, una sola Iglesia; los protestantes tantas iglesias como naciones, tantos jefes como reyes ó como gobier-

nos. Por ese principio de unidad los católicos propenden en política á la monarquía; por ese de variedad los protestantes á la república. Por ese principio de unidad los católicos proclaman la obediencia á uno y la infalibilidad de uno, eso uno el Jefe Supremo; por el de variedad, los protestantes la obediencia á ningun hombre, la infalibilidad de ninguno, porque no reconocen, á su decir, más jefe que á Dios y á Cristo; ¡bravo sistema de unidad!

Los católicos proclaman, tratándose de la Biblia, la renuncia del exámen privado; los protestantes el libre exámen.

Por ese principio de unidad, los católicos establecen grados y gerarquías para subir á toda altura; suben á Dios por el Cristo, suben al Cristo por los Santos, suben al Cielo por el Purgatorio, suben al Papa por la gerarquía eclesiástica, suben al trono por las gerarquías sociales. Los protestantes no quieren grados ni gerarquías para subir á ninguna altura, para hablar al Cristo no necesitan ni de María ni de los justos y pronto se ha visto que para hablar á Dios ni del Cristo necesitan; suben al Cielo sin pasar por el Purgatorio; para ellos no hay jurisdicción ni gobierno eclesiástico, si no es la autoridad civil cuando es hostil al Papa; ellos prepararon

los errores sangrientos de la igualdad, de la libertad y de la fraternidad políticas y la soberanía del pueblo.

Por ese principio de la unidad, los católicos tienen su Ciudad santa, su Sede santa; Roma es para ellos la metrópoli del Cristianismo a causa del sucesor de Pedro. Para los protestantes no vale más Wittemberg que Londres, ni Londres que Berlín, ni Berlín que Ginebra.

Para los católicos la creencia es una, "una fides;" todos los dogmas están inevitablemente enlazados. Para los protestantes poco va del luteranismo al calvinismo, al socinianismo; sobre todo cuando se ha de luchar contra Roma.

Con estos medios opuestos, los católicos y los protestantes procuran ganarse al género humano; pero los católicos reuniendo, los protestantes disolviendo. Los católicos intentan que se crea tal cosa, la Biblia por medio del Papa; los protestantes, con tal que no se crea al Papa, están conformes en que se crea á la Biblia como cada uno la entienda.

En suma; los católicos tienden á la universalidad positiva, los protestantes á la negativa; la primera, porque todos los hombres obedezcan y crean á un jefe supremo, la segunda, porque cada hombre se gobierne á sí propio y se atenga

á su propia interpretación. ¡Qué triste conquista! ¡qué triste universalidad!

Pues bien; la cuestión del latín es uno de los puntos de ese paralelo entre consecuencias católicas y protestantes. Los católicos quieren hacerse de todos los hombres, obligándolos á observar la liturgia y á recibir los mandatos supremos en un solo idioma para toda la tierra. Los protestantes quieren hacerse de todos los hombres, halagándolos con liturgias en el idioma nacional. Por lo demás, si no constituye el protestantismo un gobierno universal para qué quiere un idioma católico!

Toda la cuestión del latín se reduce á esta: hay inconvenientes en que la liturgia esté en latín, porque el pueblo carece de la ventaja de entender lo que aquella contiene; pero hay muchas conveniencias en que la liturgia esté en latín: Hé ahí la cuestión.

La solución es facilísima: si por un lado hay inconvenientes y por otro conveniencias, púese uno y estése á la resta.

Los protestantes en este punto han procedido con injusta malicia ó con gran ligereza, hablando á los incautos de solo los inconvenientes de un extremo ó de solo las ventajas del otro.

Nosotros usaremos de una medida exacta, de

una balanza fiel; y ya veremos que si nuestra religion no tuviera otra prueba de ser la verdadera, más que el solo hecho de su lengua universal, seria de gran peso semejante prueba, así como el hecho de llevar el nombre de católica y de central (romana) es una gran presuncion de ser la verdadera.

El uso del latin en la liturgia eclesiástica tiene el inconveniente de que el pueblo no entiende las preeces, los himnos, las antifonas, ni las lecciones sagradas, y estos estímulos de la devocion quedan solo para los Sacerdotes y para unos cuantos seglares; no se predica así el Evangelio á toda criatura, y la Biblia que es patrimonio de todos los hombres queda solo para unos cuantos: los primeros cristianos tenían su liturgia en lengua vulgar y en esa lengua se les hacia *inter missarum solemnia*, la lectura de la Biblia.

He ahí el mayor inconveniente con que los disidentes pueden argüirnos y nos han argüido. El peso de este inconveniente desde luego sufre una gran rebaja si se tiene en cuenta primero: que los seglares tienen Biblias traducidas que poder leer, tienen devocionarios en que la misa está traducida, tienen libros de devocion como el *Año cristiano* con que imponerse en su lengua

nacional, de los Evangelios y Epístolas y de otros puntos de la liturgia; segundo: que el pueblo de los seglares tiene lo bastante para sus cortos alcances en atender á las ceremonias del culto, en entender su parte sustancial, cosa á que todo católico está obligado, y en escuchar la predicacion del Evangelio que se hace en las fiestas y generalmente los domingos.

Con esta rebaja, echemos el peso por parte del inconveniente que tiene el uso del latin, y luego comparémoslo con el peso de las conveniencias que tiene el uso de ese idioma en la liturgia de toda la cristiandad. Hágase despues la resta.

Primero.—El latin era el idioma de todas las naciones civilizadas, el qual lo encontró el cristianismo cuando apareció en el mundo. Ese idioma sirvió á los Apóstoles para predicar uniformemente el Evangelio. Debiendo fijarse en la época de los Apóstoles y de sus primeros sucesores las bases del dogma y del culto que iban á ser el patrimonio de todas las naciones, fué una oportunidad providencial contar con un idioma tan generalizado, tan rico y tan culto; idioma en que se tradujeron todos los libros Santos, en que escribieron casi todos los doctores ó padres de la Iglesia, ó al que se tradujeron los escritos

de los padres griegos, doctores que fijaron la inteligencia de la escritura y que hicieron constar los documentos de la tradición divina y apostólica. Fijadas esas bases, el latín dejó de ser lengua viva, circunstancia providencial, que consagró ese idioma para que sirviese á mantener intacto aquel sagrado depósito; circunstancia providencial que facilitó á la Iglesia una lengua *neutral* que sirviese para las grandes cosas de la Religión.

Segunda.—Ya apuntamos arriba, que un solo idioma para toda la cristiandad era un medio necesario en el orden natural, para que el Cristianismo se hiciese católico, para que fuese uno en el espacio y uno en el tiempo, uno de nación á nación y uno de siglo á siglo. El orden natural de las cosas es tal, que si no se hubiese adoptado este medio, pronto se habría modificado el dogma y la liturgia con la índole propia de cada nación, como ha sucedido con el dogma y la liturgia protestante que es una cosa en Alemania, otra en Polonia, otra en Inglaterra, otra en Francia, otra en Suecia y Dinamarca. Y ¿qué hubiera sido entonces del eminente proyecto de uniformar al género humano en creencia, en culto y en gobierno espiritual ó religioso? Es verdad que Dios puede hacer el milagro de con-

seguir esa unidad y uniformidad sin el medio de un solo idioma, pero escrito está: *non tentabis Dominum Deum tuum*. Ese milagro si pudo haberlo no lo hizo; pero lo que sí ha hecho es inspirar á la Iglesia ese medio natural que suple al milagro; porque no es de Dios esa perseverancia de la Iglesia en no prescindir de esa lengua muerta, á pesar de la persuasiva razón de hacer participantes á los seculares del devoto oficio del Breviario y del Misal para mantener la devoción de todos, sobre todo en la Edad Media, en los ponderados siglos de ignorancia?

Tercero.—El conocimiento y el uso del latín no pudo sin milagro conseguirse de todos los cristianos, pero sí se ha conseguido siempre de todos los ministros de la Religión. Sin necesidad de interprete Roma, puede el Papa entenderse con los ministros en toda la tierra, hecho esto pueden los ministros entenderse con el resto de los fieles que están á sus órdenes, en su idioma nacional.

Cuarto.—Este medio establece una íntima fraternidad entre todas las naciones, al menos de ministros á ministros. Un ministro de China está seguro de que es idéntico el oficio de las horas y de la misa con que está invocando á Dios, al Cristo y á María, al oficio que está usan-

do un ministro de México, de Francia, de Rusia, del Brasil, de los Estados-Unidos. ¡Qué puede separarlos á todos ellos! Sávese la distancia material de mares ó tierra, y el ministro de China y de México podrán rezar juntos el oficio, y en las cosas divinas se entenderán tan bien como no podrán entenderse en las profanas dos mexicanos ó dos chinos. Hé ahí á lo ménos si no entre todos los fieles, si entre los ministros católicos de todo el Universo, establecida una sola sociedad hasta con idioma propio. Hé aquí una rigurosa fraternidad entre todas las que han de ser la luz del mundo y la sal de la tierra. Y si estos ministros se juntan en concilio de todas las partes del mundo en Roma ó en Trento, fácilmente se entenderán para uniformar la Religión, corregir los abusos, extirpar las heregías, y volverán cada uno á su país pudiendo asegurar, sin que nadie pueda desmentirlo: *Fides catholica hæc est.*

Quinto. — Por último, lo que importa sobre todo es la devoción, es la edificación de los ministros, de los que traen en sus manos las cosas santas; purificados estos, edificados estos, ya se tendrá luz para alumbrar, ya se tendrá sal para el resto de los fieles.

Ved, pues, de bulto cómo solo la Iglesia ca-

tólica romana es una en todo y por todo. Ella puede adicionar lo que ya decía San Pablo: "un solo Dios, una sola fé, un solo bautismo;" y decir á la vez: un solo pastor, una sola sede, una sola santa ciudad, un solo idioma sagrado, una sola palabra infalible.

¡Qué sabiduría la de esa Iglesia! Con ella está el Espíritu Santo; toda en ella lleva el sello y encierra el designio de la unidad universal. Para eso Dios tenía dos clases de medios: ó los milagros diarios, ó los elementos naturales de perpetuidad. Escogió los segundos; uno de estos es el latin.

¡Qué diferencia de peso entre el inconveniente de usar el latin y las ventajas y conveniencias de su uso en toda la Cristiandad! ¡Qué peso tan ligero el del inconveniente, qué peso tan excesivo el de las ventajas y conveniencias! ¡Mejor callaran los disidentes! La discusion les perjudica tanto como aprovecha á la doctrina católica.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

®



ARMONIA

DE LOS DOS MUNDOS,

EL NATURAL Y EL SOBRENATURAL.

ENSAYO

DE UNA NUEVA DEMOSTRACION

DEL CATOLICISMO

PORE EL LIC. JUAN LUISTERCERO.

TOMO II.

Se publica con licencia de la Autoridad Eclesiástica.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
MEXICO.

IMPRENTA DE J. R. BARDEDILLO Y C.^a

MONTEALEGRE NUM. 15.

1882.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL AUTOR SE RESERVA LA PROPIEDAD LITERARIA.

SEGUNDA PARTE

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





SEGUNDA PARTE.

Armonías del orden histórico ó providencial con el Catolicismo, ó sea designios de Dios con la Iglesia católica romana en los sucesos históricos del mundo, que su Providencia ha gobernado.

SECCION I.

ARMONIAS INTRINSECAS DEL NUEVO TESTAMENTO Y ARMONIAS DE ESTE CON EL ANTIGUO.

CAPITULO I.

Introducción.

Así como dijimos que la religion verdadera debe estar en armonía con el mundo físico y moral, así tambien decimos que lo ha de estar con el mundo histórico ó providencial.

Porque si el orden de los sucesos históricos, salva la libertad humana, está dirigido por la Providencia y por eso bajo cierto aspecto se puede decir obra de Dios, y si la Religion es tambien obra de Dios, y Dios es sabio, grande armonía debe existir entre una y otra obra, como que todas sus obras deben ser ordenadas y cada

una de ellas debe concurrir al gran designio de la definitiva unidad, *Omnia vestra sunt, vos autem Christi, Christus autem Dei.*

Y así como no podemos creer en una religion que nada tenga que ver, que no esté en armonía con las obras visibles de la creacion ni con sus relaciones morales, tampoco podríamos creer en una religion que nada tuviese que ver, que no estuviese en armonía con los principales sucesos de la historia del mundo.

El deísmo y el racionalismo, hayan ó no pensado en este argumento, hayan ó no pensado sobre la fuerza que hace al que busca las condiciones de la religion verdadera, ello es que para salir consecuentes han negado la Providencia.

Pero negar la Providencia es negar la Religion; y así no será con los deístas ni con los racionalistas con quienes disputemos ahora, con quienes argumentamos *á priori*. Eso sí; cuando hubieremos hecho palpar que la religion verdadera está en armonía con la historia del mundo, derecho tendremos, con argumento *á posteriori*, de hacerlos confesar que Dios es providente, y así quedarán obligados á aceptar nuestro principio y á estar á sus aplicaciones.

Con los que crean en la Providencia es, pues, ahora la cuestion, y habrémos de decirles: La

historia del mundo es y debe ser un drama; la religion que explique ese drama esa dirá la verdad. El mahometismo, por ejemplo, ¿qué relacion tiene con la historia antigua? ¿qué tiene que ver con la tragedia del Paraíso? ¿cómo explica la alegoría del suceso histórico del Diluvio, del sacrificio de Isaac, del reinado de David? ¿cómo explica la sucesion de los cuatro imperios? ¿á qué condujeron el poderío y las conquistas de los romanos? Todo lo ocurrido en el mundo ántes del año 622 de nuestra era, ¿qué tiene que ver con Mahoma, con los califas y los sultanes? El mahometismo, por ejemplo, no es la religion verdadera por esa falta de armonía con la historia antigua.

El paganismo, ¿qué tiene que ver con la historia moderna?

El judaismo ¿guardará en razon todavía, que sean restablecidas Jerusalem, el templo y los sacrificios?

El protestantismo ¿cómo podrá libertarse de aparecer figurado en los sucesos del antiguo Testamento como una secta que se aparta del primitivo cuerpo, como Israel que se alza contra Judá, como Samaria que levanta un altar contra el altar de Jerusalem, y todo eso por los pecados de Israel, de Judá y de Jerusalem?

El deísmo y el racionalismo ¿cómo nos explicarán algo del por qué de esa *Unidad* de la historia del mundo? y ¿cómo destruirán ese argumento con que podemos argüirles, una vez que establezcamos las armonías de la historia universal con la historia de la Iglesia católica romana?

Subdividiremos esta segunda parte en cuatro secciones.

Ya encabezamos la Sección primera ofreciendo hablar de las *Armonías intrínsecas del Nuevo Testamento y de las armonías de este con el Antiguo.*

Sección segunda.—Armonías intrínsecas de la Iglesia católica romana, ó sea, naturalidad de sus procedimientos en la enseñanza de la revelación.

Sección tercera.—Constitución de la Iglesia católica romana; armonías de la historia eclesiástica con la historia universal anterior á Jesucristo.

Sección cuarta.—La historia universal ó sea el gobierno providencial de Dios sobre las naciones, adaptado al Cristo y á su Iglesia.

CAPITULO II.

*Los Libros Santos, los Libros venerables, los libros profanos
en relación con aquellos.
Naturalidad providencial de su existencia.*

Como se ve por el anuncio de este capítulo, nosotros tomamos la cuestión de la existencia de los libros revelados, en la región de los principios.

Este modo de ver las cosas, ahorrando el entrar en pormenores en que muchos católicos se han ocupado siempre con buen éxito, nos coloca en un punto de observación quizá poco frecuentado.

Para los que creen en un Dios y en un Dios providente, es fácil sentar este principio: En medio de tantas tinieblas que rodean al espíritu humano ¿cómo puede ser que no hubiese una revelación? ¿cómo puede ser que Dios no nos dijese de dónde venimos, á dónde vamos, por dónde debemos ir, qué fuimos, qué somos, qué seremos, á quién de los hombres hemos de ocurrir para que nos lo diga? Porque lo que es directamente Dios ¿podremos esperar que haga un milagro tan portentoso con cada uno de nosotros? Si Dios es providente, si hay un Dios, ya todos esos problemas que apuntamos deben estar resueltos.

Dios, pues, debe haber hablado á algunos hombres resolviendo aquellos problemas. Pero si les habló ¿cómo conservar esa palabra?

Por escrituras y por instituciones. No hay otro medio, supuesta la naturaleza del hombre y la sabiduría de Dios. Solo por medio de lo escrito se salvan las palabras de olvidarse, de alterarse; esa es la condicion del hombre. Solo por medio de las instituciones puede conservarse la letra viva y la prueba indispensable de que lo escrito lo dictó Dios.

¿Habrá otros medios? Los habría si Dios se

hubiese propuesto otro plan respecto del hombre; pero nada de eso; el plan de Dios es no salir del órden comun y natural al entenderse con el hombre; sus milagros los escasea, y no se sirve de ellos sino para fundar un órden de cosas natural extraordinario con que se complete el natural ordinario.

Repetimos: si hay un Dios, como es verdad; si Dios debe ser sabio y providente, como es verdad; si el hombre para llenar sus destinos en esta vida y en la otra, necesita saber tantas cosas que por las luces naturales nunca ha sabido ni sabrá, cosa que tambien es verdad, Dios debe habérselas revelado al hombre. Si toda esta revelación la confió á la voz viva sin asegurarla en libros y en instituciones, ó Dios no es sabio ó la humanidad no es lo que es, un piélago de olas inestables, una raza de seres cuya memoria, si no se ayuda de los libros y de las instituciones, desfigura y pierde presto todos los recuerdos, todas las tradiciones. Luego Dios ha hecho su revelación por libros encomendados á una institución, á una sociedad formada *ad hoc*.

Probado que debe haber unos libros que contengan la revelación, vamos á ver dónde están.

Planteado así el problema es de una solución

fácil, satisfactoria, matemática; basta emplear el método de eliminación; basta ir excluyendo los libros que de seguro no son sagrados, y lo que nos queda será la incógnita despejada.

Así las cosas, ¿qué libros eliminaremos? Todos menos la Biblia. Porque fuera de la Biblia todos los otros libros ni siquiera pretenden ser sagrados, á excepción de poquísimos de que luego hablaremos. Fuera de la Biblia y de esos poquísimos que pretenden entrar á juicio, todos los otros son humanos, más ó menos sabios, más ó menos providenciales, más ó menos malos, pero siempre humanos.

¿Se pretenderá que los libros de Voltaire y de Rousseau ó los de Lutero y Calvino son dictados por Dios, son su revelación? Pero ¿qué libros! Voltaire de todo se burla, miente á sabiendas y trata á Dios como á un igual, por más que pretenda honrar solo á Dios; Rousseau es hipócrita, insociable y enemigo del género humano; Lutero es tan arrogante, tan iracundo, tan vengativo, tan soberbio, que sería increíble lo hubiese Dios escogido para órgano de su palabra; además, éste y Calvino son los padres legítimos de Voltaire y de Rousseau, y por otra parte, ellos dan testimonio de que el libro celeste

que buscamos, es la Biblia. Calvino es sanguinario, es fanático y es hipócrita; además su doctrina de un negro fatalismo, es imposible que sea la del cielo, es evidente que no lo es. Estos libros, pues, carecen de título para ser inspirados, estos y todos los otros carecen de posesión que jamás han pretendido, fuera de poquísimos.

Nos queda el Alcorán y los libros de los persas, de los indios y de los chinos.

En el Alcorán ¿no se descubre á primera vista un plagio de la Biblia? y además su autor ¿no tiene todos los visos de un aventurero propio para seducir tribus nómades? Los libros de los persas, de los indios y de los chinos ¿por qué han tardado tanto en hacer el viaje fuera de la India y de la China? ¿qué, el género humano está limitado á esas egoístas naciones? Además, ¿esos libros no han enmudecido delante de la Biblia que ha ido á buscarlos á su propio y recóndito domicilio?

¿Qué libros quedan, pues, en juicio, pretendiendo ser los de Dios? Solo la Biblia.

Pero como ya está demostrado que entre los hombres debe andar algún libro de Dios, la Biblia es el libro de Dios. Hé aquí á la Biblia ga-

nando indispensablemente el juicio plenario de posesion, como diria un jurista. Que se burle Voltaire, que dude Rousseau, que niegue Volney; un libro debe haber en que conste la revelacion de Dios; si no es la Biblia, que se nos muestre otro.

Pero la Biblia tiene tales títulos, que no solo debe dársele la posesion, sino tambien, y en rigurosa justicia, la propiedad de la verdad preciosa de ser libro de Dios. Estudiémoslo.

Primero.—Dios dicta la Biblia á un hombre, delante de un pueblo, de una sociedad organizada *ad hoc*, que sea como el archivero á cuya guarda se encomienda y que sea el testigo de que el amansense de Dios lo fué en efecta. El día que faltara el archivero ¡qué sería del libro? Ese archivero debe vivir siempre. Hé ahí una circunstancia que no han meditado los incrédulos: el libro y una sociedad *ad hoc* que cuide y dé testimonio, por medio de una existencia nunca suspendida, que el libro lo dictó Dios y que no ha sufrido alteracion.

El Alcorán, los Vodas, los Zend-Avesta, el libro de Confucio, precedieron á las sociedades que erianon; al libro siguieron los prodigios y no al contrario. No así con la Biblia: El Pentateuco fué escrito despues del paso del Mar

Rojo, de las plagas de Egipto y del prodigio del maná; ya la sociedad que debia dar testimonio de la Biblia estaba formada; mejor dirémos, fué escrito en medio de prodigios públicos, la historia del pueblo de Dios está intimamente relacionada con la revelacion del Pentateuco, con su moral y con su dogma.

Segundo.—Dios proveyó que los libros de la Biblia se eslabonasen de suerte que de época en época se escribieran, á fin de que el precedente reclamase con el siguiente y este con aquel. En esto ningun libro que pretenda ser divino se parece á la Biblia. El Pentateuco contiene profecías y deja pendientes sucesos que se realizan y se desenlazan en Jossué; lo mismo sucede de este al de los Jueces, de éste al de Ruth, de este á los de los Reyes, de éste á los de Isaías y otros Profetas, de éstos hasta la profecía de Malaquías, tiempo en que la historia profana está ya en aptitud de eslabonársele para juntarlo con la Sabiduría y el Eclesiástico y con los Macabeos.

Lo que distingue, pues, á la Biblia de cualquier libro que pretenda pasar por divino, es el mezclarse con la historia de pueblos, reyes, catástrofes y grandes sucesos, expediente divino á que no era posible se atreviese sino la Verdad.

Tercero.—Ya hemos hecho notar, tratando del aspecto retórico de esos libros, su admirable precisión, concisión y sencillez; estilo de Dios que acostumbra en todas sus obras.

Cuarto.—Exceptuando poquísimos pasajes que ofrecen dificultad en cuanto á la pureza de la moral, ésta es de un carácter todo celeste. Esa moral contiene documentos de perfección en todos los estados, en todos los lances de la vida, desde el rey hasta el mendigo, desde el caudillo de los ejércitos hasta la humilde doncella, desde el sumo Sacerdote hasta el retraído labrador. Esos poquísimos pasajes que ofrecen dificultad, hemos concedido por hipótesis que la ofrezcan para los disidentes, no para nosotros.

Quinto.—La Biblia inculca la creencia de un solo Dios, doctrina que antes de ella ningún libro enseñó hasta muchísimo después; la Biblia explica nuestra degradación, de una manera extraña, si así lo quieren los incrédulos, pero precisa, sencilla y terminante, y asimismo nuestra rehabilitación. Fuera de la Biblia ningún libro antes de ella ha osado hablar del origen del mundo y de todas las cosas; del principio de los sucesos históricos y de su futuro término. Con la Biblia se resuelven precisa y terminantemente,

clara y sencillamente las grandes cuestiones en que todos los otros libros, sin exceptuar ninguno, se han embrollado hasta no decir nada, hasta no afirmar nada, hasta no resolver nada. Esas famosas cuestiones que la Biblia resuelve son: ¿de dónde venimos? ¿á dónde vamos? ¿por dónde debemos ir? ¿qué fuimos? ¿qué somos? ¿qué seremos? ¿á quién hemos de ocurrir para ser salvos? ¿cómo esos hombres son delegados de Dios?

¿No serán estos, títulos bastantes para que á la Biblia se le confirme la posesión que nadie le ha quitado, y se le declare la propiedad de ser el libro de la Revelación de Dios, á la que nadie, fuera de ella, ha presentado títulos?

El concurso está abierto para el Antiguo Testamento ha más de tres mil años; para el Nuevo ha más de mil ochocientos; no habrá faltado quien se oponga á la declaración del buen derecho de la Biblia, pero ¿quién se ha atrevido á competir con ella en cuanto al problema de su celeste origen?

Su superioridad poética ha sido disputada, pero ¿por quién? por hombres sensuales ó por hombres burlones. Los adoradores de Venus, de Diana y Juno, no es fácil que gustasen de Raquel, de Ruth ni de Sara la de Tobías, ni ménos

de Marta y María hermanas de Lázaro, ó de María la incomparable Madre de Jesús, ¿qué podían entender del entusiasmo angélico de David ni de las tiernas parábolas de Jesús? Juliano apóstata y Voltaire, génio extravagante el primero, gran bufon el segundo y adulator de los grandes, ¿qué podían sentir de los trasportes dulcísimos de Isaias con ese tono de régia sencillez? ¿qué podían sentir del júbilo de los pastores, de la amable melancolía de Pablo, de la tristeza sublime de Job, del amor castísimo de la Esposa de los Cantares? Pues, esos hombres son los que han osado abogar por la preferencia de la poesía pagana ó de la poesía de los apóstatas cristianos.

La superioridad histórica de la Biblia ¿qué libro podrá disputarla?

La superioridad científica, ha habido día en que se crea sojuzgada, pero ¿qué ha sucedido despues? la ciencia con asombro ha proclamado superior la ciencia de la Biblia; la ciencia humana ha parado en ridículos resultados.

La superioridad de la moral, hay quien la haya disputado; los impíos llegaron á escandalizarse de la matanza hecha á los cananeos y de la muerte que una mujer ejecutó en el general de los asirios, y no ven los mentidos filántropos

que esos buenos sentimientos los recibieron de la misma Biblia, que educados con el Alcorán no serían tan benévolos. Incapaces de amar á Dios, no ven que el amor de Dios es el fin y el amor del prójimo es el medio, y que Dios puede en casos extraordinarios cambiar los medios; no ven que cuando Dios lo manda da lo mismo herir no queriendo, que, queriendo, no herir; no ven que matar el cuerpo es lo poco, pero matar el alma escandalizando con impías blasfemias, obscenos discursos y dudas funestas, es la verdadera matanza, ejecutada no ya en Canaan sobre gentes abominables, sino en todo el mundo civilizado, sobre la tierna juventud, sobre las delicadas doncellas; desdichada generacion cuyas almas han muerto en flor blasfemando no solo del Cristo sino del Padre celestial, y odiando no ya al Sacerdote de la Religión cristiana sino á todo hombre que hablase de Dios.

Despues de estas reflexiones, nos quedan por estudiar otros libros providenciales de humano origen, que han venido á confirmar la autenticidad y la verdad de la Biblia, ó á continuar sus hermosos designios. Unos son los libros paganos, ó de enemigos del Cristianismo, otros son los libros de escritores eclesiásticos ó

de los Santos Padres y doctores del Cristianismo.

El Dios providente que hacia escribir libros milagrosos, no podía ménos de proveer la existencia de otros libros, que escritos al parecer al acaso, por autores profanos, fueron bajo cierto aspecto la obra de su Providencia, porque ellos habían de servir, sin saberlo sus autores, para dar testimonio de la autenticidad de las historias sagradas, de la preexistencia de las profecias y de su cumplimiento, de testigos intachables, en fin, como de parte contraria, para cuantos problemas se hubiesen de ofrecer, como se han ofrecido, en las generaciones de un remoto porvenir.

Homero nos da testimonio de la sencillez de aquellos hombres, tales como fueron los hombres bíblicos de su tiempo, como lo hace notar Bossuet, y nos lo dá tambien de los errores y de las miserias del género humano en esos oscuros días, bajo la influencia del paganismo.

Herodoto, Estrabon y Jenofonte son los primeros historiadores profanos, que aparecen al tiempo en que era preciso fijar con exactitud el punto de partida de los cuatrocientos noventa años ó sea setenta semanas de Daniel, al cabo de los cuales el Cristo debía aparecer. El gran

templo reedificado era el punto de partida para los judíos; un gran rey que daba libertad á los judíos para que fuesen á reedificar su templo, sería el punto de partida para los gentiles, porque los hechos de este rey fueron el asunto importante de aquellos primeros historiadores. Ese rey era Ciro.

Ved á su tiempo traducida toda la Escritura por mandato del rey de Egipto, traducida al griego, idioma de los sabios en ese tiempo como ahora, y traducido con gran pompa á expensas del rey á la vista de la nacion, por setenta y dos sabios judíos naturalizados en la Grecia. Doscientos años ántes de Jesucristo las profecias, en especial las de Isafas, eran ya conocidas del género humano; comenzaba á cumplirse lo de Isafas: *aparate vias Domini.*

Viene despues Virgilio y Suetonio, y Plutarco que hablan de la expectacion del Mesías pocos años antes de aparecer, expectacion universal, acontecimiento á la órden del día.

El judío Josefo confirma las tradiciones judías y su historia santa, habla de Jesus recién muerto por su nacion, y es el escogido de Dios para que, testigo imparcial porque no fué cristiano, dejase escrito el cumplimiento de una de las más importantes profecias: la ruina de Jerusalem.

Tácito habla del principio de los cristianos y de los mártires; Minucio Félix, pagano, del eclipse acaecido el día de la muerte de Jesús; Porfirio y Celso, enemigos jurados del Cristianismo, se burlan de los evangelistas, pero suponen la autenticidad de los Evangelios y la verdad de los sucesos, hasta de los milagrosos; esto fué doscientos años después; lo mismo hizo Juliano apóstata cuatrocientos años más tarde.

Hemos apuntado ligeramente los principales libros profanos que están en relación con la Biblia. Eso es bastante para que el lector reflexione cuánta razón tenemos los creyentes para admirar más y más ese libro divino, y es bastante también para que el lector estudioso amplie sus observaciones estableciendo paralelos entre los libros bíblicos y los contemporáneos de los gentiles.

Restanos observar, que si se advierten algunas diferencias de cronología ó de narración en los hechos, eso es nada ménos que un motivo para convencerse de lo ajeno que estaban los escritores contemporáneos de toda colusión, y de la varia procedencia de las noticias porque se rigieron; á semejanza de lo que juzga de los testigos de procesos un juez civil, el crítico ilustrado se goza de ver asegurada la verdad por

las discrepancias accidentales que provienen de la falta absoluta de colusión de los testigos, y de las diversas fuentes de sus noticias.

Habiéndonos extendido demasiado en este capítulo, dejamos para el siguiente la conclusion de su asunto.



BIBLIOTECA CENTRAL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO III.

*Los libros de escritores clásicos y de los Santos Padres
y Doctores.*

Hemos dicho que los libros de los escritores clásicos y de los Doctores y Padres de la Iglesia, han servido, á la vez que para confirmar también como los gentiles la autenticidad ó la verdad de la Biblia, para continuar sus hermosos designios. Así es en verdad; ninguno de estos preciosos libros humanos se ha escrito por acaso.

Cuando San Justino escribía su apología, cien años despues de muerto el Cristo, no sabía que á él tocaba dar la mano á los evangelistas y á San Pablo para dar testimonio de *«hac quotiescunque feceritis in mei memoriam facietis;»* San Justino da testimonio, pues, de que en esas pa-

labras, no tan claras en la Biblia, se contiene el poder de consagrar dado á los Sacerdotes.

Cuando San Ireneo, ciento cincuenta años despues del Cristo, escribía contra los herejes y los arguía con la continuacion del Pontificado de Pedro en sus sucesores hasta Eleuterio, no sabía cómo en sus preciosos renglones, quedaba consignada una noticia que en los siglos futuros no constaría en otro libro, fuera del suyo, que estuviere escrito antes de su tiempo, y que ya con eso se entendería mejor el texto: *«Tu es Petrus et super hanc petram edificabo Ecclesiam meam.»* Cuando Roma ya no era la capital del Imperio, volvería á hacerse la lista de los sucesores de Pedro insistiendo en suponer á Roma su Sede y la cabeza del ángulo de la Iglesia; Agustín, sin saberlo, fué el continuador de la importante serie, suponiendo tambien que no porque Roma dejó de ser la cabeza del Imperio, dejaba de ser la cabeza de la cristiandad.

Eusebio de Cesarea, al cumplirse tres siglos de fundada la Iglesia, recoge los documentos esparcidos y echa los fundamentos de la historia eclesiástica, á semejanza de Moisés que pasado un tiempo igual de fundada en Abraham la Sinagoga, escribe su historia. En esto se vé que si

Dios cesó de dictar libros, no dejó de seguir en su desigño de que no se cortase el hilo de la historia de su Iglesia tomada desde Abraham, tomada desde Adán.

En ese mismo siglo de Eusebio, antes de que la irrupcion de los bárbaros de Europa y de Arabia desmenuzasen el imperio romano y acabasen con las letras, instando ya la oportunidad, Dios suscita á Gerónimo, que á fuer de riguroso y erudito crítico, revé los ejemplares de la Biblia, compara las traducciones y hace una que servirá para evitar toda duda en los siglos venideros. En esa época tambien quedaba fijo el sentido de cuantos textos fundaban el dogma católico: Atanasio establecía la inteligencia genuina de cuanto la Biblia dice del Dios trino y uno, Gregorio de Nacianzo de cuanto dice sobre el Espíritu Santo, San Cirilo de cuanto dice sobre la Encarnación y sobre la divina maternidad de María, San Leon sobre la distincion de las dos naturalezas de Cristo, San Agustín sobre el dogma de la gracia.

¡Cómo han de tener razon los protestantes y no nosotros! ¡Cómo la inteligencia de la escritura se había de dar más bien en el siglo XVI que en los siglos inmediatos al del Nuevo Testamento!

Ese pensamiento de Dios, que quiere continuar el designio de la Biblia no ya con los libros inspirados á la letra, sino obra en general de su Providencia, no ha cesado hasta nuestros días, ni cesará hasta el fin del mundo.

¿Qué dice la Biblia de las glorias de María, por ejemplo? Solo una palabra: *Et beata quam credidisti.*

Pues ya desde San Cirilo Alejandrino se fijará el sentido de las palabras: *de qua natus est Jesus.* La Madre de Jesús, Madre de Dios, es luego el objeto de alabanzas admirables, y el cumplimiento de su profecía: *beatam me dicent omnes generationes,* empieza á quedar consignada con clarísimos testimonios de altísimos doctores, sabios consumados y oradores elocuentísimos: San Cirilo, San German, San Epifanio, San Ildefonso, San Bernardo, el Venerable Beda, San Buenaventura, Santo Tomás de Aquino y tantos que han seguido de siglo en siglo eslabonando esa cadena en cuyo término se encuentran Alfonso de Ligorio del siglo pasado, y Pío IX y Augusto Nicolás en el presente.

Por lo que hace á las grandes concepciones sobre historia, San Agustín en la «Ciudad de Dios», y Bossuet en el «Discurso sobre la historia universal,» escriben aquellos libros en que

convénia se hiciese ver cumplida la caída del coloso de cabeza de oro y piés de hierro y barro, y el crecimiento de la piedrecita que le derribó, convertida ya en gran montaña; hé ahí el pensamiento bíblico confirmado y continuado bajo ese aspecto.

Asimismo; libros, historias, que recojan los datos con que se demuestre la continuacion no interrumpida de los Papas y del nuevo Israel, no han faltado tampoco, á pesar de tantas catástrofes que han ocurrido en la Iglesia y en los reinos. Día vendrá en que se escriba una historia de la Iglesia, con precision y brevedad al estilo del discurso de Bossuet; esa historia acabará de hacer ver que si ha pasado el tiempo en que Dios dicte libros á la letra, no deja por eso de continuar el pensamiento de la Biblia dictando en general el asunto de libros que le continúan.

Entre los libros providenciales debe colocarse la Suma de Santo Tomás. Este grande hombre abstraigo todas las verdades dogmáticas que se contienen en la Biblia y en sus continuadores como son los Santos Padres, y reduciendo á pequeños artículos cada punto del dogma y de la filosofía, todo lo dejó en orden clarísimo, cual se necesitaba para que los creyentes pudiesen re-

sistir á la irrupcion de tantos errores con que en detalle iba á atacar el protestantismo á la ciencia teológica.

Con estas breves reflexiones hemos hecho ver, cómo aun los libros no inspirados, posteriores á la Biblia y que oportunamente han ido apareciendo de siglo en siglo, contribuyen á confirmar la autenticidad y verdad de ese sagrado libro y son la continuación del pensamiento de su Soberano Autor.

CAPITULO IV.

Naturalidad de que la revelacion divina no se constituya toda en libros, ó sea, que fuera incompleta, fundando la otra parte ó el complemento en la tradicion encomendada á una sociedad, ó sea á una institucion formada ad hoc.

Ya en el capítulo segundo, anticipamos los conceptos que debemos desarrollar en el presente.

Allí dijimos, que si Dios ha hablado al hombre para suplirle lo que este nunca sabría por su sola razon natural, esa palabra de Dios no podría conservarse sino por escrituras y por instituciones, supuesta la naturaleza del hombre y la sabiduría de Dios; como que solo por medio de lo escrito se salvan las palabras de olvidarse, y solo por medio de instituciones se puede conservar la letra viva.

sistir á la irrupcion de tantos errores con que en detalle iba á atacar el protestantismo á la ciencia teológica.

Con estas breves reflexiones hemos hecho ver, cómo aun los libros no inspirados, posteriores á la Biblia y que oportunamente han ido apareciendo de siglo en siglo, contribuyen á confirmar la autenticidad y verdad de ese sagrado libro y son la continuación del pensamiento de su Soberano Autor.

CAPITULO IV.

Naturalidad de que la revelacion divina no se constituya toda en libros ó sea, que fuera incompleta, fundando la otra parte ó el complemento en la tradicion encomendada á una sociedad, ó sea á una institucion formada ad hoc.

Ya en el capítulo segundo, anticipamos los conceptos que debemos desarrollar en el presente.

Allí dijimos, que si Dios ha hablado al hombre para suplirle lo que este nunca sabría por su sola razon natural, esa palabra de Dios no podría conservarse sino por escrituras y por instituciones, supuesta la naturaleza del hombre y la sabiduría de Dios; como que solo por medio de lo escrito se salvan las palabras de olvidarse, y solo por medio de instituciones se puede conservar la letra viva.

Hablamos ya de la necesidad de lo escrito: ó de la escritura; habemos de hablar ahora de la necesidad de las instituciones, ó como se dice en lenguaje escolástico, de la necesidad de la tradición.

Pues bien. Es tal el hombre, que la letra no le basta; necesita instituciones: esto, si el hombre ha de quedar como es, como en efecto ha quedado á pesar de la Redención.

Aquellos á quienes Dios habló, tuvieron lo bastante en la voz viva, para pocas palabras; pero para muchas, si es que debían trasmitirlas á sus contemporáneos, se necesitaba un gran milagro para no alterarlas, ó debían escribirse. Y si estas palabras debían trasmitirse de la generación que las recibió á la que le siguiera, se necesitaba una sociedad *ad hoc* que diese testimonio de haber recibido las palabras escritas, y de cual era, al escribirse el libro, la inteligencia de esas palabras. Esto era preciso; á no ser que Dios desempeñase el milagro de hacer las lenguas invariables, inmodificables; cosa que no ha hecho.

Esta es la naturaleza del hombre, este es el orden del mundo que Dios no quiere derogar. Un ejemplo de tal orden tenemos en las leyes civiles. El legislador habla la ley; hé aquí á los

antiguos pregoneros; escribe: hé aquí la ley escrita; y funda; hé aquí los tribunales, instituciones á que el legislador encomienda la letra viva, la interpretación.

Aun suponiendo que la palabra de Dios hubiese sido clarísima y completa, todavía era necesaria la institución para interpretar, no ya la palabra primitiva, sino la palabra traducida en las variantes de cada idioma.

Pero no es así. La palabra ó la revelación de la Escritura ni contiene toda la revelación, ni es clara en muchos puntos. Era necesaria, pues, una institución, una sociedad *ad hoc*, á quien se encomendase la interpretación de lo oscuro, á quien se dijese de palabra lo que se omitía en lo escrito: hé ahí los dos ramos de la tradición divina que es conservada por la Iglesia, que los protestantes se obstinan en desconocer, unos por insuficiencia, otros por malicia.

Está de tal suerte dispuesta la revelación conforme lo necesita la naturaleza del hombre, que á más de ser oscura en muchos puntos la Escritura, á más de omitir el pormenor de muchos asuntos importantes, es clara precisamente en cuanto á establecer esa institución ó sociedad *ad hoc* que debía interpretarla: *qui eos audit me audit, &c.* Es más claro en la Biblia eso de

que hemos de tener una autoridad á quien obedecer ciegamente (*Pastorales*,) que el mismo dogma de la divinidad de Jesucristo, que el del pecado original.

Lo que habia de ser, pues, un precepto de buen sentido, es decir, interpretar la Biblia por las tradiciones de la sociedad que nos la ha transmitido, sobre todo por los gefes de esa sociedad, es precisamente una de las bases del designio de la Biblia; la doctrina del Evangelio está enlazada con la institucion del cuerpo docente y de sus facultades. Si la Biblia callara sobre eso, todavia seria el cristianismo romano el verdadero y más seguro, porque es el que enseña la razon natural. Si la Biblia permitiese lo contrario, es decir, si estableciese el sistema de Lutero, se haria sospechosa, y todavia la cordura humana debia pensar en establecer una autoridad interpretativa y debia pensar en instituciones, conforme á aquello: *non tentabis Dominum Deum tuum*.

Con razon los protestantes se ven obligados á convenir en que los católicos romanos pueden salvarse fuera del protestantismo, y con razon nosotros decimos que los protestantes no pueden salvarse fuera de la Iglesia. Con razon los protestantes anglicanos vuelven ya á consultar

los escritos de los Santos Padres y suspiran por el retorno del verdadero gobierno eclesiástico!

Obsérvese, pues, seguida por Dios, en este particular, la gran ley de la Naturaleza, por la que cada obra de Dios está trunca, por decirlo así, esta imperfecta de por sí ó en sí misma á fin de que el complemento ó el perfeccionamiento que consiste en otra obra nueva y más admirable, dé ocasion á una gradacion ascendente que por medio de la diversidad lleve á la suprema unidad, lleve á Dios, verdadero complemento de toda insuficiencia, verdadera perfeccion de toda perfeccion. Por eso el padre no es una obra completa en cuanto á paternidad, á fin de que el complemento dé ocasion á una madre, obra más admirable todavia.

Pero el padre, con la madre, no son obra completa, porque puede haber malos padres ó los padres buenos pueden morir. Mas, en complemento, viene una obra más admirable todavia: ¿quién dirá que una madre adoptiva no es más admirable que una madre natural?

Pero esta tercera obra no es completa, porque una madre adoptiva puede resistirse en su buena obra. Mas, en complemento, viene Dios con su Providencia y de una suerte extraordinaria preve á la salud de su huérfano.

Así sucede con el órden de la Religión. Incompleta la obra de la Religión natural, tanto por su misma esencia como por la culpa del hombre prevaricador en el Paraíso, viene á completarla una obra admirable, la Biblia.

Incompleta la Biblia en su revelacion por ser oscura en muchos puntos y por no estar en ese libro todo lo que la Religión ha menester, viene á completarla una institucion, una sociedad regida por autoridades á cuyo cuidado se encomendase la parte de la revelacion omitida en la Biblia, sobre todo, el asunto de pormenores; á cuyo cuidado se encomendase la integridad de la revelacion escrita y su interpretacion, la vida de la letra, la identidad de sentido del original con las traducciones.

Peró, esta institucion, esta Iglesia docente es tambien obra incompleta, porque puede haber Pastores malos, pueden sentarse sobre la cátedra del nuevo Moisés nuevos fariseos. Mas hé aquí que á esto proveyó Dios con su Providencia; Dios hará ver las seguras señales con que los buenos se sostengan en su fé y los malos no tengan excusa. Si, por ejemplo, Alejandro VI no fué casto, no por eso lizo la apología de la fornicacion; mientras que Lutero para poder casarse habló primero contra el celibato sacerdotal.

El pródigo Dios, que dejaba cribar á los once, no permitiría que faltase la fé de Pedro.

En el sistema de los protestantes faltan esas armonías. Ellos, pues, tienen que sostener cómo la Biblia por sí sola es una obra completa, bastante por sí sola para fundar la obra de la Religión. ¿Peró lo sostendrán con buen éxito?

Tienen que sostener primero, que la Biblia contiene cuanto el hombre necesita de revelacion para cumplir con todos los deberes de la Religión; segundo, que la Biblia no contiene ningun concepto oscuro; y tercero, que con la Biblia ya no hay necesidad de una sociedad religiosa con su correspondiente autoridad universal.

Para eludir el apremio de estas consecuencias, los protestantes sostienen, primero, que en la Biblia está todo, que en ella está hasta en sus pormenores el culto, la gerarquía eclesiástica, la administracion de los Sacramentos; ó que la Religión no necesita formularse en su culto y en su gobierno; segundo, que siendo la Biblia oscura en algunos puntos, cada uno esté á su sentir privado; tercero, que los cristianos forman no una sola Iglesia sino muchas Iglesias cuantas naciones.

Mas quién no vé la falsedad de lo primero,

lo absurdo de lo segundo, lo pobre y anárquico de lo tercero!

Pero ¿qué la Biblia es una revelación completa? No; la Biblia no entra en pormenores para nada, fuera del antiguo Testamento; no reglamenta ni el culto ni los Sacramentos; es como muestras constituciones políticas, que á todo dicen: «la ley reglamentará» el modo de esto ó de lo otro. Todo, en la Biblia, principalmente el nuevo Testamento, supone la autoridad instituida en forma de legisladora. Tanta generalidad deja suponer algo de instrucciones reservadas ó de facultades administrativas á discreción. Es muy razonable creer que el Cristo comunicó á sus apóstoles algunas instrucciones, que no están en la Biblia, acerca de la misa, de la confesión, del gobierno eclesiástico, y que también dejó á su prudencia todo lo que podía quedar á su arbitrio. ¿No hay ahí testigos innumerables que nos hablan de tradiciones apostólicas? ¿Por qué no les creemos?

Además.—nótese bien—hubiera hablado muy poco Nuestro Señor Jesucristo si todas sus palabras ó instrucciones privadas fuesen solo las que se leen en los Evangelios y en las epístolas de los apóstoles. En este punto la prueba de lo contrario toca á los protestantes; porque no

es natural que hubiese hecho tantas, tantas cosas como hizo, sin hablar (San Juan, capítulo 21, verso 25); y más cuando vemos que Nuestro Señor Jesucristo, cada obra de su poder ó de su misericordia, la acompañaba con una palabra de dogma ó de moral, que revelase sus designios, sus planes, acerca de la salud del hombre, ó de la autoridad santa á que este iba á quedar sujeto. Pues aun de lo mismo que dijo y que se consignó en la Biblia, se encuentran palabras que no bastan para entender su altísima voluntad en asuntos de gravedad enorme.

Por ejemplo, cuando Nuestro Señor Jesucristo daba su cuerpo y su sangre á comer á los apóstoles y les decía: «siempre que hicieris esto hacedlo en memoria de mí,» ¿qué les quería decir? «¿Siempre que comiereis mi cuerpo?»

Y ¿cómo harían para haber el pan convertido en el cuerpo de Jesucristo?

Nada dice la Escritura.

Pues ¿cómo lo sabrían los apóstoles?

Por algunas palabras que les debe haber hablado.

¿Dónde están esas palabras?

No están en la Escritura.

¡Luego algunas palabras se dejaron de escribir y se quedaron encomendadas á la tradición!

Hágase un ensayo de tanto como pudieron preguntarle los apóstoles, y de tanto que ha de haberles contestado.

«¿Qué! ¿no le preguntaría Simon Pedro: «Señor, ¿y qué será de Jerusalem, y, qué, tu reino sujetará á los romanos y se establecerá tambien en Roma!»

—Jesus le respondió: «En verdad, en verdad te digo, que Jerusalem será destruida y no quedará de ella sino una reliquia santa; pero los romanos vendrán á ser hijos de Abraham, y Roma será Jerusalem.»

—Dijole Pedro: «Señor, si yo soy la piedra fundamental y tu reino se estenderá en toda la tierra, ¿todo el mundo se sujetará á mí!»

—Respondióle Jesus: «Los Césares se te opondrán; pero yo te he de dar el imperio de los Césares, y los Césares acabarán; mas tus sucesores permanecerán hasta que yo vuelva.» Nótese que esto convenía que no se escribiese por no irritar más á los paganos ni á los judíos.

Ea otra vez preguntóle Juan: «Señor, si Simon es Pedro y si lo has constituido pastor de ovejas y corderos, y entiendo que las ovejas seremos tus apóstoles y los corderos los que oigan nuestra palabra que engendremos por el espíritu, ¿toda palabra que hablare Pedro y los que oeu-

pen su lugar cuando él muera, para enseñar á los que sean bautizados, es palabra que debe ser creída?»

—Respondió Jesus: «Ya os lo he dicho: como yo soy ahora con vosotros, así tambien lo será Pedro; Pedro será como el Cristo en la tierra. Y cuando vosotros los doce que yo escogí, hubiéreis muerto, más necesario será que un solo Pastor apaciente las ovejas y los corderos. Hasta vosotros sois ovejas; solo Pedro es el Pastor.» Nótese; ¿no preguntaría Pedro á Jesus cuales eran las ovejas; cuales los corderos? y más cuando Pedro era tan rudo como se ve de las preguntas suyas que trae el Evangelio.

Dijeron otra vez los que le seguían: «Si es así, dínos: ¿cuánta es la obediencia que debemos á Pedro?»

—Respondióle Jesus: «Ya os lo dije: la piedra no ha sido constituida en mi lugar tanto para vosotros, cuanto para los que vengan después de vosotros; porque al fin vosotros me habeis visto y oído y os he asegurado en la verdad, y sin embargo, Pedro debe ser creído tanto como el Cristo. De otra suerte: ¿cómo se sostendría mi reino en todo el mundo?»

Semejante á este, muchos ensayos podrían

hacerse sobre la Eucaristía, la Confesion, la Confirmacion, el Bautismo, &c., &c. Es fuerza que Jesus haya enseñado y ordenado á sus apóstoles muchísimo más de lo que consigna el Nuevo Testamento; porque si los apóstoles le hacian tantas preguntas y algunas tan impertinentes, ¿cómo es que nada le hubiesen preguntado, despues de su resurreccion, de asuntos tan graves como es ese de *«hæc quotiescumque feceritis, &c.»* y eso aun la noche de la cena en que llegaron á disputar sobre la primacia de unos con otros? ¿Cómo es que nada inquiriesen acerca del *«quorum remissionis peccata, &c.»*

Nunca se ha visto causa más temerariamente sostenida que la de los protestantes, quienes suponen ser la Biblia el fundamento único del Cristianismo y el depósito de toda revelacion, hasta de sus pormenores.

Cuando Voltaire atacaba á la Iglesia católica romana, diciendo que la Biblia nada decía de siete Sacramentos, &c., si hablaba como protestante, enhorabuena: eso ménos hay que concederle de gran genio, porque despues de los tiempos de Lutero los católicos, si declinan, no es al protestantismo; pero si suponía que los católicos admitian su falso supuesto (de Voltaire,) se conoce que ignoraba absolutamente el plan del

Catolicismo y las bases del dogma y de la disciplina católica romana.

Es verdad, que el protestantismo con sus principios sobre revelacion, mal podrá resistir á los argumentos de la filosofia incrédula; ahí está ese argumento de Voltaire: que lo conteste. (*Dic. filosófico.*)

Concluirémos repitiendo que la Biblia está de tal suerte en armonía con la tradicion y con la institucion del gobierno eclesiástico,

Que, por una parte, no hay cosa más clara en ella como la institucion del Papado, del Episcopado y de sus facultades en general; de manera que bajo este aspecto, la Biblia como libro puramente histórico está sobre la Iglesia; y aquí tenemos armonía de subordinacion.

Que, por otra parte, nunca deja la Tradicion de ser una consecuencia más ó ménos concluyente de la Escritura, en la que se contienen los principios ó premisas de todo el sistema de la Iglesia; de manera que bajo este aspecto la Biblia está tambien sobre la Iglesia y sobre la Tradicion, y aquí tenemos tambien una armonía de subordinacion.

Que, por otra parte, si se considera la tradicion no en su enlace lógico con la Biblia sino como palabra tambien de Dios, que no se escri-

bió sino que se confió á la memoria, entónces la tradicion está á la misma altura que la Biblia, y aqui tenemos una armonía de coordinacion.

Que, por otra parte, no puede estar segura, sin la Iglesia, la interpretacion de la Escritura y de la Tradicion en lo que contienen de hechos sobrenaturales.

Y que, finalmente, sin la Iglesia, no sabríamos de muchos libros bíblicos si contienen ó no noticias sobrenaturales, y de ninguno si es ó no inspirado, ni de los escritos de los Santos Padres si contienen ó no verdades sobrenaturales, de manera que bajo estos dos últimos aspectos, la Iglesia está y debe estar sobre la Biblia y sobre la revelacion oral ó sea tradicional, y ahí tenemos una armonía de subordinacion inversa.

De aquí resulta que la Biblia como libro histórico, la Tradicion en lo que tiene de criterio humano, la Biblia como libro de noticias sobrenaturales, la Tradicion en lo que tiene de asuntos tambien sobrenaturales, y la sociedad llamada Iglesia, son cinco elementos, en que se funda nuestra fé; de tal suerte combinados, que sin la Biblia y la Tradicion como medios naturales históricos, no tendríamos en qué fundar la institucion divina de la Iglesia y sus plenos po-

deres en religion; y, á la inversa, sin la autoridad eclesiástica, ni podríamos estar ciertos de la revelacion de hechos sobrenaturales que la Biblia y la Tradicion contienen, ni podríamos salvar á la Biblia y á la Tradicion de que absolutamente se las llamase obras imperfectas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



BIBLIOTECA DE ATRÁS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO V.

Preparati in illi gran successo: el Cristo y su Iglesia.— Armonías intrínsecas de los sucesos bíblicos.

Queremos ahora buscar las armonías intrínsecas de los sucesos bíblicos, de los sucesos del nuevo Testamento en su relación con los del antiguo. El resultado de estas consideraciones no puede ser otro que arrancar del alma un grito de admiración; *testimonia tua credibilia facta sunt nimis.*"

Los que no reflexionen en estas armonías son disculpables si no creen en el Cristo y en Jehová, supuesto que su culpa no consista en no querer estudiar nuestra religión.

Porque, es verdad, los sucesos bíblicos, aisla-

dos y sin referirse el nuevo al antiguo Testamento y recíprocamente, no quedan bien vistos.

El pecado original, el diluvio, el exclusivismo de la elección que Dios hizo del pueblo judío, el abandono que hizo del pueblo gentil, es decir, de todo el mundo con una excepción insignificante, la matanza hecha en los cananos, la in-comunicación de los judíos con los gentiles, si no se explican por el nuevo Testamento, ¿qué idea nos darán de Dios? La que Voltaire ha querido darnos, porque no supo ó porque no quiso tomar el punto de vista que debió tomar.

Lo mismo sucede con el nuevo Testamento si no se relaciona con el antiguo. Estos sucesos sin esa relación, parecen pequeños y poca cosa para Dios. Se trata de humillarse Dios, se trata del Cristo que apareció demasiado modesto y nadie le conoció, se trata de su humilde sierva, de la humilde sociedad que se llama «la Iglesia»; tal es el plan del Nuevo Testamento.

Y así como en el Antiguo Testamento si no se armoniza con el nuevo, Jehová es servidumbre para los judíos y terror para los gentiles; así en el Nuevo Testamento, si no se armoniza con el antiguo, Jesús, hijo de María, es ver-

güenza para los judíos y locura para los gentiles.

Esta armonía es, pues, lo más admirable que dá la Biblia; si esta se estudiara, dejando la soberbia de Rousseau y la malignidad de Voltaire, se encontraría tan consecuente, tan altamente, tan celestial, tan divinamente armónica, que los incrédulos exclamarían como el rey poeta de Judá: «*A solis ortu usque ad occasum laudabile nomen Domini*»

Esas armonías del Antiguo al Nuevo Testamento, están caracterizadas con sublime verdad y hermoso enigma en uno de los salmos: «*Misericordia et veritas obviaverunt sibi, justitia et pax osculatae sunt.*» Aquí se ve que de una misma mente ha salido el pensamiento del antiguo y del nuevo Testamento; «*Veritas de terra orta est, et justitia de celo prospexit.*» Aquí se ve á Jehová el tremendo y á Jesús el manso ser un mismo perfectísimo Dios; se ve que Dios se muestra fuerte porque se vea que es grande, y después manso para que se vea que es amable; su postrer designio era parecer bueno sin debilidad, por eso convino que ántes apareciese fuerte.

Es verdad, Jesús hombre humilde, oscuro, sin el séquito de reyes ni sabios, nacido de una don-

cella pobre, ajusticiado sin que hiciese caer un rayo sobre sus enemigos, excusando el hacer prodigios de magnificencia, prefiriendo hacerlos de ternura; y sin embargo, ser este Jesus el alto Dios que crió las estrellas, el sol y la luz, delante de quien son gusanos que se arrastran los grandes y los reyes, y niños balbucientes los políticos y los sabios, ser este Jesus el esplendor eterno del Eterno y del Todopoderoso, y estar allá en los cielos como rey de reyes que con una palabra ahogó al mundo en el diluvio y con otra palabra lo sacó de la nada, es cosa que se ha de haber resistido á los ojos del que vió, y á su raciocinio, como ahora se resiste á los ojos del que oye, y á su raciocinio, á no meditar en las relaciones de ese Jesus con tanto que de él *próximamente* se dijo y que para él *próximamente* se hizo.

Dios que es tan grande, ¡haber recorrido la Judea y la Galilea en forma de hombre y no haber derrocado las montañas y hecho salir de sus abismos á los mares y hecho turbar las estrellas, y no haber arrebatado de arrobamiento con una sola palabra á las muchedumbres, como si el cielo estuviese en la tierra; y haberse dejado azotar, y haber llorado, y no haber dejado en el mundo huellas visibles, palpables, de

su dilatada mansion durante treinta y cuatro años!

Parece muy poco Jesus para que sea Dios en la tierra; y si ahora veis pasar en un carruaje á un sacerdote con una pequeña copa de oro, en que se os dice va el Cristo, el mismo Jesus, el mismo Dios, ¿no os viene la tentacion de pensar que es muy poco, poquísimo lo que veis, para que allí fuera Dios!

Es verdad; cosas tan grandes, sucesos tan grandes, presentarse en formas tan pequeñas, no pueden creerse si no se persuade la creencia con razones poderosas, poderosísimas.

Pues, estas razones las hay; son tan grandes, tan poderosas, que todo lo que hubo antes de Jesus y todo lo que se hizo antes que Jesus apareciese, se referia á él. Jesus y los más pequeños sucesos de su vida estaban ya representados con proporciones colosales, inmensas; los grandes portentos que pudo haber dejado en su vida estaban ya hechos y solo para él; el más pequeño paso, la más insignificante circunstancia de ese hombre humilde y oscuro, estaban ya celebrados por reyes y pueblos; todo el universo visible estaba ya formado *ad instar* de Jesus y de sus más humildes hechos.

Porque, es verdad; por grandes que sean las

pruebas directas que dió Jesucristo de su Divinidad durante su vida, es cosa tan grande suponer, á Jesucristo, Dios, que, puede decirse, era necesario más de lo que vió el mundo en treinta y cuatro años. Si el Dios verdadero, Criador y dueño de todas las cosas, vitió en el mundo y vivió tan despacio y con tan solemnes proyectos, pero entrando en sus planes como forzosa condición, velar siempre la Divinidad y mostrar en un hombre cuanto un hombre podría hacer de perfecto, pero sin descubrir la Majestad, cómo ha de haber venido sin grandes anuncios, sin ruidosas preparaciones para compensar el grave inconveniente de aquella condición!

Si yo no hubiese nacido cristiano y no me hubiesen hablado del Cristo desde niño; si no me hubiese habituado á tamaño prodigio, mas ya en edad madura, instruido en las reglas de la crítica y en los documentos de la filosofía, conocedor de la historia y de los hombres y sobre todo conocedor de un Dios único, infinito en perfecciones y creador de todas las cosas y ordenador de todos los sucesos, oyese hablar del inmenso prodigio, *«Verbum caro factum est et habitabit in nobis, et vidimus gloriam ejus»* (pero gloriam solo de gracia y de verdad), yo diría á quien tal nueva me anunciase: «es mucho

lo que me anunciáis, es tan grande ese prodigio, que para crearlo exijo estas condiciones:»

Primero. Exijo que, si Dios se hizo hombre y vino á visitar á los hombres, á enseñarles y á salvarlos, ese acontecimiento se haya anunciado desde los primeros días del mundo con ruidosos anuncios.

Segundo. Exijo que esos anuncios se hayan venido repitiendo cada vez con mayor solemnidad, de época en época, sin que hubiese época en que los anuncios no instasen por el gran día.

Tercero. Exijo que la historia desde el primer día del mundo haya consignado en sus páginas, y haya ido archivando, el acta de esos anuncios.

Cuarto. Exijo que todo el plan de la creación visible y de la creación moral, estén en relación, en dependencia, en armonía, con ese gran suceso que habla de ocurrir: *Dios hecho hombre y visitando á los hombres solemnemente.*

Quinto. Exijo que las más pequeñas circunstancias del nacimiento, de la vida y de la muerte de ese hombre divino, hayan estado ya previstas, anunciadas, solemnizadas, en la serie de los siglos que le precedieron, y además consignadas en la historia, con el acta respectiva de

haber pasado los sucesos que servían de anuncio y preparación.

Todo esto exijo por lo que hace á lo que haya precedido á ese hombre divino.

«¿Qué! irá un rey á morar á una pequeña aldea, muy lejos de la corte, por algun tiempo y de tiempo atrás pensado, sin que meses antes se diga en la aldea: «¡una noticia! el rey se viene á vivir acá unos dias.»

— «¿Quién lo dijo?»

— «Ha venido á preparar las cosas uno de sus grandes.»

Y desde ese dia ¡cuantos preparativos! la mejor casa para el rey, las calles para el rey, el bosque para el rey, los maguatos para el rey, todo para el rey. Desde el dia que el rey haya pensado en ir á vivir á la aldea, el aspecto de las cosas de la aldea está en relacion con el rey, la historia de la aldea es historia del rey. Desde ese dia no cesarán de venir grandes personajes á preparar lo todo.

Llega el dia, y el rey vestido al uso de la aldea, poco quiere distinguirse de los aldeanos. Quien le vea y no haya sabido los antecedentes, dirá «no es el rey.» Pero todos podrán replicarle: «¡Oh! hace mucho tiempo que lo aguardábamos; desde entonces todo se preparó; mucho

se ha hecho, mucho se ha gastado, muchos grandes estuvieron viniendo; el rey anda así por hacerse agradable.»

Así discurriría yo si me anunciase al Verbo venido al mundo en forma humana, ya yo de edad madura y sin que antes nada hubiese sabido del inmenso suceso.

¡Oh! pues, cuantas condiciones he exigido se han llenado satisfactoriamente, con divina habilidad. Se han cumplido tan bien esas condiciones que solo la obstinacion puede ponerlo en duda. No se trate ya de hechos verdaderos, contémplesse siquiera la armonía asombrosa de dos libros hechos, el uno para el otro: el antiguo y el nuevo Testamento. Suponed el Evangelio una novela, suponed el antiguo Testamento una novela; ¡ved qué plan tan *divinamente* desempeñado! Otra vez J. J. Rousseau: Si solo Dios podía inventar así, los hechos son verdaderos y las dos novelas son una historia; los hombres no haríamos novelas si pudiésemos hacer los personajes y los hechos.

¡Oh judios, estadid las armonías de nuestros libros á vuestros libros; en los vuestros están los nuestros, en vuestros libros está nuestro Cristo, pobre, humilde, oculto, vilipendiado, azotado, crucificado; en vuestros libros está; leedlos bien!

¡Oh vosotros los filósofos filántropos que amais á Cristo y aborrecéis á Jehovah, estudiad las armonías de los libros judíos con los de Jesús; no creáis que Jehovah ha desaparecido de nuestro Evangelio; vedlo bien, más terrible que en el Diluvio, que en la matanza de los cananeos, más terrible que en el Paraíso: en el pesebre y en la Cruz no solo hay amor; hay justicia; en el Diluvio, en la matanza de Canaan y en el enojo del Paraíso, no solo hay ira, hay amor!

¡Oh! vosotros, los que veis pequeño á Jesús y á María; contempladlos bien, no os basta el Evangelio; para que en Jesús veais á Dios y en María á la Madre de Dios, es preciso que los hayais visto á través de la historia del mundo y de las grandezas del Universo visible.

¿Qué hubiera sido de la importancia del Cristo sin el Pentateuco, que nos conserva el *«ipsa conseret caput tuum»*, que nos dice de Noe y el Diluvio, que nos conserva á Abraham y su pueblo, Moisés y el maná, el cordero pascual y la profecía de Jacob!

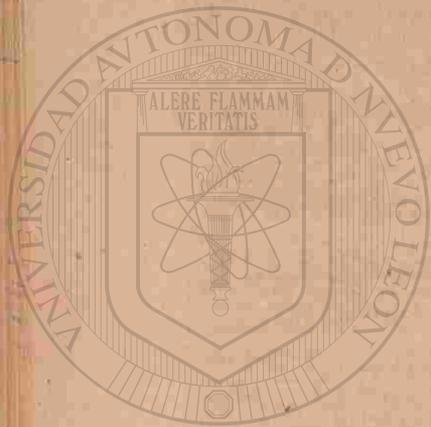
¿Qué hubiera sido de la importancia del Cristo sin David y sin Salomon, sin los Salmos y el Cantar de los Cantares!

¿Qué hubiera sido sin los Profetas que nos

dieron mucho ántes el carácter y el retrato de su protagonista?

¿Qué hubiera sido, si Daniel no dijese del gran movimiento de los imperios y de la caída del Coloso, al golpe de la piedrecita convertida despues en gran montaña? ¿Qué hubiera sido, sin la libertad que Ciro dió á los judíos y sin las setenta semanas?

Si el Hombre Dios había de ocultar la majestad, necesario era el Antiguo Testamento; si la grandeza del Hombre Dios estaba en su mansedumbre y en su humillacion, necesario era haberlo visto tan fuerte y terrible como en el Mar Rojo y en el Diluvio, tan glorioso como en la creación del cielo y de la tierra.



CAPÍTULO VI.

*Los sucesos y los personajes del Antiguo Testamento,
como figuras, como pronósticos:
sus relaciones con el Cristo y con su Iglesia.*

Veamos al Cristo y a su Iglesia en toda la serie de los grandes sucesos y de los grandes personajes del mundo, desde la creación.

In principio creavit Deus calum et terram. Hé aquí el Génesis del mundo físico, grande figura del mundo moral en Jesucristo: *In principio erat Verbum et Verbum erat apud Deum,.... omnia per ipsum facta sunt, &c.* ¿Juan el pescador era capaz de tan admirable parodia, de un reclamo tan sorprendente, si Dios no se lo inspirase?

Y dijo (Dios al hombre y á la mujer) «Creded y multiplicaos, y henchid la tierra, &c.» Hé aquí al hombre, rey del mundo visible. Y dijo Jesucristo (á sus apóstoles): *Itē in mundum universum, predicatē Evangelium omni creatura, baptizantes eas, &c.* Hé aquí al Cristo rey del mundo moral (como del físico) hablando de la generacion espiritual.

«Y (el Viérnes) vió Dios todas las cosas que había hecho y eran en gran manera buenas y completó al sétimo día la obra que había hecho: y en el día sétimo reposó.» Hé aquí el *consummationem*, el Viérnes y el reposo el Sábado, de las obras físicas. Jesús, luego que probó el vinagre, dijo: «todo está cumplido; é inclinando la cabeza entregó su espíritu. Como era Viérnes, &c.....» y (en el Sepulcro) pusieron allí á Jesús.» Hé aquí la obra de la Redencion, la creacion moral cumplida el Viérnes, y el Señor descansando el Sábado en el Sepulcro.

Pero antes:

Dijo Dios: «*fiat lux*» y esto era el día primero; Génesis del mundo físico— Dice Juan: «*Erat (in principio) lux vera que illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum.*» Y esto era antes de todos los siglos, al principio del día unico de la Eternidad.

Y hasta el día cuarto fué criado el Sol y la Luna, aun cuando la luz estaba hecha desde el principio.—Y hasta los cuatro mil años se hizo Dios hombre, y fué criada la Virgen Madra, y no obstante estaba ya todo hecho para el Verbo y para María.

«Formó Dios al hombre del lodo de la tierra «é inspiróle en el rostro un soplo de vida y quedó hecho el hombre viviente con alma racional.» «*Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis.*»

«Y el Señor Dios hizo caer sobre Adam un profundo sueño, y mientras estaba dormido le quitó una de sus costillas..... y de la costilla..... formó el Señor Dios una mujer.....» «Y dijo Adam: Esto es hueso de mis huesos y carne de mi carne; llamarse ha pues hembra «(varona)..... por cuya causa dejará el hombre á su padre y á su madre y se unirá á su mujer.» «*et erunt duo in carne una.*» Hé aquí lo que pasó en el Paraíso. Contripongámosle punto por punto lo que pasó en el Calvario. «*Et inclinato capite tradidit spiritum.*.....» «Mas al llegar á Jesús, como le vieron muerto no le quebraron las piernas sino que uno de los soldados con la lanza le abrió el costado, y al instante salió sangre y agua.» Pequeña circunstan-

cia prefigurada con el gran suceso de la creación de Eva, de la cual salió todo el género humano.

Se había dicho por Adán: *Relinquet homo patrem et matrem suam*. El nuevo Adán dijo á su vez:

—Qui amat patrem aut matrem plus quam me, non est me dignus.

Ya hemos hecho notar las magníficas armonías que presenta el mundo visible con el Cristo, con María y con sus ángeles: ese sol que sale de la aurora y corre á su ocaso, esa luna que ha de alumbrar de noche, esas estrellas que han de separar la luz de las tinieblas.

Cain mata á Abel, y la sangre de la víctima clama á Dios desde la tierra, y en lugar de la víctima viene Seth padre de la generación santa. El pueblo judío mata á Jesús y su sangre cae sobre ese pueblo, y el Señor pone una señal en ese pueblo; ninguno de los dos perece; y para reponer un hijo que es Israel, viene otro que es Roma.

Viene el juicio del Señor sobre el mundo, juicio de justicia, y el mundo es ahogado en las aguas del Diluvio, y por Noe se salvan unos pocos de los hijos y una multitud de las bestias, pero todos en el arca; y el agua limpia de peca-

do la tierra.—Viene el juicio del Señor sobre el mundo (*nunc iudicium est mundi*) juicio de misericordia, y el mundo es envuelto en las aguas del Bautismo que se extienden por toda la tierra, y por el nuevo Noe se salvan unos pocos de la casa de Israel y una multitud de gentiles, pero todos en la Iglesia, y el Bautismo limpia de pecado la tierra.

Abraham, el gran padre, no duda un momento sacrificar á su hijo querido sobre la leña del altar—Del hijo de Dios está escrito: *Sic Deus dilexit mundum ut Filium suum unigenitum daret*.—Y el fruto del Sacrificio de Abraham es el pueblo escogido, y el del sacrificio de la Cruz es el orbe católico.

Jacob toma dos mujeres, á Lia la fecunda que es la mayor, á Raquel la estéril que es la menor; pero la menor es preferida á la mayor y la estéril se hace fecunda.—Jesucristo ama á los judíos y á los gentiles, los judíos que son los primeros llamados y los que procreaban hijos para el Cristo; los gentiles que no contaban justos y que eran los llamados en segundo lugar. Pero los gentiles son preferidos á los judíos, y de entre ellos sale el pueblo numerosísimo de los cristianos.

Jacob tiene doce hijos; cada uno de ellos es

padre de una numerosa tribu; pero el primogénito viola el lecho de su padre y pierde la primogenitura.—Jesucristo se escoge doce apóstoles; cada uno de ellos es padre de una gran porción del mundo que regeneró con el Bautismo; pero Júdas se atreve á recibir el pan del cielo y sin embargo entrega al justo, y es excluido de la herencia celeste.

José, el predilecto de Jacob, ¡no es ya en sus trabajos y en sus glorias una historia de Jesús! Compárense los sucesos.

El Cordero pascual, del que se dijo, «comedlo de prisa—con lechugas amargas,—con panes ázimos,—no cocido sino asado al fuego,—no le quebraréis hueso alguno,—rociad con su sangre las puertas para que el ángel no mate á vuestro primogénito,—es el pase del Señor;—el día diez de la luna le traeréis, el día catorce le inmolareis,—ese día os libraré de los egipcios.

El humilde Jesús, cordero de Dios,—cuya muerte fué acelerada—á quien se hartó de amargura hasta las heces (con lechugas amargas)—que para ser crucificado se dió primero en pan de vida (con panes ázimos)—que murió por amor, «oblatus est quia ipse voluit» (no cocido sino asado al fuego)—á quien no rompieron los huesos sino que le traspasaron el costado, ¡no

rompáis al cordero hueso alguno)—cuya sangre nos libertó de morir para siempre, de perder nuestra única, nuestra alma; (rociad con su sangre las puertas para que el ángel no mate á vuestro primogénito)—en su muerte hirió á los espíritus de tinieblas; (es el pase del Señor)—el día diez de la luna entró á Jerusalem, el día catorce fué crucificado y muerto; (el día diez de la luna, traeréis el cordero, el catorce le inmolareis)—ese día nos libertó del poder del demonio—(ese día os libraré de los egipcios.)

¡Qué armonía en la figura y en la realidad! El Cordero pascual ¡no es ya una historia de Jesús!

La inmolación del Cordero con todas las circunstancias referidas, fué una fiesta nacional, sin cesar observada desde la entrada de Israel en la Palestina, hasta pocos años despues de Jesús. Lo mismo fué de los sacrificios del tabernáculo y del templo: diariamente se inmolaban corderos y toros, primero en el tabernáculo y despues en el gran templo de Jerusalem, ofrendas simbólicas que inculcaban la prefiguración de un grande y famoso sacrificio futuro; diariamente se ofrecían doce panes con misteriosa solemnidad, ofrenda simbólica que sin intermision estuvo anunciando otra ofrenda, otro pan, que debía ser más admirable que el mansé.

El Tabernáculo con el arca, el sacerdocio con las ceremonias, no eran más que figuras de multitud de circunstancias de la vida y muerte del Cristo. Ya hemos observado que San Pablo con claridad celeste hizo notar la armonía de esas figuras con los sucesos. Este pasaje debe copiarse textual:

«Cristo, presentándose como el Pontífice de los bienes futuros dentro de un tabernáculo más amplio y perfecto, no obra de humana mano, esto es, no de esta creación visible, ni por virtud de la sangre de cabritos ni de becerros, sino por la de su propia sangre, penetró una sola vez en el santuario consiguiendo una eterna redención. Porque si la sangre de cabritos y de toros y la aspersion de cenizas de la becerra, santifica á los manchados en cuanto á la limpieza de la carne, con cuánta más razón, la sangre de Cristo, que por el Espíritu Santo se ofreció á sí mismo á Dios como hostia sin mancha, limpiará nuestra conciencia de las obras muertas, para servir al Dios vivo.»

Todo esto consta escrito muchos siglos antes de que el Cristo apareciese, de que Dios visitase á los hombres.

Tales fueron los anuncios, tal es la historia del mundo desde su primer día, desde su primer

momento; todos los sucesos importantes son anuncios del Cristo; la historia de todas las cosas es ya la historia del Cristo. Debiendo advertir que cuando se trata de alguna circunstancia, en sí pequeña á la vista, de la vida ó muerte del Dios Hombre, la prefiguración es colosal; y así debía ser, porque de otro modo ¿cómo dar idea de la grandeza del personaje?

Por eso hemos notado, que si el Dios del cielo apenas se ocha de ver en Jesús nacido de una humilde aldeana en la escondida Judea, en la insignificante Betlem á los cuatro mil años de criado el mundo, eso se compensa con leer en el Génesis muchos siglos antes, cómo el Sol es criado el día cuarto y cómo también lo son la Luna y las estrellas, suceso extraordinario de grande importancia en el mundo científico y visible. Por eso vemos que si el Dios del cielo se hizo carne sin que el mundo lo conociera, sin que lo supiesen y glorificasen más de dos familias de una serranía y algunos vecinos suyos, eso se prefigura desde el principio cuando vemos á Adán, padre de todas las naciones, hecho el objeto de toda la atención de un Dios y el espectáculo de cielos y tierra: «Hagámos al hombre á nuestra imagen y semejanza.» . . . «Formó, pues, el Señor Dios al hombre del lodo de

la tierra é inspiróle en el rostro un soplo de vida. Por eso vemos que si el que quita los pecados del mundo nada hace, al quitarlos, que pueda conmover los sentidos, que arrebatase la admiración de las muchedumbres, y que el género humano apenas vé derramar un vaso de agua sobre la cabeza del niño ó del creyente, eso se magnifica cuando vemos desbordarse los mares y rasgarse las cataratas del cielo é invadir el orbe todo y acabar con naciones, con imperios y con todas las razas vivientes.

Hé aquí cuán grande cosa es la historia que precedió al Cristo, que precedió á la humilde historia del humilde Nazareno.

Pero no es esto solo. Por grandes que fuesen las figuras y los símbolos, no quiso Dios dejarlos sino para el fondo, para la decoracion del cuadro, y quiso suscitar profetas, que caracterizasen, que retratasen en todos sus pormenores al futuro protagonista. Y quiso más; poner en movimiento los imperios, y quiso tambien profetizar este movimiento y cómo se hacia por el Cristo y para recibirle y servirle, y hasta le plugo anunciar á los hombres, para que no se sorprendiesen, cómo su Cristo aparecería humilde, sin esplendor de gloria celeste ni terrestre, y hasta despreciado y hasta ultrajado y hasta vilipendiado.

¿Qué más se pide al Dios providente? Quiso hasta fijar el número de años que faltaban para que apareciese, y este número fué el de cuatrocientos noventa años, contados, como ya hemos dicho, á partir de un suceso público, notorio, histórico de primer orden: la reedificacion del templo de Jerusalem; y para que nada faltase, quiso, como en otro capítulo lo notamos, que esas profecias se tradujesen al griego y circularsen por todo el mundo, doscientos años ántes de aparecer el Cristo.

Hé aquí, pues, en David abierto ese registro de historiadores, poco sería decir de profetas, del porvenir. El rey David canta al Cristo y al cristianismo como si ya hubiesen venido y tales como vinieron: á Cristo en la Cruz, descoyuntado, taladrados los piés y las manos, (Salmó 21) á Cristo resucitado (21, 15, 4); á Cristo subiendo á los cielos (17, 23, 96, 98) á Cristo entregado por Judas (40); y canta á su Iglesia extendida por todas partes, á las naciones convertidas á su fé y alabándole, (28, 44, 71, &c.), y esas profecias se hacen tan auténticas, que los sacerdotes del gran templo no se ocupan día y noche sino en cantarlas con grande pompa y solemnidad.

Isaías nos hace en profecía tal retrato del

Cristo, que dudamos si en historia se habrá hecho más al vivo.

«El erecerá á los ojos del pueblo como una humilde planta... no es su aspecto bello ni esplendoroso... vinoste despreciado... su rostro cubierto de vergüenza y afrentado... y no abrió su boca para quejarse... conducido será á la muerte como va la oveja al matadero... y guardará silencio... como el corderito que está mudo delante del que le esquila... Despues de sufrir la opresion é inica condena *fué levantado en alto*... Pero su generacion ¿quién podrá explicarle?»

¿Quién creyera que esto fué profecía!

E Isafas ha ido delante del pueblo á presentarse al rey Achaz y le ha dicho:

¡Pide un milagro!

Y este es el milagro que anuncia: «Hé aquí que una Virgen concebirá y parirá un hijo, y el nombre de su hijo, «Dios con nosotros.»

Y Jeremias, seiscientos años antes de morir el Cristo, exhala tales lamentaciones por el pecado y por el castigo inaudito de Jerusalem deicida del Cristo, que esos lamentos son la obra maestra del llanto, ni hay llanto sublime como el de ese profeta.

Hé ahí cómo á Jesus ni áun ese pronóstico dejó de precederle.

Y Ezequiel bosqueja el carácter de esos cuatro evangelios portadores de la celeste nueva; bajo el símbolo de cuatro animales angélicos, Mateo, Marcos, Lucas y Juan están ahí seis siglos antes de salir de la nada.

Y Daniel, quinientos años ántes, señala las setenta semanas y hace la historia del fin del imperio asirio y del imperio persa que le sigue, inferior en gloria como es inferior al oro la plata, y hace la historia de Alejandro, y de su imperio de bronce, fundido de griegos y de bárbaros, y hace la historia del imperio romano, coloso de piés de barro y de hierro sobre el que da la *pedrecilla*. Y los sucesos son tan conformes con la profecía, que hoy el modo de escribir su historia, es tomar el plan de Daniel, para hacerlo mejor.

Y por ahí vemos, que el más grande imperio que se había presentado en espectáculo, es el que Cristo encuentra á su venida, en tal estado y en tales circunstancias, cuales los había menester la mision del Dios Hombre, Salvador de un mundo corrompido como nunca, civilizador de las naciones ya puestas en contacto y ligadas por un mismo idioma y un mismo gobierno.

Nada es, por último, más solemne y grandio-

so como el espectáculo que presentan los últimos profetas; aquí sí que se vé cómo el que viene no puede ser otro más que Dios. No hay anuncio de más efecto para enaltecer al anunciado que el de los tres últimos profetas, contemporáneos y que profetizan al pueblo vuelto de la cautividad y á la vista del templo que se está reedificando.

Aggeo, alentando á los trabajadores que eran los príncipes de Judá, que trabajaban en medio de los obstáculos que no cesaban de oponer los enemigos del pueblo santo, y que lloraban echando ménos la magnificencia del antiguo templo, ¿qué pensais que les dice?

«¡Ea, buen ánimo, esto dice el Señor— «aún falta un poco de tiempo, &c.—y vendrá el Deseado, &c., y henchirá de gloria este templo.»

«Un poco de tiempo! ¡quientos años! ¡Qué grande se muestra aquí Jesús! Todavía faltan quinientos años y ¡qué tan grande no será el que viene, cuando para el don que espera el mundo es ya poco esperar todavía quinientos años!

Nótese, además, la sabiduría de Dios en elegir por motivo de las últimas profecías el templo que se estaba reedificando, el mismo que Jesús glorificaría con su presencia.

Zacarías ya le vé entrar en Jerusalem, pobre y montado en el pollino: «hé aquí á tu Rey, el Justo, el Salvador.»

Malaquías, por último, apenas restaurado el templo, exclama: «hé aquí que yo envío mi ángel, &c., y luego vendrá el Dominador á quien deseais, &c. ¡Vedle!, ahí que viene, dice el Señor de los ejércitos!»

Admirable actitud la de este último profeta; vedle acabar todo discurso apuntando con el dedo hácia el Oriente! Y así queda, porque ningún profeta vuelve á presentarse. ¡Silencio sublime que pone el sello á tan magníficos anuncios! ¡Aguardad; es poco quinientos años, el Verbo hecho carne ya viene, ahí viene, vedle, y el cielo y la tierra callan esperando ansiosos al que ha de venir, al humilde niño de Judea.



CAPITULO VII.

*Preparación próxima del mundo para la venida del Cristo
y del Cristianismo.*

Tan grande como es el Cristo y su religión tan natural como es en la historia y en la de la Providencia, si le contemplamos en su preparación remota desde el primer día del mundo, tan grande así es, tan natural, si le contemplamos ya en vísperas de aparecer.

La religión revelada verdadera debió tener su expectación próxima, su crepúsculo, su aurora. Porque si esa religión es de Dios, Dios todo lo hace con suavidad; fuera del *fiat lux*, todo se hará por gradaciones; hasta el rayo y el relámpago, por súbitos que sean, dejarán primero que

las nubes suban del horizonte y despues fermenten en el cielo; para que la lluvia mucho tiempo desuada venga á tamplar los campos abrasados, primero veréis asomar en el horizonte una nubecilla que quizá os parezca poca cosa, despues una grande nube se extenderá en los cielos y llenará la tierra de su benéfico rocío.

Al concluir, pues, las semanas de Daniel, comienza á cumplirse aquello que estaba anunciado: «Aun falta un poco, y yo pondré en movimiento el cielo y la tierra, y el mar y todo el Universo; y pondré en movimiento las gentes todas, porque vendrá el Deseado de todas las gentes.»

Así fué en verdad. ¿Qué era eso de que los romanos habían vencido á todo el mundo? Triunfaron en Europa, triunfaron en Africa, triunfaron en Asia. Cartago estaba vencida, estaba destruida (*delenda est Cartago*.) La Grecia no habría sido vencida, humanamente hablando, si la Providencia no hubiese evitado la lucha. Alejandro Magno á fuerza de gloria hizo que los griegos dejasen de adorar su república; los romanos tuvieron la fortuna de habérselas no con la república griega sino con el rey de los griegos. El odio potente de Mitridates nada valió para que las águilas de la ciudad eterna preva-

leciesen por fin en las grandes y pobladas regiones del Asia. Las facciones y las matanzas horribrosas de Mario y de Sila, debieron haber desmenuzadas al Coloso; pero no fué así. Aun esos fatales elementos de ruina sirvieron para acabar la obra: el amor de la república se perdió, y la monarquía acabó de constituir al mundo en una sola monarquía. Todas las naciones hablaron el latín, todas las naciones obedecieron al César. Quien hubiese querido hacer extensiva una creencia á todo el género humano, no contaba ya con obstáculos de nacion á nacion; allanadas estaban las fronteras; procuradores del Senado y del César había ya en donde ántes imperaba un rey nacional.

La ley del vencedor imponía como consecuencia natural, su idioma y su pensamiento. Que la creencia por imponerse al mundo fuese la verdad; que llevase consigo el poder del cielo para que lo aceptase el corazón; por lo demás, los montes estaban allanados y los valles colmados, como Isaías exclamaba ochocientos años ántes.

¿Qué era eso de que la idea de un libertador exaltaba todos los ánimos? Cincuenta años ántes del Cristo á nadie había ocurrido esperar al Deseado; cincuenta años despues, á nadie ocurre seguirle esperando; sólo los judíos siguen en

su nécia expectacion; las demás naciones, ó dicen «ya vino» ó dejan de hablar de El. Ese centenar es un período singular en la historia; antes de él nadie estuvo en esa expectacion de próximo; después de él, nadie lo ha estado si no es de una segunda venida del que ya vino. Solo los historiadores de ese centenar, hablan de tal expectacion próxima; antes de ellos ninguno dice semejante cosa; después de ellos ninguno tampoco, fuera de la expectacion de la segunda venida del que ya vino.

VIRGILIO.—Egl. 4. 2

Sicelidæ Muses, paulo majora canamus.

Ultima Cumæ venit jam carminis ætas,

Jam nova progenies cœlo demittitur alto.

PLUTARCO.—«De la fortuna de los romanos.»

«Todo esto (la grandeza y fortuna del imperio) no ha sido conducido por manos, consejos

ni afecciones de hombres, sino por un guía ó escelta divino.»

TACITO.—Hist. lib. 5, cap. 13.

«Segun una antigua tradicion religiosa, creíase generalmente que *por aquel mismo tiempo* el Oriente mejoraría y que de la Judea saldrían los Señores del mundo.»

SUETONIO.—In Vespasianum.

«Habiase propagado por todo el Oriente la antigua y constante opinion de que estaba consignado en los destinos, que por aquel tiempo la Judea iba á dar directores al Universo.»

CICERON.—De Divinatione.

«Los antiguos oráculos de las sibilas han anunciado *para esa época* la venida de un monarca universal.»

Pocos años antes del nacimiento del Cristo, el mundo estaba, pues, en la verdadera expectation de un libertador, de un Salvador. Un gran suceso inminente y feliz preocupa á toda clase de hombres; lo anuncian las sibilas y los oráculos, lo cantan los poetas, lo espera el corazón de todos, lo invoca la desolacion del mundo poblado de gente, pero falto de dicha.

Jamás se habían visto tantas esperanzas frustradas y tantas desdichas; tantos desórdenes, y sin embargo tan afortunado desenlace en pro de la paz, que era lo que se necesitaba para fundar una nueva y universal religion; tantos crímenes, y sin embargo tan bien constituida la subordinacion política; tanto desconocimiento para con Dios y la conciencia, y sin embargo tanta obediencia al César y á sus ministros; tanta cultura en las costumbres, en la vida social, en las ciencias y en las letras, y sin embargo tanta barbarie en los corazones; tantos placeres, y sin embargo tantos horrores, tanta molición y tanta crueldad. Podáis ver en los baños llegar los varones á lo último del afeminamiento, y en otra parte podáis ver á los varones y á las damas exceder en crueldad á las panteras y á las serpientes. De las thermas al circo estaba conocida Roma y por ella conocido el mundo; los

horrores de la vanidad, los horrores de la crueldad.

Este era el mundo que esperaba al Cristo, al Todopoderoso y al todo amante, hecho hombre, humilde y manso de corazón. Un Salvador así, se necesitaba para un mundo como ese.

El estado mismo de la ciencia de la religion, que entónces eso era la filosofia, era crítico; era llegado el tiempo de necesitarse el cumplimiento de aquella famosa expectativa de Sócrates: *utius est spectare, donec aliquem Divinitas mittere dignetur ut nos edociat.*

Había llegado la filosofia á lo sumo de su poder por una parte, y por otra á lo sumo de su debilidad; si habían llegado unos á reconocer la unidad de Dios, cuántos no llegaron á los más vergonzosos excesos del error! Ya nada más de verdad podían por sí alcanzar los hombres; ya nada más de error podían discurrir. Todas las experiencias estaban hechas; el mundo estaba convencido de su impotencia para la verdad, de su impotencia para el bien, de su impotencia para la paz del alma, de su desdicha suma, de su maldad suma, de la necesidad de su ruina ó de su salvacion inminente. Virgilio es la prueba de la tristeza del mundo en esos días. Horacio de sus orgías; Ovidio de su despecho, Juve-

nal de su vergonzosísima depravación, Interecio de su impiedad escandalosa.

La misma religion judaica estaba ya para perderse en el corazon del pueblo escogido, prena de las supersticiones de los escribas y fariseos, ciegos que conducian á otros ciegos: Aun ese depósito de la verdad estaba viciado.

Tal es, en resumen, el cuadro del mundo á la venida de su Salvador. Con razon el convertido Saulo, despues de trazar la figura espantosa de las disoluciones de los romanos, les decia con ese tono solemne: «la noche está muy avanzada y va á llegar el día» revestido de Nuestro Señor Jesucristo. «Oh! el mundo iba á ver el verdadero sol.

Es sobre todo notable, que el Cristo y el Cristianismo hayan aparecido al corrompido mundo, más como predicadores de moral que como definidores del dogma. En esto el Cristo y el Cristianismo son excepcionales; son únicos, así como hoy por hoy se distingue entre todas las comuniones cristianas la Iglesia católica por ese mismo carácter. El pardon de los pecados es el fin de la venida del Cristo y de la predicacion del Evangelio; así como hoy por hoy los misioneros católicos de preferencia se ocupan en la enmienda de la vida de sus neófitos, primero

que mostrarles la Biblia y las grandezas del dogma.

¿Se parece á esto el nacimiento del mahometismo, del protestantismo, el de la religion de Voltaire, el de la religion de los jacobinos, liberales, racionalistas y libre-pensadores?

No hablemos del mahometismo, porque ¿quién, si no nace en Turquía, podrá creer en el *Profeta*? Pero de los otros sistemas que apuntamos ¿habrá alguno que haya correspondido á su expectacion? Ellos han prometido y jurado que al salir su sol resplandecería en su cielo; pero nosotros hemos visto amanecer días nublados y á esos soles con manchas de sangre, y la tempestad ha rugido, y en vez de agua ha llovido pedricó, y la sangre ha corrido en arroyos, sangre que han hecho correr los predicadores, ó el fuego ha convertido en pavezas las pobres mieses que en vano aguardaban el prometido rocío.

Fuera de esto, si todas esas sectas tuvieran su angora, no querrian por cierto sus prohombres, si ahora resucitasen, aceptar tan terrible armonía por bien que les venga; no querría Lutero ser llamado el precursor de Voltaire, ni Calvino el de Rousseau; pero ni Voltaire ni

Rousseau lo querrian ser de San Simon y Fou-
rriere, Proudhon y Luis Blanc.

Pero ¡qué semejanza puede haber entre el
Mesías de Dios y los pseudo-Cristos! ¡Quién
ha pensado siquiera en patrocinar la desespera-
da causa de esos candillos, que por plausible co-
mo fuese su doctrina, mal se conformaron con
lo bueno que ella tenía! Eso de corresponder el
predicador á su doctrina no se ha visto sino en
Jesus, verdadero Mesías. Más, Jesus no solo
en su conducta ha guardado esa armonía, sino
que ofrece en toda su historia un ideal tan ad-
mirable de Dios-hombre, de Verbo humanado
y de Salvador divino, que aun aisladamente
considerado, Jesus es el hijo de Dios. Lo mis-
mo diríamos de María; el ideal de esta singular
mujer es tan admirable, que aun aisladamente
considerada, María es la Madre de Dios.

A estas dos consideraciones hemos consagra-
do los dos capítulos que siguen.

CAPITULO VIII.

*Vida de Jesucristo, á Dios en el mundo, hecho Hombre para
salvar á los hombres.*

Reflexionando sobre la estupefanda armonía
que reina entre el humilde Jesus y los ruidosos
y magníficos anuncios y figuras de su persona y
de su venida, anuncios y figuras que se tienen
desde el primer suceso de la creación, desde la
primera palabra del Génesis, desde el primer
personaje de la Historia, hasta los momentos
en que la Virgen pare al Mesías, reflexionando
sobre eso, decimos, podría objetarsenos así:

—Está bien, habeis conseguido aplicar admi-
rablemente al Cristo, los sucesos del Antiguo
Testamento; pero, ¿qué, no pudo ser que el Cris-
to procurase, y que sus padres y sus amigos

tambien procurasen esas armonías, explotando oportunidades tales como el que naciese en Bethlem, que viviese en Nazareth, que muriese en Viernes, el suponer la Resurreccion el domingo, á los tres dias, el instituir el mismo Jesucristo la Eucaristía á modo del maná y de los panes de proposicion, y así lo demás?

— Hé aqui, hasta qué cuestiones nos lleva la condescendencia con nuestros contrarios. Pero no nos pesa; cuestiones son esas, que ellos han planteado ya muchos siglos hace, desde el tiempo mismo de Cristo, y cuestiones son, que se resolvieron desde entonces y cada día se resuelven, hasta el punto de que diariamente se verifique la palabra de David: *testimonia tua credibilia facta sunt nobis*. (Tus testimonios se han hecho en extremo creíbles.)

En efecto, el ideal que realizó Jesus, está alto ó bajo? ¿es cumplido y perfecto, ó deja que desear, y es imperfecto?

¿Por cuál de los extremos os decidís?

Vedlo bien; se trata del ideal de Dios hecho Hombre, del Omnipotente nacido de una mujer.

¿Creeis, pues, que el ideal realizado, por Jesus deja que desear, que es imperfecto? Ya nos presentareis el vuestro, y veréis cómo no resiste al análisis, y entonces convendreis con noso-

tros, y os admirareis, viendo cumplido aquello que el mismo Jesus citó á sus enemigos: «La piedra que desecharon los que edificaban, esa misma vino á quedar de clave del ángulo. El Señor es el que ha hecho esto, y es una cosa admirable á nuestros ojos.»

¿Creeis, por el contrario, que el ideal de Jesus es cumplido y perfectísimo, como lo creía Rousseau, y sin embargo todavía teméis que tan perfecto ideal pueda ser la más hábil obra de la impostura?

Entónces distais ménos de llegar á la confesion de la divinidad de Jesus y de la maternidad Divina de María; pero por estar tan cerca sereis más culpables por no acabar de verlo que estais viendo, por no prestar atencion á lo que estais escuchando, por no andar el camino que os falta.

Lo que tengamos que argüir á los que no admiran á Jesus, á fin de que lo admiren y lo confiesen Dios; y Madre de Dios á María, habla tambien con aquellos de sus admiradores que no pasan de admirarlo como á Jesus; á unos y otros les demandaremos que lo confiesen no solo como á Jesus sino como á Jesu-Cristo, como á verlo hecho hombre, y á María como verdadera Madre de Dios.

A los que no creen lo perfecto del ideal de Jesús para verbo humanado, salvador de los hombres, tenemos pues derecho de exigirles que nos den el verdadero y perfecto ideal. Ya entendemos cual nos darán; ellos pondrían ó quitarían a nuestro ideal lo que al presentarse por primera vez á los hombres, se le objetó como demás ó de ménos; demás, lo que parecía locura á los gentiles; de ménos, lo que parecía escándalo á los judíos. Vamos, pues, comparando nuestro ideal con el vuestro en los puntos en que difieren:

Ante todo, la cuestión es esta: ¿Cuál era la conducta que debía seguir, cuál el carácter con que debía presentarse en el mundo, Dios hecho hombre para salvar á los hombres, para salvarles de su soberbia y vanidad, resumen de todo pecado? El problema así planteado se convierte en éste: Un hombre-Dios, que guardara la justa proporción entre lo sobrenatural y lo natural; que no dejara ver los esplendores de Dios, pero que siempre se condujera como Dios; en suma: un hombre perfecto hasta llegar á la perfección de Dios en su conducta de hombre.

Los que desecháis á nuestro Cristo por humilde y modesto, por pobre y manso, ¿le queréis glorioso, magnífico á los sentidos, le queréis lle-

no de riquezas y obrando prodigios de poder y justicia? Pero ¿cuál es entonces el Mesías de los pobres, de los humildes, de los mansos y de los pecadores? Sin prodigios de humildad en el Altísimo ¿cómo arrancar del mundo la soberbia? Sin prodigios de pobreza en el Omnipotente ¿cómo confundir la vanidad de los sentidos? Sin prodigios de misericordia ¿quién podría haberse sostenido delante de la Santidad por esencia?

¿Os escandaliza Jesús huyendo á Egipto como huyen los desvalidos, ó colgado en el patíbulo como cuelgan á los facinerosos? Pero ¿cómo bosquejar al justo perfecto sino es perseguido desde niño? y ¿cómo terminar una vida de santidad sin el martirio? y ¿cómo dar idea del amor del Padre celestial á los hijos de los hombres sin entregar á la muerte por la salud de ellos al Hijo Unigénito?

¿Os parece todavía ménos sublime, que el Verbo humanado nazca de una virgen sin conocer varón? Pero ¿cómo honrar mejor el mérito de la virtud en la humilde mujer, sino es que esta concibiese en sus castas entrañas al fortísimo Jehováh? ¿Cómo dar mejor idea del amor de Dios á la más heroica de las virtudes que

haciendo fecunda la virginidad y dándole por fruto el Bien Sumo?

¿Os parece poco sabio el entregar al secreto ese gran misterio de la Virgen madre de Emmanuel, cuando de esa suerte no podía, según vosotros, esclarecerse la maravilla? Pero ¿qué precauciones son bastantes contra la suspicacia de los malos y la exigencia de los incrédulos? ¿No era más persuasivo el simple aserto de María y de José, almas llenas de candor y sencillez, que las sagaces precauciones de los sabios y de los ministros reales?

¿Os parecen poco esplendentes y muy escasos los milagros del Creador hecho hermano de los hombres? Pero ¿qué Dios vino á hacer ostentación de su poder ante los hombres? ¿Qué no vino á obrar maravillas de amor y de misericordia? ¿Qué no vino á triunfar del pecado y de la malicia del corazón; y milagros de esta suerte no ha hecho á millares entónces y despues y ahora?

¿Os parece poco digno del Cristo, como le parecía á Voltaire, escoger por colaboradores gente pobre, oscura, ignorante y de rudo corazón? Pero ¿qué no es admirable valerse de tan pequeños medios para tamaña empresa? ¿No

es esto emprender un milagro con otro milagro!

Podreis decir que el Cristo vino tarde. Pero ¿cómo dar idea del inmenso beneficio de hacerse Dios-hombre? Podreis decir que es demasiado su oscuridad de treinta años, y poco su predicación de tres años y medio. Pero ¿qué, no es dramática, no es hermosa la oscuridad de tantos desvalidos; que ignorados de todos pasan la vida ejercitando sin aplausos las virtudes domésticas? Y ¿qué, no es bastante para hablar á los hombres, tres años que el buen Dios nos habló de su amor y misericordia!

Digamoslo todo en una palabra: es admirable en un Dios-hombre nacer de una vírgen; en un Dios-víctima, nacer pobre y ser perseguido desde niño. Es admirable en un Dios-hombre esa su oscuridad hasta los treinta años; en un Dios-maestro, solo tres años de enseñanza; en un hombre-Dios y por lo mismo hombre justo, su muerte en la flor de la edad.

Dios vino al mundo para hacerse amar; hé ahí la clave del problema. No hay cosa que más enternezca como ver á un hombre de noble, sensible y generoso corazón, humillado en la pobreza y desconocido como un oscuro artesano; este es el *sumum* del ideal. Un corazón así, sujeto

á todos los desdenes y desprecios de un mundo vano y soberbio, y ¡la madre de ese hombre, de corazón también noble y delicado! ¡Qué puede haber de más perfecto para el ideal de un poema de amor! ¡Una alma hermosa, víctima del infortunio, y la madre de ese héroe que de lo que pasa su hijo todo lo comprende y todo lo siente! Sin el tipo de Jesucristo y de su Madre, no existirían esos asuntos tan sentidos del poema y de la novela del mundo moderno. ¡Qué hombre más perfecto que el que muere por amor á la verdad y por el bien de sus hermanos! Platon, el más sabio de los gentiles ántes de que viniese Cristo, adivinó ese ideal y puso por desenlace de su poema del justo perfecto, los ultrajes, los azotes y la muerte de cruz.

Jesucristo, naciendo al principio del mundo, ó nacido al fin, ó de padres ricos, ó de madre que hubiese conocido varon, ó muriendo á los doce años ó á los noventa, ó salvándose de morir, ó no muriendo mártir, ó reinando como rey terreno, como Alejandro ó como Octavio, ó escogiendo apóstoles entre los ricos y los sabios, ó naciendo no en Bethlem sino en Roma, ó resucitando no al tercero día sino á las tres horas ó á los tres meses, ó apareciéndose á todo Jerusalem ó á los fariseos, ó al senado romano, ó ha-

ciendo que el disco del sol quedase truncado, ó haciendo que un monte conocido pasase de un lugar á otro, Jesucristo así, no habría sido ese Hombre-Dios que *suavemente* se insinúa en los corazones, que todo lo hace con proporcionada medida.

Reconózcase en esa sobriedad sapientísima, en esa economía naturalísima, en esa moderación que no se excede, en ese tanteo de las más oportunas circunstancias, en esa riqueza espiritual sustituida á la de los sentidos, en esa elección de medios los más pequeños para los más grandes fines, reconózcase al Verbo hecho carne, que no usó en abundancia de la Divinidad sino en cuanto á aparecer modelo consumado del hombre *moral* perfecto, víctima de amor á sus criaturas, misericordioso perdonador del delincuente.

Mahoma, por ejemplo, ¡qué mal se presenta casándose con una viuda rica! ¡cómo deja conocer al hombre bajo, astuto y ambicioso!

Alejandro no es más que un joven impetuoso, de talento y emprendedor.

Moisés no es más de un buen siervo de Dios; David y Elías, el uno el tipo del pecador que

de sus debilidades saca el bello ideal del arrepentimiento, el otro es un austero celador de la inocencia.

Mas, en Jesucristo, cada circunstancia, cada paso de su vida, es digno de un Dios, hecho modelo de hombres, y es tanta la altura á que se eleva, que no era posible sostenerse ahí sin caer en el ridículo ó en la afrenta de la impotencia, á no ser de todo punto *verdad y bien* lo que á El se refiere. Tronar tan terriblemente y sin reserva contra los malos, y decir de sí mismo, sin que nadie se atreviese á contradecirle, «¿quién de vosotros me argüirá de pecado?» interrogacion que ninguno fuera del Cristo imaginó siquiera, y hacerla tan de sério y con el acento de la más clara conciencia, jeso es sujetarse á la alternativa: ó de que quede probado ser de todas véras un Dios quien tal dice, ó de que resalte la más insigne audacia de la hipocresía!

Tal es Jesucristo. Con su persona sucede lo que con el Eterno Dios: no es posible tener idea de tan extraordinaria entidad, sin que esta exista realmente: las armonías del *ideal* con la *realidad* del Hombre-Dios, son tan satisfactorias, que en fuerza de tener el *ideal* no admiramos tanto el *hecho* de Jesucristo, y en fuerza de te-

ner el *hecho* nos parece extraño en el órden providencial del mundo.

El desconocimiento de la grandeza inmensa de Jesucristo: proviene de un falso supuesto, proviene de nuestro habitual modo de ver invertido el órden de las cosas. Está el falso supuesto en entender que el designio de Dios con el Hijo de María, fué mostrar al Verbo humano, grande bajo todos aspectos, glorioso á los sentidos, dominador ya desde ahora de toda fuerza, restaurador absoluto de todo órden, á despecho de los tiempos y de las voluntades, fastuoso como los héroes del mundo, y feliz con toda la felicidad de la carne. No es así; el designio del Padre con el Unigénito fué presentarlo con toda la grandeza del hombre espiritual, bajo las formas de la pobreza, de la modestia y de la mansedumbre. Presentarlo grande bajo todos aspectos está reservado para la segunda venida; entónces el *ideal* habrá recibido áun ese complemento, y será perfecto no solo como del hombre moral sino del hombre físico.

Mas, antes de que llegue ese día, Jesucristo ha tenido ya la principal grandeza, la del hombre espiritual. Nosotros, si no en abstracto, en concreto si damos, por nuestra miserable condi-

ion, la primacía á la grandeza de los sentido sobre la del hombre interior; por eso el Cristo y sus santos no nos parecen tan grandes. Y sin embargo, ¿qué va del pobre que se resigna con su suerte, que no aborrece, que no murmura, que no codicia, y que adentro de su corazon bendice al que le prueba; qué va, decimos, de este á Alejandro aunque lleno de prudencia y de magnanimidad, á César aunque perdona á sus enemigos!

Mucho decís en honra de Alejandro y de César, y ni os ocurre que aquel pobre que ni os dignais mirar porque os importa, en quien ni pensais porque os parecería bondad excesiva pensar en El; ese pobre es un héroe mayor que Alejandro y que César; sus labios podrían abrirse á la queja, y no los abre aunque puede y tentado está de quererlo; su corazon podría hartarse de deseos, y sin embargo, si nada tiene, nada quiere; sus entrañas podrían encenderse en ódio, podrían inundarse en la amargura del despecho, y sin embargo ama á los ricos, y aguarda contento que el Señor su Dios le dé al fin con ellos los bienes de la otra vida.

¡Cuán grande es un pobre así, me diréis; hé aquí un héroe mayor que César y Alejandro!

Pues ¡ea! la grandeza *moral* de ese pobre, es como una gota del Océano que es Jesucristo.

Contemplemos bien la grandeza inmensa del hombre espiritual en Jesucristo, y creeremos en el Verbo hecho carne.



BIBLIOTECA CENTRAL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO IX.

Vida de María, Madre de Dios, ó la Mujer perfecta. — Naturaleza providencial de tan excelente criatura.

Después de Jesucristo Dios y hombre, ¿hay ideal más perfecto que el de María?

Una mujer; bendita entre las mujeres; una virgen más casta que los ángeles; una madre, Madre de Dios; una viuda cuyo bien perdido es el Cristo muerto en el patíbulo; una mujer dolorosa cual ninguna; una mujer gozosa cual ninguna: ésto es el ideal de María.

La mujer en cuyo seno se hace hombre el Hijo de Dios, el Verbo, el verdadero Dios, el Dios único, es un pensamiento admirable, digno de la

verdad. ¡Qué tienen de semejantes los consorcios de uno de tantos dioses con una mujer, en el paganismo, y el consorcio del Espíritu Santo con *Miriam* la incomparable, la inmaculada! Tratándose de dioses tan familiares, tan pequeños y tan sin santidad como los del paganismo, nada tenía de inventiva una mujer hecha madre por alguno de ellos; pero, reflexiónese bien:—tratándose de un Dios tan alto, tan grave, tan espiritual, tan santo, como el Dios de Israel de quien jamás se atrevió hebreo alguno á pensar sino como el siervo postrado delante de la majestad régia, ¿enviar ese Dios su ángel, y saludar éste á la incógnita *María*, y decirle de parte de su Dios que queda en los cielos: «*María*, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita eres entre las mujeres;» y contestar la inocente doncella: «hágase en mí según tu palabra;» y en ese instante ser concebido Jesucristo, eso es crear un ideal de sublimidad altísima!

Y véase bien: en los consorcios de dioses paganos, jamás se pensó en idear que el hijo de la favorecida de alguno de ellos, fuese un fruto santo; nunca se pensó en darle un carácter diferente del de un fruto como todos. No así en el sacramento del Verbo hecho carne; todo está ahí tan en armonía, que la verdad y la santidad se

invocan de un extremo á otro del admirable sistema del altísimo dogma: no fecunda Dios al acaso á su escogida; todo estaba ya previsto: *Isaías* había suspirado por ese consorcio, y el fruto viene despues á garantir tan bien lo cierto de las celestes bodas, que ha podido decir seriamente delante de sus enemigos, «¿quién de vosotros me arguirá de pecado?»; y el motivo de haberse hecho carne el Verbo en el vientre de la Inmaculada, sigue despues tan sostenido y tan razonado, que la Eucaristía viene á explicar la Encarnación y á darle su complemento: el inmenso amor de Dios á la criatura; porque lo que es Dios para los ángeles, como luz eterna y fuego santísimo, cuyo ser transpasa, digámoslo así, más que la luz corpórea al cristal y el fuego corpóreo á la brasa, eso es Dios en el vientre de *María*, eso es Dios en el pecho del justo que comulga.

Hé aquí, pues, á la mujer perfecta. Hé aquí á la que los católicos romanos elevan hasta el rango de Reina de cielos y tierra. En esto, la razón está toda de nuestra parte; para negar á *María* su grandeza, es necesario negar la de *Jesucristo* y prescindir de la hipótesis de todo cristianismo: Dios con nosotros.

¿Creeis en el *Hombre-Dios*? Creed en la mu-

jer perfecta; no *mujer, Dios, si madre* del Hombre-Dios.

Véase todavía más á fondo el gran pensamiento del ideal de la *Mujer perfecta*: Dios es amor; su encarnacion fué para poder portarse materialmente como padre, como hermano, como amigo de los hombres, como amigo que dá la vida por su amigo; mas ¿cómo podía Dios en ese sistema, revelarse, portarse materialmente como madre? Realizando la entidad de María.

Es sublime, es la mayor ventura mística en la vida real del corazón ávido de amores, poder decir al Cristo: «¡mi amor!» «¡mi amante!» y sustituir con ese amor y con ese amante, un amor y un amante humano que nunca llenará la inmensidad del ideal que el amor quisiera ver realizado, encarnado; pero de ese sublime, de esa ventura, solo puede gozar la mujer. Mas, el varón, que vé cuán poco es el amor de la mujer terrena, no tiene ahí á María..... ¿No puede decirle «¡mi amor!» «¡mi paloma!» «¡mi perfecta?» Si vemos á Teresa de Jesús, á Magdalena de Pazzi, enamoradas del Cristo, ahí también están Bernardo, Epifanio, Ildefonso, Alfonso de Ligorio, enamorados de María. Bien es que el Cristo es Dios, y María una criatura; pero ¿qué falta para enamorarse de Dios cuando

do se vé en María lo amable y tierno que Dios es: ¡Dios en imagen perfectísima hecho una madre! y ya se sabe lo que es una madre. El autor de María ¿no tendría en tan amable obra semejante designio?

El Cristo y María, ¡qué armonías para el amor del alma!

No faltará quien diga—Proudhon nada menos, lo dijo con diabólica malicia (en su obra «Amor y Matrimonio»):—«¡Oh! qué impuros sois; estais usando con el Cristo y con María el profano lenguaje de: «*mi amor,*» «*mi bien,*» «*el amado de mi corazón,*» «*mi dulzura,*» «*mi delicia,*» frases todas del amor humano.»

No sabéis lo que censurais;—le respondemos—estais haciendo un falso supuesto, estais viendo los objetos invertidos; porque suponéis que es lenguaje figurado ese que se usa con Dios y sus santos, tomado del lenguaje que, por el contrario, suponéis no figurado y original, usado en humanos amores; y en eso errais gravemente, porque ese lenguaje está hecho para Dios y se ha profanado usándolo con la criatura, y la profanacion se ha vuelto tan usual que hoy os parece usurpacion lo que es legítimo derecho, y derecho legítimo lo que es profanacion; hoy os parece natural lo que está desnaturalizado, y

os parece anti-natural lo que no es sino muy natural; poco profundos sois si las expresiones del amor las creéis trasladadas, legitimadas, del sensualismo á la mística, cuando es al contrario; son de origen puro y místico, y se han trasladado con violencia manifiesta al lenguaje de la sensualidad. En todo, Mr. Proudhon, veis las cosas invertidas, y no reflexionais que así la ciencia como el amor, tienen en Dios la fuente, y las corrientes hácia el hombre, y no al contrario; no reflexionais que el primer amor de la humanidad fué Dios, y el uso primitivo de la palabra amorosa fué debido á los amores místicos. Hasta que el hombre y la mujer olvidaron á Dios, su primer amor, pudieron llamarse «mi amor» el uno al otro.

Cuando se trata de María, la Madre del amor hermoso, no pueden ser una digresion las reflexiones que anteceden.

Es tambien digno de notarse respecto de María lo que se nota para conocer el carácter de Dios; es á saber: En la entidad de cualquier padre, ¿no quiso Dios que á El mismo le viésemos? Y si esto es así, ¿en la entidad de cualquiera madre no queria Dios que viésemos á María? ¿No será nuestra madre por excelencia la madre de Emmanuel nuestro hermano?

Asimismo reflexiónese. Ese gran hecho diario, universal, de todos tiempos: ¡una madre! debía figurar algo y ¿qué armonía más congruente, despues de figurar la ternura del Padre celestial, que figurar á la madre de Cristo, á la Virgen María?

Pero no solo en la Naturaleza física y moral: en la Naturaleza providencial, ósean en la Historia está María. El ideal de María es, pues, eminentemente providencial; es, por tanto, verdadero:

María es Eva sin el pecado, como Cristo es Adán sin el pecado:

Es Raquel la hermosa, madre de José figura de Jesus;

Es Sahara la de Abraham y la de Tobias; pero es más que una estéril hecha fecunda; es madre sin dejar de ser virgen, y es la madre de su Dios, del Dios del Universo, y es más que la favorecida contra el demonio, porque el demonio jamás entró en los umbrales de esa casa, morada del Espíritu Santo;

Es Ana la estéril, que pare no un profeta sino al anunciado de los profetas;

Es Judith, que hiere de muerte, quedando ilesa, no al enemigo de Israel sino al enemigo de todo hombre, no á Holoférnes el soberbio, sino al ángel envidioso;

Es la madre de los Macabeos que da á la muerte no á un hijo hombre como todos, sino á un hijo que es el mismo Dios; y sufre tan grandes penas, como grande era su amor, que era tan grande como ser grande la Madre de Dios.

Es Edisa, de esclava hecha reina, pero no de ciento veintisiete provincias, sino sobre los ángeles y serafines; y así como para Edisa no se hizo la ley fatal y pudo sin irritar al Rey verle la cara, tampoco para Miriam, eximida del pecado de su pueblo:

Esa mujer tan pequeña y tan grande, es la nube de Elías:

Tan cercana á la Divinidad, es la aurora del sol;

Tan semejante á Dios, es la luna;

Tan casta y tan pura, es la rosa;

Tan bella y tan santa, es la azucena entre espigas;

Tan llena de gracia, es la estrella de la mañana;

Tan amada, tan favorecida de Dios, es la Esposa de los Cantares;

Es, despues del Verbo, la sabiduría que ensalzan los libros de Salomon;

Toda la historia, la poesía, la mística, del antiguo Testamento, flor de la historia, de la poesía

y de la mística del mundo antiguo, no respiran sino á María, la humilde hija de Joaquín, nuevo Abraham, y de Ana estéril como Sara: no respiran sino á María la madre de Jesús y por lo mismo de Dios, la madre de Juan y por lo mismo de todos los hombres, la amiga de Isabel y por lo mismo hermana de los ángeles, la heroína del Calvario y por lo mismo la co-Redentora, la Reina por fin de los cielos y de la tierra; bien así como esa historia, esa poesía, esa mística del Testamento antiguo y del mundo antiguo, no respiran sino á Jesús, el hijo de la Virgen, el hijo del pobre, el perseguido de sus hermanos, el salvador de su pueblo, la víctima del fabricidio, el legislador universal, el sacerdote sumo, el casto que no conoce esposa, que no se enoja sino por el desacato de la casa de Dios, que salva de la muerte, no ya á la inocente Susana, sino á la pobre adúltera, que antes de obedecer hace temblar á sus aprehensores, no ya matando como Elías sino volviendo á la vaina la espada de Pedro.

Tal es María:

Con su persona sucede lo que con el Cristo: no es posible tener hoy idea de tan extraordinaria entidad, sin que ésta exista realmente; las armonías del ideal con la realidad de la Madre

de Dios son tan satisfactorias, que en fuerza de tener el *ideal* ya no admiramos tanto el *hecho* de María, y en fuerza de tener el *hecho*, nos parece extraño su ideal en el orden providencial del mundo.

Lo que diríamos de la grandeza de Jesucristo podemos traducirlo textualmente para María. El desconocimiento de la grandeza de María, grandeza que es cuanto puede darse, proviene de un falso supuesto, proviene de nuestro modo habitual de ver los objetos invertidos. Está el falso supuesto en entender que el designio de Dios con María viviendo en la tierra, fué mostrarla grande bajo todos aspectos, gloriosa á los sentidos, llena de todos los dones perecederos, y llamada á participar como esposa de un rey terreno, de un héroe mundano, de la gloria y carnal felicidad que en tal hipótesis se habría dado á su esposo. Mas, no es así; el designio de Cristo con su Madre, fué presentarla en toda la grandeza de la mujer espiritual, bajo las formas de la pobreza, de la castidad y de la obediencia. Presentarla grande bajo todos aspectos, está reservado para la segunda venida del Rey de reyes; entónces el ideal habrá recibido áun ese complemento, y será perfecto no solo como

de la mujer moral sino como de la mujer física.

Mas, ántes de que llegue ese día, *Miriam* ha tenido ya la verdadera grandeza, la de la mujer espiritual. Nosotros si no en abstracto, en contrato si, estamos tristemente habituados á dar la primacía á la grandeza de la física hermosura sobre la de la mujer interior; por eso María y todas las santas mujeres no nos parecen tan grandes como son: y, sin embargo, ¡qué va de la escondida vírgen que deja todos los amores y afea de intento todas sus grácias, que sin quejarse sufre en su corazon ignorados dolores que el varon no conoce, que tiene que luchar contra toda fuerza, á fuerza de callar y sufrir; qué vá, decimos, de esta mujer, á las mujeres que el mundo saluda como diosas!

¡Cuán grande es la mujer así, diriais; hó aquí una grandeza que no cede á la de los varones eminentes en santidad y en sacrificio!

Pues ¡en el tipo de esa grandeza no se conocia, hasta que fué elevada á la admiracion de las generaciones aquella Virgen, madre del Hijo de José, aquella que no sabe de otro esposo que de su Dios, aquella que vé pobrísimo y perseguidísimo á su hijo, el Cristo Dios, el Cristo Dios que tiene por cuna un establo abando-

nado, y por lecho de muerte un patíbulo de afrenta.

¡Oh! esa mujer perfecta, es la siempre Virgen, madre de Dios hecho pobre, de Dios hecho mártir; esa mujer, es María, madre de Cristo, madre de Dios.



SECCION II.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





SECCION II.

ARMONIAS INTRINSECAS DE LA IGLESIA CATOLICA-ROMANA,
O SEA, NATURALIDAD DE SUS PROCEDIMIENTOS
EN LA ENSEÑANZA DE LA REVELACION,
FENOMENOS ADMIRABLES QUE SE OBSERVAN Y SE DESARROLLAN EN PROCEDIDOS

CAPITULO I.

*La progresion en el desarrollo de la definicion del dogma
y de la disciplina.*

Esa ley de progresion y desarrollo que existe en todos los órdenes de la Naturaleza fisica, moral y providencial, conforme a la cual nada se hace de un golpe y nada aparece en flor ni en fruto en el sistema de los seres fisicos y morales, de los sucesos naturales y milagrosos, esa ley, observada desde el primer día de la Creacion en el sistema de la revelacion anterior al cristianismo, está tambien observada admirablemente en la vida de la Iglesia catolica romana.

Esa ley es la misma que se ha seguido de la

Biblia á la Biblia, del Génesis al Exodo, de este al Levítico, de este á los Números, de este al Deuteronomio, de todo el Pentateuco á los Jueces y Reyes, de estos á los Salmos y á los libros de Salomon, de estos á los Profetas, y de estos á los del hijo de Sirac. En el Génesis nada más se sabe del Mesías: sino es que será un hombre; en el Deuteronomio ya se anuncia que será semejante á Moisés; en los Salmos ya se oye á Dios hablando á Dios (*Dicit Dominus Domino meo*); en los libros de Salomon y en los Profetas ya se habla del Dios con nosotros, en los del hijo de Sirac ya se da idea de una segunda persona divina en la sabiduría de Dios, *extranamente* personificada.

Esa ley se observa del antiguo al nuevo Testamento, en el que Jesus se llama á sí mismo el Hijo del hombre ó Hijo de Dios, que sabe cuanto sabe su Padre. Y se observa de un Evangelio á otro, de los Evangelios á las epístolas, de los libros anteriores á los posteriores. Hasta cuarenta años despues del «*Filius Dei*» de Mateo, hasta años despues del «*Splendor gloria Patris*» y del «*non arbitratus rapinam esse equalem Deo*,» no se dijo claramente: «*et Deus erat Verbum.*»

Juliano Apóstata, que hacia esta observacion,

quiso inferir de aqui discrepancia y tal vez contradiccion en el dogma cristiano; si hubiera reflexionado en esa ley á que desde el principio se sujetó la revelacion, no habria hecho uso de tan deleznable argumento.

Obsérvese que esas tesis con que la naturaleza del Dios de los cristianos ha ido aclarándose para nosotros, son tesis no que los escritores sagrados pongan en boca de Jesucristo; nada de eso; esas tesis, por inspiradas que sean, son las consecuencias que se han ido sacando con la más rigurosa lógica, de la palabra escrita que es como las premisas; que hayan sido algunas de esas tesis la propia revelacion oral de Jesucristo á sus apóstoles, eso no quita el que la popularizacion de la revelacion siga la regla de progresion y desenvolvimiento.

A esta deduccion progresiva de las consecuencias del dogma revelado, á esta formulacion de una verdad revelada puesta en tesis con palabras consagradas aunque no bíblicas, tales como *consustancial y transustanciacion*, debió indudablemente referirse la promesa de Jesucristo: «Mas, el Consolador, el Espiritu Santo, que mi Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará cuantas cosas os tengo dichas.»

Conforme á esa ley que en tales palabras el Cristo da á entender que seguirá, todavía después de las aclaraciones que Juan hizo del «*Filius Dei*» debía venir algo más claro, y todos los otros dogmas no claramente expresados ni formulados, debían serlo en los siglos subsiguientes.

Hé aquí la antigüedad y la novedad del dogma cristiano, hé aquí la distinción en que no aciertan ó que no quieren hacer los disidentes. Muerto Jesucristo y ascendiendo á los cielos, ¿qué tenían de más los obispos ó sea los apóstoles que conversaron con el Cristo, y los obispos de hoy, fuera del don de lenguas y de milagros? Para que Juan formulase con verdad su *«tres sunt qui testimonium dant in celo»*, no se necesitaba sino que se cumpliese aquella palabra: «Mas el Consolador, &c.» y ¿por qué esta palabra no había de cumplirse en tiempo de Arrio y en tiempo de Berengario, y en tiempo de Lutero, y en tiempo de los galicanos? ¿La enseñanza del Consolador había de cesar con la muerte de los doce? Y ¿qué contestaría la Iglesia á las dificultades de los Arrios, de los Berengarios, de los Lutero y de los galicanos? ¿A los que argüían con pasajes de la Biblia, se les había de contestar con sólo pasajes de la Biblia?

¡Admirable economía de Dios en la Biblia! Precisamente lo que más habíamos de menester los católicos, es lo que la Biblia no calla. Ved los hechos apostólicos: Matías no entró en el apostolado á manera de los doce, llamado por Cristo, sino por hombres; ¿qué tiene pues de más Matías que cualquier sucesor posterior? ¿No tendría parte Matías en la promesa, «mas el Consolador, &c.» Pues, ¿per qué no tendrán la misma parte los sucesores posteriores? ¿Qué tiene de ménos el obispo actual de Barcelona, por ejemplo, que el sustituto de Júdas? ¿Qué tiene de ménos el apostolado de hoy que el de Jesucristo, tratándose de luces que ninguno de ambos apostolados había de recibir de Jesucristo sino del Paráclito?

Una cosa tiene de ménos: que á las apóstoles de hoy, los vemos, conversamos con ellos, conocemos sus parientes, sus defectos, sus faltas; no así á los de entónces, cuya figura presentada á través de siglos y consagrada por hallarse sus nombres en las divinas letras, nos parece algo más de lo que es en sí, porque esos hombres pagaron tributo á la miseria humana lo mismo que los de hoy. ¿Por qué creemos á Juan, que, aprobándole sus coapóstoles, nos dice, «*Deus erat Verbum*», y no creemos á los obispos de hoy

que reunidos en casa del sucesor de Pedro nos intiman su fé y nos dicea, «el Papa es infalible?»

Notese, pues: la Biblia en cuanto á irnos dando la Revelacion, al menos en la forma adouada á tiempos y oportunidades; no es un libro cerrado: es como un expediente cuyas actuaciones aún no concluyen. Despues del Apocalipsis vendrán, no libros inspirados de la primera á la última página, pero sí en aquella parte en que se contiene la solución de un problema dogmático, intimada solemnemente: el *«si quis dixerit»* de un cánón de Concilio ecuménico, ó del Vicario de Cristo, es la intimación de la palabra de Dios tanto como el *«Hec dixit Dominus»* de los profetas bíblicos. El espíritu bíblico no ha cesado, pues, y si los libros revelados concluyeron en el Apocalipsis, las tesis reveladas, consecuencias de la Biblia, han comenzado en la Iglesia: «Ha parecido á nosotros y al Espíritu Santo;» Estas palabras de los doce pecadores ¿serán de menos peso que las de los trescientos diez y ocho Obispos de Nicea: «*Si quis, &c.*»; ¿serán de menos peso que las de los doscientos ochenta de Tronto? ¿lo serán de menos que las de los setecientos del Vaticano?»

No nos hablen, pues, los disidentes de la no-

vedad de nuestros dogmas, cuando es preciso que esa novedad sea el resultado de la novedad de los errores, y cuando es cierto que la novedad solo está en el análisis, en las consecuencias que deben deducirse de la tesis bíblica ó tradicional, cuando es cierto también que á la novedad del error dogmático que varía cada día, es preciso oponer la novedad de la forma y de la fórmula dada, á la verdad en premisa y en su originaria enunciación cual se tenía en la Biblia ó en la Tradición.

Pero este desenvolvimiento progresivo del dogma revelado, al sujetarse á la ley de que hemos hablado, ha sido razonable no solo por las razones que hemos expuesto tomadas de la Biblia misma y de la observación del sistema que Dios sigue en todo, sino que también lo ha sido por la aptitud progresiva del género humano para recibir esas verdades y entenderlas, sin que la Providencia tuviese que apelar á su recurso extremo de los milagros.

Así, pues, para el Arcópago y la Roma de Augusto, réstimenos de la potencia intelectual del mundo de entónces, era oportuno el «*credo in Deum.*» Pero haber hablado explícitamente á los gentiles, no ya del Hijo de Dios y del Espíritu de Dios, sino del Hijo-Dios y del Espi-

ritu-Dios, era poner á los entendimientos en necesidad de una milagrosa aptitud.

Cayó el paganismo, y el mundo en treientos veinticuatro entendía muy bien la gran verdad de un solo Dios; ya podia pues muy bien ponerse entonces su raciocinio á prueba y decirsele: «El Hijo es Dios, el Espíritu es Dios, y no hay más de un solo Dios: tres personas distintas, un solo Dios verdadero.»

Vencida ya la idolatría, fué oportuna la guerra de los iconoclastas, para que con ella se diese ocasion á saber que aquellas palabras, «no harás imagen,» habían cesado para los cristianos, como habían cesado las de «*circumcidetur omnes masculinum*» y habían cesado desde que cesó la Sinagoga.

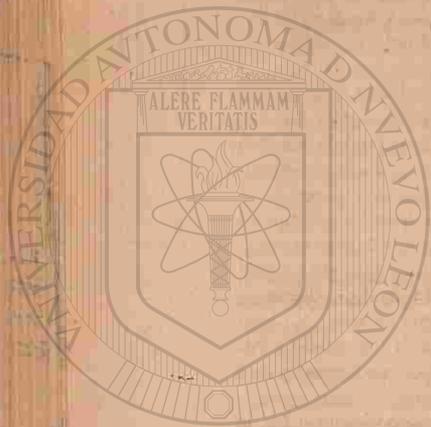
Vendrían los protestantes, y era conveniente que el dogma de la Santísima Eucaristía estuviese con bastante anticipacion bien formulado, definido y preconizado con públicas procesiones. Y así de todos los dogmas.

Si no tenemos, pues, profetas que vengan y digan «*hac dicit Dominus*» y que con milagros den testimonio de que su libro es inspirado, tenemos si por una parte aquella promesa, «*qui vos audit, me audit,*» «*pascite qui in vobis est grege[m] Dei,*» «*Pasce agnos meos, pasce oves meas,*»

«*Paracletus quem ego mittam vobis,*» y tenemos por otra la admirable prudencia de concilios, de discusiones, del voto de sabios y santos escritores, y ese esperar *por siglos á que sea tiempo de definir.*

Al contemplar, pues, el silencio de la Biblia en tantos puntos importantes, y las cuestiones á que dá lugar cada dogma fundado en sus dispersas tesis, dispersas y hasta encubiertas, ¿quién no rinde un tributo de admiracion, si no de fé, á esa Iglesia que desde sus principios ha usado de aquel lenguaje que lleva en sí toda la osadía de la convicción profunda: «ha parecido á nosotros y al Espíritu Santo;» «definimos,» «*Si quis dixerit, nisi quis negaverit, . . . anathema?*» ¿Quién no vé la naturalidad del desenvolvimiento progresivo del dogma y de la disciplina?

No es extraño que desconociesen esa ley luminosa los protestantes, con su sistema de hallarlo todo en la Biblia, no solo en gérmen sino ya con flores y frutos, y que así quiten al Cristianismo lo que debe tener de natural y por lo mismo de verdadero.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPÍTULO II.

Continuación de lo anterior. — Naturalidad de la religión católica romana en sus grandes reglas de disciplina. — El Derecho canónico.

Lo que se ha dicho de las facultades de la Iglesia acreca de exponer y formular los dogmas revelados y aun sacar consecuencias de ellos, es aplicable á sus facultades gubernativas ó sea disciplinares.

Hay una diferencia esencial entre el judaísmo y el Cristianismo tratándose del dogma y de la disciplina, diferencia que nace de su fin: el judaísmo era para una nación, el Cristianismo para el género humano; el dogma y la disciplina del judaísmo están detallados en la Biblia; no

así el dogma y la disciplina del Cristianismo. Está la razón de la diferencia en que el judaísmo era una religión de circunstancias, digamos así, y por lo mismo, *extra-natural*, pero el Cristianismo es la religión absoluta y universal, y por lo mismo la *natural*; de consiguiente, para aquella se necesitaba especial revelación aun en los pormenores; para ésta, dadas las bases en el nuevo Testamento, bastaba que entrase de lleno el criterio natural, la inspiración *providencial* del Paráclito.

Hé aquí el por qué de las facultades de la Iglesia, ó sea de los pastores ó apóstoles: quitemos el don de los milagros, quitemos la mayor santidad, quitemos las facultades que para los primeros apóstoles pedían las circunstancias, ¿qué diferencia va de las facultades de los pastores eclesiásticos del año de sesenta al año de mil ochocientos ochenta y dos de nuestra era?

Todo lo que la subsistencia y el orden de la sociedad cristiana demanden, todo eso tienen de facultades gubernativas y disciplinares los pastores, á semejanza de las facultades de interpretar el dogma en lo que el dogma exija la interpretación. De otra manera, ¿cómo llenar su objeto la ciudad de Dios, ó sea el reino de los cielos, ciudad y reino á donde han de acudir todos

los hombres si quieren saber el *camino*, poseer la *verdad* y gustar de la *vida*?

Es tan natural este poder dogmático y disciplinar en la religión católica romana, que aun ántes de saber cuál de las religiones es la verdadera, ya la razón enseña que aquella que sea la verdadera, debe presentar en sus pontífices unos hombres que respondan infaliblemente de la verdad y cuyos mandatos, en orden al bien espiritual, obliguen en conciencia. Si no es así, quedarémos para siempre estacionados en el deísmo, y nuestras relaciones con la Divinidad quedarán al fin como quedaron en poder del paganismo, en poder de Platon, de Sócrates y Ciceron, ó como han quedado en poder de los modernos filósofos, en poder de Voltaire y de Rousseau, es decir, sin saber por dónde irémos á Dios, sin saber qué es Dios, sin saber qué quiere Dios.

Hé aquí preparada la importantísima cuestión de la infalibilidad del Papa, cuestión en que nos ocuparemos en el capítulo 4.º de la sección tercera.

Esas facultades gubernativas que ha menester la Iglesia de Cristo para conseguir el fin de la religión, y que hacen de aquella un cuerpo legislativo, las ha venido ejerciendo desde los

primeros años, y hay un código en que se registran sus leyes memorables: este es el Derecho canónico, código al que podríamos llamar la "segunda Biblia."

En este libro monumental se continúa el espíritu del antiguo y nuevo Testamento, adaptado al gobierno de la sociedad cristiana. Como ya lo hemos notado, si la Biblia está inspirada de la primera á la última página, el Código de los cánones está inspirado en su parte dogmática sustancial y en sus puntos capitales de disciplina. De otra manera, ¿cómo nos daría la verdadera religión la certeza de la verdad que habemos menester, sin esencial de esa religión?

Lo que va del Derecho natural á la legislación civil, que es su interpretación ó suplemento, eso va de la Biblia al Derecho canónico. ¿Cómo se ha de gobernar una nación con solo el Derecho natural! De la misma manera, ¿cómo se ha de gobernar la Iglesia con solo la Biblia! Semejante es este orden al que reina en la Naturaleza física; ella da el trigo y las ovejas; pero el hombre forma del trigo el pan y de la oveja el asado. La religión católica considera, pues, á la Biblia como la materia prima é informe que en manos de los pastores ha de recibir la forma adecuada á las necesidades de los fieles. Cuando

los protestantes quieren ver en la Biblia y oír de ella la ley del dogma y de la disciplina, reglamentada ya y *formulada*, tienen que cerrar los ojos y que taparse los oídos; su pretendido naturalismo es con todo rigor un extraño *antinaturalismo*.

Pero nada habríamos dicho, si no contrajéramos nuestras reflexiones al exámen de los importantes capítulos de la disciplina eclesiástica. Cuando examinemos á fondo esos importantes elementos de la constitucion de la Iglesia católica, reconocerémos en ella admirables caracteres de la celestial vida que la anima.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPÍTULO III.

Facultades reglamentarias. — La Excomunión. — La Canonización.

¿Qué religión, si no es la católica romana, se ha ocupado *seriamente* en formular su fé, en deslindar quiénes son sus fieles y quienes no, en sujetar á un juicio, el más circunspecto y extraordinario que se ha conocido, el hecho de si un hombre está en el cielo? ¿Qué religión ha dado tan sabias formalidades al amor, al matrimonio, base de la familia y del orden social? ¿Qué religión ha insistido tanto en la circunspección de sus sacerdotes, haciendo hasta de su vestir el objeto de muchas de sus leyes?

La *excomunión* entre los católicos es uno de

los hechos que les pertenecen exclusivamente. Solo una religion que por una parte puede determinar y de hecho ha determinado con un análisis concienzudo lo que se ha de creer, lo que se ha de hacer, y que por otra parte ha hecho del *er*er y del *hacer* un asunto sobre todos los asuntos, que ha visto en la *Verdad* y en el *Bien* el más sagrado de los depósitos, solo una religion así, pudo pensar en dar leyes precisas, fijas, de antemano estudiadas, sobre la *excomunion*.

Fuera de la Iglesia católica romana, solo la Sinagoga se ocupó seriamente en la *excomunion*; y esto, porque solo la Sinagoga tenía la Verdad y el Bien. Ni los paganos, ni los herejes, ni los protestantes, vieron la *excomunion* como asunto de conciencia, sino como de opinion ó de partido. Los paganos, ¿cómo podían deslindar su fe, siendo anarquía todos sus dogmas? Los herejes, ¿qué contestaban cuando el concilio definía ó el solo Papa definía? «No es cierto que se reunió el concilio, no es cierto que habló el Papa.» Los protestantes, con el sistema de la personal interpretacion, ¿á quién podrán excomulgar sin incurrir en catolicismo?

Esta seriedad y fuerza de consecuencia, esta franqueza segura é incontrastable, de una reli-

gion que tan celosa es de su Verdad y de su Bien, que puede señalar su autoridad infalible y decir: «ahí está quien sin engañarse te dirá la verdad y te mandará el bien,» esto, repetimos, es señal segura de que entre los católicos romanos está el tesoro escondido.

La intolerancia dogmática, señal de la posesion de la Verdad, solo la Iglesia católica romana la ha sentado por regla.

¡Cosa notable! Las otras religiones, entre sí, ó han sido tolerantes dogmáticamente y de hecho, ó han transigido y, sobre todo, se han unido cuando se trata de combatir á la católica romana. Esta se ha señalado siempre por su persistencia; ella ni se une ni transige con unas para hacer la guerra á otras; con ella ninguna quiere reunirse ni transigir; ella libra todos sus combates á muerte; gran presuncion de que es la verdadera; es ella como la verdadera madre del juicio de Salomon.

Los paganos del imperio romano, y los judíos, se entendieron, si no dogmáticamente, sí de hecho; solo los cristianos morían en el circo. Los primeros herejes, como los ebionistas y marcionistas, eran desdenados de los verdugos; solo lo a fieles que pertenecian á la *Iglesia grande*, recibían los honores del martirio. Los arrianos na-

da tuvieron que ver con Juliano el apóstata. Los pelagianos transigieron más bien con Arrio que con el Papa; los nestorianos y los eutiquianos prestaron buen contingente al islamismo.

Entre tanto, Roma, como la roca en medio del Océano, ha resistido al embate sin ladearse á la diestra ni á la siniestra. Han venido los protestantes y todos ellos entre sí se han entendido, pero con ninguno de ellos se ha entendido Roma. Todas esas religiones, á ejemplo de la falsa madre que litigó ante el sabio, «pártase el niño,» decían; pero Roma, «jamás, piérdase todo, pero que no muera.»—¿Quién?—El hijo de sus entrañas: la Verdad.

Otro hecho desconocido de cualquiera otra religion, son las *canonizaciones*. ¡Pensar de serio, en conciencia y tranquilamente, en asegurarse de que un hombre, por las virtudes, ha entrado en el gozo de Dios, y por virtudes no fastuosas sino modestas, y hombre no rey ni famoso capitán, sino un humilde soldado, un mendigo, una pobre viuda, un niño desvalido! Pensar en declararlo así no para hoy sino para de aquí á uno, dos ó tres siglos, ¿no es pensar de una manera sobrenatural? y el ejecutarlo así como se ha pensado, con toda la formalidad de un proceso jurídico, con todos los escrúpulos de

la crítica más severa, ¿no es ejecutar cosas que solo con ayuda de Dios pueden ejecutarse?

Nada tienen que ver con la canonización de la Iglesia católica, las apoteósís de los paganos, ni las apoteósís modernas de los protestantes y liberales; estas y aquellas no son más que lisonja ó fanatismo. Los paganos no hacían sino el apoteósís de los valientes ó de los reyes: Rómulo y Tiberio fueron sus santos, ó dígasen sus dioses. Pero jamás pensaron en divinizar la modesta virtud. Los herejes y los protestantes al hacer el apoteósís de sus corifeos, han honrado no al hombre de virtud sino al hombre de doctrina. Arrio, Nestorio y Lutero han recibido los honores no de la humildad que se esconde, ni de la limpia castidad, ni de la refulgente caridad, sino de la *ciencia* y de la *abnegación* que se han levantado contra los errores de la Iglesia católica.

Las apoteósís de los liberales son de hombres que han hecho *mucho bien*, no vendiendo sus bienes, ó profesando la humildad, la mansedumbre, la castidad ó la obediencia, sino predicando *luminosas* doctrinas, sacudiendo el yugo de toda autoridad civil ó religiosa.

Estos son los santos de las sectas y de las falsas religiones.

Pero, entre los católicos ¡qué apoteosis! ¡de qué personas! ¡por qué títulos! ¡con qué formalidades! ¡en qué plazos! Declarar santo á alguno es considerarlo como un nuevo testimonio de la Santidad de Dios, como un nuevo medianero para con Dios, como un nuevo modelo de vida espiritual y modelo no de grandeza mundana, sino de humildad, de pobreza, de paciencia, de castidad, de obediencia, de caridad.

Las personas que reciben esta honra serán un leproso, un esclavo, un soldado, una viuda pobre, una virgen tímida, una jóven desconocida sin arrogancia, sin nobleza; si algunos reyes ó grandes de la tierra han recibido los honores de los altares, no será por lo que tuvieron de grande sino de pequeño para el mundo. Y esta declaración no provendrá del favor, ni de la especial devoción de un admirador del canonizado; no así, mas vendrán los testigos y bajo la religión del juramento darán su testimonio y se exigirán grandes virtudes y grandes milagros; y se interrogará á los sabios y á los prudentes para prevenir todo piadoso engaño, todo fraude de devoción. Y se dejará que el tiempo confirme ó desvanezca la fama del héroe, que mueran los parientes y los contemporáneos, que no queden vivientes más intereses que los de la

gloria de Dios. ¡Cuánto son de admirar esas informaciones tan ingenuas y tan de serio! (1) ¡Ese aguardar á que pasen un siglo, y dos, y tres! ¡Dónde se vieron tan gigantescos plazos! ¡Qué confianza de tribunales! ¡Quién les dijo que áun pasado un siglo y otro no habria cuidado de que la Iglesia pereciese!

Con razon á la Iglesia se le llama «columna de la Verdad.» Con razon Pedro se llama «Piedra.» Ni los hijos de Rómulo tuvieron tal fé en la eternidad de su imperio. (*Imperium sine fine dedi.*)

(1) Podíamos hacer mención de aquel inglés protestante de que habla Segur. (*Respuestas breves y familiares.*)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

Faint, illegible text from the reverse side of the page, appearing as bleed-through.

CAPITULO IV.

Legislación de la Iglesia católica sobre el Matrimonio.

Otra novedad admirable; el haberse avocado la religion católica romana la disciplina del Matrimonio. En esto se diferencia notablemente del paganismo, del protestantismo y de todas las religiones, aun entendiendo por tales al deísmo y al racionalismo.

No se trata, pues, ya de que la religion católica romana sea verdadera, sino de su lógica, de su consecuencia, de su gran genio, digamos así, de su muy alta naturalidad. Religion que tan alto concepto se ha formado y ha dado del Matrimonio, piensa y obra con seriedad profunda.

Llevar á los cónyuges delante de Jehová, y decir al varón: «Eres como Cristo; tu esposa es como la Iglesia;» y decir á la mujer: «Eres como la Iglesia; tu esposo es como Cristo;» esto es echar las bases de la perpetuidad no solo del amor sino—hé aquí un designio profundo:—de la perpetuidad del mismo Cristianismo. ¿Los paganos idearon tal cosa? Los protestantes que admiten la teoría ¿son con ella consecuentes?

¿Hay cosa más trascendental y más sujeta á las pasiones que la union de los sexos? La religion católica interesa este asunto elevándolo al rango de divino. ¿Hay cosa más abstracta que la religion? El Catolicismo la hace encarnar en las afecciones más trascendentales; del amor conyugal hace una religion, de la religion saca un asunto de amores.

Así es en efecto. Desde que el jóven siente latir su corazón á impulsos de la virgen que acaba de presentarse á sus ojos, el Catolicismo le dice: «hé ahí á Eva, hé ahí á Rebeca, á Raquel, á Sahara la de Abraham y la de Tobias. Más todavía; hé ahí como á Maria, hé ahí como á la Iglesia esposa del Cristo, hé ahí como á Dios que por medio de la mujer te descubre los arcanos de su amor y de su beldad infinita. Ese afecto que hoy sobrecoje tu alma, es como el

fruto del bien y del mal; si en él ves el don de Dios y no buscas tu bien solo en el contento de los sentidos, sino en el ejercicio de la caridad conyugal, si á impulso de la extraña pasion buscas cómo acercarte al Bien infinito, cuán dulce te será ese fruto; pero si por no sacrificar en aras del buen Dios una parte de ese don, te entregas á la fuerza del apetito, cuán amarga vida se te espera. ¡Oh, jóven, haz de manera que la mujer que hoy inflama tus afectos, te haga sentir el amor del cielo; huye de ella si tal no sientes! Si en ella puedes ver á Maria, al Cristo, á Dios, ámala con casto sentir, con mortificado gozo. Una sola para siempre ha de ser la que ame tu alma, como una sola es la Iglesia, como uno solo es Dios.»

Hé aquí lo que el catolicismo hace de la pasion tremenda y desoladora que se llama amor, apenas asoma en el ánimo del novel mortal. Despues, ya vereis abrirse las puertas del templo y penetrar en el santuario los esposos, á fin de unirse para siempre en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; el sacrificio santísimo se ofrecerá indispensablemente delante de ellos, y se le dirá á la esposa: «está sujeta á tu marido como la Iglesia á Cristo que es su cabeza;» y al esposo: «ama á tu mujer como

Cristo ama á la Iglesia, como Cristo que se entregó á la muerte por amor de ella.»

Con esto, ¡quién se admira de ver entre los católicos tantos esposos que viven como ángeles, que se aman hasta la muerte, á pesar de la fealdad del cuerpo, de las enfermedades y de los defectos de carácter, y que se aman no ya con el cariño, fruto de muchos años de mutuos pesares y goces, sino con esa dulzura de quienes, amándose, saben que por eso aman á Dios, de quienes, tolerándose las mutuas debilidades, saben que por eso serán más aceptos al Padre celestial, al Padre amoroso que nos dió á su Hijo para salvarnos de la muerte!

Pero es más admirable todavía el pensamiento del Catolicismo al haber hecho de la religion un asunto de amores, dándonos idea de nuestras relaciones con la Divinidad, fundada sobre la idea de la familia y, sobre todo, del amor conyugal; de esta manera, entre otros medios, ha asegurado Dios la perpetuidad de su Iglesia. En el designio de esta religion, ya no será uno el amor á Dios y otro el amor á la esposa, sino que Dios es el verdadero esposo de las almas, y el amor de los mortales esposos no es sino un remedo de ese amor primero. En tanto quiso Dios que hubiese el amor conyugal, que

hubiese esposos, en cuanto á que significasen y recordasen el eterno amor, el eterno consorcio del Criador con la criatura. Por haber pensado Dios en estos eternos amores, pensó en establecer entre los hombres el matrimonio; primero es lo grande que lo pequeño, lo eterno que lo temporal. No es, pues, el amor del alma con Dios la figura del amor conyugal humano, sino al contrario, como la reflexion lo persuade.

Vease, pues, al Catolicismo restableciéndolo todo, fundando el verdadero sistema del amor, así como Copérnico fundó el verdadero sistema astronómico, dando á lo más lo más, y á lo ménos lo ménos; y así como el Sol quedó de centro y no la tierra, así Dios, el verdadero Sol, quedó en el centro de todo sistema resultando las cosas del hombre no como el modelo sino como la copia, no como la realidad sino como la figura, no como el antes sino como el despues. Dar tamaño idea de Dios, haciéndolo entrar de hecho y de derecho á tomar posesion del corazon humano para poder decirle con todo rigor: «Dios mio,» así como Dios puede ya decirnos con todo rigor, de suerte que le entendemos, «criatura mia,» es una conquista tan grande en la ciencia religiosa, como fué grande la de Copérnico en la ciencia astronómica; conquista tan difícil en

nuestro estado de trastorno, cuanto fácil y natural pareció despues de hecha.

Despues de tanta fortuna, el mundo retrocede. Los protestantes negando la Iglesia visible, hermoso cuerpo cuya cabeza es el Papa, han querido dar muerte á la esposa del Cristo y han querido privar al mundo de ver palpablemente el gran tipo del matrimonio temporal, han hecho de la Iglesia una esposa sin cuerpo y sin cabeza, conforme á su doctrina, Cristo no muestra ya á los hombres, de suerte que la vean como una ciudad sobre la roca, conio una palma en medio del desierto, como una tórtola que gime en la soledad, á su esposa la Iglesia. ¿Cuál es lo nuevo que trajo el Cristo á la tierra, si no podemos señalar á su Iglesia y decir: ¡amíradla, ahí está!

El mundo retrocede. ¿Qué necesidad la de los liberales, secularizar el matrimonio á pretexto de llevar mejor el censo! Honren y protejan la religion católica, así le llevarán mejor; César Augusto pudo empadronar al mundo sin necesidad de esas profanaciones.

CAPITULO V.

El Sacerdoció católico romano.

Otra novedad admirable: el haber cuidado la religion católica romana del sacerdocio, hasta el punto de dar sérias leyes aún sobre el vestir de los ministros del altar.

¿Qué semejanza puede hallarse entre el sacerdote católico y el sacerdote pagano, ó el sacerdote protestante, ó el sacerdote del racionalismo? Reflexiónese bien: el falso sistema de generalizar, de formar géneros y especies en todas materias, es una de las causas de esa aversión que han concebido los filósofos contra el

clero; aversion de que han hecho participante á la incauta juventud.

Esos pretendidos sabios hacen el falso supuesto de que existe un género, una familia, en que entran á la par el sacerdote gentil y el sacerdote cristiano. Nos hablan del sacerdote de Thébas, del sacerdote de Lesbos, ministros de tenebrosas imposturas, para despues hablarnos del sacerdote católico como de un ramo de aquel supuesto género. ¡Como si el sacerdote de la religion verdadera tuviese algo de comun con el de las religiones falsas! De ese falso supuesto ha nacido en parte aquel mirar de reojo á los sucesores de Pedro el humilde y sencillo, de Juan el amable y casto, de Pablo el sabio y sensible.

Pero ¡cuánto va del sacerdote católico al de cualquiera otra religion! ¿En dónde se ha visto, si no es entre los católicos, que el sacerdote no sea dogmático sino para ser moralista? ¿Cuándo á los paganos les ocurrió *predicar*, hablar á todos, ricos y pobres, acerca de *arrepentirse*, y esto por oficio, como una seria profesion; y hablarles sin cesar de hacer penitencia, del castigo venidero, de la felicidad de otra vida; y llorar con su auditorio en fuerza de los trasportes del amor *al buen Dios*?

Es carácter *exclusivo* de la religion católica romana, esa importancia que da al asunto de *moralizar*. Sin descuidarse de mantener siempre viva la luz de la verdad, la teoría del dogma, cuida sobre todo de que no se apague el fuego santo de la caridad, («Mas, el mayor de todos esos preceptos, es la caridad.» San Pablo epístola 1.ª á los corintios, cap. 13, v. 13), y quiere que por eso jamás falte á sus ministros la ciencia de la moral, una vez que tengan lo necesario de la ciencia del dogma.

Ese modo que tiene la Iglesia católica de ver la religion, es profundísimo. Esto es aquello que ven y que quieren los racionalistas y de que hablan tan pomposa como estérilmente: esto es aquello de *hacer el bien sobre todo* con preferencia al *saber*, aunque en la Iglesia católica eso no se entiende sino en justísimos términos. En el sistema de la predicacion católica, es muy poco y muy suscito y circunscripto lo que se exige al creyente, que sepa; hecho esto, todas las fuerzas del sacerdote se invierten en conducir al arrepentimiento, á la penitencia y á la mudanza de la conducta; apenas ha conseguido el sacerdote que algun disidente crea explícitamente ciertos artículos ó implícitamente lo que cree la Iglesia, cuando ya no se ocupa con preferencia sino en

hacer que se confiese y comulgue, que vuelva á confesarse y que vuelva á comulgar. (El mayor de todos estos preceptos es la caridad. Epístola citada.)

Solo en la Iglesia católica encontrareis la constante predicacion de la moral, los ejercicios espirituales, práctica admirable sobre toda ponderacion: solo en ella veréis constantes imágenes del arrepentimiento y de la penitencia, esas procesiones de humildad, esas mortificaciones de la carne, que solo pueden excitar el desden de los que apenas reflexionan cuán grande mal es el pecado, cuán terrible es la justicia divina y cómo el tema de la moral bíblica, en los Salmos, en los Profetas y en el Evangelio, no es otro que la penitencia y la mortificacion; prácticas, repetimos, que solo pueden excitar el desden de los que no reflexionan cómo la cuestion de conciencia de casi todos los hombres, no tanto está en la flaqueza del entendimiento como en la dureza de la voluntad.

Tal es el carácter y el objeto del ministerio sacerdotal entre los católicos romanos.

Ahora notemos otro hecho sobre cuya novedad poco se ha reflexionado:

¿Cuáles son los nombres de sacerdotes célebres entre los paganos, que nos haya transmitido

la Historia? ¿Hay un solo nombre siquiera? ¿Por qué nada nos narran los historiadores? Porque nada hay enarrable. Mientras que del cristianismo acá, son más los protagonistas sacerdotes que se ofrecen á la Historia, que los seculares, aun cuando el historiador escriba historia profana; y verdaderamente se cansa uno de tanta abundancia de hechos heroicos, y faltan guarismos para contar los sacerdotes santos ó sabios. Supóngase que haya habido muchos sacerdotes malos entre los cristianos; más, entre los paganos, si, por un supuesto, nada tienen sus historiadores que narrar de sacerdotes malos, nada tienen que narrar de buenos.

Asimismo preguntamos: ¿cuáles son los nombres de sacerdotes, ó sea, ministros protestantes, célebres por la virtud ó ciencia? Diremos lo que de los paganos: si los historiadores protestantes nada tienen que narrar de ministros malos, nada tienen que narrar de buenos.

Se nos objetará: «los historiadores católicos han escrito por su convento.» Y ¿los protestantes y paganos por qué no han escrito tambien? Porque no han tenido qué escribir.

Los paganos tenían sacerdotes; en esto eran

lógicos; pero á tal religion, tal sacerdote. Los protestantes, en la mayor parte de sus sectas, no tienen sacerdotes; y tienen religion; ¡qué absurdo! Y de eso ¡qué cuenta nos darán! ¡Que Jesucristo es su único sacerdote! Hé aquí otra vez atrocemente desconocida la naturaleza del hombre; ¡caese el cristianismo la cambió! ¡Qué! ¿el hombre ya no necesitaba ver hombres segregados de entre los hombres, que se consagraran á ser los intérpretes entre ellos y el cielo, entre ellos y el gran sacerdote Jesucristo! ¡Qué! Jesucristo ¡no puso desde el principio, entre El y las turbas, de mediadores á sus apóstoles!

En todo el sistema de instituciones de la Iglesia católica romana, se ve la suma consecuencia de su proceder, consecuencia que jamás le falta por donde quiera que se la estudie. Dice, pues, la Iglesia católica: «en el altar ofrecemos real y verdaderamente el cuerpo y la sangre de Jesucristo,» así tambien lo dicen los protestantes. Pero los protestantes no saben sacar la consecuencia práctica de ese dogma. No así la Iglesia católica: ella hace como un ser sobrenatural de cada sacerdote, honra en él á un ángel de Dios; porque, ó no es verdad lo que tiene en su altar, ó sus sacerdotes son una gran maravilla.

Pero, como tiene y sostiene que sus sacerdotes consagran y ofrecen el cuerpo de Cristo, ya con eso está explicado todo, ya está explicada la razon del celibato clerical, de la vida excepcional, de las inmunidades de sus sacerdotes; ya es preciso segregarlos y distinguirlos del comun de los hombres hasta por el vestir, no sea que el pueblo, ¡qué decimos el pueblo! no sea que el hombre, olvide la grandeza de esos de entre sus hermanos á quienes dijo el Profeta y dijo un gran rey (Constantino): «vosotros sois dioses.»

El mundo retrocede. ¡Qué inconsecuencia (si es que creen) ó qué tiranía (si es que no creen en la grandeza del sacerdocio católico, pero saben que los católicos lo creen), qué inconsecuencia ó qué tiranía, decimos, la de ciertos liberales! secularizar en el traje y en la representacion civil á los eclesiásticos, á pretexto de no dañar la *igualdad* y de abolir los *privilegios*! Por establecer una formalidad legal, que siempre pugnará con el hecho, ¡dañar tan gravemente el prestigio de una religion que, como ninguna, se ocupa de preferencia en hacer *arrepentidos del pecado*, no ya solo *convertidos del error*; *sabed ores del dogma* para tener luego *obradores de la moral!*

Los incrédulos se jactan de tener por única religión el hacer bien, y ni hacen el bien ni tienen dogma. En el sacerdocio católico romano se cumple ese ideal comenzando por la fé y acabando y reposando en la caridad.



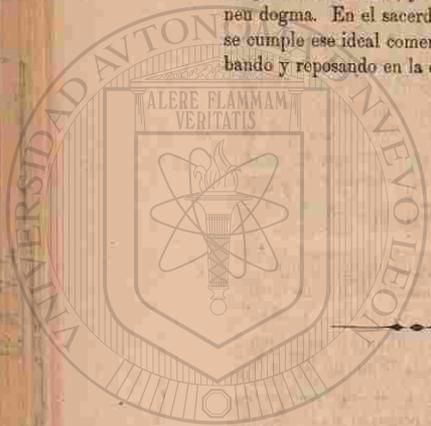
CAPITULO VI.

Cómo es santa la religión católica romana.—Observaciones importantes.

Cuando á la religión verdadera se la distingue y señala con el atributo de Santa, se dice una verdad y se asigna un criterio con que encontrar, entre tantas religiones como ofrece la Historia, la obra de Dios.

Pero cuando esa verdad se hace servir á la práctica, y el criterio se hace servir al juicio, encontramos mal aplicado el principio y sirviendo al error ese criterio de verdad; de donde resulta que una señal tan clara para distinguir la obra divina, la verdadera Iglesia, se convierte en escándalos y en sombras, en perjuicio de los

Los incrédulos se jactan de tener por única religión el hacer bien, y ni hacen el bien ni tienen dogma. En el sacerdocio católico romano se cumple ese ideal comenzando por la fé y acabando y reposando en la caridad.



CAPITULO VI.

Cómo es santa la religión católica romana.—Observaciones importantes.

Cuando á la religión verdadera se la distingue y señala con el atributo de Santa, se dice una verdad y se asigna un criterio con que encontrar, entre tantas religiones como ofrece la Historia, la obra de Dios.

Pero cuando esa verdad se hace servir á la práctica, y el criterio se hace servir al juicio, encontramos mal aplicado el principio y sirviendo al error ese criterio de verdad; de donde resulta que una señal tan clara para distinguir la obra divina, la verdadera Iglesia, se convierte en escándalos y en sombras, en perjuicio de los

hombres que de buena fé buscan la verdad y el bien.

Por eso queremos en este capítulo rectificar ciertos falsos conceptos y mostrar la falsedad de ciertos supuestos que en esta materia pasan por verdades; y también queremos llevar más allá de lo que se acostumbra, la investigación de las consecuencias que emanan de la Santidad de nuestra religion.

Cuando se asigna como nota de la verdadera religion el que sea santa, no querais que deba obligársela á presentar un santo en cada uno de sus creyentes. Todos los cristianos ortodoxos y sectarios estamos de acuerdo en llamar y en creer santa en su tiempo á la religion de la Sinagoga, sin exigir por esto el que todos los judíos hubiesen sido santos. Todos los deístas y racionalistas están de acuerdo en encontrar santa su religion, sin necesidad de que á su manera sean santos los deístas y los racionalistas todos. Todos los creyentes, politeístas y mahometanos, admiten ó suponen igual principio, igual aplicacion.

Cuando busqueis las señales de la religion más excelente, es decir, de la verdadera, porque sea la santa por excelencia, no tenéis derecho á exigir la excelencia numérica de sus santos sino

la excelencia de la calidad de sus santos. Cuando afirmamos que en la Italia se encuentra el verdadero arte de la pintura, no afirmamos esto porque se suponga que todos sus pintores sean excelentes, sino porque allí se encuentran pintores excelentes, los mejores pintores. Cuando busqueis, pues, la religion más santa, no querais dejar de encontrar entre sus creyentes muchos hombres malos. Santa será siempre, y la verdadera, la religion que os presente los mejores santos, aunque entre sus fieles encontréis muchos hombres malos y aún muy malos; así como la Italia será siempre el país del arte verdadero de la pintura, con tal que os presente los mejores pintores del mundo, aunque entre sus pintores encontréis muchos pintores malos y aún pésimos pintores.

Hé aquí, pues, rectificado un aspecto que generalmente se equivoca, equivocacion que tiene á muchos léjos de la religion católica romana, pues que oyendo ponderar su santidad y sus santos, oyen no ménos ponderar la maldad de sus malos.

Preguntad, pues, si entre los católicos se encuentran santos, y santos de santidad más excelente que en cualquiera otra religion, y ya veréis cómo os abruma el peso de tantos y extraor-

dinarios frutos que en ese país encontraréis, bien así como á los exploradores de Judá abrumaba el peso de un solo racimo de uvas de las vides de la tierra prometida. En esa religion encontraréis catálogos de santos de toda suerte de santidad, bien así como en los pueblos de la Grecia y de Roma paganas, encontraréis catálogos de héroes de toda suerte de heroísmo. Y esa santidad no creais que sea de la cuestionable, es decir, santidad por su ortodoxia, sino santidad en que todo el Universo está de acuerdo, cual es la práctica de las más encumbradas virtudes, como es la humildad, la pobreza, la castidad y la caridad; la mortificacion, la mansedumbre y la paciencia.

¿Para qué tomar nota de tantos santos como pueden citarse, prodigios de cada una y de muchas de esas virtudes? ¿Quién tan humilde y tan voluntariamente pobre como Francisco de Asis, tan casto como Luis de Gonzaga, tan caritativo como Vicente de Paul y Juan de Dios, tan paciente y manso como Francisco de Sales, tan mortificado como Pedro de Alcántara? ¿Hay comparacion entre los santos del protestantismo y los santos del catolicismo que han florecido del protestantismo acá? ¿Dónde están esos prodigios de humildad, de paciencia, de caridad, de

pobreza y de castidad? No los hay ni aun fingidos; el protestantismo no tiene santoral ni vidas de Santos, ni podrá formar el santoral porque faltan los nombres, ni escribir las vidas porque faltan los hechos.

Pero, más debemos decir. Si entre los católicos, los cuales tienen la religion verdadera, hay creyentes malos, tambien entre ellos deben encontrarse los hombres más perversos del mundo, y estos católicos perversos por excelencia, en contraste con católicos santos por excelencia, acaban de convencer de la gran santidad de nuestra religion.

Esto es lo más lógico y natural en el orden moral, lo mismo que en el orden físico. Allí donde encontraréis los más delicados frutos, las más saludables plantas, los más hermosos animales, los mejores dones de la Naturaleza física, encontraréis el contraste de los frutos más venenosos, de las plantas más dañosas, de los más deformes animales, las peores plagas de la Naturaleza física. Lo mismo en el orden moral: allí donde vivan los más ricos estarán los más pobres; donde los más poderosos, los más desvalidos; donde los más sabios, los más ignorantes; donde los más cultos, los más bárbaros; donde los más civilizados, los más inciviles. Allí,

pues, donde esté el mayor amor estarán los más ingratos; donde estén los mayores dones, estarán los más pobres de virtud; donde estén los más buenos, estarán los más malos; donde los más santos, allí los más perversos. *Corruptio optima*

pessima.

En el pueblo de Dios se vieron abominaciones como no se vieron en Sodoma ni en Gornorra: el pecado del becerro de oro á la vista del milagro del Sinai, es increíble por su atrocidad; el pecado de los murmuradores que se cansaron del pan milagroso, del maná del desierto y echaron ménos las cebollas de Egipto, es de la más ingrata impiedad; el pecado de los benjamitas de Gabaa contra el levita y su mujer, tortura y despedaza el alma del lector, y no es comparable al pecado de los sodomitas cuando los ángeles buscaban á Loth; reinas como Jezabel y Athalia no se vieron tan perversas entre los gentiles. Y, no obstante ¿quién no encuentra santa entre todas las religiones que precedieron á la cristiana, á esa religion que produjo á un Moisés, á un Job, á un David, á un Ezequías, á una Esther, á un Jeremias, á un Isaías, á un Juan Bautista, un José castísimo, manso y humilde, á una María madre de Jesus hijo de Dios vivo?

Al lado de los santos que brillan ántes del protestantismo, tenemos desde Júdas Iscariote y Simon Mago, execrables nombres y execrables hechos de creyentes que llenan de feos borrones la historia de la Iglesia católica.

Harto tiene de que entristecerse la historia. Ahí están las abominaciones de los gnósticos, los escándalos de los arrianos, nestorianos y eutiquianos, Juliano el apóstata, Constancio, Anastasio, Teodora y Marozía, Dióscoro y Focio, los Valdenses, los Albigenses, los escándalos que precedieron á la aparición del protestantismo, &c.

Del Protestantismo acá, es abominable el nombre de Catalina de Médicis, nueva Athalia, el de Nuño de Guzman y de Alvarado, conquistadores de México, el de Pizarro, verdugo de Atahualpa.

Es abominable la matanza de San Bartolomé. Es abominable Luis XV y su córte y el Duque de Orleans y sus orgías. Muchas abominaciones tiene que deplorar la cristiandad desde sus primeros años hasta el presente.

Y, no obstante eso, ¿quién no encuentra santa sin comparacion, sobre el protestantismo y sobre todas las actuales religiones y las que han competido con la católica desde el tiempo de los

apóstoles, á esa religion que en contraposición á una Catalina de Médicis produjo á un San Pio V, de esa religion que en contra de Nuño, envía un Vasco de Quiroga, y en vez de Alvarado un Bartolomé de las Casas; que para Pizarro y Almagro suscita á un Pedro de la Gasca, á un Antonio de Mendoza y á un Toribio de Mogrovejo; que en contraposición á un Luis XV, nos presenta á la princesa Luisa hija del rey, modelo de inocencia y de mortificación, ídolo de la gran corte, que de las disipaciones de Versalles partió gustosa á encerrarse en el austero asilo del Carmelo; que despues de un Duque de Orleans y de un Luis XV nos ofrece un Luis XVI y esa heroica y amable princesa de Lamballe.

¿Qué valen, pues, contra la santidad excelente de la Iglesia católica, esos contrastes de la maldad de sus creyentes malos! ¿Qué valen esas declamaciones contra los malos, que tienden á oscurecer las alabanzas que son debidas á los buenos! Si ahondais el abismo en cuyo fondo queden los malos católicos y sus hechos abominables, ¿no quedan más alto los buenos católicos y sus hechos gloriosos!

No os dé, pues, cuidado á los que buscáis la Iglesia verdadera, el descubrir negros borrones

en la historia eclesiástica; si encontrais escoria, tambien encontrareis oro purificado, y purificado siete veces en el fuego de tanta maldad, que mientras mayor, no hace sino dejarlo más limpio.

Si en el seno de la Iglesia católica encontrais, por tanto, los mayores santos y solo en ella los verdaderamente santos, en eso teneis ya la prueba de su santidad y de su verdad, porque solo la vid que ha planteado el Padre celestial puede dar semejantes frutos.



CAPÍTULO VII.

*Continuación del anterior.—Otros caracteres peculiares de la
Santidad de la Iglesia católica*

En el exordio del capítulo anterior indicamos nuestro intento de llevar las observaciones, sobre la santidad de la Iglesia católica, más allá de lo que sabemos se haya notado. Nosotros queremos que se observen ciertos caracteres peculiares de santidad de nuestra religión, algunos de los cuales son independientes de las intenciones de los que la profesan.

Una religión que es la obra de Dios y que se distingue por los santos que ha producido, debe haber producido fenómenos admirables de obras santas y de santos instintos, debe impri-

mir en todo lo que produzca el pensamiento católico, un sello exclusivamente distintivo de esa religión, y debe dar á la santidad de sus santos algo que la distinga de la santidad de las otras religiones.

Así es, por cierto. Obras santas, exclusivamente católicas en su invención y en su observancia ó producción práctica, son todas aquellas que hacen el objeto de multitud de órdenes religiosos. Pensar en ocuparse un hombre, solo por amor á Dios y al prójimo, en redimir cautivos, que no son ni sus deudos, ni amigos, ni paisanos, es invención católica romana, y hacer de esto una profesión, lo es mucho más. Pensar en auxiliar á los agonizantes, es invención católica romana, y hacer de esto una profesión gratuita, lo es mucho más. Pensar en hacer una profesión gratuita de aliviar á los enfermos, es invención católica romana, y llevarlo á cabo lo es mucho más. Y así de tantos institutos y órdenes religiosos que tienen por objeto inventos y profesión de buenas obras cuyo nombre ni se conocía.

Lo mismo es de los extraños instintos que nuestra religión ha producido en los corazones de sus hijos.

Entre los católicos la gloria de las familias es

un hijo ó hija vírgenes. Suspiran los padres por verlos favorecidos con el don eminente de la castidad.

El instinto de la inmortalidad, la sangre fría al borde del sepulcro, que era la maravilla de contados héroes gentiles, es lo más comun entre el pueblo católico; entre la clase pobre vereis aguardar la muerte con resignacion y aún con gozo.

La muerte de un niño bautizado, es un objeto de religiosa alegría entre nuestro pueblo, que ve en un niño difunto un ángel más en el cielo.

La felicidad del martirio es envidiada por todos los católicos, y los santos desde pequeños cuentan entre las ilusiones de su infancia el ánsia de morir por Jesucristo.

La conversión de los infieles ó de los protestantes es el anhelo de los católicos, bien así como una apostasía es objeto de su horror; hacer profesión gratuita de convertir infieles, protestantes ó cismáticos, y el llevarlo á efecto, es un invento que los disidentes ni han pensado en imitar, ni podrían, supuesto, su desden por las órdenes religiosas.

Uno de los fenómenos notables de que pueden gloriarse aún las sectas cristianas, fenómeno exclusivo del Cristianismo, que le distingue

de todas las otras religiones, es el carácter de la oración cristiana. Considerar á Dios como á nuestro padre y pedirle el establecimiento de su reino, el cumplimiento absoluto de su voluntad, el pan de nuestra alma y de nuestro cuerpo, el perdón de nuestros pecados y su auxilio para no pecar, ofreciendo por causa el perdón de nuestros enemigos, es una novedad sublime; la oración cristiana no sale de ahí; toda la cristiandad, incluyendo en ella aun á nuestros hermanos los disidentes, eleva al cielo sin cesar esta breve y cumplida oración, y en este punto están uniformes hombres de todas las naciones de la tierra como si fuesen una sola alma. Esto solo el Cristianismo lo pensó y lo hizo.

La oración mental es nombre y entidad exclusivamente cristianos; ponerse de serio y expreso á pensar en los beneficios de Dios, en el amor de Dios, en nuestro fin, en el infierno y en el gozo venidero, como quien trata un gravísimo negocio, son novedades propias del Cristianismo, y que solo en el catolicismo, como legítimo Cristianismo, tienen forma cumplida en instituciones tan grandiosas como los «ejercicios espirituales» invención del patriarca de los jesuitas.

Solo en la cristiandad católica se encuentra

ese otro fenómeno que hubiera arrancado aplausos de admiración y de sorpresa á Cicerón, á Platon y á Sócrates. Es un libro ascético en que se dan las reglas de la perfección interior, como darse reglas para mejorar la salud del cuerpo, ó de urbanidad civil.

Un libro como *El Ejercicio de perfección, ó La introducción á la vida devota* es una novedad más notable que el famoso tratado de las categorías de Aristóteles ó la aplicación del Algebra á la Geometría, de Descartes. La teología mística es una ciencia que honra á la humanidad y que prueba la elevación del sér humano; pues bien; esta honra se debe exclusivamente á la religion católica. Tal es el aello de santidad que nuestra religion ha impreso en las obras piadosas del espíritu humano.

Véamos ahora cual es lo nuevo que ofrece la santidad de los santos católicos.

Primeramente: los que en nuestra religion aspiran al heroismo del bien ó de la virtud, saben que tres enemigos formidables tiene contra sí el justo, á saber: la concupiscencia de la carne, la tiranía de la vanidad, las ilusiones del amor propio. Esos enemigos los combate á muerte el aspirante de la santidad con una triple profesión: profesión del celibato para alejarse de to-

do aliciente de placer, profesion de pobreza para no luchar más con los peligros del dinero, profesion de obediencia para no confiar más en el dictámen, siempre sospechoso, del amor propio. ¡Qué filosofía! Hé aquí la virtud entre los católicos, emprendida con todos los auspicios de la prudencia, de la sabiduría y de la abnegación, como entre los antiguos paganos se emprendía la ciencia filosófica. Después de esto ¿es extraño el registrar un catálogo tan numeroso de hombres celestiales que vivieron vida de ángeles en la tierra, y admirará oír hablar de milagros que obraron, y se sorprenderá uno de ver un tribunal en Roma para los casos diarios de milagros y de canonizaciones?

Pero lo que distingue mucho á los santos católicos es ese afecto desconocido, aún en la idea de toda religion que no es cristiana, y desconocido, en los hechos, aún entre nuestros hermanos los de las sectas protestantes. Los paganos no conocieron esta locucion «amor de Dios» como se usa entre los cristianos; los protestantes y los demás disidentes no la conocen como se usa entre los católicos.

Entre nosotros, decir, «este hombre está lleno de amor de Dios», es decir: «este hombre está enamorado de la verdad celeste y del bien infi-

nito.» «este hombre llora de amor á la Divinidad, como una jóven tierna puede llorar por el hombre su amado;» es tanto como decir «este hombre va al Japon ó á la Cochinchina á buscar cómo le quiten la vida para probar que muere por su Dios; es tanto como decir, «este hombre va á encerrarse para siempre entre los enfermos, los encarcelados ó los salvajes, dejando todos los otros amores y afectos, solo por amor á su Dios.» Esto es lo que se llama entre los católicos «amor de Dios.»

Antes del cristianismo, solo la Sinagoga pudo tener idea de esta pasion una y mil veces venturosa; pero aún entre ese pueblo el nombre era desconocido; se conocía por todos sus creyentes «el temor de Dios,» y no «el amor de Dios;» Dios era un Señor excelente, pero aún no se le decía «Padre mio» ni ménos «esposo de mi alma.» El amor afectuoso de los Salmos y las bodas místicas de los Cantares de Salomon, quedaron siempre fuera del alcance del pueblo en la Sinagoga.

¡Pero entre nosotros ¡cuán amada es la amable Divinidad! Faltan palabras para enunciar todo el amor que arde en los corazones de multitud de justos que viven entre los sabios y los ignorantes, los ricos y los pobres, en el senado

y en el foro, en la ciudad y en el campo, en el mar y en la tierra, en los festines y en las cárceles; y si la impiedad tuviera templos, podríamos llevar con Tertuliano la semejanza, hasta decir: *«sola relinquimus templum.»*

Entre los católicos, abundan las frases como abundan los libros cuyo asunto constante y siempre nuevo es el amor á Dios, Dios hecho hombre, Cristo crucificado, Cristo sacramentado. Un niño entre los católicos estrena en su Dios el lenguaje de los amores, ¡qué práctica tan magnífica! y ¡cuán pobre encuentra después el emplear frases y afectos, cuyo objeto era Cristo sacramentado, en un objeto tan pequeño como es el amor de la criatura!

Cuantas palabras, locuciones y frases puede emplear el amor profano en la expresion de sus afectos, están agotadas en el lenguaje místico del amor santo entre los católicos: ventura, dicha, delicia, éxtasis, vida de mi alma, sosiego de mi corazón, ¡cuándo será que yo me dé á tí, mi único bien, Cristo mío, fuego que veniste á abrasar la tierra; &c. Es conocido aquel soneto que se disputa si es obra de Francisco Javier ó de Teresa de Jesus, pero que ambos fueron capaces de escribir por ser los dos grandes amadores de Jesus:

No me mueva, mi Dios, para quererte
El cielo que me tienes prometido, etc.
.....
Tú me mueves, Señor, muéreme el verte
Clavado en esa cruz y escarnecido, etc.

No pueden leerse los escritos de San Bernardo, de Ignacio de Loyola, de Francisco de Sales, de Alfonso de Ligorio, sin quedar enamorado de lo que ellos aman, semejante el lector á aquellos confidentes que presto quedan preza del propio afecto que les confían los amantes amigos.

Cuando leemos de Ignacio mártir aquellas páginas que no respiran sino los afectos de una alma apasionada del Cristo crucificado, todos, católicos y protestantes, exclamamos al punto, «¡basta, no quiero otra prueba de que la religion de ese hombre es la verdadera!» Pues ¡seal hermanos nuestros, á quienes pervirtieron Lutero y Calvino, ¡ahí tenéis á Javier, á Teresa, á Felipe Neri, á Vasco de Quiroga, á Francisco de Sales, á Alfonso de Ligorio! ¡Oid qué lenguaje! ¡La religion de esos hombres es la verdadera! ¡Hasta cuándo conoceréis el árbol por sus frutos!



CAPITULO VIII

Un Concilio ecuménico.

Esta religion católica, tan poco estudiada, es como una mina de piedras preciosas; solo falta cavar en ella; sus riquezas no se agotarán.

Han dicho algunos sabios: ¡ahí ya solo hay tierra; y esos sabios se engañan, porque no han querido cavar más adentro; y es que tanta opulencia nos ha hecho indolentes y descontentadizos.

¿Habéis meditado lo que importa el hecho, el fenómeno, de un Concilio ecuménico?

Es este una entidad, una institucion exclusiva de la Iglesia católica romana, que jamás se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vió antes de su tiempo, ni en su tiempo fuera de ella.

Bastó una palabra del Evangelio *«en donde están dos ó tres congregados en mi nombre, ahí en medio de ellos estoy yo,»* y el mundo vió con asombro el prodigio de Nicea, el primer Concilio general, y todos los prodigios que despues hemos visto hasta el prodigio del Vaticano.

Piénsese bien lo que es un Concilio general. Reunirse seriamente diputados de muchas naciones, á deliberar lo que se ha de creer acerca de Dios, á tratar cuestiones de alta Teología para que el mundo sepa á qué atenerse, es una novedad sublime que trajo la Iglesia católica.

Ni el paganismo, ni el mahometismo, ni el deísmo, ni el racionalismo concibieron jamás tan sublime proyecto.

Piénsese bien lo que es un Concilio ecuménico. Acudir diputados de naciones *independientes*, y acudir solo por estímulos de conciencia, y reunirse en consejo, y tratar en paz de las cosas de la religion, novedad es esta que los herejes y los protestantes no han logrado imitar.

Nunca podrian estos reunir un concilio de varias naciones *independientes*.

¿Qué hay en ésto?

Presidíamos de la *fuerza de Dios*: cuando

ménos, hay aquí la *fuerza de la conviccion*, grande presuncion de verdad en favor de una Iglesia que fácilmente puede realizar y ha realizado, con todas sus condiciones, aquel problema: un Concilio de *varias naciones independientes*.

Grande tentacion sería para nosotros leer en la historia de las otras religiones el hecho de un concilio que pase de *nacional*.

Los protestantes ¿han tenido esos concilios? No por cierto.

Y aun de sus concilios *nacionales*, lo de Aushburgo y Dordrecht ¿no debe más bien ruborizarlos?

Despues han querido tenerlos; pero ¿lo han conseguido y lo conseguirán?

Tres poderosos reyes, el de Prusia, el de Inglaterra y el de Holanda, han querido reunir en una las tres sectas, anglicana, luterana y calvinista; pero ¿han logrado un concilio siquiera de ministros de esas tres naciones?

Y si á esos regios acuerdos, concilio puede llamarse, ¿podrán esos tres reyes sostener que en ese negocio han sido Constantinos en Nicea y no Constancios en Rimini?

Y esa reunion de las tres sectas ¿ha sido efectiva siquiera un momento?

¿Han admitido los calvinistas la *presencia*

real eucarística, dogma de los luteranos y anglicanos? Y los luteranos y calvinistas ¿han admitido la *gerarquía eclesiástica*, dogma de los anglicanos?

Nada de eso; ese acuerdo, apenas de tres *veces*, no de tres *naciones*, que han querido imponer la ley á sus súbditos, apenas ha producido una momentánea *yuxtaposición* por medio de un nombre común; pero de ninguna manera ha producido la *cohesión* por medio de un *credo común*.

A los paganos lo que les faltaba para un Concilio, era la seriedad del asunto, era la *formulación* del problema religioso, para que llegasen á *pensar siquiera* en ese concilio.

A los deístas y racionalistas les sucede lo que á los paganos, con el agravante de quedar más atrás que ellos; pues que se contentan con la *religion individual* no fundada ni aun en la Biblia, sino en la inspiración de la débil razón de cada uno.

Por eso ellos, *de hecho pensado*, ni piensan en un concilio.

A los protestantes y á los cismáticos les falta la subordinación, les faltaba una cabeza; sus religiones son religiones nacionales y si se quiere individuales.

Uno que se vuelva protestante en México, ¿á dónde irá á concilio?

¿Griegos cismáticos podrá haberlos fuera de Rusia ó de Turquía?

¿A quién, en México ó en Buenos Aires, por ejemplo, le ocurrirá imaginar siquiera el ponerse á vacilar entre irse con el Papa ó irse con el patriarca griego? Para esas, más valdría volverse protestante.

No esperemos, pues, ver esos prodigios de Nicea, de Letran, de Leon, de Constanza, de Florencia, de Trento y del Vaticano, fuera de la Iglesia católica romana.

Y es que ni con protestantes, ni con deístas ni con racionalistas, ni con paganos, está ni ha estado Dios. Porque si allí Dios estuviera, la paz de Dios haría de todos un solo corazón, y para esto sería preciso que todos obedeciesen á uno, pues que sin este medio se necesitaba uno de los más grandes milagros á fin de que, á pesar de tal falta, se consiguiese la unidad. Porque ¿qué sucedió en Basilea, qué en el concilio-bulo de Efeso, qué en el de Tiro?

Es, pues, una grande presunción de que está asistida por Dios la Iglesia católica, el hecho de haberse presentado en ella el fenómeno de un Concilio de *varias naciones independientes*, y ma-

yor es la presuncion cuando ese fenómeno, sin haber podido realizarse en ninguna otra sociedad religiosa, muchas veces y muy fácilmente se ha realizado en la Iglesia católica romana.

Por eso, si despues de Constantino (época en que, á decir de los protestantes, degeneró la verdadera Iglesia) se ha logrado reunir grandes Concilios de *varias naciones independientes*, sin faltar estos y muy numerosos en la edad media, continuándose en cada siglo hasta Lutero, forzoso es convenir en que Jesucristo ha estado con la Iglesia católica romana.

Nunca el Antieristo (asi llamó Lutero al Papa) hubiera podido obtener tan repetidos casos de concordia; porque escribió está: "*en esto conocerán todos que sois mis discipulos, en que os améis mutuamente.*"

Y, nótese: si ese amor de que habla Jesucristo, no alude principalmente á la concordia de la fé y de la obediencia, elemento que es indispensable para reunir un concilio de *varias naciones independientes*, ¿á qué ha de referirse, si todos los hombres somos malos; si discordancia en la caridad siempre la estaremos viendo; si Papas malos y Obispos malos no ha dejado ni dejará de haber, al ménos en sentir de nuestros enemigos?

Los católicos romanos de todas las partes del mundo han ido á reunirse en concilio, apenas llamados por Pio IX.

Setecientos obispos de todas lenguas y gobiernos, se han sentado en la Basílica de San Pedro de Roma.

¡Que se reunan diputados de los protestantes, siquiera de dos naciones! Siempre lo han querido; nunca lo conseguirán: ¡no está con ellos Jesucristo!

La razon de ese singular fenómeno está en la constitucion divina de la Iglesia católica, que vamos á estudiar en la seccion siguiente.



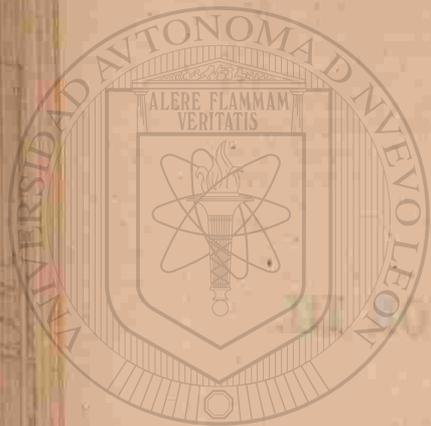
U A N L

SECCION III.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





SECCION III.

CONSTITUCION DE LA IGLESIA CATOLICA ROMANA.
ARMONIAS DE LA HISTORIA ECLESIASTICA CON LA DE LA SINAGOGA Y CON LA HISTORIA UNIVERSAL ANTIGUA Y MODERNA.

CAPITULO I.

Consideraciones sobre la forma del gobierno eclesiástico.

Las consideraciones que preceden nos conducen á estudiar la constitucion de la Iglesia y sus armonías con la historia universal, sagrada y profana.

El plan de Dios al constituir su Iglesia, confesado por los protestantes, era una sociedad universal. Esta se habia de componer de todas las naciones como tantas veces proclijeron David é Isaías, y habia de presentar á los ángeles y á los hombres el espectáculo más maravilloso que pudiera darse (*spectaculum facti sumus mundo, et angelis, et hominibus*) como decia San Pablo.

Supuesto, pues, ese designio de Dios, de hacer de la Iglesia una sociedad universal, nada más sabio y natural que establecer en esta sociedad un gobierno altamente centralizado. La Suiza puede ser república; pero la Rusia ¿podría serlo, tan vasta como es? La Iglesia, una sociedad de todas las naciones, por lo mismo tan populosa y heterogénea, debía ser organizada en una potente monarquía, cuyo jefe pudiese sostener por la gran fuerza atractiva de sus facultades, las fuerzas disolventes de las diversas nacionalidades y de la insubordinación humana.

Bien pudo Dios constituir su Iglesia en forma de república; pero ¿dónde están los elementos conservadores de la unión y de la unidad para producir el gran milagro de una república universal unida y una! Nada de eso; la Biblia supone en el reino de los cielos la más absoluta monarquía. El Cristo le dice á Pedro, *«pascere oves, pascere agnos.»* El jefe de la sociedad cristiana tiene, pues, tantas facultades como un pastor, y la relación de los súbditos al jefe es como la de ovejas al pastor. ¿No es esta la monarquía absoluta?

¿Dirán los protestantes que el poderoso medio de unión en la supuesta república cristiana, es la Biblia? Pero ¿un libro es todo el medio de

unión que pudo Dios escogitar para mantener la unión y unidad de la supuesta república, y un libro cuya inspiración ó la decide esa misma república en cuerpo ó el juicio individual? *Absit.* No puede ser así.

Y más, que á servirnos del libro, él nos habla de símiles que á toda luz suponen constituida la Iglesia en una monarquía paternal absoluta: *«Pastor, oves.»*

¿Por qué no hizo Dios escribir, *«vos estis apes, et omnes, meum exámen;»* hé ahí una bella figura de la república; pero nada de eso. Cuando los apóstoles preguntaban quién de ellos sería el mayor en el reino de los cielos, que es la Iglesia, el Cristo no les negó *el supuesto* ni de una primacía, ni de una primacía visible: *«Facta est autem contentio inter eos quis eorum videretur esse mayor. Dixit autem eis qui mayor est in vobis, fiat sicut minor, et qui processor est, sicut ministrator.»* Y después de esto ¡qué notable es lo que sigue: *«Simon, Simon, ecce satanas expetivit vos ut cribaret sicut triticum; ego autem rogavi pro te ut non deficiat fides tua; et tu aliquando conversus, confirma fratres tuos.»*

¿Por qué no les dijo el Señor: *«Nullus vestrum est mayor, altero; vos estis aequales; ego rogavi pro vobis omnibus ut non deficiat fides*

vestra, et vos invicem confirmamini. Nada de esto: la supremacía queda establecida por haberse admitido *el supuesto* que envolvía la pregunta á la que Jesus dió respuesta, y el nombre de Pedro vino oportunamente, y la supremacía en la fé le fué concedida, y á pocos días, como para que no quedase duda, le fueron dichas las famosas palabras: *pasce oves meas, pasce agnos meos.*

¿Quién con estos datos puede dudar un punto el que la Iglesia es una gran familia, en que el primogénito gobierna á nombre de su padre ausente y gobierna con todo el poder paterno? ¿No es esto una monarquía absoluta?

El sistema republicano de los protestantes es, pues, pobre y anárquico, y tiene contra sí la letra y el espíritu del Evangelio.

Mas ¿de qué manera han eludido los protestantes la fuerza indeclinable de la palabra bíblica y del buen sentido? Estableciendo el triste dogma de la Iglesia invisible. Pero en esta salida tan contraria á la palabra de la misma Biblia, á sus símiles, á sus frecuentes supuestos de la visibilidad de la Iglesia, se echa de ver la mala fé de la desesperacion. Una Iglesia invisible no está en armonía con el Verbo hecho carne y hecho visible, ni en armonía con el hombre que

vive de los sentidos, cuya accion para que sea perfecta ha de salir á sus ojos y á su boca, diciendo y haciendo lo que piensa y lo que quiere. Si el Cristo no trajo al mundo nada nuevo en orden á fundar y organizar una sociedad que se pudiese ver, que se pudiese indicar con el índice á quien preguntase por la regla de la fé y por el camino de la vida eterna, una sociedad palpable compuesta de los creyentes, fieles á una autoridad humana; entónces dejó en pie la gran necesidad del mundo, y Sócrates podría volver á decir: *ultius est spectare donec aliquem Divinitas mittere dignetur ut nos edocet.*

Dios pudo hacer su Iglesia invisible, es verdad; pero esto, cambiando enteramente el orden del mundo moral y la naturaleza del hombre. Y esto, no lo quiso; lo que quiso fué dejar en pie al hombre, que es alma y sentidos, y así mandó predicar con la *palabra*, bautizar con *el agua y la palabra*, y sin la palabra no se hace la predicacion, y sin el agua y la palabra sacramental no se hace el sacramento, no se consigue la gracia de Dios; y así, también, mandó que la Iglesia (aquí es forzoso suponerla visible) fuese *obediencia*, fuese *oída*, so pena de ser reputado el *desobediencia*, el que no *oyese* á la Iglesia, como gentil y publicano.

¿Fue visible la Sinagoga, y ¿no lo sería la Iglesia? ¿Qué, creará alguno más perfecta una Iglesia invisible, por invisible? Ya hemos dicho que en el hombre, cuerpo y alma, la perfección está en la armonía de los sentidos con el espíritu y de este con ellos.

Si, pues, la Iglesia debe ser visible, debe ser una sociedad organizada *more hominum*, y si debe ser monarquía, semejante ha de ser también á las monarquías civiles; puesto que de hombres se compone y hombres la gobiernan. Pero como obra sobrenatural, aunque sujeta en parte á las leyes naturales, y como ocupada en un fin sobrenatural, ella presenta caracteres excepcionales que la distinguen no solo de las sociedades civiles, sino aun de las demás sociedades religiosas, como vamos á verlo.

CAPITULO II.

¿Qué tiene que ver con la verdadera Iglesia el título de "Romana"?

En el sistema del mundo físico y moral, en el sistema de la naturaleza humana, en el sistema de toda naturaleza, lo universal supone lo central, como el círculo el centro, como el cuerpo la cabeza, como las ramas el tronco, como el edificio la piedra angular, como la fraternidad la identidad de un padre, como la sociedad la identidad de un gobierno; tanto va, pues, de *católica á romana*, como de universal á central.

A los que afectan desconocer la necesidad de que á *católico* se agregue el título de *romano*, y de ello se rien, tenemos de preguntar: «¿Que-

reis universalidad? necesitáis centralización. ¿Queréis lo *católico*? necesitáis lo *romano*. ¿Habéis de ser *católico*? debéis ser *romano*.

¡Oh! en esto de los nombres, cuántas veces se descubre la mano de Dios; hasta en esos nombres es grande la religión verdadera; y así como al Cristo vilipendiado y crucificado, le pusieron por burla la inscripción «Jesús Nazareno, rey de los judíos,» y después resultó dicha una gran verdad, «y lo escrito, escrito;» así á la religión verdadera, sus enemigos, por ignorancia ó á despecho, le han confirmado el doble nombre de *católica-romana*, quiere decir, *universal-central*, y luego ha resultado dicha una gran verdad, y «lo dicho, dicho.»

Profundos los protestantes en apreciar el valor de un nombre, no han soltado el nombre de *católico*, por más que no haya quien se deje engañar del nombre usurpado; pero más profundos los verdaderos católicos, han cuidado, entendiendo lo que ello vale, ó sin entenderlo, han cuidado no solo de un nombre sino de los dos: *católico, romano*; es decir: *universal, central*. Hé aquí, pues, la obra de Dios signada y sellada con dos altísimas palabras.

Pero como eso de lo *central* es catalmente el punto cuestionado, si no explícita, sí impli-

citamente, (que á hablar claro en este punto serían perdidos los protestantes) debemos hacer alto aquí y preguntar:

¿Queréis universalidad sin centro? Allí estuvo el gentilismo, ahí está el protestantismo; tendréis en verdad lo *universal*, pero ¿qué clase de *universal*? El caos *universal*. Si los paganos, desmembrando los atributos divinos y aplicándolos á seres distintos, seres que tomaron del mundo físico que por instinto deificaron, hubiesen pensado en hacer un *caos*, una ley inviolable, de cierto número fijo de dioses, habrían tenido no la anarquía universal sino un orden universal del politeísmo. Eso era imposible; por eso el gentilismo es falso.

Si los protestantes, negando el papado de Roma y afirmando el papado de Witemberg de suerte que se hubiesen proporcionado una nueva serie de Vicarios de Cristo cuyo nuevo tronco habría sido Lutero, hubieran pensado en uniformar así la creencia de las diversas nacionalidades protestantes, dándole un punto de comparación en la doctrina de los sucesores de Lutero que hubiesen de residir en Witemberg, habrían tenido entonces no la anarquía *universal* que resulta de interpretar la Biblia cada uno y de negar el gobierno de autoridades humanas y

visibles en la Iglesia, sino el órden *universal* del luteranismo. Eso no podía ser, porque de Leon X Papa y Lutero I Papa, no habría podido prevalecer Lutero por carecer aún de título aparente: por eso el luteranismo es falso; y, por identidad de razón, son falsas todas las sectas protestantes.

Eso que no pudo hacer Lutero y Calvino, pudo hacerlo el patriarca de Constantinopla, por haber tenido al ménos una apariencia de título que alegar, cual era el que Constantinopla fuere la nueva Roma. Pero como ese título se alegó tan fuera de tiempo, despues que los patriarcas de la *nueva* habían reconocido por más de tres siglos á los Obispos de Roma *la antigua* como Papas universales, se vió claro que la iglesia griega era una iglesia falsa.

Al principio no carecieron de buen sentido los protestantes. Recuérdese cómo algunos soldados del ejército que tomó á Roma en 1527, viviendo Lutero, y que constaba en su mayor parte de alemanes, proclamó papa á Lutero, cosa que pasó por un juego de la soldadesca, pero que envolvía un supuesto perfectamente lógico, cual es: papa debe haber. Y si Carlos V, á quien los alemanes obedecían y en cuyo nombre tomaron á Roma, hubiese apastado como el

Elector de Sajonia, el juego habría pasado á las véras, y entónces, constituyéndose el protestantismo en Iglesia *católica romana*, aunque con un papa malo como Lutero, habría quedado otra vez en verdadera Iglesia con solo un cambio de personal en su gefe, pues que los fieles habrían tenido por papa no ya á un hijo de los Médicis con el nombre de Clemente VII, sino á un fraile alemán, tal vez con el nombre de «el nuevo Pedro» ó Pedro II. Ese resultado posible acaeció muchas veces en la edad media, en que se vieron depuestos papas hijos de Italia, para dar lugar á papas hijos de Alemania, favorecidos por los emperadores alemanes.

De contado que Lutero, Papa, habría abjurado el protestantismo; la mano de Dios habría salvado á la Iglesia de esa manera en aquel supuesto.

No hay duda: si una religion universal no tiene un verdadero centro humano, entónces, á ménos que Dios obre un milagro en los corazones y en las inteligencias, se tendrá, no el órden religioso *universal*, sino la anarquía *universal* en religion.

No hay duda: para un enorme ejército, si es que no ha de dispersarse, se necesita un general absolutísimo; si Napoleon I hubiese gastado

contemplaciones, nada habría habido de imperio francés, ni de batallas (mucho ménos victorias) de Ansterlitz ó de Marengo.

Hemos conocido vastos imperios desde la primera hasta la última página de la historia, pero una vasta república no la esperéis jamás; el delirio por la república universal, en lo político ó en lo religioso, se parece á los ensueños por la vuelta del siglo de oro. Los pueblos en su cultura han podido constituirse en repúblicas, las conquistas de *la libertad* parecen ya apoderarse de toda la tierra; pero no bien esa república pasa de ciertos límites, cuando la dictadura se presenta á contener la anarquía, y el triunfador de la anarquía vende caro la paz á precio del imperio; esa es la historia de los griegos, de los romanos, de los venecianos, de los franceses, y pronto se cerrará así la de los Estados-Unidos; cuando una república toca, pues, ciertos límites, ó se transforma en imperio ó en muchas repúblicas.

Esto último cabalmente ha sucedido con la república de Lutero. Esa grande insurreccion de polvo que era, se convirtió en polvo; obra humana fué, en obra humana quedó; porque, ya lo hemos dicho, *las religiones humanas quedan siempre en religiones nacionales*, que es lo que

al pié de la letra sucedió con los protestantes: iglesias luterano-alemana, luterano-prusiana, luterano-holandesa, calvinista en Francia, suingliana en Suiza, jansenista en Bélgica. Igual cosa sucedió con la Iglesia griega, no por razon de ser república sino por la razon de ser obra humana, lo mismo que la de iglesia-república, por no ser esa forma la que dió el Cristo á su Iglesia. Así tenemos que la Iglesia griega cismática, de una que era al principio, se fraccionó en iglesia greco-armenia ó iglesia greco-antigua, y últimamente, obedeciendo esa obra humana á la ley de las nacionalidades, se ha subdividido la rama antigua en la iglesia greco-rusa y en la iglesia greco-turca; siempre cediendo á la ley de las nacionalidades.

En el orden práctico, esa necesidad de centro para una religion universal, proviene de la naturaleza misma de la unidad colectiva. La unidad de un cuerpo moral, así como la de un cuerpo físico, resulta de la comparacion de los miembros á una cabeza. ¿Cómo podriais lograr, cómo podriais ni aun saber, que vuestra creencia cristiana sea como la de los chinos cristianos, si no tomáis por término de comparacion y de direccion, la creencia de Roma? ¿Cómo os uniformareis los cristianos de México, los de Es-

paña, los de Rusia, los de Persia, los del Congo, los de China, si no os juntaís en Roma? ¿Cómo os entenderéis los que vivís dispersos en tantas nacionalidades, si no os entendéis con uno solo que sea como la *pedra angular*? ¿No se ve aquí cuán natural fué hacer de Simon á *Pedro* (la *pedra*), tomar de las doce *pedras* que eran los apóstoles, una sobre la que las otras compusiesen el templo de Dios? Si el Cristo, á pesar de tantas gracias, siempre nos dejó tardos de corazón y ciegos de entendimiento; si el hombre á pesar de la Redencion y de haber conversado con el Cristo, necesitaba siempre á Moisés, ¿cómo no se conviene en la necesidad de un centro visible, de una monarquía, de una sede, de una nueva Jerusalem, de un nuevo Sumo Sacerdote?

Entraba, pues, en la sabiduría de Cristo, establecer un doctor universal, una sede de doctrina. Y si esta sede no es Roma, ¿cuál es la sede? Y si Roma es la sede, ¿cómo será *cathólica* el que no sea *romano* en religion?

CAPITULO III.

El Papa, los Obispos, los Padres.

La gran diferencia que tiene la religion católica romana con cualquiera otra religion, consiste en presentar separado el poder temporal del espiritual, en ofrecer el caso de un gobierno puramente espiritual.

Fuera de la católica, todas las sociedades religiosas — sin excepcion, — la pagana, la mahometana, las protestantes, las cismáticos, nos ofrecen á los reyes disponiendo de lo espiritual; este es el distintivo de la obra de los hombres, de las religiones humanas. No solo de hecho, sino de derecho, porque es dogma de los protestantes, el rey de Inglaterra es el jefe espiritual de

sus súbditos, el rey de Prusia y el de Holanda, de los suyos; de hecho, y sin que se sorprendiesen los griegos cismáticos, el czar de Rusia se ha constituido jefe de esa Iglesia cismática, y así es también en los otros estados protestantes ó cismáticos. En la Iglesia romana sucede lo contrario y solo en ella: el Papa en tanto es rey temporal de un pequeño territorio, en cuanto á que es jefe espiritual de un territorio inmenso distribuido por toda la tierra: los papas primero han sido papas que reyes, y si son y han sido reyes, han sido papas en el mundo y solo reyes de un estado de Italia.

La obra de Dios, jamás vista ántes de los Papas y que no se ve fuera de los Papas, es, pues, un gobierno espiritual visible, poder que manda sin armas y sin armas se hace obedecer áun á pesar de la fuerza y del poder de los reyes. Nada importa, contra ese prodigio, que el Papa gobierne espiritual y temporalmente en un estado de Italia, si le vemos gobernar espiritualmente el mundo, y gobernar real y verdaderamente, dictando leyes, reprendiendo, castigando, haciendo oír, haciendo venir, plantando, arrancando, edificando, destruyendo, en territorios muy distantes de los Estados pontificios y con personas que de él nada temporalmente tie-

nen que temer y sí mucho de los reyes y de los pueblos enemigos del Papa. Fuera de este gobierno espiritual, que se nos diga si hay otro ó ha habido otro.

Al rey papa de Inglaterra solo le obedecen los súbditos del rey de Inglaterra, al rey papa de Prusia, solo los de Prusia, al rey papa de Rusia, solo los de Rusia. ¿Qué hay en esto de nuevo? También esto se vió con Nabucodonosor, con los tarquinos, con el sultan de Turquía y los califas de Bagdad y los Césares de Roma, eso no es nuevo ni ménos es admirable, sino lo más fácil que pueda ofrecer una religion que no sea la verdadera, y más todavía, el lado característico de humano, de débil y de peligroso (por las pasiones que acompañan al poder temporal) que puede tener una religion.

El prodigio, pues, en la verdadera religion es este: que un gobierno espiritual, inerte y solo por estímulos de conciencia, pueda gobernar á hombres de muchas naciones y áun teniendo contra sí la fuerza y la aversion de sus gobiernos civiles. El prodigio es: que con la mayor seriedad y *quasi autoritatem habens*, el Papa, rey de los Estados Pontificios, llama ante sí á los Obispos de España, á los de Rusia, á los de América, á los de China, y estos Obispos dicen:

«Vamos, nos llama el sucesor de Pedro.» En ninguna otra religion sucede ni ha sucedido esto nunca. ¿Qué hay en esto? Que tal fenómeno no puede provenir sino de una fuerte, extraordinaria y reflexiva convicción, y esta convicción no puede ser hija del error; el «*tu es Petrus*» el «*Pascé oves meas*,» es el secreto de esa maravilla.

Pero si esta sabiduría se oculta en la disposición de la cabeza, no es menor la que se esconde en la disposición de los brazos. En el sabio sistema del gobierno de la Iglesia, figuran los Obispos como la gran aristocracia, como la nobleza de tan vasta y heterogenea monarquía, á la vez que los párrocos son los ministros inmediatos del pueblo. Todavía entre los Obispos y el Papa, existen dignidades superiores á los Obispos, como son los Arzobispos, Primados y Patriarcas, y de esta suerte puede el Papa mover más fácilmente los resortes de la gran máquina, sin verse embarazado con la multitud de Obispos y limitando las facultades de estos por las que se dan á los Arzobispos, de manera que aun antes de llegar al Papa encuentren un centro parejal de obediencia y subordinacion, elemento maestro en la Iglesia católica romana para conservar la unidad. No hacemos mérito

de los Patriarcas y Primados por no considerarse gerarquía esencial ni de hecho ni de derecho en la Iglesia; y así tenemos que del Papa sale la accion gubernativa á los Arzobispos, de estos á los Obispos, de estos á los párrocos, de estos al pueblo. Con este sencillo sistema subsiste y ha subsistido compacta la sociedad católica, compuesta de hombres de todas naciones y aun de naciones enteras.

Pero, lo que admira, en esta gerarquía de fuerzas absolutas y enérgicas, es la manera con que están equilibradas las fuerzas y con que se salvan dos inconvenientes del gran poder del Papado y de los Obispos.

Podría ser el primer obstáculo para que el Papa estuviese estrechamente unido con el pueblo, la interposicion de los Obispos y de los párrocos, y este obstáculo se evita con la infalibilidad del Papa (suprema paternidad espiritual). El pueblo sabe que en tanto debe obedecer á su párroco, y á su Obispo, en cuanto estos enseñen lo que el Papa y permanezcan en comunión con él; mientras esta condicion esté cumplida, la voz del párroco, la voz del obispo, es la voz de Cristo; «*qui vos audit me audit*.»

Podría ser el segundo obstáculo para que el Papa se mantuviese siempre en la humildad, el

grande honor en que se halla constituido; y esto se evita con hacer que el Sumo Pontífice se vea igualado con los Obispos y junto con estos igualado con los párrocos de alguna manera, cumpliéndose el que todos se consideren como hermanos conforme á la mente del Cristo; lo cual se consiguió con que el Papa, en cuanto al sacerdocio, fuese solo Obispo, y el Obispo, en cuanto á consagrar el cuerpo de Cristo, fuese solo párroco. Más todavía, en cuanto al tono que los gobernantes debían usar con sus súbditos, previno el Cristo que, en su Iglesia, el mayor se considere como siervo del menor, y el que mande á muchos más, como siervo de muchos más (*qui maior est in vobis, fiat sicut minor; et qui processor est, sicut ministrator*); de aquí aquel sublime lema que tomaron los Papas desde Gregorio Magno: «*N. servus servorum Dei.*»

En ese punto observamos lo que algún sabio ha notado ya, á saber: que el Papa en la potestad más grande, más envidiable, cual es la potestad de orden, es enteramente igual á un Obispo, no es más que Obispo, de donde viene aquella lealtad á la que ningún Papa ha faltado jamás, de no pretender llamarse, Obispo de los Obispos, no obstante que los patriarcas de Constantinopla se atrevieron á llamarse así. A su

vez los Obispos han sido también igualados á los párrocos en lo mejor y más envidiable de la potestad de orden, cual es la consagración del cuerpo de Cristo; en esto un Obispo no vale más que un párroco.

Agréguese á todo, que los Papas, sin que el Cristo lo mandase, han limitado ellos mismos su autoridad con racional prudencia, cediendo una parte á aquel consejo de ancianos que han instituido: el colegio de Cardenales, á ejemplo de Moisés, que sin mandárselo Jehová, quiso el mismo, aconsejado por su suegro, erirse un senado de setenta ancianos con quienes partió su poder.

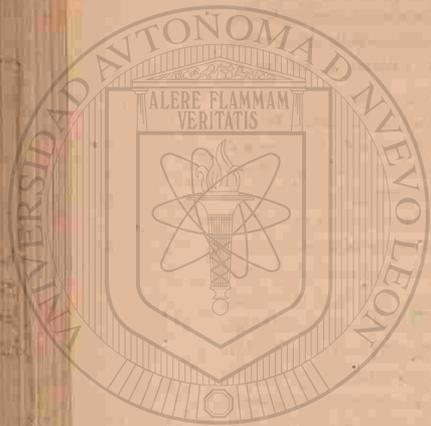
¿Qué sociedad religiosa se parece en esto á la sociedad católica romana! ¿Qué gerarquía! ¿qué potestad suprema! ¿qué gradación de poderes! ¿qué equilibrio de aspiraciones! ¿qué fraternidad sin dañar á la paternidad! ¿qué humillación tan grande la que se manda al supremo jefe y á los jefes subalternos para que no se envanezcan! (*servus servorum; qui maior, fiat minor*) ¿qué garantía al del pueblo con la infalibilidad del supremo jefe! ¿Qué unidad tan solidaria, haciendo á la cabeza y á los miembros intermedios, de algún modo dependientes de los pies (*N. servus*

serorum... qui processor (fiat) sicut ministrator... qui mayor (fiat) sicut minor... y á los piés subordinados á la cabeza (Pasce agnos) y á los miembros intermedios tambien dependientes de ella (pasce oves.)

Es tanto el orden que reina en esta vastisima sociedad, que la ley constitutiva en medio de tantas leyes, es esta regla de todo católico: «fé y obediencia al párroco; si está en comunión con el Obispo; fé y obediencia al Obispo, si está conforme con el Papa.» (*Ego rogavi pro te ut non deficiat fides tua.* «Pasce oves, pasce agnos.») Esta es toda la regla del que busque la verdad y el bien, regla que ninguna otra religion se ha atrevido jamás á sentar; pues en cualquiera otra religion desde el principio del mundo, la infalibilidad del jefe supremo, si es que ha tenido jefe, se ha pretendido fundarla, no en su juicio sino en las razones, en la *razon* que, dice, asiste á su juicio; mientras que en nuestra Iglesia, la infalibilidad se funda en la *palabra* del jefe, pureza que tiene ó no razon; pues el Cristo, que es Dios, garantizó la infalibilidad de esa palabra (*rogavi pro te, ut non deficiat fides tua; et tu confirma fratres tuos.*)

Este principio de *fé* obediente y de *conducta*

obediente, es la razon, es el elemento de la estabilidad de la Iglesia católica romana, es como la misteriosa argamasa por cuyo medio todas las piedras del colosal edificio están afianzadas á la piedra angular. Esta es la obra, esta es la Iglesia del Cristo.



CAPÍTULO IV.

El Papa.— La Supremacía y la Infallibilidad.

Lo admirable, pues, del edificio de la Iglesia, es la piedra angular, es el Papado. Esta institución es, como ya dijimos, una maravilla en la historia del mundo. La entidad de un Papa es más admirable que la entidad de un Moisés, de un Josué, hombres favorecidos de Dios, con sabiduría y santidad; pero los Papas no siempre han sido sabios, ni santos, ni aun simplemente buenos, y sin embargo, el Papado subsiste.

Un hombre en el mundo, que represente a Dios en sus relaciones religiosas con todos los hombres, es la idea más natural; tal es la naturaleza del hombre, tal es el sistema de invisibi-

lidad en que Dios se ha querido constituir respecto de los mortales. Dios no se entendió directamente con el pueblo hebreo; ¿cómo nos resistimos á creer que para entenderse con el mundo, haya establecido su Vicario? ¿Nos sorprendemos de ver á un hombre elevado á tanta altura? Más extraño sería ver en orden la sociedad cristiana sin cabeza; ¿tan gran milagro no plugo á Dios hacerlo! Esto sería mucho y nuestra fé así no tendría mérito.

Si los protestantes hubiesen permanecido unidos siquiera diez años, la tentación habría sido grande para los católicos; pero ¿quién llegó á creer en esa unión? El orden solo se funda en la obediencia, como el equilibrio físico en la atracción; y la obediencia solo se debe á la autoridad; gobernar hombres, ponerlos en orden sin autoridad, es una quimera.

Esto de, con un enérgico centro de fuerza, constituir en sociedad religiosa visible á todos los hombres de buena voluntad, dispersos por el mundo en sus diversas naciones, y constituirlos por medio de un gobierno visible, y gobierno proporcionado á esa sociedad, es decir, á la gran muchedumbre de miembros dispersos, esto es lo que faltaba al mundo, esto es lo que trajo el Cristo. Sócrates, al contemplar á la Iglesia con

la pretension de unirse, de gobernarse, con solo la Biblia y sin el Papa, habria insistido en decir con su eminente buen sentido, sus famosas palabras: *«utius est spectare dance aliquem Divinitas mittere dignetur ut nos edoceat.»*

Si no se quiere la anarquía, es necesario estar á lo que enseñe, á lo que interprete, á lo que decida en religion un gefe supremo. Si Dios no lo hubiera puesto, el hombre debería ponerlo; en este caso tendríamos la infalibilidad *convencional* de ese hombre, como es la infalibilidad del padre de familias, del juez, del legislador, del rey. Pero si Dios estableció una cabeza en religion, esta es infalible; porque la base de la religion consiste en creer, y si los mandatos del juez de la religion, del rey de la religion, se refieren al *«crediderit et baptizatus fuerit,»* siempre tendrá razon para que le crean, porque la obediencia en religion se refiere á la fé; así como la autoridad civil, el juez, el rey de una sociedad civil, siempre tiene razon para que le obedezcan, á lo ménos con obediencia pasiva.

Podrá objetarse: «La autoridad civil no necesita ser infalible en la interpretación de la ley natural, para que se le obedezca; pues, á priori, la autoridad religiosa no necesita ser infali-

ble para que se le obedezca, es decir, para que se le crea.»

Pero es clara la solución: la obediencia que se debe á la autoridad civil no importa la obligación de creer, porque la ley civil no se da para eso, sino que importa la obligación de hacer, ó en último caso la de respetar ó de no murmurar del mandato; por lo mismo, para que la autoridad civil tenga derecho de hacerse obedecer, no tiene necesidad de ser infalible. No así la autoridad religiosa; si esta pudiera engañarse mandando creer en lo que no es verdad, ¿cómo habría obligación de creerle? porque si la misión de esa autoridad no es enseñar y, por lo mismo, hacer creer, ¿cuál es su objeto?

Podrá insistirse diciendo: «á la autoridad civil se ha de obedecer en lo que no sea claramente malo; á la autoridad religiosa, *á pari*, en lo que no sea claramente falso.»

Pero es segura la solución: es falso el supuesto de la objeción; porque la autoridad civil puede errar, una vez que su objeto es el bien temporal y que no es su misión mandar el creer, ó sea, imponer la fé, y ese bien temporal no importa que se pierda. Pero si errase la autoridad religiosa, Dios nos pondría en el caso de perder el bien eterno, y esta hipótesis no puede hacerse.

Todavía podría insistirse diciendo: «No ha de ser el hombre juzgado por lo que entendió sino por lo que quiso; por lo mismo falla el supuesto de que perdiese el hombre el bien eterno con reputar verdad un error por dar fé á la autoridad.»

Pero la respuesta es segura: el hombre en parte ha de ser juzgado por lo que creyó ó no creyó, y por lo mismo por lo que entendió ó no entendió, en cuanto el creer y entender dependen de la voluntad; el hombre ha de ser juzgado no solo por los actos de la simple voluntad, sino por los actos complexos de entendimiento y voluntad, ó sea, de fé voluntaria; tal es el sistema del Cristo, «*qui crediderit.*» ¿Cómo había de imponer el Cristo la fé, si no diese á los que anuncian el Evangelio la infalibilidad, y cómo se habría esta, sin la infalibilidad de aquel que había de confirmar en la fé á sus hermanos?

También de otra manera podría objetarse: «Antes de los Papas, es decir, antes del cristianismo, no había autoridad infalible, ¿qué fuerza hay para que desde el cristianismo exista la infalibilidad de la autoridad religiosa?»

Respondemos: antes del cristianismo no se había impuesto, como un mandato al hombre,

la fé, la creencia á los ministros de Dios, ántes del cristianismo no habia venido *profeta* á decir, *vego sum xps, veritas et vita,* nombrando sustitutos con estos poderes; *«sicut misit me Pater, et ego mitto vos euntes docete omnes gentes qui crediderit salvus erit qui vos audit me audit;»* ántes del cristianismo

Dios no habia hablado sino para *prometer* su ciencia de fé, no para *imponerla*.

Aun, podria decirse: «En la religion judaica Dios se manifestó al pueblo hebreo, Dios impuso una creencia, y, sin embargo, la autoridad religiosa no tenia la infalibilidad.»

Respondemos: todo lo que á la objeccion anterior á esta.

Respondemos, además: al pueblo hebreo solo se dió una sombra de religion; por otra parte, Dios evitó la necesidad de una voz humana infalible, con detallar su ley y su dogma hasta el punto de hacer del Pentateuco una revelacion completa *ad hoc*, para los fines de la Sinagoga, poniendo ese libro en el punto en que no puso el Evangelio, de suerte que ese libro todo lo resolviese, lo que no sucede con el Evangelio, como los protestantes lo pretenden sin razon.

Por último, podria objetarse: «Para que aseguren su salvacion los hombres no es necesaria

la infalibilidad del Papa; absolutamente hablando, serémos juzgados por los yerros del corazon, no por los errores del entendimiento.»

Respondemos, primero: retorcimos el argumento; para que los hombres se salven, no es absolutamente necesario el bautismo del agua, ni la religion cristiana en su forma explícita.

Respondemos tambien directamente: Dios que dijo: *qui crediderit salvus erit*, dijo tambien *fides ex auditu* y no se ha de creer sino á la verdad que se predica, que se propone (*si veritatem dico vobis quare non creditis mihi*.) Pero una vez intimándonos el Evangelio, ¿cómo habria obligacion de creer á quien podria no enseñar la verdad, supuesto que su palabra no fuese infalible!

Si á los apóstoles, pues, hemos de creer, lo que de los apóstoles sabemos, entre ellos ha de estar la infalibilidad; pero como entré los apóstoles puede haber desacuerdo, solo Pedro que es su cabeza debe ser el infalible. (*«Ego rogavi pro te ut non deficiat fides tua, et tu confirma fratres tuos.»*) Puede errar el concilio sin cabeza, pero no la cabeza del concilio.

De intento, no hemos insistido tanto que supuesta la infalibilidad que ha de gozar la Iglesia, esa infalibilidad debe hallarse en el Papa,

porque para nosotros la gravedad de la cuestión está solo en saber si en la Iglesia hay infalibilidad; una vez demostrada la afirmativa, es un asunto de buen sentido esta tesis: «Si en la Iglesia hay infalibilidad, esta facultad debe residir en el Papa;» en el miembro condicional está la dificultad, la relación del condicional al condicionado es la dificultad menor, en cuya solución se han ejercitado con buen éxito completo los más grandes sabios.

CAPITULO V.

Historia del Papado y de los Papas.

Hemos visto al Papa con el criterio filosófico; veámoslo ahora en la Historia.

Entramos á la region de los prodigios: á la vista tenemos no un milagro vencedor de la imposibilidad física, sino triunfante sobre la imposibilidad moral; no se trata de ver cómo ha vuelto muchas veces á la vida un cadáver descompuesto, sino de ver vuelto á unirse y preservado de su desolación, á un reino muchas veces dividido y casi desolado (*«omne regnum divisum, desolabitur.»*)

Ese coloso que nos asombra, ó es con el Cristo ó es el Anticristo. A la vista de la conducta

porque para nosotros la gravedad de la cuestión está solo en saber si en la Iglesia hay infalibilidad; una vez demostrada la afirmativa, es un asunto de buen sentido esta tesis: «Si en la Iglesia hay infalibilidad, esta facultad debe residir en el Papa;» en el miembro condicional está la dificultad, la relación del condicional al condicionado es la dificultad menor, en cuya solución se han ejercitado con buen éxito completo los más grandes sabios.

CAPITULO V.

Historia del Papado y de los Papas.

Hemos visto al Papa con el criterio filosófico; veámoslo ahora en la Historia.

Entramos á la region de los prodigios: á la vista tenemos no un milagro vencedor de la imposibilidad física, sino triunfante sobre la imposibilidad moral; no se trata de ver cómo ha vuelto muchas veces á la vida un cadáver descompuesto, sino de ver vuelto á unirse y preservado de su desolación, á un reino muchas veces dividido y casi desolado (*«omne regnum divisum, desolabitur.»*)

Ese coloso que nos asombra, ó es con el Cristo ó es el Anticristo. A la vista de la conducta

repreensible de los Papas de su tiempo, pudo venir á Lutero la tentacion de creer que los mil doscientos años del Apocalipsis que se refieren al Anticristo, le venian bien al Papa; pero despues de Leon X, ese periodo de mil doscientos años ha crecido con exceso, y además, desde Adriano VI, sucesor de Leon X, los Papas han sido cada vez mejores hombres.

El prodigio es ya tan grande, que si los enemigos de la Iglesia católica romana logran hacer que los archivos de la historia, rebuscados más y más, nos muestren áun otros Papas malos en la lista que de ellos se ha hecho, no lograrán con esto sino ponderar la maravilla. Porque ocurre luego decir: cómo permite Dios una tentacion, un escándalo tan grande, dejando todos los caracteres de verdadera, cual es la unidad y la estabilidad, á una Iglesia que es la iglesia del Anticristo?

Porque desde el primer Papa que fué malo y declinó de la verdad y de la vía recta del cristianismo, segun ellos dicen, principia el escándalo, y desde Silvestre acá, el mal triunfa y el Anticristo está sentado en la sede romana; el escándalo lleva, pues, diez y seis siglos, es decir, la mayor parte de la era cristiana. Pero ese escándalo ¿podía durar tanto?

Podríamos hacer mérito de cómo la lucha que el Papado ha venido sosteniendo de Silvestre acá, no ha sido en favor de Belzebud sino contra él. Si eliminamos las luchas de la Iglesia con Juan Hus y los protestantes, hasta la época de Baile, que es el punto en que los protestantes no convendrían, lo que es de Juan Hus á Silvestre, retrocediendo, y de Baile á acá avanzando, no podrán negar los protestantes, que el Papado ha hecho la guerra á Belzebud, y ya saben ellos, porque es palabra del Evangelio, que Belzebud no se hace la guerra á sí propio.

Pero no hagamos mérito de que esas luchas han sido contra Belzebud. Solo contemplemos cómo la historia de los Papas es la historia de una lucha incesante y á muerte.

Primero con los césares gentiles. El jefe de la grande Iglesia, como llamaban al Papa los paganos del imperio, fué el blanco de la persecucion sangrienta del potente coloso, armado contra el Cristo; y ese argumento que el *Cristianismo* emplea en su favor, tomado del hecho de haber resistido á tres siglos de martirio, puede con derecho reivindicarlo el Papado, el *Catolicismo* con mayoría de razon. Los césares, herederos de la política patente y sabia de los conquistadores del mundo ignorarían lo que

importaba, si no el Papa, si el Obispo de Roma? ¡Cómo no se ensañaría, pues, esa persecucion con los Obispos de la ciudad cesárea! y, sin embargo, el hecho es que los Obispos de Roma se sentaron en el capitolio en vez de los Césares.

Viene, despues, la lucha con los herejes y con los césares herejes. El arrianismo luchó cuerpo á cuerpo con la Iglesia verdadera; primero por medio de la intriga y luego por medio de dos césares arrianos: San Atanasio personifica la causa católica y á Roma; sí, Roma, por medio del Papa Julio I, hace suya la causa de Atanasio. Jamás hombre alguno se vió perseguido tan largo tiempo y con tan jurado encono y tan á muerte; pero jamás el justo perseguido triunfó más felizmente de tan tremenda persecucion. ¿Qué sucedió entónces? Cayeron los arrianos, nada consiguió Constancio, nada Juliano, nada Valente, poderosos césares, y Atanasio murió en paz de vuelta del cuarto destierro, y los Papas diciendo, «hemos salvado á Atanasio, ha triunfado Atanasio,» pudieron decir: «se ha salvado el Papado, ha triunfado el Papado.»

Arrecciando la tempestad de la herejía arriana, (porque aun despues de Atanasio, grandes hordas de bárbaros eran arrianos) de las herejías macedoniana, nestoriana y eutiquiana, viene

á unirsele la tempestad de los bárbaros que entran en Roma. El Papado lucha á la vez con la inundacion, con el incendio de la herejía y la barbarie; y ¿qué sucedió? Leon Papa Magno, vence á Atila más gloriosamente que el ángel al ejército de Senaquerib. Leon, solo con sus diáconos, sale á encontrar á Atila, el terrible azote de Dios, al que sigue medio millon de furiosos, y Atila, aturdido por la palabra del inerte Pontífice, desiste de tomar á Roma que tiene ya en sus manos, y Atila se vuelve y á poco es muerto por los suyos y los bárbaros se dispersan. Leon vence á la vez la herejía de Eutiques, dejando deslindado con sublime doctrina el dogma de la Encarnacion, y cerrando con el concilio de Calcedonia los cuatro concilios en que los fundamentos dogmáticos del Cristianismo quedaron echados; por lo que la sabiduria cristiana no ha dudado comparar esos concilios á los cuatro evangelios.

Al fin, apoderados de Roma los bárbaros, acaba el imperio romano; pero en medio de la inundacion, el Papado se salva cual el arca en el Diluvio; Gregorio Magno es el nuevo Noé, padre de un nuevo linaje de cristianos, compuesto de los vencedores bárbaros y de las reliquias del linaje latino. Ya entónces queda Roma abandonada

da á todos sus enemigos, y Roma queda en manos de los sucesores de Pedro, no á despecho de ella sino á sus propios ruegos; Roma no es entonces objeto de codicia sino de caridad; los Papas recojen al huérfano desvalido y de ese huérfano hacen un varon poderoso. Leed la historia de Gregorio Magno, á ver si decimos verdad.

Pasan esos días y Roma vuelve á ser codiciada; los Lombardos inundan la Italia y los Papas son perseguidos. Ya entonces los sucesores del nuevo cristiano Clodoveo, son poderosos; la Galia ya es Francia. Dios suscita á Pepino y á Carlo Magno para salvar á los Papas de los Lombardos, y para fundar el pequeño Estado temporal del Pontífice del Universo. Terribles tiempos estaban por llegar, y la cristiandad se constituye entonces en el santo imperio romano.

Viene el cisma griego, viene la invasión de los Sarracenos; los césares cristianos se vuelven cismáticos y perseguidores del Papado y los Sarracenos avanzando de Oriente y Occidente amenazan no solo á Roma papal sino á Roma civilizada. El peligro se triplica con la invasión simultánea de los Normandos, nueva horda de bárbaros septentrionales, que al arte de los otros bárbaros reúnen el de la piratería. ¿Qué sucedió entonces? El tercer peligro es el remedio de los otros

dos: los Normandos transigen con Roma en política y ceden en religión; fundan el reino de Nápoles que por mucho tiempo defiende á Roma ya de los griegos, ya de los sarracenos; no parece sino que á eso vinieron los normandos.

Después de esto, durante el peligro de la invasión árabe y reforzado el islamismo por la nacion othomana que lo regenera, el Papado es el alma de esa invasión de las cruzadas que adelantándose al Asia durante cuatro siglos, hace que los turcos no tomen á Constantinopla y que de allí no caigan sobre la Italia y la Europa toda. El Papado, pues, ha salido triunfante de este inminente peligro.

Pasadas estas crisis vemos al Papa luchar con el concilio de Basilea, triste sintoma de la insurreccion protestante. ¡Qué tremenda lucha! La Iglesia católica romana debió haber espirado entonces; no era Eugenio III, era la supremacía del Papa la cuestion que se ventilaba. Amadeo de Saboya ó sea Félix V no era el Papa Félix sustituido al Papa Eugenio, sino una entidad nueva sustituida al Papado. Y ¿qué sucedió? Que el concilio, tan potente al principio, fue debilitándose, y el Papado tan débil entonces fue recobrándose: que el concilio quedó vencido y el Papado vencedor. Así terminó la lucha.

Esta no fué, empero, sino el preludio de la gran lucha con el protestantismo. Se alza Lutero, se alza Calvino, se alza Enrique VIII; media Europa se pierde para el Papa y no se cuenta con la otra mitad; quedan solo la Italia, la Francia y la España. Pero la Francia ya casi, casi va á perderse, y la España tendrá que sucumbir. El concilio de Trento ¡cuántos riesgos corre! Y ¡qué sucedió? Que para rivales de los herejes hicieron en daño del Papa; y Francisco de Sales y Felipe Neri y Carlos Borromeo y Pio V, fundan, conquistan, edifican, admiran, y en pocos años los Papas son santos. Y ¡qué más sucedió? Que sesenta millones de católicos perdidos en Europa, son reemplazados con doscientos millones en América y sesenta en las Indias y el Japon: que la Francia logra convertir á Enrique IV: que ciento cincuenta años despues de Lutero, el Papado vé á su Iglesia en una prosperidad mayor que nunca.

Vencido el protestantismo, el Papado lucha con el jansenismo y el galicanismo. Luis XIV á Inocencio XI se encuentran frente á frente;

el rey más hábil y poderoso, el Pontífice más sencillo y humilde se empeñan en la lucha; Bossuet, el gran Bossuet, está de parte de los enemigos; los jansenistas astutos han preparado la lucha y son aliados de los galicanos. Y ¡qué sucedió? Que el potente rey, que el árbitro de Europa, representante del partido anti-papal, cede al cabo, y que los Papas salen siempre vencedores.

Pocos días despues, la filosofia, auxiliada de las negaciones del protestantismo, de la rebeldía sutil de los jansenistas, de la funesta debilidad de los galicanos, de la corrupcion espantosa de las costumbres, de la ilustracion del siglo, de los adelantos de las ciencias, del amor á las investigaciones y á los estudios fundamentales de la religion, en historia y en política, se presenta como un Diluvio universal prometiéndose cubrir hasta el monte del Vaticano. La religion se ve oprimida como si ya cediese á la violencia del embate, como si ya las olas fuesen á ocupar la cumbre de la montaña santa.

En esos días no parecían ni apologistas, ni macabeos, capaces de salvar á la verdad de perderse y á sus depositarios de acabar su genealogía; Dios sella los labios de Bossuet, como dice un apologista moderno, y enerva el brazo de los

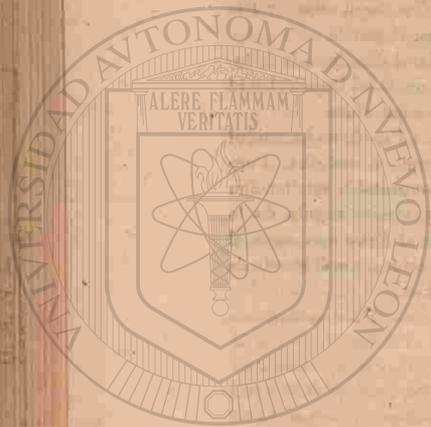
Turena. Los sabios parecieron dar por concluido el Papado y su Iglesia, y en su defección alentaban á los burladores y estos con sus burlas alentaban en su defección á los sabios. Los reyes cristianos quedaron muertos ó prisioneros, y el Papa fué arrebatado de Roma y espiró en el destierro. Hasta los ménos hostiles llegaron á decir, «enterrad al último Papa.» Mas ¿qué sucedió? Que cuando todo se creía perdido, ya Pío VII estaba electo por los Cardenales prófugos, en un momento de tregua que los enemigos del Cristo dieron á los fieles sin saber cómo.

No bien esto sucede, un nuevo Alejandro hace enmudecer á la tierra. El Papado, repuesto de la reciente lucha, ve anunciarse otra nueva. El ateísmo queda confundido y el furor de los anti-católicos queda enfrenado; pero el domador de los ímpios, quiere también encadenar el poder pontificio. Pío VII y Napoleón se encuentran frente á frente. ¡Lucha tremenda! La Iglesia católica romana está á pique de ser una iglesia del César europeo, como la de Inglaterra es del rey de Inglaterra y la de Rusia de su emperador. Y ¿qué sucedió? El angustiado Pío VII, tres días después de su falta, se levanta lleno de fé y dice al nuevo Nabucodonosor: «*Non licet*» hiere, pero lo hecho, deshecho.»

Y el tirano se enfurece; pero el Pontífice sonríe traaquilo. A pocos días cae el coloso y Pío vuelve en paz á gobernar el mundo.

Hasta aquí la historia: el desenlace de la lucha actual y el seguro triunfo del Papado, habrá de contarlo la generacion que viene.

¿Cómo es, pues, que el Papado no ha caido? «La fuerza de la opinion!» se nos dirá. Pero ¿cómo podia ser tan incontrastable esta opinion si no se fundase en la persuasion segura de la verdad? *El tu es Petrus, el Pasce oves meas*, el *rogavi ut non deficiat fides tua*, son el secreto de esa estabilidad maravillosa.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS

CAPITULO VI.

El Pontificado romano debió haber concluido muchas veces desde los primeros siglos, si no fuera obra de Dios. — Dios no sólo lo permite sino que lo ama. — Historia de las grandes crisis de la Iglesia y del Papado.

Antes de que nos ocupemos en estudiar las causas segundas que han contribuido á la inco- lumidad de los Papas y de su Iglesia, conviene reflexionar sobre las grandes crisis, sobre los im- minentes peligros por los que han pasado, y so- bre la manera extraordinaria con que han sali- do salvos del peligro. El Papado, á no ser obra de Dios, mucho tiempo ha debió haber sucum- bido, y si ha salido salvo de tantas pruebas esto ha sido siempre por medio de acontecimientos inesperados y extraordinarios; cuantas veces los

dados se echan, otras tantas la suerte favorece la causa de esa institucion sorprendente.

Ya en el capítulo anterior, hablando de las luchas que ha sostenido el Papado, hemos hecho mérito de la gran parte que le cupo en la persecucion que la Iglesia sufrió del gentilismo. El milagro, pues, de la conservacion de la Iglesia, no obstante esa persecucion, es mayor por lo que hace á los Papas.

Tal vez no se ha pensado bien en la suma dificultad con que la sucesion de los Pontifices pudo subsistir en esa época terrible, ni en el cuidado con que los perseguidores han de haber procurado extinguir la cabeza de la *secta aborrecida*. Los césares y los sabios de entónces bien han de haber sabido lo que importaba esa cabeza. Casi todos los Papas de esos tres siglos fueron mártires; ser Papa importaba entónces tanto como morir. ¡Cómo, pues, no acabó entónces el Papado? Es fuera del órden natural el que unos usurpadores como se supone á los Papas, hayan sabido morir y sufrir como mártires, y usurpadores deberemos suponerlos, segun los protestantes, porque en ese tiempo los Obispos de Roma se portaron ya como soberanos de toda la Iglesia.

El Papado debió haber perecido en la trasla-

cion de la capital del mundo, de Roma á Constantinopla.

Si Roma dejaba de ser ya la gran ciudad de los césares, ¿por qué no seguía con los césares á Constantinopla el Papado de Roma? Porque la razon de lo *romano* se tomaba de Pedro y no de César. A no haber existido alguna razon poderosísima, al salir Constantino de Roma habria concluido el poder universal de sus Obispos. Pero nada de eso; los Obispos de Constantinopla nada dijeron, y por mucho tiempo reconocieron la superioridad del Obispo de Roma. No existe durante tres siglos despues de Constantino indicio siquiera de alguna pretension de esas que despues produjeron el cisma de Oriente. Con la hipótesis protestante, no concedemos, pues, razon plausible en los Papas para ser lo que son; en ese caso al abandonar el César á Roma, el Papa debió caer. Y ¿porqué no cayó?

Otro tanto debió suceder con la invasion de los bárbaros. Entónces Roma valia ménos que Rávena y que Milán, y los romanos ménos que los bárbaros. Entónces debió suceder que la medida de la grandeza perdida de la inelita ciudad, objeto de la emulacion y rivalidad de tantas otras, fuese la medida del desdén con que se la viese, fuese la medida de su nueva pequeñez.

¿De dónde podían sacar ya los Obispos de Roma sus títulos para ser tenidos en más de lo que antes valían? Contrario fué al órden natural el que los Obispos de la ciudad caída no cayesen con sus conciudadanos. Si no cayeron, una razón debe existir, que no sea la que quisiera tomarse del respeto á lo antiguo, de la habilidad de los Papas, de los afortunados manejos de la usurpacion. Caido el árbol, ¿no caen con él todas las ramas si no es que otro árbol que confundía las suyas con él, haya escapado del golpe de la segur?

Pero, no es esto nada. Uno de los milagros que más asombran en favor del Papado, es el que lo supo preservar de su ruina en la fatal época del siglo X. ¡Ponderad, enemigos del Papado, ponderad más y más los excesos y los escándalos de los Papas de ese siglo: no sabéis lo que haceis! ¡Por qué no concluye con esos criminales el poder del Pontificado romano! ¡Por qué no se pone ahí de manifiesto la usurpacion! ¡Por qué los Anticristos no perecen con su mentida genealogía! Enmudecerán los enauigos; solo nosotros podemos dar explicacion cumplida de tan extraña fortuna: *«tu es Petrus, et super hanc petram edificabo ecclesiam meam et porta inferi non prevalebunt adversus eam.»* Si no caen

las piedras de la cumbre, ¿cómo ha de caer la piedra del ángulo?

No acabó, pues, el Papado á pesar de los Papas malos del siglo X; acabaron, sí, los Papas malos, pero no los Papas; y vinieron Papas buenos y despues de estos, mejores. Y fué entonces cuando ya Constantinopla osó disputar la primacía de Roma. De dos grandes ramas una se ha de apoyar en el tronco; aquella que no insista en él habrá de secarse, y si ninguna insiste, las dos se secarán; y si deben secarse las dos, una y otra habrá de secarse pronto, no sea que engañadas las ovejas se pongan á su sombra diciendo: *hó aquí el árbol de Dios.* Constantinopla pereció muy presto; seco el sarmiento fue arrojado al fuego. ¡Por qué la una rama ha seguido creciendo hasta ser un árbol mayor que en tiempo de la otra rama!

El Papado debió haber concluido con la invasion de los sarracenos. Dueños estos de España, dueños de Sicilia, dueños de las costas de Africa, era un hecho la conquista de Italia y la toma de Roma; y Roma, que supo dominar á los bárbaros del Septentrion imponiéndoles su fé, no habria podido hacer lo mismo con los creyentes de Alá. Pero direis, no les ocurrió apode-

rarse de la Italia.—En esto está, cabalmente, la misteriosa fortuna del Papado.

Pero, no aleguemos lo que pudo ser; veamos, sí, lo que fué y fué á despecho de las leyes inevitables que rigen á los reinos. Aludimos al cisma de Occidente, á esa prueba, como ninguna, de la que el Papado ha salido triunfante y fortificado; aquí está el colmo de la maravilla.

Dividase todo reino, y será desolado; (*omne regnum divisum desolabitur*) el sol dejará primero de salir por el Oriente y aparecerá en la mañana por el Occidente, ántes de que esa sentencia deje de cumplirse con cualquier reino de los hombres. Ese cisma de 40 años, ese escándalo de tres Papas dividiéndose la obediencia de la cristiandad, aborreciéndose con la obstinación de la ambición; terminar, no obstante, por una regeneración solemne, es una paradoja histórica que la simple historia no acertará á explicar. Era imposible que la Iglesia, una vez fraccionada, volviese á ser la Iglesia ántes de fraccionarse, como fué imposible que repartido el imperio de Alejandro entre sus generales, lo hubieran estos devuelto unido á su heredero, como fué imposible que dividido el imperio romano en uno de Oriente y en otro de Occidente, volviese á ser el imperio de los césares.

El órden natural pedía inevitablemente que Pedro de Luna y sus sucesores hubiesen quedado con la Iglesia papal española, y Benedicto con la Iglesia papal inglesa y francesa, y Gregorio con la Iglesia papal italiana y alemana; eso era indispensable una vez dada la ley (*omne regnum divisum desolabitur*.)

Figuraos que se os narrase este hecho: «Los amigos de los generales de Alejandro han logrado á fuerza de ruegos y de exhortaciones por la memoria del héros, que el mismo imperio se devolviese á los herederos del héros; ¿qué decis? «Oh! eso es imposible para la debilidad humana; eso es un milagro; no me narreis quimeras!» ¡Oh! pues hé aquí lo que ha pasado á la faz de Europa; los amigos de la Iglesia á fuerza de ruegos, de sacrificio y de abnegación han entregado á Martino V la misma Iglesia de Urbano VI.

No hay que dudarlo; el Papado, si fuera obra de los hombres, inevitablemente habria sucumbido en el cisma de Occidente.

Más grave todavía fué lo acaecido en el concilio de Basilea. El conflicto del Papa con la asamblea de los Obispos fué un mal mayor que el conflicto de un Papa con otro Papa. El cisma de Occidente fué una división de hecho; el cisma de Basilea fué una división de derecho. En tiem-

po del cisma se reconocia el Papado, pero no á tal Papa; en Basilea se desconocia la superioridad del Papa; los Obispos se sublevaron no ya contra el encabezado sino contra la cabeza. ¡Qué prueba tan terrible! ¡la nobleza sublevada contra la monarquía! El Papado entónces debió perecer (*omne regnum divissum desolabitur.*) El Papa huyó y quedó casi solo; pero los nobles sublevados volvieron á la obediencia despues de su prevaricacion, y se vió regenerada la monarquía no cediendo un palmo de su derecho.

Los sublevados de Cronwel dan muerte á Carlos I; al cabo de algun tiempo ceden y sube al trono Carlos II; pero su monarquía ya es otra; la monarquía de Carlos I no volvió más; con Carlos I acabó la monarquía absoluta en Inglaterra, con Carlos II comenzó la monarquía restringida ó sea constitucional.

La Francia sublevada da muerte á Luis XVI; al cabo de algun tiempo cede la Francia, y Luis XVIII ocupa el trono de sus abuelos; pero la monarquía ya es otra: la monarquía de Luis XVI y de sus antepasados no volverá más; con Luis XVI acabó la monarquía absoluta de Francia, con Luis XVIII comenzó la monarquía restringida ó constitucional.

Con el Papado ha sucedido lo contrario: su

poder paternal ó, en lenguaje de publicista, su poder absoluto, del cisma de Basilea á acá ha venido en aumento, es decir, cada día ha sido más reconocido, respetado, admirado. ¡A ver!

Y ¡qué dirémos de la insurreccion protestante! ¿Qué dirémos de ese diluvio devastador, cuyas aguas aún han dejado en Europa esos grandes lagos que alborotados á veces amenazan anegar el campo cultivado de la viña de Roma! ¡Oh! en esos dias de tinieblas y de tribulacion, cuántos no creyeron ver llegado al fin del reinado de los Papas! ¡El árbitro de Europa, el nuevo César, Carlos V, no conoce el peligro, y tibio y poco celoso de la vida de la Iglesia, casi llega hasta el cisma con el Pontífice, y pone tales obstáculos á la libertad del Concilio de Trento, que muy poco ha faltado para que el concilio ofreciese el escándalo de dar fin por la anarquía! Y, sin embargo, el concilio concluye felizmente, y eminentes Pontífices inauguran la regeneracion católica.

Sabido es el pronóstico de Lutero; de ahí á veinte años acabará el Papado. Ese mismo fué á los doscientos cincuenta años el pronóstico de Voltaire; y Lutero y Voltaire, no contando con la asistencia sobrenatural que Dios dispensa á

la Sede romana, tenían cumplida razón, discurrían con la plenitud del buen criterio; porque fueron tantas las ruinas acumuladas contra el Papado en tiempo de esos dos Anticristos, que estaba fuera del orden natural y humano el que el Papado no pereciese; (*omne regnum divisum desolabitur.*)

Y cómo vamos subsistir aún el Pontificado, y más esplendoroso que nunca y ejerciendo sus poderes con mayor confianza suya y mayor respeto de los católicos, después de ese combate tremendo que le ha presentado la filosofía ya con los libros y con sus sabios, ya con las armas al mando del primer guerrero del mundo! La filosofía, ó sea la irreligion de la Francia, ha sido luego la irreligion de la toda Europa y de toda la cristiandad, así como la revolución francesa ha sido al cabo la revolución de todos los países civilizados. ¿Por qué no acabó el Papado en fuerza de las burlas de Voltaire y de las razones de los enciclopedistas y del prestigio inmenso de los sabios, coligados contra la *vetusta institución*? ¿Por qué unos cuantos prófugos han dado un sucesor á Pío VI cuando la Europa ó no tenía voluntad ó no tenía valor de llamarse católica romana? Pero es el hecho que con Pío VI no quedó enterrado el Pontificado, como aseguraban

los adeptos de Voltaire; y es el hecho también que el sucesor del difunto, era de ánimo tan bien templado, como se necesitaba para luchar con el coloso que iba á representar á la filosofía en el nuevo combate que tenía de librar contra el romano Pontífice.

El peligro que iba á presentarse no era el de la muerte del cuerpo del Papado, sino el de la de su alma; no el de esa muerte de hierro y de fuego, sino el de la muerte de veneno y no de veneno violento, sino de aquel que deja al parecer vivo al que ha engañado con dulce sabor; de ese veneno que tomaron y con que murieron los pastores de la antes católica Inglaterra y de la antes iglesia griega, que después fueron la iglesia protestante de Inglaterra y la iglesia cismática de Rusia, de ese veneno que se llama la *prudente condescendencia* con la voluntad de un rey que se dice protector de la Iglesia; veneno que no está eximido de tomar ningún jefe de Iglesia que no sea la de Roma, porque resistir á la mano que lo propina no es dado al que Dios no sostenga, y Dios sólo á Pedro concedió el don de resistirla.

Hé aquí, pues, á Napoleón, al gran dominador que llevaba en pos de sí, en humilde séquito, reyes altivos cual humildes palaciegos; hé

aquí á Napoleon con Pio VII en Fontainebleau, queriendo hacer de la Iglesia católica una iglesia napoleónica ó imperial, y al sencillo é ingenuo Pontífice, irritando con su sencilla é ingenua resistencia al que era terror de reyes de antigua dinastía.

¿Qué valieron todas las amenazas! ¿Qué valieron todas las promesas! Nada. Bernabé Chiaromontí es una caña que el huracán doblega, pero que no rompe. Sí, que se doblega, pero que pronto se levanta. El triunfador de ejércitos sabe tomar la mano de su prisionero y hacerle prevaricar con engaños; pero la voz del prisionero grita contra lo escrito y lo arrancado por subrepcion apenas acabado de conseguir; y Pio VII, vuelto en sí, con la tranquila actitud de su humilde resistencia, llena de terror al gigante.

Poco despues cae Napoleon, y el Pontífice vuelve á ocupar la sede de Gregorio Magno, de Hildebrando é Inocencio III. Pio VII debió sucumbir como sucumbieron los más altivos reyes ante el gesto del nuevo Alejandro; no era capaz la fuerza del alma de un hombre prudente y contempozador como Chiaromontí, para resistir á la palabra de tan poderoso carcelero. ¿Por qué no sucumbió! No lo explicará sino el

que reconozca la asistencia que presta el Cristo á los sucesores de Pedro.

Hé aquí bosquejado el cuadro de las principales crisis en que la Iglesia romana, á ser obra de hombres, debió haber sucumbido.



UNIVERSIDAD ANTONIO DE NEBRIJA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO VII.

El Papado ha servido á Dios y no á Satanás.

Para que no quede la duda de si la fuerza sobrehumana que ha sido tan favorable al Papado, procede de Dios ó procede de Satanás, querémos consagrar este capítulo á demostrar cómo los intereses de Dios y no los de Belzebud son los que el Papado ha sostenido siempre. Veremos cómo ninguna potestad religiosa ha hecho tanto por el bien y tanto contra el mal, como el Papado, y no bien y mal que así se llame entre los católicos solamente, sino bien y mal del género aceptado también por los disidentes.

Desde luego notemos el bien que hizo el Papa y el mal que combatió, tomando una parte tan activa en la destrucción del paganismo y en la conversión de los paganos. La conversión de Inglaterra, la de Dinamarca y Alemania, del gentilismo al cristianismo, se debe exclusivamente á la Iglesia papal. Todas las misiones enviadas á convertir gentiles, que han tenido un éxito efectivo, han partido de Roma ó han recibido su sancion y se han mantenido en comunión y en correspondencia con el Papa. Eso antes de Lutero.

Después, ¿cuánto no hay que narrar desde los misioneros que en mil quinientos veinticuatro salieron de Roma para México, hasta los que el año actual (1878) han salido de Roma para la Cochinchina y para todas las misiones del Asia! La América gentil, pronto adoró al Cristo, merced á los trabajos incalculables de aquellos misioneros sobre que Roma velaba. Las Indias Orientales, la China, el Japon, las islas de Oceanía, el Africa, han visto recibir el bautismo á miles y miles de infieles, catequizados por los ministros de los Papas.

Digan los protestantes que Roma es idolatras y que de una idolatría ha hecho entrar á los gentiles en otra idolatría; pero adviertan, que el

bien de Roma al convertir á los gentiles, ha consistido principalmente en *moralizarlos*, y este es el principal punto en que Satanás se da por ofendido. Más quisiera Belzebub ver al universo convertido en católicos malos que en buenos gentiles, que sin excepción todos los hombres profesasen la fé católica y practicasen malas costumbres, que el que sin excepción todos los hombres hubiesen quedado gentiles en fé, pero practicando buenas costumbres. Satanás aceptaría con gusto veinte Papas como Alejandro VI, católico sin tacha en la fé, por no sufrir un solo gentil como Aristides.

Roma, pues, ha trabajado por la causa de Dios al convertir tantas naciones de la gentilidad, cuidando más que todo de regenerar sus costumbres.

Roma ha estado á la cabeza de esa resistencia que la fé ortodoxa ha hecho á las herejías arriana, macedoniana, pelagiana, nestoriana y eutiquiana, herejías cuya calidad de tales convienen los protestantes en reconocer con los católicos. Apenas predicaba la heterodoxa tesis y contradicha, la de Arrio por Alejandro, la de Macedonio por Gregorio de Nacianzo, la de Pelagio por Agustín, la de Nestorio por Cirilo, la de Eutiques por los Obispos de Calcedonia.

los contradictores avisan á Roma para que ratifique y ordene en forma el combate; y Roma aparece incansable hasta que con cinco Concilios pone de manifiesto los cinco heterodoxos errores. Roma, por tanto, con la autoridad y trabajo de sus Pontífices ha hecho la guerra á Satanás aniquilando aquellas cinco herejías, llamadas también herejías por los protestantes.

Los Papas han dado ejemplos memorables de tomar á su cargo la defensa del justo perseguido. Los reyes y los príncipes se levantan contra Atanasio, y el Papa Julio, con enojo de reyes y príncipes, protege abiertamente al perseguido Obispo. El incorruptible Juan Crisóstomo, que truena contra los escándalos de la corte, se concita el odio de los grandes, pero el Papa Inocencio I se declara su protector y su amparo, compartiendo con el apóstol perseguido por la justicia la animadversión del emperador. Nicolás I toma la defensa de otro justo oprimido de los malos, y sostiene á Ignacio, el santo patriarca de Constantinopla, contra las furias de un tirano y las astucias del patriarca intruso. El mismo Nicolás I sostiene la santidad del matrimonio y la debilidad de una esposa ofendida, contra todo el poder de un rey de Francia, y no

obstante exponerse á perder una amistad tan necesaria al interés del Papado en esos tiempos.

Gregorio VII, Inocencio III, Bonifacio VIII, ¡qué nombres! Gregorio salva á la Iglesia de la inmoralidad y de la tiranía de los reyes; Inocencio hace otro tanto, y, como sus antecesores, defendiendo la santidad del matrimonio y la debilidad de una mujer, contra el poder de uno de los más poderosos monarcas; Bonifacio combate por la justicia hasta el último instante de su vida, también contra reyes y tiranos; por eso la calumnia se ha ensañado contra estos tres héroes.

Si después los Papas, como sucedió con los del siglo X, fueron malos hombres, ¿se separaron por eso del camino seguido por los buenos, de velar por las buenas costumbres? Si los Papas que precedieron á Adriano VI, pagaron tributo á la degeneración de las costumbres de la cristiandad, en su personal conducta, ¿dejaron por eso de enseñar la misma moral que sus predecesores y de ser el apoyo del débil contra el fuerte?

Apénas la insurrección de Lutero publica que los Papas por sus malas costumbres personales

son Anticristos, vemos sentarse en el trono de Alejandro VI, al honrado, piadoso y austero Adriano VI; de manera que Lutero nada pudo decir de sus costumbres. Después sigue esa serie de varones ilustres como un Paulo III, un Paulo IV, un Pio IV, un Pio V, que han trabajado infatigablemente por la reforma de las costumbres de la corte romana y de toda la cristiandad, mostrándose modelos de santidad en medio de la pompa del Papa-rey. Entonces fué cuando quedó resuelta, como nunca, la cuestion de si el Papa era el Anticristo, cuestion con que Lutero sublevó la mitad de Europa; entonces se vió cómo el Papado es contra Satanás, y que la causa del bien y de Dios, es su causa.

De entonces á hoy, ¿no han estado los Papas á la cabeza de esa propaganda que trabaja incesantemente por la mejora de las costumbres del orbe católico?

No sea, pues, dificultad para los disidentes el encontrar Papas malos en la serie de ellos; porque el Cristo no prometió la infectibilidad de la justicia sino de la *fe* de Pedro; y vean, cómo, en todo caso, los Papas buenos ó malos han ido llevando á cabo la obra progresiva de la mu-

ralizacion del mundo, y no midan la bondad de esa institucion por las malas costumbres personales de unos, sino por el bien que todos han sabido llevar á cabo en favor de las costumbres, y miren, sobre todo, cuántos Papas han sido muy santos Papas y muy santos hombres. Satanás, pues, ¿cómo habia de hacerse la guerra á sí mismo? Porque convengan los disidentes en que, á lo ménos varias veces y varios de los Papas, estos han hecho la guerra á Satanás.

Enemigo del Papado fué un Neron, un Decio, un Galerio, un Majencio, furiosos tiranos gentiles. Ni se diga que esos perseguidores no perseguían al Papa sino al Obispo, ó que no sabían si habia Papas, porque ¿cómo los señores del mundo desconocerian la influencia universal que, *de hecho* por lo ménos, ejercían esos Obispos, ó cómo no habian de averiguar, ó cómo no habria de llegar á su noticia la extraordinaria constitucion de la sociedad que venia planteando esa *nueva secta* difundida por toda la tierra?

Tolerante del Papado fué un Trajano, un Antonino Pio, honra de la gentilidad. Amigo y protector del Papado, el gran Constantino, el generoso, el dócil Clodoveo, el magnánimo Teo-

dosio, el piadoso y magnífico Carlo Magno, el intachable Oton III, el santo rey Luis IX, el santo rey Fernando III.

Enemigos del Papado, el apóstata Juliano, el hereje Constancio, el perverso Enrique III lleno de crímenes.

Amigos, en fin, reyes justos y piadosos; enemigos, reyes tiranos ó criminales. Ahí está la Historia: que se nos contradiga.

El gran Luis XIV, hombre de excelente buen sentido, que oyendo hablar de esos dos hombres que hay en nuestro interior, de esas dos inclinaciones del bien y del mal, decía graciosamente: «conozco mucho á esos dos hombres.» Luis XIV, decimos, cuando fué el hombre de mal, es decir, de malas costumbres, afligió al Papa y fué su enemigo; cuando trató de ser el hombre de bien, hizo justicia al Papa, dejó de afligirle y fué su amigo.

Enemigos implacables del Papado, todos los herejes y cismáticos, y hablados de aquellos apellidados así también por los protestantes.

Sus amigos los ha tenido el Papado entre los hombres de virtud y ciencia, solícitos del orden y la paz, hombres cuya santidad, honradez

y ciencia, reconocen los enemigos mismos de Roma y de los Papas.

Con estos datos, dígasenos si el Papado estará de parte de Dios ó de Satanás, si habrá servido á Dios ó á Satanás.

BIBLIOTECA CENTRAL



UNIVERSIDAD ANTONOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

CAPÍTULO VIII.

*Incolunidad del Papado. — Medios naturales. — Poder temporal. —
— Providencia especial de Dios por muchos siglos.*

No sería mucho, para el plan de demostración que nos hemos propuesto, el hallar la razón de la incolunidad del Papado en la palabra de la Escritura, y en la necesidad natural que hay de una cabeza, para constituir el cuerpo social de la religión del Universo cual es la católica romana. Debe ser nuestro empeño estudiar las causas segundas de esa incolunidad de los sucesores de Pedro, estudiar los medios naturales con que la Providencia ha producido el milagro de ese trono indestructible.

Una de las causas que desde luego se presentan á la consideracion, es la que Dios tomó de la superioridad y del hábito de mando que Roma habia adquirido sobre el mundo. El aprovechamiento de ese elemento, eximia á Dios de la necesidad de hacer más sensible el milagro de la incolumidad del Pastor de los pastores. Ver convertida en cabeza de la cristiandad á Marsella, Malta ó Nazaret, habria sido demasiado para la suavidad con que el Cristo queria que la piedrecita derribase al coloso.

La maravilla de la grandeza de la nueva Jerusalem estaba hecha de antemano, y aquello de

«Tanto molis erat Romanam condere gentem,»

era ya el principio de la edificacion de la Iglesia católica. San Pedro al entrar en Roma, iba á tomar posesion de una ciudad cuyo dominio le pertenecia de antiguo y que los césares solo tenian en depósito. Cuando Eneas salia de Troya la desolada, á fundar la nueva Troya, ménos obedecia á Jupiter que á Jehovah; y si destruida Troya, venia Roma á sustituirla con ventaja, esto era ya como la anticipacion del pensamiento del Cristo, que decretaba la destruccion de Jerusalem, cabeza de su antigua Iglesia, des-

echada por adúltera, para hacer de Roma otra mejor Jerusalem, cabeza de nueva y más grande Iglesia.

Constituida, pues, Roma, cabeza de todas las naciones, hecho este prodigio en tiempo de su gentilidad, para no tener que hacerlo en tiempo de Pedro, todos los elementos de dominacion universal con que contaba la ciudad gentil, vinieron á servir como medios naturales para el prodigio sobrenatural del dominio espiritual del Universo que han conservado los Papas. Roma constituida en centro de la afluencia política universal, pudo ser el centro, sin gran trabajo, de la afluencia religiosa universal; la que era centro del mundo científico profano, pudo serlo, sin gran trabajo, del mundo científico teológico; y fué un medio poderoso para mantener á las naciones en comunion con la gran ciudad, la universalidad del latin. Y es esto tan razonable, que, nada ménos, la sola rival en idioma y en cultura, capaz de oponerse á Roma, cual fué la Grecia, esa fué la que vino al cabo á constituir la primer rama cismática separada del grande árbol, viniendo á ser esa rivalidad de idioma y de cultura, el elemento natural, la poderosa tentacion, que persuadió á los griegos el fatal cisma.

Ingerida ya la potestad papal en el tronco del grande árbol del imperio romano, y yendo el árbol nuevo á igualarse en tamaño con el antiguo, gravísimo inconveniente habría sido para el poder papal, el tener que partir grandezas con el poder cesáreo. Dios, que todo lo puede, habría hecho antónces uno de dos milagros, á cual más ruidoso; ó mantener siempre bueno y propicio el corazón de los césares, ó forzar los acontecimientos dando siempre el triunfo diario á los Papas; pero ya hemos notado repetidas veces, cómo entra en los designios de la Providencia escasear los milagros, sirviéndose en su lugar de medios naturales para los fines de su gobierno sobre el mundo. Así fué que más bien eximió á los Papas de la vecindad de los césares.

Años había que los césares, en sus expediciones á Oriente para combatir á los persas, hacían mansiones de largo tiempo en alguna ciudad oriental, como Antioquia ó Nicomedia, y los romanos veían ya sin extrañeza puesta en otra ciudad la sede del imperio. Cuando Constantino ocupó el trono, esa costumbre no era ya cosa que llamase la atención. Persuadido, pues, de la necesidad ó de la conveniencia, pensando ó no en el porvenir que se abría para los Papas con

la caída del paganismo, inspirado de Dios ó cediendo á los consejos del buen gobierno, es el hecho que Constantino trasladó de Roma á Bizancio la sede del imperio, y la trasladó de raíz, dando su propio nombre á la nueva ciudad, llevándose consigo el senado, los pretorianos y los títulos todos de la ciudad eterna, para hacer de la ciudad griega la residencia de los césares. Esta determinación fué un elemento favorabilísimo para la independencia de los Papas; arrancando del tronco de la ciudad eterna la rama natural, quedó solo la nuevamente ingerida, y esta pudo crecer sin que la sombra de otra rama le pusiese obstáculos. En la división del imperio, volvió Roma á ser la residencia de césares, pero sin arraigo, y en vez de Roma ponían su morada los césares de Occidente ya en Tréveris, ya en Rávena, ya en Milán.

Pero cayó el imperio de Occidente; los sucesores de Constantino y de Teodosio cedieron á los bárbaros esa gran mitad del orbe civilizado, y los nuevos señores, aunque movidos de respeto por el jefe de la cristiandad, carecían de aquellas tradiciones tan necesarias para que guardasen á los Papas tantos miramientos; Roma se vió de nuevo dominada por un príncipe que con

el Papa partía el acatamiento de los pueblos. Mas ya de antemano Dios había escogido de entre los reyes bárbaros al valiente y generoso Clodoveo, fundador de la dinastía francesa, y ya de antemano los reyes de Francia estaban constituidos por el Cristo los protectores natos del Papado, no domésticos, que eso sería dejar en pie la dificultad, sino retirados y ajenos á las tentaciones de la vecindad. Vendría el tiempo en que los invasores de la Romanía entrarían en rivalidad con los sucesores de Pedro, y era entonces cuando los oficios de los príncipes francos llevasen á cabo las miras del Cristo. Hasta el tiempo de Carlo Magno, los Papas, libres unas veces de los lincepédes invasores, en lucha otras veces, pudieron conservar esa independencia sin la que el jefe de la cristiandad ha menester de milagros del poder celeste para gobernar el numeroso rebaño.

Carlo Magno vino, pues, á dejar constituido el Papado en esa posesion en que se ha mantenido hasta estos últimos tiempos. El reino de los lombardos hacía sombra á la majestad del Vicario de Cristo y estaba constituido como un enemigo doméstico, que pondría asechanzas sin cesar al Pastor del mundo; Carlo Magno dió

muerte al jabalí y la viña ha podido florecer y dar frutos en abundancia.

El poder temporal del Papa en los Estados Pontificios, ha venido á ser, por tanto, uno de los grandes medios naturales de estabilidad del Pontificado y de la Iglesia católica. Sostenerse el Papado sin ese elemento, sería obra de un enorme milagro. El Papado debe tener, como cualquiera personalidad, su derecho de hogar, como dicen los ingleses: "My house, my rim."

No es el poder temporal del sucesor de Pedro una desviacion de la regla *"unum regnum non est de isto mundo."* Esta regla dá á conocer el designio de Cristo, que consiste en hacer de toda la sociedad cristiana un estado no temporal sino espiritual; pero no hasta el grado de que no cuente con un centro provisto de los medios naturales de accion humana, de un centro, de un distrito con su fundo, con su absoluta independencia de toda fuerza y de toda accion extraña.

El tener en dominio temporal una ciudad de importancia y algunas adyacentes, es, pues, para el Papado, lo que para los Obispos tener una casa episcopal, otra para colegio, conciliar, otra para oficinas, otra para ejercer la beneficencia;

esta es una cuestion matemática. Lo que son para un Obispo esos tres ó cuatro edificios, son para un Papa dos ó tres ciudades. Estos dos términos de razon aritmética hacen proporcion con los de esta otra: una provincia eclesiástica es al mundo católico, ó sea, doscientas mil almas son á ciento cincuenta millones de almas, como dos ó tres edificios son á dos ó tres ciudades.

Y así como fuera impertinente hablar de *«mi reino no es este mundo»* á un Obispo para que se abstuyese de proporcionarse casa para habitar, para oficinas, para colegios, etc., á fin de gobernar establemente su diócesis, con la necesaria tranquilidad, con el conveniente decoro, con la útil independencia de su alto ministerio, cómo no lo fuera hacer valer tambien el citado texto, para que el Jefe del universo católico se abstuyese de procurarse ó de conservar los mismos elementos de gobierno que los Obispos, en la proporcion que va del que gobierna una provincia al que gobierna al orbe entero?

Es esta una cuestion de economia doméstica ó interior, de prudencia humana; órden y prudencia que no, por tratarse de cosas espirituales, deja de obligar áun al que cuenta con la

promesa celeste de que *«las puertas del infierno no prevalecerán contra ella (la Iglesia.)»*

Hágase la cuenta sobre las necesidades que trae consigo el gobierno *simplemente espiritual* del orbe. El gobierno *simplemente espiritual* del orbe, demanda que las puertas, no ya de la casa del Papa, (como sucede con un Obispo que no recibe más que á sus diocesanos,) sino de la ciudad en que resida, estén patentes á voluntad del Papa; porque se trata nada ménos que de recibir *diariamente* hombres de todas naciones, y súbditos de muchas potencias extranjeras, ¡qué digo! plenipotenciarios de gobiernos que tienen *diarios* motivos de comunicacion, en las *diarias* emergencias del gobierno espiritual.

Suponiendo que el Papa fuese súbdito de una potencia, en caso de guerra ó desacuerdo que *diariamente* ocurren entre los gobiernos civiles, la comunicacion con el Papa quedaria interrumpida, y esto importaria perjuicios al bien espiritual de esas naciones.

Pero no es este solo el inconveniente: el mayor de todos consistiría, una vez que el Papa fuese súbdito de algun gobierno, en frustrarse esa magistratura espiritual que, ó fuer de padre comun, ejerce sobre los potentados civiles de la cristiandad. Sin la independencia del Para-rey,

no se hubiera visto tantas veces á un hombre amenazar á un rey poderoso, para que dejase la concubina y tomase á su mujer legítima, ó ya para que reparase el mal hecho al huérfano y al pobre. Apareciendo un Arrijo ó un Lutero, el Papa, súbdito de otro soberano, quedaría en riesgo de verlo ganado por los herejes. Sin esa independencia no podría el Papa reunir Concilios para anatematizar el error y uniformar la disciplina, no podría ejercer la hospitalidad universal, no podría ser el amparo de Obispos perseguidos, de soberanos destronados, ofreciendo ese sublime espectáculo que tanto contribuye á mantener el prestigio del *Vicario de Cristo*.

- Si cuando Pepino y Carlo Magno, rogados de los Papas á quienes oprimitan los Lombardos, fueron á libertarlos de sus opresores y de una vez cortaron el peligro de nuevas persecuciones dándoles el territorio de sus enemigos, los Papas, acordándose de *«mi reino no es de este mundo»* y de *«no poseáis oro ni plata»*, hubiesen desechado ese beneficio, con razon habría podido objetárseles: *«no tentarás al Señor tu Dios.»*

Si cuando, después de tantos siglos, perdida la fé, los pueblos de Italia hablan al Papa de

«mi reino no es de este mundo» y de *«no poseáis oro ni plata»* para arrobarles el poder temporal del Estado Pontificio, los Papas por acallar esas voces, dijesen: *«delecti bien»* y cediesen lo que sin usurpacion adquirieron, con razon podría objetárseles: *«no tentarás al Señor tu Dios.»*

Eso de no poseer oro ni plata, eso de que la Iglesia no es un reino temporal ni aun en el distrito de su Santa Sede, eso de no prepararse á la predicacion sino confiar en la inspiracion momentánea del Espíritu Santo, podia tomarse á la letra en los primeros tiempos, tiempos de gracia especial, de milagros multiplicados, en que si San Pedro no tenia oro ni plata que dar, si tenia prodigios que hacer y milagros que donar; en que si faltaba á los Papas el prestigio de la magnificencia exterior, se contaba, sí, con la ferviente caridad de los primeros cristianos y con el ascendiente de los dones sobrenaturales del Espíritu Santo; en que si los evangelizadores hablaban *ex-abrupto* y sin cuidarse de las formas retóricas y de la ciencia estudiada, era porque el Cristo personalmente habia sido su maestro, porque la ciencia de los misterios y de las lenguas se les comunicaba de un golpe.

Pasados esos tiempos extraordinarios, en que *cesó el mandí y se escondió la columna de nube,* y en que Jehová ya no hablaba á las claras desde el tabernáculo, quedando la religion confiada á la Providencia que la iba á sostener por los *medios naturales* con que se da estabilidad á las instituciones, con que los gobernantes se concilian el respeto y el prestigio, con que los doctores adquieren la ciencia; pasados los tiempos de Pedro y venidos los de Silvestre, ¡habría de estarse á la letra de *mi reino no es de este mundo,* de *no poseáis oro ni plata,* de *no os ocupéis de qué ó cómo habéis de hablar?*»

Que sí, diríamos, si el Espíritu de Dios hubiese seguido dotando con la misma caridad á todos los corazones, con el mismo poder de hacer milagros á todos los pastores, con el mismo don de lenguas, con la misma ciencia instantánea á los predicadores.

No sucedió así; pues, entónces: *no tentarís al Señor tu Dios.*»

La letra, por tanto, de *mi reino no es de este mundo,* de *no poseáis oro ni plata,* de *no os ocupéis de qué ó cómo habéis de hablar,* queda salva, entendiéndola aplicable solo á los primeros tiempos de milagro. Pero el espíritu queda siempre subsistente.

«*Mi reino no es de este mundo:*» es decir, no es la Iglesia un reino terreno, aun cuando el Vicario de Cristo en la tierra posea un pequeño territorio para obviar los inconvenientes de que el jefe del catolicismo dependa de algún soberano temporal.

«*No poseáis oro ni plata:*» es decir, el oro y la plata no sean el fin de vuestros deseos; pero estos son *medios naturales* para llegar al fin, cual es conducir á los hombres por lo visible á lo invisible: la rica *vestidura* del cuerpo sabe dar idea de la alta *investidura* del espíritu.

«*No os ocupéis de qué ó cómo habéis de hablar:*» es decir, no confieis solo en vuestra ciencia; pero procurad adquirirla, porque buena es la ciencia y buenos son todos los dones naturales, cuando con ellos se quiere lucrar el tesoro escondido, Dios y la salud del prójimo.

¿Podrán entenderse de otra manera esos decantados textos!

No se diga que el poder temporal del Papa en el Estado pontificio, no lo es necesario á fuer de la promesa *las puertas del infierno no prevalecerán contra ella,* porque entónces podríamos también decir, que para la estabilidad de la Iglesia no debía cuidarse, no era necesario, naturalmente hablando, el que los Papas fuesen buenos.

ni sabios, ni que procurasen la paz con los reyes y los potentados, mientras sea compatible con los sagrados intereses, ni que procuren evitar los riesgos de la tentación que, contra la verdad y el bien espiritual, han de ofrecerse á Pedro, *súbdito del César*, riesgos que se evitan con la independencia del Papa-rey, con la creación del Estado pontificio.

En una palabra. De Dios depende el ser de la Iglesia; de los hombres depende *el más ó el menos* de ese ser, y en este más ó menos del incremento de la Iglesia, está—oiganlo los católicos á medias—está el que más ó menos almas se salven. ¿Se nos niega el supuesto de que la salud de los hombres dependa en parte de hechos humanos exteriores? Niéguese el Cristianismo.

Ya no se objete, pues, aquello de que en los tres primeros siglos fueron los Papas súbditos absolutos de los césares, fueron pobres, fueron sumisos hasta el martirio; porque en los tres primeros siglos, la Iglesia, los Papas, subsistieron *por milagro*. ¿Queremos hoy ese milagro? Escrito está: «*No tentarás al Señor tu Dios.*»

Cierto fausto en la corte del sucesor de Pedro, es necesario; atenerse á la grandeza moral del Papa, y dejar los estímulos exteriores que persuaden esa grandeza por medio de los senti-

dos, es no conocer la naturaleza humana. Pasaron los días en que Pedro, en vez de dar al pobre oro ó plata, le daba lo que tenía, (un milagro para la salud de su cuerpo,) con lo que el pobre donante se conciliaba la atención; hoy, Pedro no hará tan fácilmente esos milagros, porque ni aun á los milagros cree el mundo; debe, pues, estar á los *medios naturales* de excitar el respeto de los hombres á su invisible grandeza.



CAPITULO IX.

Confirmación de las verdades precedentes. — Armonías de la historia eclesiástica en relación á Roma cristiana y á los Papas, con la historia universal anterior á Jesucristo.

La Historia está toda de parte de las tesis precedentes; son grandes las armonías que existen entre los sucesos y los hechos de la Iglesia romana, con los sucesos y los hechos de la Sinagoga y de la historia antigua.

La elección de Roma para cabeza del nuevo pueblo, es un hecho altamente prefigurado; la caída de Constantinopla lo es igualmente. La Historia nos dice, que Roma es Jerusalem, que Bizancio es Samaria. Jerusalem fué escogida entre todas las ciudades hebreas para ser la Santa Sede de la Sinagoga; Roma fué escogida entre todas las ciudades gentiles para ser la San-

ta Sede del cristianismo. Y ¿por qué Roma? Porque desechados los hijos de Jacob y hecha la alianza con los gentiles, la Hija de Sion quedó repudiada, y en su lugar llamada fué la Hija de Babilonia, la Hija de los incircuncisos, la flor de la gentilidad; y si Pedro era la *pedra* angular, ¡el Espíritu de Dios lo llevaría á Cartago y no á Roma que era ya el nuevo monte de Sion donde la Iglesia iba á edificarse! ¿ó Pedro se perdería entre los sármatas, los escandinavos, los persas ó los etiopes? Si David dejó á Hebron y se asentó en Sion, Pedro, nuevo David, ¿no dejaría cualquiera otra ciudad y se asentaría en Roma?

No leemos en la historia de ciudad alguna el extraño capricho de llamarse eterna; solo los fundadores de Roma parece que presintieron su altísimo destino; Ninive no, ni Babilonia, ni Aténas, piensan en ser eternas, solo Roma se empeña en ser la ciudad que ha de tener un imperio sin fin, *imperium sine fine dedi* (Virg. En.) Hubo un tiempo en que la fortuna de Roma debió acabar, y ese sol debió quedar desquiciado bajando al rango de planeta; Bizancio quedó hecha la reina, y Roma se vió sin el César, se vió saqueada, se vió hecha ménos que Milan y que Rávena, y Bizancio pudo decir con apa-

riencias de verdad: «Si soy la sede del César, soy la sede del Cristo;» y Bizancio lo creyó así, y cual nueva Samaria llegó á insultar á la nueva Jerusalem derruida y desolada; bien así como Samaria, con apariencias de verdad pudo decir «si en el monte Garizim se ratificó la ley, allí debe estar el templo.» Y ¿qué fué de Bizancio? ¿Por qué no acabó Roma para los Papas y sí acabó Constantinopla para los anti-papas? ¿Por qué Santa Sofía es hoy una mezquita, y el templo de San Pedro es siempre del Cristo y de los sucesores de Pedro?

La historia de Jerusalem es la profecía de Roma; la de Samaria, es la profecía de Constantinopla, de los cismáticos griegos y de los europeos protestantes. Jerusalem, si bien fué destruida, fué restablecida con su templo; Roma fué abandonada de los césares y saqueada de los bárbaros, y en tiempos posteriores humillada de los protestantes; pero siempre salvada y restablecida. Samaria fué arruinada, y su templo demolido ya no volvió á ser reedificado; Constantinopla fué tomada por los turcos y su templo profanado hasta hoy por los enemigos de Cristo. A Jerusalem sus enemigos, viendo sus pecados, la llamaron, «Babilonia;» y los samaritanos aborrecían más á la ciudad de David que á

Sodoma y Gomorra; pero Jerusalem era siempre la ciudad santa, la ciudad del gran rey. A Roma, los protestantes y los cismáticos viendo sus pecados, la han llamado «Babilonia,» y á sus Papas, los «Anticristos,» y los protestantes y los cismáticos, aborrecen más á la ciudad de Pedro que á París la impúdica y la impía, y que á Constantinopla la ciudad del Anticristo, de los sucesores de Mahomet el blasfemo. Y si no, á ver si los griegos y los protestantes alzaron el grito como lo han alzado contra los Papas, á ver si gritan contra el sacrilegio de la diosa Razon y contra las maldades de la perversa Paris! ¡Recuérdese lo que Lutero decia de la guerra contra los turcos!

Pero Roma es, no obstante, la nueva Sion, y los Papas los sucesores de Pedro, los vicarios de Cristo.

Son tambien admirables las semejanzas y armonías que existen entre la historia de los Papas y la de los reyes de Judá. Estudiemos algunas.

David, guerrero, extendió á lo sumo los dominios de Judea; Julio II, guerrero, extendió á lo sumo los dominios del Estado pontificio. En tiempo de David y en tiempo de Julio II llega-

rón respectivamente á su mayor extension los límites de Judea y los de la Romanía.

Despues de las guerras de David su padre, Salomon, rey pacífico y espléndido, gozó de las conquistas del que le precedió, y brilló con tan grande esplendor como rey ninguno de Judea ántes ni despues.

Despues de las guerras de Julio II, Leon X, rey pacífico y espléndido, gozó de las conquistas de su predecesor y brilló con esplendor tan grande como romano Pontífice ninguno, ántes ni despues. David proyectó el gran templo de Sion, pero no quiso Dios que el rey guerrero realizase esa maravilla, sino el pacífico. Julio proyectó el gran templo del Vaticano y puso la primera piedra, pero no quiso el Cristo que el Papa guerrero viese levantado el maravilloso gigante, sino el pacífico.

Los delitos de Salomon trajeron el cisma de Israel; las profanidades del reino de Leon trajeron el cisma de Lutero.

Despues del cisma y de los castigos de Israel y de Judá, el templo de Jerusalem fué reedificado, pero el cismático Israel quedó disperso y perdió la memoria de las genealogías y se confundieron las diez tribus.

Despues del cisma de Lutero y de los casti-

gos de los protestantes y de Roma, el orden y la disciplina se restablecieron en la Iglesia católica y el templo de San Pedro quedó concluido y dedicado. Pero los protestantes fueron cada día dividiéndose más y más y se perdió la sucesión de las famosas sillas episcopales con sus ordenadas demarcaciones.

Después de esos castigos, vuelta la paz á la Iglesia, Pontífices llenos de celo y de valor, nuevos Esdras y nuevos Nehemías, juntaron á los ancianos y leyeron de nuevo la ley, restableciéndose su observancia entre todos; y así como Esdras hizo el canon de todos los libros bíblicos cerrándolo hasta su tiempo, así los Pontífices en el Concilio de Trento fijaron definitivamente el canon de todas las escrituras. Esdras contra los samaritanos, los Papas del concilio contra los protestantes, nuevo Israel disperso y dividido.

De entre todos los patriarcas solo á Judá se dijo: «no será quitado el cetro de Judá hasta que venga el que ha de ser enviado,» y el cetro no fué quitado de Judá; los reyes de Israel acabaron en la cautividad de Babilonia; después de la cautividad de las tribus cismáticas, sin rey, se agregaron al reino de Judá; toda genealogía se perdió, solo la de Judá subsistió hasta la ve-

nida del Cristo, y no faltó caudillo de la stirpe de Judá hasta la venida del Cristo.

De entre todos los apóstoles, los hijos del nuevo Jacob, solo á Simon se dijo: «tú eres Pedro y sobre esta piedra fabricaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella,» y la piedra, es decir el Papa, no ha sido removida, el Papado no ha faltado, el Obispado que fundó San Pedro no ha visto cortada su genealogía; pero los sucesores de los otros apóstoles, los jefes cismáticos y protestantes, nuevos reyes de Israel han dado término á los otros Obispados; extinguidos quedaron los de Grecia, los del Asia menor, los de Persia, los de Egipto y Etiopía; solo la tribu de Pedro presenta hasta hoy sin interrupcion su genealogía; de los protestantes, los que no vuelven á Roma, vagan todos dispersos en sectas.

En los días de Pio IV, Pio V y Gregorio XIII, que fueron como Ezequías y como Jonás que convirtieron al pueblo, que quitaron las abominaciones de la impiedad, que derribaron los ídolos de las alturas, en esos días acacieron sucesos semejantes á los de los reyes hebreos: en los días de Pio V, Selim II, nuevo Sanaquerib, levanta una terrible esenadra contra Roma, nueva Jerusalem, y viene á toda vela para dar ce-

bada á su yegua en el altar de San Pedro, y hé aquí que Pio V hace oracion á Dios, y el ángel del Señor, D. Juan de Austria, empuñando el estandarte de la Cruz, y á la cabeza de muy inferior número de cristianos, deshace en pocas horas esa armada turca de doscientos mil hombres, y Roma queda salva.

En los días de Gregorio XIII, habiendo retrocedido diez días la cuenta del tiempo, se arregla el calendario, señal de nueva vida que aun durará la Iglesia, así como en el reloj de Achaz retrocedió el sol diez líneas y volvió á su lugar, señal de quince años más que se concedieron de vida al rey hebreo.

Y en los días de este rey, vinieron embajadores de las lejanas tierras de Babilonia para felicitar al rey, quien les mostró todas las riquezas atesoradas en su casa. Y en los días de Gregorio XIII vinieron del Japon dos príncipes reales, convertidos, y toda la cristiandad ha visto la honra de Roma con esa embajada, y los japoneses han visto todas las riquezas de la nueva Jerusalem y de sus reyes, no ya riquezas de oro y plata sino las del concierto admirable del gobierno papal.

En tiempo de Ezequías, el Profeta Isaias predijo los últimos tiempos; poco después de

Gregorio XIII se han publicado las profecías de todos los Papas venideros, designando á cada uno con un rasgo característico de su persona ó de los sucesos de su tiempo, y esto hasta la venida del Juez Supremo.

Por último, después del restablecimiento del templo de Jerusalem, próximo ya el fin de la Sinagoga, comienzan las apostasías y á ser los mismos judíos los más encarnizados enemigos de la ley de Moisés; el ateísmo y el materialismo producen tristes defecciones como nunca se vieron en el pueblo de Dios; el templo es profanado, y la potencia de los césares que han de demoler á Jerusalem va llegando al colmo.

Así con la Iglesia romana; después de la reforma del concilio de Trento, próximo ya el fin del mundo, pasado siglo y medio de esplendor para la Iglesia, la filosofía desconociendo la majestad del Cristianismo y haciendo sus prosélitos de los mismos hijos de Roma, levanta una persecucion tan terrible, como jamás se había visto en la Iglesia, persecucion que da por fruto las abominaciones de la Diosa Razon, la matanza de los justos en toda Francia y la cautividad del Pontífice Pio VI. El mundo se ve inundado de la pestilencia del ateísmo y del materialismo y el pecado del tiempo del primer fin, es decir

el suicidio del tiempo de Ovidio, vuelve á aparecer en tiempo de Rousseau y en tiempo de Voltaire como una señal del último fin, de la proximidad de un segundo y final remedio, del bautismo de fuego que ha de purificar para siempre la tierra contaminada de iniquidad.

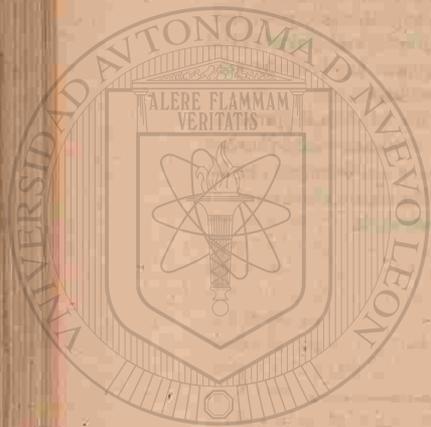
Los Papas se muestran en medio de estos últimos días del nuevo Israel, como los caudillos de Judá en los últimos años de la Sinagoga: ya próxima la venida del Cristo á redimir al mundo, ¿quién podría enseñar al hombre, ansioso de su Salvador, las cosas del futuro Cristo si no era Jerusalem con su sacerdote sumo? Ya próximo el fin del mundo, ya próxima la venida del Cristo á juzgar en justicia, ¿quién podrá sostener al hombre de buena voluntad en medio de tantos errores y de tantos delitos, si no es Roma con su Pontífice sumo?

He aquí apenas apuntadas algunas de las semejanzas y de las portentosas armonías de la Sinagoga y de la historia antigua, con la historia eclesiástica; con Roma y con el Papa en lo que ha pasado y en lo que ha de venir.

Ni hemos podido detenernos solo en el presente de la Iglesia; el porvenir del mundo está tan marcado en la comparación que hace el nuevo Testamento de los últimos tiempos de Judá

con los últimos tiempos de la Iglesia, que no solo se establece comparación sino que aun se les identifica en algunos puntos; eso, pues, nos ha autorizado para llevar las analogías más adelante de la historia, porque hay profecías que pueden verse ya como historia.

La historia, por tanto, está toda de parte de Roma y del Papado. Con sus armonías persuade que si la Sinagoga y sus enemigos son la figura, la Iglesia católica romana con sus enemigos son la realidad prefigurada.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO X.

El Templo de Jerusalem, el templo de San Pedro en Roma.

El Cristianismo restableció la adoración solemne del verdadero Dios en muchos lugares, y en consecuencia en muchos templos, levantando la prohibición de la Sinagoga. Antes, solo en Jerusalem podía invocarse al verdadero Dios dentro de muros sagrados; hoy, en todo el mundo, conforme a la palabra que el Cristo dió a la Samaritana.

Pero en el sistema de universalidad del Catolicismo, la universalidad de templos no excluye, ántes bien supone el templo supremo de la Iglesia.

¿No estará el sumo sacerdote en donde está

el mayor templo? y en donde esté el mayor templo ¿no estará allí la religion verdadera? Estas armonías son una hermosa presuncion en favor de la religion católica romana.

Ya hicimos notar la semejanza que existe entre la historia de la edificacion del templo de Jerusalem y la de la edificacion del de San Pedro de Roma. Esa armonía continúa despues de la edificacion.

Al templo del monte Sion oponen los samaritanos el del monte Garizim; al templo de San Pedro en Roma quieren oponer los protestantes el de San Pablo en Lóndres, y quieren oponer Pablo á Pedro como los de Samaria quisieron oponer Efraim á Judá.

Pero, ¿cuándo á Pablo se prometió la inculpabilidad de su fé ni se cometi6 á su cuidado el confirmar á sus hermanos en esa fé, ni el apacentar las ovejas y los corderos? ¿No hubiera sido mejor para la nueva Samaria el oponer al San Pedro de Roma el San Pedro de Lóndres? Pero no es el hombre quien puede prever las consecuencias de sus designios; los protestantes quisieron rivalizar con la Iglesia católica, y con eso no hicieron sino realizar la verdad de la figura que de ellos fué la rebelde Samaria.

Sin duda que los protestantes, al edificar ese

templo, pensaron en rivalizar con Pedro y con Roma, oponiendo Pablo á Pedro y Lóndres á Roma. Pero, véase cuán estéril les salió el intento, cuando ni aun caso ha hecho de él la posteridad de los mismos disidentes, y así como Garizim pasó como muy inferior y como una triste parodia del santo Monte de Sion, así San Pablo de Lóndres con San Pedro de Roma.

Hay todavía más motivos de admiracion. La religion verdadera debe ser en todo elocuente y persuasiva, como que en todo debe llevar el sello de grandeza y de bondad que su celeste Autor ha de haberle impreso. Así, pues, como los gentiles se convertian al Dios de David y de Salomon, al contemplar la gloria del templo de Jerusalem, la magnificencia de su ideal y el aparato augusto de las funciones sacerdotales que en él celebraban los hijos de Aaron, así tambien los disidentes cismáticos, protestantes, deistas ó indiferentes, se convierten al Dios de Pedro y de Silvestre, al contemplar la gloria del templo de San Pedro en el Vaticano, la inmensidad y el sublime de su ideal y la magnificencia sin igual de las funciones sacerdotales del Jefe supremo de la cristiandad.

¿Qué es comparable no ya á esos oficios del santo sacrificio que ofrece el Papa bajo la gran

cúpula, pero aun á esa simple bendicion *urbis et orbis* que el Padre Santo da á toda la cristiandad, presentándose en el gran balcon de la basílica!

Debe haber más armonia de lo que parece, entre la calidad de un templo y la calidad de la religion que lo ha levantado, consagrado y mantenido en servicio de su Dios. Por los edificios de una nacion podemos explicar su índole, su poder, sus costumbres y la altura de sus pensamientos. La misma relacion debe existir entre los templos y la religion que los levanta, consagra y mantiene; y bien podremos decir, al ménos como una gran presuncion:

○ Allí donde esté el mayor templo que hayan levantado los hombres, cuyo ideal sea más cumplido, más altamente concebido, cuya magnificencia supere á todos, cuyas funciones sean desempeñadas con más puntual observancia, con mayor edificacion, con mejor éxito para atraer á los disidentes á la religion encarnada en ese templo, allí está la verdadera religion.

No hubo templo, antes del Cristianismo, que igualase al de Salomon; la Providencia no permitió, pues, que á juzgar por su templo dejase de ostentarse, como la verdadera, la religion de Moisés y de David.

No ha habido templo desde que el mundo es mundo, que iguale al de San Pedro de Roma; en grandeza, en magnificencia, en sublimidad, en la cuantía de sus costos, en el tiempo que duró su construccion, pocas veces interrumpida, en la historia de ella, en la incolumidad prodigiosa de los sacerdotes que allí ejercen sus funciones, en la grandeza inmortal de sus artifices, el primer arquitecto del mundo y el primer pintor del mundo. Si Roma no enseña la única verdadera religion, si en su templo no se practica el único verdadero culto, ¿será creíble que aun esta presuncion más que Roma agrega á tantas presunciones de que el Cristo es con ella, fuese un lazo más, un escándalo más que Dios deje en manos del Anticristo para que lo arnie contra los hombres de buena voluntad?

Providencia especial de Dios es esta, que no ha dejado á los pueblos entrar en tentacion, por que viesen el templo más maravilloso allí donde no celebrase sus funciones el sucesor de Pedro sino algun vástago de Lutero ó de Focio; bien así, como no dejó que los gentiles antes del Cristo pensasen en conservar el templo de Salomon para dar gloria á Júpiter, sino que más bien les dejó entregarlo á las llamas con ciega barbárie

y á pesar de la formal consigna del caudillo romano.

A esto se agrega, que no se verá ya un templo que iguale y sobrepuje al de San Pedro; porque ya no hay fé en los pueblos, á no ser que ese templo fuera para Voltaire. Pero Voltaire ¿reina hoy (1878) como reinaba en 1778? (1)

Ni de ese templo sabrían hacer uso los enemigos de la Iglesia, si, por hipótesis, los Pontífices sucumbiesen; porque ¿quién iría á reemplazar las funciones del Pontífice? ¿Los protestantes? Pero ¿qué templo no desluce y entristece esa religion fria y desamorada? ¿Los deistas? Pero ¿qué irían á hacer debajo de aquellas bóvedas? ¿Dónde están su sacrificio, su predicacion, sus himnos, su *Gloria in excelsis*, su *Te Deum* que no se perdiese bajo la inmensidad de esas bóvedas capaces de ser llenadas solo por la voz del Catolicismo!

¿Podrán levantar los protestantes, los cismáticos, los deistas, los racionalistas un templo que iguale al de Roma? ¿qué digo un templo! ¿un palacio? Indudablemente que no; porque no hay

(1) De un insigne sofista, que admira por su talento y su arte de mentir y de burlarse, es hoy ya la reputacion del dios del siglo XVIII.

fé para Dios ni para el hombre en el estado de irreligion, en el estado en que se halla el mundo abismado; ni es de esperarse que la haya más tarde si no es que las tribus dispersas del nuevo Israel se reconcilian con Judá. Pero este único supuesto no haría sino completar el triunfo de Roma.



SECCION IV.
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



SECCION IV.

LA HISTORIA UNIVERSAL, O SEA EL GOBIERNO PROVIDENCIAL
DE DIOS SOBRE LAS NACIONES
ADAPTADO AL CRISTO Y A SU IGLESIA.

CAPITULO I.

Consideraciones generales.

Por fin. El mejor carácter de naturalidad, y de verdad por consiguiente, que una religion debe ofrecer, es el que pueda adaptársele plausiblemente la historia universal, y dar, con los sucesos peculiares de esa religion, el *por qué* de los sucesos notables de la historia del mundo. En ese supuesto, de la dependencia natural que resulte existente entre la historia del mundo y la historia de esa religion, se puede hacer patente la Providencia á los que en ella no creen. Y reciprocamente, si resulta que tal religion es

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la más providencial y la más explicativa de la historia del mundo, los que creen en la Providencia, tienen que creer entónces en la excelencia y por lo mismo en la verdad de esa religión.

Para probar que es verdadero el supuesto, comencemos notando cómo solo las religiones que se dicen cristianas, son las que nos dan no ya la explicación, sino aún la misma historia universal en su parte más importante: la historia universal primitiva. En este punto el Catolicismo hace común el triunfo con las sectas cristianas. Hé aquí un vacío de todas las otras religiones, contándose entre ellas no ya las ignorantes de los gentiles, sino las científicas de los modernos deístas y racionalistas, vacío que induce una gran presunción de falsedad para esas religiones.

Los cristianos, por el contrario, podemos narrar el origen de todas las cosas, y la historia del mundo podemos precizarla en estas breves palabras: á Adam, trabajos; á Eva, dolores; á la serpiente, ignominia; al género humano, salud algun día.

Nosotros vemos á Cain y á Abel comenzar la gran lucha del bien y del mal, lucha que va tomando colosales proporciones, hasta que los

buenos son contados, y entónces viene el fin, el Diluvio.

Y ese fin es la figura de otro fin, cual es la caída de la idolatría, sumergida en las aguas del Bautismo, nuevo diluvio, pero de misericordia; y ese primer fin ó desenlace y ese segundo fin ó desenlace histórico, es la figura de otro fin ó desenlace definitivo cual es el del día del juicio en que un gran número perecerá.

Asimismo, el principio del mundo es el anuncio del principio de otras tres épocas, siendo la tercera la época de la eternidad.

Adam llamado á llenar la tierra con su descendencia, despues que la *árida* aparece y que las aguas se congregan aparte, es Noé llamado, despues que el Diluvio dejó la tierra, á llenar el mundo con su descendencia. Y esta segunda descendencia habia de dar otro Adam, otro Noé, el verdadero Adam, el verdadero Noé, Jesucristo, que en su primera venida se presentó á poblar el mundo moral con la descendencia santa de los cristianos, que en su segunda venida, se presentará á recoger los buenos que encuentren dentro de su Iglesia, á fin de poblar para siempre el mundo celeste.

En armonía con estos designios, vemos que los imperios van desapareciendo para trasfor-

marse en otros y estos en otros, hasta que á todos absorbe el imperio romano, que en el día de su mayor poderío viene á ser absorbido por el reino del Cristo, quien aparece entónces aprovechando el allanamiento de todos los caminos y la paz de todas las gentes.

Después de estos prodigiosos sucesos, la historia universal es la historia del cristianismo, y lo es tanto, que las naciones excluidas de la cristiandad apenas pueden adaptarse á la historia universal.

Ya contamos con que ha de objetárenos, cómo esa porción de la humanidad que queda excluida de la historia universal y que consta del imperio mahometano y de la gentilidad del Asia y del Africa, es mayor que la porción cristiana; y cómo en ese caso el cristianismo no explica toda la historia universal.

¶ Pero nosotros decimos: No debe tomarse por la *humanidad* la porción mayor, sino la mejor; ni deben reputarse los mahometanos y gentiles como formando un cuerpo, sino como partes varias y dispersas, en cuyo caso queda siempre la cristiandad formando la mayor parte. Y esto es muy cierto; la cristiandad, como puede observarse, está dotada de acción y de vida propias, de un cuerpo cuyas partes no están dispersas,

y, por lo mismo, animado; lo que no sucede con las naciones infieles. ¿No son los cristianos los que han ido á invadir la China y las Indias y no al contrario? ¿No es la civilización cristiana la que ha ido á imponer la ley á la civilización india y china por lo que hace á los gentiles, y no es el Cristo el que ha explicado la historia del islamismo, señalando áun ántes de que fuesen, el tiempo de su nacimiento y el de su muerte, explicando el por qué de su existencia y el modo de su fallecimiento?

No se diga, pues, que la historia de esa parte del género humano queda sin explicación en el Cristianismo, cuando es así que solo el Cristianismo es quien da en sí el por qué de la historia de esas regiones, mientras que ellas nada saben de eso, ignorando su propia misión en el campo de la humanidad.

Hé aquí algo del por qué de esa historia: La Iglesia ha de luchar siempre y ha de triunfar siempre; el islamismo ha sido su enemigo jurado, es como un nuevo filisteo que estará siempre alerta en las fronteras del nuevo Israel para castigar sus pecados, para ejercitar sus fuerzas y para probar su fé. Como los antiguos filisteos quedaron al fin sojuzgados y acabaron antes que el antiguo Israel, así los hijos de Ma-

homa acabarán antes que los cristianos vean la segunda venida del Cristo.

La gentilidad del Asia y del Africa son el campo de las conquistas que nunca ha de faltar á los obreros evangélicos; son los nuevos idumeos que, ya para tocar á su término el nuevo pueblo de Dios, han de ser circuncidados del corazón entrando á la parte con los cristianos, y han de ser las ovejas con que se forme un solo rebaño apacentado por un solo pastor, cuando ya la Europa y la envejecida cristiandad hayan dado muchos apóstatas para el reino del Anticristo que entónces ha de manifestarse.

Entónces vendrá el fin y habrá de librarse el mismo combate con que el mundo dió principio, pero en este combate han de luchar, no ya el ángel y Adam, no ya Cain y Abel, sino la innumerable generacion de Adam, en su mayor auge, dividida en dos bandos, y los ángeles de Dios de parte de unos, y los ángeles de Satanás de parte de otros. Este es el postrer combate del bien y del mal.

Aquí otra vez damos á la profecía parte en la historia; porque siendo esta profecía solidaria para el fin de las tres épocas del mundo, y cumpliendo fielmente en sus dos aplicaciones á las dos épocas que ya pasaron, esa profecía tiene

derecho ya á llamarse historia. El mundo próximo á la segunda venida del Cristo, ha de parecerse al mundo próximo á su primera venida, como entónces se pareció al mundo de los tiempos diluvianos.

Ved aquí cómo en el sistema cristiano la historia universal es la del Cristianismo, y cómo solo el Cristianismo puede darnos la historia universal. Ved cómo el Cristianismo con la historia universal que es su historia, nos prueba una Providencia, y cómo la Providencia con su manifestación, que solo se hace en la historia universal, nos prueba el Cristianismo.

En el sistema cristiano todo se explica, y sin el nada se explica.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN

CAPITULO II.

Filosofía de la Historia universal. — El Evangelio de San Juan y las Epístolas de San Pablo; el Discurso de Bossuet sobre la Historia universal, la Ciudad de Dios de San Agustín.

Así como Moisés en el Génesis es el único que ha narrado con verídica precisión, con sublime sencillez, la historia universal primitiva; así San Juan en su Evangelio y San Pablo en sus Epístolas son los primeros que han pensado en descubrir el por qué de la Historia universal, ó sea la filosofía de la Historia. Ese por qué está indagado con mirar tan profundo, que una vez presentado á la fé y á la consideración, ya no es posible á nadie, aunque quiera, dar otro por qué de la Historia ni asignarle otro desenlace. En la Profecía judía y cristiana está tan

bien llevado el hilo de los acontecimientos, que consignados ya en la historia parte de los actos ya corridos del gran drama cuya representacion está dando Dios al mundo en espectáculo, el resto se adivina, por decirlo así.

Enseñados por esos maestros, los doctores cristianos, pero de ellos solo los católicos, han venido á encontrar ese altísimo *por qué*, es decir, la filosofía de la historia universal, ya sea hasta la caída de Roma gentil, ya sea hasta la caída del Anticristo. Nuestros doctores con su pensamiento inmortal han venido á hacer más y más creíble una religion como es esa, que puede producir tan profundos pensadores.

El *Discurso sobre la historia universal* de Bossuet, es una obra que no se habria escrito sino con los datos que proporciona el Catolicismo en sus libros santos, en los comentarios de sus doctores católicos, y bajo la influencia de ese pensamiento feliz que en todo busca la unidad; pensamiento que pertenece á los católicos romanos.

Un autor judío apenas habria podido escribir parte de esa grande obra, como que solo habria podido concebir parte de la idea. Porque al llegar al Mesías quedaria perplejo, y poco despues, en los tiempos de Tito, toda luz le fal-

taria, no sabiendo cómo explicar lo que de Tito á acá ha sucedido á los judíos y al género humano.

Un autor protestante, al llegar á los tiempos de los césares cristianos, tendria que dar por oscurecida la antorcha del cristianismo, ni sabria qué decir del paradero de esa luz, ni cómo explicar lo que ha pasado de Constantino á Lutero, ni ménos lo que ha pasado de Lutero hasta el Concilio Vaticano de mil ochocientos setenta.

Empero, Bossuet, católico, ha podido hacer lo que no habria podido Bossuet, por hipótesis, protestante.

Muchos católicos podrán acometer esa empresa, no así protestante alguno.

Poner en espectáculo la perpetuidad de la religion verdadera, al paso que la terminacion de imperios sobre imperios, era digno de un escritor católico romano que reconoce la unidad visible de la Iglesia visible, y que así como el centro no sería quitado de Judá sino hasta la venida del Mesías, así tambien la fé de Pedro nunca faltaria, ni el poder del infierno podria acabar con la sociedad de los que tuviesen á Pedro por cabeza.

Es cosa muy digna de notarse lo que ha pa-

sado con los protestantes y católicos, del tiempo acá despues de escrito el discurso del Obispo de Meaux (1680—1878.) ¿Qué podrian decir los protestantes de la incolumidad de su dogma, de su disciplina, de su Iglesia, á la vez que nosotros probemos la perpetuidad de nuestro dogma, de nuestra disciplina, de nuestra Iglesia en este término de prueba corrido para las dos partes litigantes? Porque, es el caso, que nada decimos de un tiempo cuestionable sino del tiempo que está fuera de disputa, de aquel (1680) en que los católicos y los protestantes pudieron convenirse y apostar así: «vamos á ver, estamos en 1680, de aquí á doscientos años, á ver qué pueden decir los protestantes y los católicos, de la indefectibilidad, de la subsistencia, de la consecuencia, de la perpetuidad del dogma de cada parte contendiente, de su disciplina, de su Iglesia en un período de doscientos años.

Pues bien; estamos ya en mil ochocientos setenta y ocho, y ya se puede escribir otra *historia de las variaciones protestantes*, con que adicionar la primera, y otro discurso sobre la *historia universal* de doscientos años, en que se muestre la *perpetuidad* é invariabilidad del catolicismo, con que adicionar el *Discurso* de Bossuet.

La «*Ciudad de Dios*,» de San Agustin, es un trabajo grandioso, maravilla del genio católico. Al ilustre convertido es dado, como á Saulo, investigar los caminos de Dios, el principio, el medio y el fin, el por qué y el cómo de lo que ha sido, de lo que es, de lo que será; y el lector se admira de haber entendido los designios del Eterno en esa creacion del Universo, en ese mundo de los buenos y de los malos, que sale de la nada para que cada pueblo, ó en lenguaje de San Agustin, cada ciudad, entre luego en la Eternidad, cada uno á su destino. Ese trabajo es ya la historia de los ángeles y de los hombres, como pudiera escribirse, concluido ya todo, pasada ya la catástrofe del juicio final; y es tan grandiosa y tan entera la perspectiva, por el autor ilustre mostrada al lector, que la conmocion del ánimo cree uno ser la misma que experimente quien vea en realidad cerrada la historia del mundo, y á Dios reinando sobre sus criaturas, concluida de facto toda guerra, los buenos en posesion ya de las delicias eternas y los malos en el dolor del infierno eterno.

A diferencia de Bossuet, San Agustin nos muestra la perpetuidad no solo de la religion, es decir, de la ciudad de Dios, sino de la sociedad perversa ó sea la ciudad del diablo, en esa

narración que comienza desde Luzbel á concluir en la Eternidad del Infierno. Y hace admirar asimismo la perpetuidad de la obra de Satanás como la de la obra del Altísimo. Pero de suerte que se vea en la obra de Satanás no la perpetuidad de los errores, sino del error; no de este y aquel mal querer, sino del mal querer. El grande hombre pone en espectáculo, por una parte la inestabilidad del error y del mal, que es propia de la obra de la criatura, y por otra parte, la estabilidad del error y del mal en lo que á Dios pertenece y que cede en gloria de su bondad y de su justicia, puesto que al permitir á los malos combatir con los buenos, los ha obligado á seguir un paralelo que ceda siempre en gloria de los buenos.

Contra los buenos ángeles luchan los malos, para que Luzbel quede confundido. Contra Adam, Luzbel, para que la mujer venza. Contra Abel, Caim, para que venza Seth; de suerte que la posteridad de Seth en Noé, venza por el Diluvio á la de Enoch, hijo de Caim. Contra el pueblo de Dios se va formando Babilonia, para que esta ciudad caiga, delante de Jerusalem reedificada. Mas, al caer Babilonia, se va formando la otra Babilonia. Caer Babilonia y es fundada Roma. Contra el pueblo del Cristo pelea

Roma con todo su poder, y Roma cae y los cristianos tienen de su parte á Constantino y á Teodosio, césares cristianos. Satanás será encadenado mil años, y vendrá de nuevo la persecucion; la ciudad de los malos se ensanchará y la de los buenos será estrechada. Reinará el Anticristo, y el postrero angustiosísimo combate se dará, y el Cristo vendrá, y con el soplo de su boca herirá al perverso, y este con los malos irá al profundo, y el Cristo con los buenos volverá á lo excelsa. Y Dios roinará para siempre en plena justicia para unos, en plena gracia para otros, en plena sabiduría, omnipotencia, bondad y misericordia para todos, y Dios será glorificado para siempre por los siglos de los siglos.

Hé aquí un sistema admirable y grandioso: todo sale de Dios por gracia, todo vuelve á Dios por gloria.

El que así puede concebir la inmensidad en tan claros, precisos, razonables y razonados conceptos, es porque tiene la verdadera ciencia que solo de Dios puede venir. Esa magnificencia de conceptos convence de que quien los tiene posee el sistema de la religion verdadera.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO III.

El descubrimiento de América, la evangelización de las Indias y del Japon.—Les admirable de las reparaciones sobre las pérdidas de la Iglesia católica romana.

De los modernos sucesos providenciales de la historia, solo la religión católica romana puede explicar satisfactoriamente el descubrimiento de América y la entrada de los europeos en las Indias orientales y el Japon.

Notable coincidencia es la de esos sucesos, que ocurren nada ménos que al tiempo en que se pierde para la Iglesia católica romana, la mitad de Europa seducida por la voz de Lutero. Veinticinco años ántes de que el nuevo Jeroboam separase de Judá la mayor parte de las tribus del nuevo Israel, la América fué descubierta, y á la vez el tan buscado nuevo camino

®

á las Indias orientales, quedó patente á la Europa que al fin dobló el cabo de «Buena Esperanza,» ántes llamado el «cabo de los Tormentas.» Y es otro hecho tambien, que ántes de que sonase la hora fatal, ántes de 1517, la religion católica romana casi nada hizo ni en la América ni en el Asia, siendo además de notarse, que en la América no prosperaron las conquistas sino hasta pasado ese año, habiéndose limitado los establecimientos de los españoles á las islas, sin hacer nada de importancia en el continente.

Pero, sonó la hora: la Alemania, la Suiza, la Prusia, la Suecia, la Inglaterra, se van á perder para Roma, y es en el mismo año en que Lutero alza la voz de rebelion, cuando una armada salida de Cuba penetra en el golfo de México y descubre esa vasta y hasta entónces ignorada region, que encierra un populoso imperio. Pocos meses despues, Dios suscita un valeroso caudillo, hombre de honor y de fé, leal servidor del Cristo y del César, impávido adalid que con quatrocientos hombres! sojuzga un pueblo de cuarenta millones de habitantes.

Bien pronto el Perú, el Chile, la Plata, la Nueva Granada, Venezuela y el Brasil, quedan en poder de monarcas católicos romanos; y apos-

tolados de á doce misioneros, de Franciscanos, de Dominicos, de Mercenarios y Carmelitas,—cuatro religiones, poco hacia reformadas y en el vigor de la nueva observancia, y al último, de Jesuitas, religion recientemente fundada, como por especial providencia, vienen á conquistar para Roma y para el Cristo doscientos millones de almas.

Antes de que la Inglaterra se perdiese para Roma, los católicos romanos casi nada hacían en el Asia, y sin embargo de que los portugueses eran dueños de vastas comarcas de numerosa poblacion, hacia más de treinta años no eran los intereses religiosos los que habian prosperado sino los mercantiles. Pero, sonó la hora: Enrique VIII, el adversario de Lutero y celoso apologista de la verdadera Iglesia, cede á la tentacion de la carne y deja al Cristo por el amor de una mujer; rompe con el Papa, y la *tierra de los santos* secunda sin dificultad la apostasia de su rey prevaricador. Y es en esa hora cuando se funda la compañía de Jesus, cuando cinco amigos, pobres de bienes terrenos, pero ardiendo su corazon en celo por la gloria del Cristo, se proponen ayudar al Papa en el combate con nuevos y nuevos rebeldes que le oprimen. Y de esa Compañía sale

Francisco Javier, y va solo, pero llevando el corazón ardiendo en el amor de Jesús; parte á las Indias y con rapidez increíble bautiza quizá más gentiles que Pablo; cuarenta reinos se sujetan al Cristo á la voz de ese hombre que habla todas las lenguas y resucita muertos, según lo afirman los mismos protestantes. Javier pasa de ahí al Japon y se encuentra con nuevos atenienses, disputa con los sabios, que quedau confundidos por la ciencia del doctor extranjero y ablandados por la caridad del santo hombre de Dios. Pocos años despues, los reyes del Japon se presentan en Roma para besar los piés del Vicario de Cristo, y Gregorio XIII llora de gozo bendiciendo al Señor, siempre fiel á la palabra que tiene dada á su Iglesia.

Esto es admirable: la Historia solo con narrar tales hechos llenará siempre de confusion al rebelde protestantismo.

Pero de tales sucesos no se admira el catolico romano, porque ya conoce la gran ley que los determina: «La Iglesia, pierde en una parte; mas, luego, por otra, repara sus pérdidas con el séptuplo de ganancias.»

Tal es la historia de esta admirable religion. El Cristo pierde al pueblo judío y gana al imperio romano y á los persas y á los partos; pier-

de luego á los persas y á los partos, y gana á los vándalos, á los godos, á los visigodos, á los hunnos y á los francos; pierde la Siria, la Arabia y el Egipto para Mahoma, y gana la Inglaterra, la Alemania, la Suecia, la Rusia y la Dinamarca; pierde á Constantinopla y gana á Granada; y mientras el poder del Islamismo se afianza en la cismática Grecia, todas sus esperanzas espiran en la católica España; pierde la mitad de Europa que arrastra consigo Lutero, y gana el Nuevo Mundo y las Indias Orientales y el Japon; pierde despues el Japon y las Indias y gana el Paraguay y á muchos en la China. Y todavía, sucesos más recientes: vienen apóstatas en Italia, Francia y España, y entre tanto los ingleses acuden á porfia á reconciliarse con el Papa; últimamente, el cable trasatlántico da la noticia, de que tres millones de ingleses protestantes, con sus sacerdotes y obispos, han tratado su reconciliacion con el Papa; vienen apostasias en México y en los países sud-americanos, y entre tanto Norte América ve multiplicarse las conversiones de protestantes á la obediencia del Papa.

Así tambien ha sucedido á la Iglesia con la pérdida de sus hombres notables ó con la aparición de enemigos formidables; el hijo primogé-

nito se levanta contra su madre, y otro hijo mejor viene á sustituir con gran ventaja al que se perdió, haciendo que el desamor del primogénito, quede olvidado ante la filial abnegacion del que le reemplaza; ó si nuevos Goliath amenazan á Israel, nunca se harán esperar nuevos David.

Se levanta Arrio, el sacerdote predilecto del obispo de Alejandria, y ahí está Atanasio que será el alma del concilio de Nicea y que dará más que hacer á los arrianos, que Arrio puede dar á los católicos.

Se levanta Nestorio, el patriarca de Constantinopla, y escandaliza á sus ovejas cuando niega á María su hermoso título de Madre de Dios; pero ahí está Cirilo, el patriarca de Alejandria, que con admirable ciencia y grande intrepidez es el alma del Concilio de Efeso.

Se levanta Eutiques quedando en el extremo contrario, quizá llevado de una piedad ilusa, falsa la fé de la Encarnacion; pero ahí está Leon Magno, sublime inteligencia, pastor vigilantísimo, gozoso servidor del Cristo, que explicará el dogma con maravillosa distincion y hará confirmarlo en el numeroso Concilio de Calcedonia.

Vendrán Mahoma y Saladino con ejércitos formidables á desolar la cristiandad, y el pobre

Pedro el Ermitaño y el humilde y pacífico abad de Claraval, harán que la Europa se levante en masa, para llevar la guerra al mismo campo enemigo, frustando así que se desborde el torrente sobre la Europa.

Se levantan Lutero, Calvino y Enrique VIII, que tantos desastres hacen en el ejército del Señor; pero viene Ignacio de Loyola y levanta una escogida Compañía, que jurando obediencia hasta lo último al vilipendiado Pontífice romano, da á su Señor más hijos de los que el apóstata alemán ha hecho perecer.

Y viene Francisco Javier, á quien se da centuplicado lo que no quiso el cobarde Enrique por la gloria vana de este mundo, el contento celeste que se recibe en este mismo mundo. Enrique pierde consigo á su pueblo; Francisco gana consigo cuarenta ignorados reinos.

Y viene Francisco de Sales, que con amables razones de una dulce palabra y con la persuacion de afectuosa paciencia, gana á los duros calvinistas, prole de férrea cerviz, que pervirtió el intratable Calvino.

Hé ahí el complemento de esa admirable ley de las reparaciones sobre las pérdidas, que jamás falla en la Iglesia católica.

Y muchas veces Dios tarda en cumplir esa

su ley, para que los hombres no se atribuyan la gloria del triunfo, ni conceptúen natural reaccion humana, la que solo es reaccion de la Providencia.

Voltaire escandaliza al mundo con su incredulidad desenfundada, y le seduce, y enseña al mundo á menospreciar al Cristo y á blasfemarle y á reirse y á burlarse de lo más santo; y pasan años, y al «gigante» no hay quien sepa herirle. Pasa medio siglo, y Dios suscita un jóven melancólico, débil, enfermizo, desdichado, pero de amable corazón y benévola voluntad, génio que comprende la belleza y sabe hacerla admirar, voluntad que agradece, compadece y perdona; y ese jóven cuenta al mundo sus personales infortunios, y el mundo le acoge en buena hora y oye dulces razones de sus labios; y ese jóven hace que el mundo no menosprecie al Cristo, y de tal manera habla al mundo, que el mundo se enternece y llora, y Voltaire pierde sus conquistas.

Ese jóven es Francisco Chateaubriand; él ha mostrado una nueva senda por donde llegar á Sion la santa; muchos la habrán de andar, y volverán de Sion y nos contarán nuevas maravillas.

Tres genios, por fin, vendrán al iniciarse el

siglo XIX á vindicar la gloria de la santa Iglesia, que el génio de la incredulidad y de la blasfemia llegó á eclipsar en el pasado siglo: Chateaubriand, Bonald y De Maistre, ¡Qué génios!

Y todavía más; si en el presente siglo se han alzado de parte del infierno gigantes insolentes, ahí se alzan también nuevos ángeles del Señor que han puesto en fuga al enemigo. Oíd qué nombres: Lacordaire, Balmes, Donoso Cortes, Gaume y Augusto Nicolás.



RESUMEN.

Recapitulación.—Carácter de la verdadera religión bajo el aspecto de su naturalidad.—Conclusión.

I.

Todo el pensamiento y plan de nuestra obra á la que, Dios mediante, hemos dado fin, puede encerrarse en este silogismo.

«La religión verdadera, y solo ella, debe estar en acabada armonía con el mundo visible, con el mundo moral, con el mundo histórico.— Es así que la religión católica romana tiene esas armonías y solo ella;— luego la religión católica romana es la verdadera y solo ella.»

La mayor aunque no necesitase prueba, no dejamos de probarla cada vez que teníamos que plantearla como supuesto. La prueba de la menor está en todos los capítulos de la obra, en todas nuestras observaciones. Y como el silogismo es sin vicio, y por tanto recta la consecuencia, probada la verdad de la mayor y la menor, verdadero es el consiguiente, que es nuestra tesis, que es nuestro asunto.

Decir, pues, que la religion verdadera, y solo ella, debe estar en completa armonía con el mundo visible, con el mundo moral y con el mundo histórico, es afirmar que la religion verdadera y solo ella es la religion natural, la verdaderamente natural. El naturalismo de los deístas y racionalistas, encierra un fondo de verdad, como que implica la afirmacion de un supuesto legítimo, de un gran principio, que es nada ménos la proposicion mayor de nuestro silogismo. Por eso vemos que los deístas y racionalistas propenden á ofrecer flores á la Divinidad, á mirar en el sol la imagen del Omnipotente, á contemplar al Criador en las maravillas de la creacion; á explotar, en suma, la religion que suponen debe enseñarles la Naturaleza visible.

Hay en este supuesto un gran principio, lo repetimos; pero esos sectarios no atiñan con su

aplicacion, y además solo le conocen parcialmente, es decir, buscan la religion verdadera en solo el mundo visible, cuando debian tambien buscarla en el mundo moral y no ménos en el mundo histórico, tres partes del orden natural, tres testigos á quienes debe interrogar el que investiga la voluntad de Dios y sus designios con el hombre. Pero nosotros hemos buscado la verdadera religion natural en esos tres mundos, hemos interrogado á esos tres testigos.

PARTE PRIMERA.—*Seccion I.*—Hemos visto, pues, en el mundo físico al Dios Uno y Trino, la Encarnacion del Verbo, la Eucaristía, al Cristo, á María, al Precursor, á los ángeles y á los Santos. Nosotros hemos presentado á los deístas y racionalistas el pensamiento espiritual de Dios en sus obras visibles, el sistema, llámesele al ménos así, de las relaciones religiosas de la creacion material, pensamiento ó sistema que apenas pueden los deístas y racionalistas columbrar y que solo incompleto podrian instituir los protestantes.

PARTE PRIMERA.—*Sección II.*—En el mundo visible y en el invisible natural, hemos visto también sostenida energicamente, la existencia ó diferencia del bien y del mal moral, del pecado original, de la Gracia, de los Sacramentos, de la Gloria, del Infierno eterno, del Purgatorio y de la resurrección universal. Aquí también hemos encontrado desprovistos del pensamiento siquiera de un sistema de esas relaciones, á una parte de nuestros adversarios, y á otra parte la hemos convencido de que solo nuestro sistema es el verdaderamente natural.

PARTE PRIMERA.—*Sección III.*—Hemos estudiado la naturalidad de las leyes de la Retórica y Poética, las hemos aplicado á nuestra religión, estudiando su aspecto literario; hemos estudiado también las leyes de lo bello y las de las fórmulas humanas, y esta religión admirable, á todo responde satisfactoriamente y en todo es suyo el triunfo.

PARTE SEGUNDA.—*Sección I.*—Hemos investigado las armonías de la Iglesia con la Providencia: hemos encontrado grande naturalidad ó, sea, una razón muy natural de existencia en la entidad de la Biblia, de la Tradición sagrada, de la institución de la Iglesia (es decir, en que la revelación se escribiese, en que parte de ella no se escribiese, y en que se fundase un tribunal de interpretación de ambas revelaciones.) La misma grande naturalidad hemos sorprendido en la historia ó carácter del Cristo, en la historia ó carácter de María.

PARTE SEGUNDA.—*Sección II.*—Hemos descubierto un carácter marcado ya de naturalidad, ya de supernaturalismo, en la vida de la Iglesia á través de los siglos; hemos descubierto que el dogma en cierta manera debe estar sujeto á las leyes del crecimiento ó de la vida física, como ha sucedido con el dogma católico romano, y en el gobierno de la Iglesia, hemos palpado que su conducta es la conducta propia solo de hombres que traen entre manos la religión verdadera; nos ha sorprendido y ad-

mirado el hecho de un Concilio de diversas naciones independientes, fenómeno exclusivo de la Iglesia católica romana.

PARTE SEGUNDA.—Sección III.—Admirados de estas novedades, hemos entrado al examen de la constitución de la Iglesia católica y de sus armonías con la historia, y esta constitución la hemos encontrado *sapientísima y original*, á diferencia de la del protestantismo y de las otras religiones y gobiernos civiles. Hemos demostrado que el Papado es una entidad maravillosa, y una vez visto lo que es la Iglesia y cuál es la mente del Evangelio, hemos reconocido como consecuencia forzosa la infalibilidad del Papa.

Todo esto nos ha hecho reflexionar sobre la historia del Papado y de los Papas, historia eminentemente providencial. Estas reflexiones nos han sugerido el entrar en la investigación de las causas segundas ó sea de los medios naturales con que la Providencia ha conseguido la incolumidad del Papado, y uno de esos medios de grande eficacia hemos averiguado que lo es

el Poder temporal del Pontífice en el Estado Pontificio.

El estudio de la historia universal, que comparamos con la de los Papas, nos ha hecho reconocer cómo el Papado, á no sostenerle la mano de Dios, debió haber sucumbido desde sus principios, y despues en muchas ocasiones.

Hasta el templo de San Pedro en el Vaticano es un grande hecho, es un argumento atenedible, en pro de la Iglesia católica.

Para complemento hemos demostrado, que la historia de la Sinagoga es la historia de la Iglesia papal: que la historia de los caudillos del pueblo de Judá es la de los Pontífices romanos: que los sucesos de la antigua Jerusalem son los de Roma cristiana, que los de los enemigos de aquella son la figura de los sucesos de los enemigos de ésta.

PARTE SEGUNDA.—Sección IV.—Por último, hemos visto que solo nuestra Religión dá el *por qué* de la historia universal, de los acontecimientos de todos los siglos hasta hoy, y tambien de los siglos que vendrán; que á no haber sido católicos San Agustín y Bossuet, no habrían sabi-

do decir lo que admirablemente dijeron el uno en la «Ciudad de Dios» y el otro en el «Discurso sobre la historia universal,» Bossuet mostrando la relacion admirable de la religion de Cristo con los imperios paganos y cristianos, y San Agustin narrando la intervencion de la Providencia, aun en la historia de la ciudad de los malos en paralelo con la de los buenos.

Para hacer más palpables estas armonías, hemos estudiado las que presenta la historia universal en los tiempos recientes que nos son conocidos, á saber, el descubrimiento de América y la entrada de los europeos en las regiones orientales de la grande Asia, y esto nos ha hecho notar la ley que preside á las pérdidas y á los progresos en las conquistas de la religion católica.

II.

Despues de haber contemplado tantas maravillas de esta religion singular y excepcional, entre todas las que se han presentado en esce-

na en el curso de los siglos, ¿todavía vacilarémos en aclamarla por verdadera, por santa, por la esposa celebrada en los Cantares, por el Santo Monte de que habla Isaías, por la nueva y celeste Jerusalem de las naciones?

¿Queremos encontrar más perfecta todavía la religion de Moisés y de los Apóstoles? No lo será tanto, si así lo quieren los disidentes; pero ¡delante de ella, qué son las otras religiones! ¡Qué es el deísmo y el racionalismo ante la Biblia, sus instituciones y su culto! ¡Qué es el paganismo ante la precision de su dogma, la santidad de su Dios, la alteza y la familiaridad del Padre celestial y del Verbo humanado! ¡Qué es el mahometismo, ante la libertad santa de los hijos de Jesus y el racional obsequio que se pide á los creyentes del *reino de los cielos*! ¡Qué es la religion de chinos é indios, ante la actividad de vida de los predicadores evangélicos y la sencilla exposicion de la teoria dogmática de Dios trino y uno, encarnado, redentor y sacramentado! ¡Qué es la religion de los protestantes, ante el sistema armónico de la revelacion escrita y tradicional, junto con la institucion del tribunal que ambas conserva é interpreta, ante ese sistema de monarquía universal y central, de un gobierno humano exclusivamente espiri-

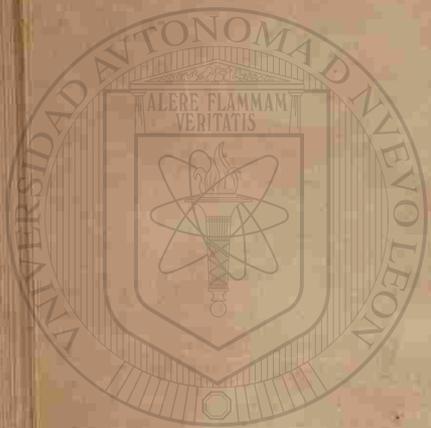
tual, que impide al poder civil profanizar las cosas del cielo! ¡Qué es la religion de los liberales y ateos, ante esa religion que sabe santificar los más importantes intereses humanos, hermanándolos con los de la Divinidad, y sabe humanizar los altos intereses divinos, hermanándolos con las más caras instituciones de la Naturaleza!

¿Qué son todas las otras religiones delante de esta Religion que explica la historia y es explicada por la historia, que explica el corazon y es explicada por él, que prueba la Providencia y es probada por la Providencia; que es la más efectiva en la práctica y es la más sencilla en teoría; que es la más intolerante en el dogma y la más tolerante mirando á la intencion de la voluntad; que dá grande importancia á la fé, pero más á la caridad; que ha conquistado más prosélitos que ninguna y ha tenido más persecuciones que ninguna y más triunfos que ninguna; que ha producido fenómenos cual ninguna, como son los solitarios, los monjes, las religiosas, los misioneros, los santos; que diariamente ofrece episodios exclusivos en la historia del corazon, como es el amor apasionado á la Divinidad y á María, y las reglas de la vida mística; que, por fin, aun en el nombre, tiene un nombre que

ninguna otra ha podido retener en el lenguaje del género humano, á saber, católica romana.

Religion santa, Iglesia de Dios, Esposa del Cristo, Madre de los fieles! conócete mi mente, ámote mi amor, confiésete mi boca, entréguese mi ser todo á tus cuidados, para que por tí conozca, ame, confiese y sirva al Cristo, hijo de Dios, vivo á quien sea dada toda honra por los siglos de los siglos. Amen.

FIN.

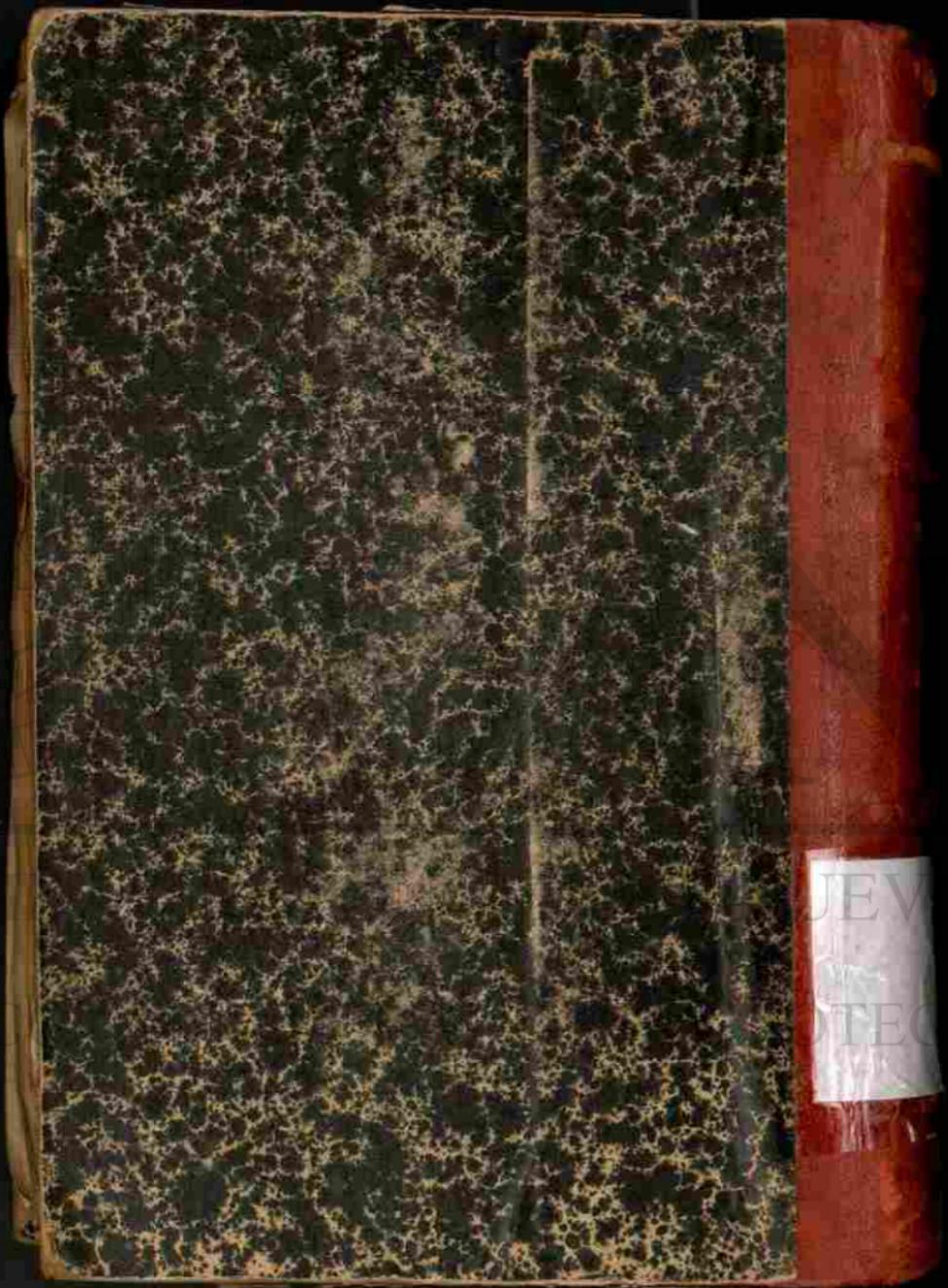


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





JEV
TEC